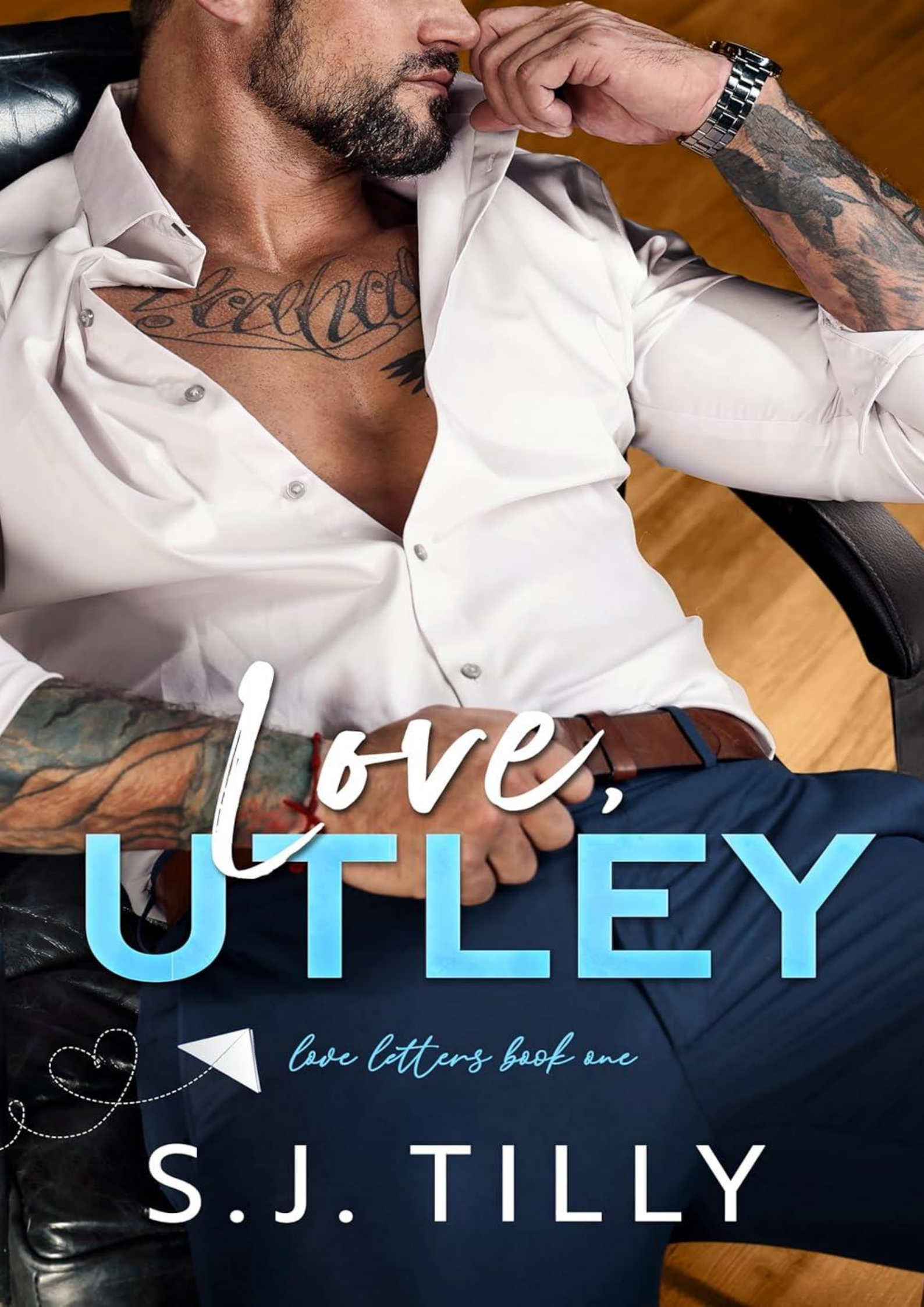

love,
UTLEY
love letters book one
S.J. TILLY

UTLEY

love letters , libro 1.

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.



S.J. TILLY

love,

UTLEY

love letters , libro 1.

SINOPSIS

HANNAH:

Maddox Lovelace. El cautivador jugador de fútbol que conocí en la universidad.

Al que solo conocí durante una semana. Una semana que fue... un cambio de vida.

Hasta que sonó mi teléfono y no tuve más remedio que volver a casa.

Le dejé una carta, poniendo mis sentimientos por escrito, dándole mi número, esperando que llamara.

PERO ÉL NO LLAMÓ.
NUNCA LLAMÓ.

Lo reclutaron para la liga profesional y vivió como un rey mientras yo me quedaba en casa y luchaba por mantenerme a flote.

Puede que haya seguido su carrera, pero ahora que se ha retirado del fútbol, me he obligado a dejar de pensar en él.

Y está bien que no vuelva a verlo nunca más. Esa semana en la universidad fue hace quince años.

YA NO ESTOY ENAMORADA DE MADDOX.

Puede que incluso lo odie.

MADDOX:

Hannah Utley. El nombre que me persigue desde mi último año de universidad.

S.J. TILLY

love,

UTLEY

love letters , libro 1.

La chica que me llamó la atención con sus ojos grandes y su nariz pecosa.

La que se pasó una semana retorciéndome las entrañas hasta que robó un pedazo de mi corazón la noche que nos quedamos encerrados en la biblioteca del campus.

La chica que desapareció SIN DECIR PALABRA.

Es el nombre de la chica que llevo quince años intentando olvidar.

Y es el nombre que me mira desde el currículum que tengo en la mano.

Porque Hannah Utley trabaja para la empresa que acabo de comprar.

Y ESO LA HACE MÍA. LE GUSTE O NO.

Love Letters, libro 1.













S.J. TILLY

love,

UTLEY

love letters , libro 1.













Este libro está dedicado a todas las mujeres que alguna vez han tenido que trabajar con un hombre.

S.J. TILLY

love,

UTLEY

love letters , libro 1.

PRÓLOGO

Hannah

La pesada puerta se cierra tras de mí, haciendo eco en el pasillo de la residencia, pero estoy demasiado eufórica para preocuparme.

Anoche...

Me quito los zapatos, me dirijo a la cama y me acuesto boca arriba.

Maddox Lovelace.

Jugador de fútbol extraordinario.

El hombre alto, ancho, de cabello y de ojos oscuros que ha estado en mi mente desde el primer momento en que lo vi a principios de esta semana.

El carismático atleta con el que me estoy obsesionando rápidamente.

El hombre al que todos llaman Mad Dog[1], aunque yo ya le he visto un lado más suave.

Suelto un suspiro.

Ni en mis mejores sueños pensé que mi primera semana en la universidad sería así.

Quiero decir, claro, ya hice dos años de universidad, pero eso fue viviendo en casa y yendo a la universidad comunitaria local más barata. Esto es la vida universitaria. Hop University, y maldita sea, ha hecho honor a su nombre.

[1] Perro rabioso.

Enrosco los dedos en la tela de la sudadera prestada que llevo y me la acerco a la nariz.

Como Maddox sabe que la tengo y me dejó llevarla fuera de la biblioteca, no me voy a sentir rara por inhalar su olor de él.

Aunque, por la forma en que pasé la noche pegada a su lado, mi propia blusa probablemente huela a él.

Jabón, hierba recién cortada y sándalo.

El cielo.

Sé que debería cambiarme. Probablemente también debería ducharme, pero el cansancio por la falta de sueño se está apoderando de mí, y es mucho más divertido quedarme aquí acostada pensando en lo de anoche.

Pensando en Maddox viniendo a la biblioteca.

Cómo esperó sentado a que acabara mi turno para preguntarme si quería estudiar con él.

Ir a esa sala de estudio privada en el segundo piso.

El beso.

Dejo que se me cierren los ojos.

Ese beso fue el mejor beso de mi vida.

O el mejor beso de mi vida hasta más tarde.

Hasta que perdimos la noción del tiempo: yo leyendo *El conde de Montecristo* en voz alta y él siguiéndome con la cabeza apoyada en el hombro.

Hasta que se apagaron las luces.

Hasta que nos quedamos encerrados.

El calor se despliega en mi vientre al recordar aquel momento. La tensión entre nosotros creció tan rápido que crepitó cuando probamos las puertas principales de la biblioteca y las encontramos cerradas.

Lo he visto en películas.

Leí sobre eso en los libros.

Esa energía sexual tangible que debería ser rosa neón en lugar de invisible.

Electricidad que da vida en lugar de matar.

Y cuando se rompió...

Mis muslos se contraen al recordarlo.

La experiencia fue de otro mundo.

Maddox levantándome en sus fuertes brazos.

Maddox llevándome a través del edificio incluso mientras nuestras bocas se fundían.

Maddox juntando muebles para hacernos una cama.

Maddox quitándose la ropa después de que me quitó la mía.

Maddox besándome. Ahí abajo. Antes de llenarme tanto. Mientras me hablaba tan sucio.

Aprieto los puños alrededor de la tela y me fuerzo a abrir los ojos.

Quiero quitarme los jeans y recordar la escena con mucho más detalle, pero no necesito hacerlo porque voy a verlo otra vez. Esta noche.

La luz del sol que entra por mi ventana brilla con cada minuto que pasa, recordándome que aún es temprano. El conserje que nos dejó salir debió de ser el primer empleado del campus, teniendo en cuenta que apenas había amanecido cuando abrió las puertas.

Con un gemido, me levanto de la cama y me dirijo a la ventana, recogiendo las persianas.

Es sábado. El primer fin de semana desde que empezaron las clases, y tengo la intención de pasar las próximas horas durmiendo, ya que mi próximo turno en la biblioteca no empieza hasta esta tarde.

Abro las persianas y estoy desabrochándome los jeans cuando suena mi teléfono.

El sonido es sordo, el aparato está enterrado en el bolsillo delantero de mi mochila, pero lo encuentro antes de que deje de sonar.

No es alguien guardado en mi lista de contactos, pero el número es de mi ciudad, así que contesto.

—¿Hola?

La voz femenina al otro lado es amable.

—¿Habla Hannah Utley?

—Sí. —Asiento con la cabeza, aunque ella no pueda verlo.

—Me llamo Jane. Soy enfermera en Health Place en St. Paul. Llamo de parte de Ruth Utley. —Se me revuelve el estómago al oír el nombre de mi mamá en labios de una desconocida—. Ella está bien, en estado estable, pero sufrió un derrame cerebral y está ingresada en nuestra UCI.

—¿Qué? —Mis rodillas se vuelven gelatinosas y me desplomo en la dura silla de escritorio frente a la ventana.

—Siento llamarte con esto, pero ella reaccionó y me pidió que me pusiera en contacto contigo.

Sus palabras tienen sentido, pero no encuentro la forma de creerlas.

—¿Pero ella está bien? —pregunto, necesitando que lo diga otra vez.

—Ella está bien. Uno de sus clientes estaba ahí cuando ocurrió, así que la ambulancia llegó rápido.

Clientes de mamá.

Ella estaba en la tienda cuando ocurrió.

La enfermera dice algo más y creo que murmuro un *gracias* antes de que termine la llamada, pero no puedo concentrarme porque siento un gran peso en el pecho.

Siempre hemos sido mamá y yo, y su floristería, Petals[2]. Ella es la dueña, la administra, la dirige. Está ahí todos los días.

Tiene otros empleados, pero ella hace la mayor parte del trabajo.

[2] Pétalos.

No puede permitirse pagar a otra persona para que trabaje a tiempo completo.

Si no puede trabajar, no puede pagar sus cuentas.

Y eso significa... que no puedo quedarme aquí.

Tengo que ir a casa. Tengo que verla, asegurarme de que realmente está bien, con mis propios ojos.

Y no puedo volver.

Me duelen los pulmones al respirar.

No puedo volver aquí, tomando préstamos estudiantiles, mientras mamá lucha. Posiblemente pierda su negocio, luego nuestra casa.

Ese peso envuelve mi caja torácica.

Tengo que dejarlo.

Tengo que irme.

Hoy.

Ahora.

Me meto el teléfono en el bolsillo de la sudadera y hago una pausa.

La sudadera de Maddox.

Si me voy, me mudaré a varias horas de distancia, ¿cómo volveré a ver a Maddox?

El calor se acumula detrás de mis ojos.

No puedo llorar por él. No puedo llorar por un tipo que apenas conozco desde hace una semana. Solo me acosté con él una vez.

La presión aumenta dentro de mi cráneo y nos imagino caminando uno al lado del otro, con su enorme cuerpo protegiendo el mío, más bajo y blando.

No puedo llorar por un chico cuando mi mamá está en el hospital.

No puedo, y sin embargo...

Echo un vistazo al cuaderno que tengo encima de la mesa.

Me tiembla el dedo al pulsar el timbre.

Hay un momento de retraso antes de que oiga la campanilla a través de la puerta principal cerrada.

Retrocedo un paso.

Y espero.

Ningún otro sonido procede del interior de la casa.

Me inclino hacia un lado, asomándome por la gran ventana delantera, pero lo único que veo es un salón vacío.

Estoy en la casa correcta, aunque no hubiera una bandera gigante con forma de balón de fútbol sujeta a la barandilla del porche, uno de mis compañeros de trabajo me describió la Casa del Fútbol con todo detalle, así que sé que estoy en el lugar adecuado.

Pero cuando pasa otro minuto y nadie atiende la puerta, acepto que tengo que tomar una decisión.

Puedo tocar el timbre una y otra vez, esperando que haya alguien en casa, y entonces soy la persona molesta que los ha despertado un sábado por la mañana, o puedo meter la carta en el buzón y esperar que alguien lo revise cuanto antes.

Se supone que Maddox y yo no nos veremos hasta esta tarde, pero odiaría que fuera a la biblioteca a buscarme cuando no voy a estar ahí.

Aunque encuentre la carta mañana, odiaría que pasara una sola noche pensando que lo abandoné.

Esa opresión de antes se desliza por mi caja torácica y mis dedos se aprietan alrededor del trozo de papel.

Levanto la mano, apuntando al timbre, pero me detengo.

Puede que ni siquiera haya nadie en casa. Las personas que viven aquí son todos en el equipo de fútbol HOP U, por lo que todos podrían estar en la práctica o el gimnasio o algo así. No sé cómo es su horario, pero dudo que tengan los fines de semana libres.

Un reloj hace tictac en mi mente.

Tengo que tomar un autobús y se me acaba el tiempo.

Me muerdo el labio, bajo la mano y me alejo de la casa.

Anoche fue genial. Increíble. Un sueño.

Y creo que Maddox siente lo mismo.

Pero, ¿y si no lo hace?

¿Y si solo hizo un buen trabajo convenciéndome?

¿Y si está en casa, y no paro de llamar al timbre, y lo despierto a él y a su casa, y tengo que decirle cara a cara que me voy? Que me mudaré a casa, a horas de distancia, pero que sigo queriendo tener una relación.

¿Y si hago todo eso y me rechaza?

Él sería amable al respecto.

No creo que se riera en mi cara, pero aún así me rechazaría, y sus compañeros de cuarto podrían estar ahí para ver. Podrían reaccionar.

Y no sé si podría soportarlo. No en este momento. No con mamá...

Trago saliva.

No vale la pena arriesgarse.

Me alejo de la puerta y me apresuro a bajar los escalones y cruzar el patio.

Cuando abro la puerta del buzón, veo unas cuantas cartas dentro. No hay mucho correo, así que espero que eso signifique que alguien lo revisa con cierta regularidad.

Como no quiero que el cartero se enoje porque le entregue una carta en mano, meto el papel doblado entre dos de los sobres del montón.

Me gustaría tener un sobre para meter mi carta, pero no lo tengo, así que es solo un trozo de papel doblado en tres y cerrado con cinta adhesiva.

No era exactamente privado, pero era lo mejor que podía hacer.

Con una última mirada a la casa, cierro el buzón y me doy la vuelta.

LOVE LETTERS

—¿Eso es todo? —pregunta el conductor del autobús, como si las dos maletas y las tres cajas que contienen todos mis sueños universitarios no fueran suficientes.

Asiento con la cabeza.

Extiende el brazo y me hace un gesto para que suba, pero dudo.

Miro a la izquierda, luego a la derecha, esperando ver la corpulenta figura de un hombre de cabello oscuro que corre hacia mí agitando los brazos.

Pero Maddox no está aquí.

No encontró mi carta por arte de magia y corrió por el campus para reunirse conmigo en la zona de recogida del autobús.

En cada viaje que hacía, llevando las cajas y luego las maletas desde mi dormitorio, miraba a mi alrededor, buscando algún rastro de él.

Y cada vez me sentía como un tonta.

Como ahora.

Sacudo la cabeza, cuadro los hombros y engancho los pulgares en las correas de la mochila.

—Gracias, estoy lista. —Le sonrío al conductor mientras paso junto a él y subo al autobús.

La mentira se me escapa de la lengua.

No estoy lista.

No estoy lista para dejar Hop University.

No estoy lista para ver a mi mamá conectada a intravenosas, máquinas o lo que sea.

Arrastrando los pies por el pasillo, elijo una fila vacía cerca de la parte delantera.

El envase de Tic Tac naranjas traquetea dentro de mi mochila cuando la suelto en el asiento del pasillo y me deslizo hasta sentarme junto a la ventanilla.

Mirando hacia adelante, admito que, sobre todo, no estoy dispuesta a renunciar a Maddox Lovelace.

Que no esté aquí ahora para despedirme no significa que lo nuestro haya terminado. Él verá la carta esta noche, quizás mañana, posiblemente al día siguiente, y entonces llamará.

Arrastro la mochila hasta mi regazo y abro la cremallera.

Cuando meto la mano, me detengo cuando mis dedos tocan la esquina de un libro.

Se me corta la respiración y lo saco de la bolsa.

Es el libro de Maddox. El que leímos juntos anoche.

No quería tomarlo. Olvidé que lo metí en mi mochila.

El lomo cruje cuando lo abro en el lugar donde lo dejamos.

El viaje a casa es largo, así que mejor sigo leyendo.

Puede ser una práctica para cuando Maddox me llame. Tal vez podamos convertirlo en algo semanal: él sentado al teléfono mientras yo le leo.

Él compraría un segundo ejemplar y me dejaría quedarme con éste, pero seguiría con el suyo. Quizá incluso se turnaría para leerme.

Exhalo un suspiro y muevo los ojos hacia la página.

Si me centro en esto, en esta historia, no tendré que pensar en la carta que le dejé a Maddox, y no tendré que preocuparme por todas las incógnitas que me esperan.

UTLEY

love letters , libro 1.

LA CARTA

Querido Maddox:

Siento dejarte una carta así, pero no quiero irme sin decirte adónde voy, y no puedo irme sin decirte lo mucho que significó anoche para mí. No solo la parte del encierro, sino todo lo que vino antes también.

Estar cerca de ti me hace sentir segura. Como si estuviera protegida de todo lo malo, y tú... tú me haces sentir pequeña en un mundo en el que siempre me he sentido demasiado grande.

Y sé que acabamos de conocernos, y sé que será difícil hacerlo a larga distancia, pero me gustaría intentarlo. Me gustaría seguir viéndote, o al menos hablar contigo.

Odio que nunca intercambiáramos números de teléfono. Supuse que tendríamos tiempo para hacerlo más tarde, pero como se me acabó el tiempo, aquí está mi número. 651-555-1304

No hay una manera fácil de decir la siguiente parte, así que lo haré.

Mi mamá tuvo un derrame cerebral anoche y está en el hospital. Dicen que se pondrá bien, pero tengo que volver a casa para ayudarla a llevar la tienda.

Y no creo que pueda volver.

Ya le envié un correo electrónico a mi asesor para darme de baja. Recogí todo lo que había en mi dormitorio, y para cuando estés leyendo esto, estaré en la parada de autobús afuera del parque o de vuelta a casa en St. Paul.

No quiero ir.

Y la mayor razón por la que quiero quedarme eres tú.

Extrañaré encontrarme contigo. Extrañaré que me agarres cuando me caiga de los taburetes. Extrañaré que me llames Conejita. Extrañaré leerte.

Todavía podemos hacer esto último por teléfono. Que no es tan bueno como sentarse uno al lado del otro, pero es mejor que nada.

Siento de nuevo lo repentino que es esto, pero espero que lo entiendas, y espero que llames.

Con amor,

Utley.








UTLEY

love letters , libro 1.

1

Hannah

15 años después

—Toc, toc. —La voz del hombre corta el silencio de mi oficina.

—Hola, Brandon. —Lo saludo, tecleando la última línea de un correo electrónico.

Cuando le doy a enviar, levanto la vista del ordenador.

Brandon está... bien. Lindo en una mediana edad, del tipo *uso chalecos de lana como una declaración de moda*, pero no es mi marca preferida. No importa cuántas veces intente invitarme a cenar... o a tomar algo, o a su casa del lago el fin de semana.

Aunque ambos sabemos que nuestros sueldos no nos permiten comprar segundas residencias. Lo que significa que se refiere a la casa de sus papás en Darling Lake, y no sé qué me disgusta más, si la forma en que tergiversa la verdad o la colonia que lleva.

Tomo aire y me recuerdo a mí misma que hoy estoy muy estresada y que él no es tan malo.

Me fuerzo a sonreír.

—¿Qué pasa?

Brandon apoya su hombro contra el marco de mi puerta.

—¿Ya tuviste tu entrevista?

Y ahí está, la razón de mi estrés.

—Todavía no.

La empresa en la que he trabajado durante años acaba de ser adquirida por otra.

Sabíamos que era una posibilidad. Que los propietarios estaban *considerando vender*, pero el correo electrónico del lunes nos decía que el acuerdo se había cerrado y firmado esa misma mañana, y que ahora todos éramos empleados de MinneSolar porque nuestra empresa iba a ser absorbida por la nueva.

Y por si eso no fuera suficientemente aterrador, el correo electrónico también decía que el miércoles volveríamos a entrevistarnos con el nuevo equipo ejecutivo para nuestros puestos de trabajo actuales. Hoy.

Mi jefe me dijo que no me preocupara, que es el procedimiento habitual y más bien una forma de que los nuevos jefes conozcan a los empleados.

Pero si eso fuera cierto, no creo que las llamaran entrevistas. Solo sería una reunión.

—Acabo de terminar la mía —dice Brandon, refiriéndose a su entrevista—. No estuvo tan mal.

—¿Se tomaron los cuarenta minutos? —pregunto.

Hace una mueca.

—Más o menos, pero las preguntas parecían normales. No sentí como si estuvieran tratando de hacerme tropezar o algo así.

—Eso está bien. —Un poco de mi ansiedad se disipa—. ¿Realmente son tres personas a la vez?

Brandon lleva aquí desde que empecé hace cuatro años. Sé que se quedará ahí hablando tanto si le hago preguntas como si no, así que mejor le pregunto.

—Sí, la nueva directora general se ve bien. Creo que su nombre era Dana, y el director financiero era bastante tranquilo, pero el último tipo. —Pone los ojos en blanco—. Ni siquiera dijo nada.

—¿Quién fue el último tipo? —Puedo decir que a Brandon no le gusta, así que ahora estoy intrigada.

—El dueño. —Resopla como si no le hubiera encantado ser dueño de una empresa multimillonaria.

—No puede ser tan malo si no dijo nada —intento señalar.

Brandon levanta el hombro en el que no está apoyado.

—Bueno, supongo que sería peor si estuviera tratando de interrogarme sobre mi posición. Teniendo en cuenta que probablemente él no sepa nada al respecto.

Ah, sí, ahí está el hombre odioso que conozco.

—Si es el dueño de la empresa, seguro que entiende lo básico. —Intento que mi tono no refleje fastidio.

Brandon es un vendedor, no un maldito ingeniero mecánico. Es absurdo suponer que el dueño de la empresa no podía seguir el ritmo de su venta diaria de equipos de energía solar.

Yo soy auditora interna. Mi trabajo es un poco más matizado, pero en realidad se reduce a supervisar cuentas y gastos. Si este tipo tiene suficiente dinero para poseer una empresa solar lo suficientemente grande como para comprar y absorber nuestra empresa, entonces estoy segura de que entiende de dinero. Probablemente incluso mejor que yo.

—Tal vez —dice Brandon con escepticismo—. Pero apenas lleva en el negocio unos dos años. Antes de eso, jugaba fútbol.

Un pequeño escalofrío me recorre la nuca y me siento más erguida en la silla.

—¿Cómo que jugaba fútbol?

Brandon echa un vistazo por encima del hombro para comprobar que el pasillo está despejado y luego se adentra en mi oficina.

—¿No te enteraste de quién es el dueño?

Sacudo lentamente la cabeza.

—No. ¿Quién es?

—Es Mad Dog Maddox. Fue nuestro tackle defensivo durante cinco años, y antes de eso, jugó para Arizona durante...

No oigo nada más de lo que dice Brandon porque mis oídos se llenan de un pitido agudo.

Mad Dog Maddox.

Maddox Lovelace.

El Maddox.

El Maddox con el que pasé una noche que cambió mi vida en la universidad.

El hombre que me hizo perder la cabeza, literalmente, y más de una vez, solo para nunca jamás llamar.

Aquél cuya carrera he seguido más de cerca de lo que jamás admitiré.

El Maddox que me obligué a dejar de admirar cuando se retiró del fútbol.

El hombre que rompió mi corazón de veinte años.

En el que he pensado demasiadas veces en los últimos quince años.

Ese Maddox.

Ese Maddox está aquí.

—¿Hannah? —La voz de mi jefa corta el ruido de mi cabeza.

Parpadeo y la encuentro de pie detrás de Brandon en mi puerta.

Ella sonríe, sin darse cuenta de que mi estabilidad mental se está deshaciendo rápidamente.

—Te toca.

Trago saliva y asiento.

—Okey.

Se aleja de mi puerta mientras yo me levanto de la silla.

Brandon sigue aquí, ocupando espacio. Dice algo sobre suerte antes de darse la vuelta y salir, dejándome sola en mi oficina.

Maddox está aquí.

Respiro.

Puedes hacerlo.

Respiro por segunda vez.

Eres una perra mala.

Aprieto la mandíbula.

Te mereces este puesto.

Aflojo la mandíbula.

Te has dejado la piel desde...

Respiro profundamente con los labios entreabiertos.

Me he partido el trasero cada día de mi puta vida para llegar a donde estoy.

Volví a casa después de vivir una semana en el campus.

Pasé de la perspectiva de la vida estudiantil a trabajar a tiempo completo –tacha eso, horas extras-, en Petals.

Pasé los días en la floristería y las tardes asistiendo a clases en línea para terminar mi licenciatura en contabilidad, y lo que se suponía que me iba a llevar tres semestres en HOP U acabó llevándome cinco largos años.

Cinco años preocupándome por pagar la hipoteca. Preocupándonos por las cuentas médicas de mamá y el costo de la fisioterapia, y cuando por fin parecía que podíamos controlar las cosas, tener un plan, murió mi prima y todo volvió a cambiar. Dándome preocupaciones y responsabilidades aún mayores.

Pasé cinco años bajo un estrés aplastante mientras veía a Maddox graduarse en la universidad. Ser reclutado por la NFL. Jugar su primera temporada en Arizona. Llegar a los playoffs en su segunda temporada. Jugar en el Super Bowl en su tercera temporada.

Lo vi sobresalir.

Lo vi como presentador invitado en partidos universitarios.

Lo vi vivir su mejor vida.

Parpadeo e inclino la cabeza hacia el techo.

Mantén la calma, Hannah.

Nada de esto es nuevo. Su éxito no es nuevo.

Y lo he superado.

Fue una semana estúpida.

Una semana estúpida, hace toda una vida, a la que me aferré durante demasiado tiempo porque estaba luchando.

Porque quería creer en un resultado diferente.

Porque una parte estúpida y tonta de mí se aferró durante años a esa pizca de esperanza de que llamara.

Que un día sonaría mi teléfono y se disculparía por no haber llamado antes. Que me explicaría cómo leyó la carta tantas veces que los números se borraron en la hoja. Cómo probó todas las combinaciones hasta que por fin me encontró.

Parpadeo de nuevo.

Era irracional.

Después de que pasaran las dos primeras semanas sin una palabra, debería haberlo dejado pasar.

Pero yo era joven, y quería que alguien me salvara.

Parpadeo de nuevo y me recuerdo a mí misma que ya superé todo eso.

Porque lo hice.

Nunca pensé que tendría que volver a verlo.

Y ciertamente no así. Entrevistándome para mi propio trabajo.

Respiro de nuevo y acepto mi situación con humor.

Seguí la carrera de Maddox en los medios durante mucho tiempo. Surgió de algún tipo de naturaleza masoquista, supongo, y no fue hasta que se retiró que decidí que necesitaba parar. Necesitaba que dejara de importarme, lo que fue bueno para mi salud mental. No he pensado en

él en... no sé cuánto tiempo, pero si hubiera continuado siguiéndolo, mi trasero desprevenido habría sabido que él era el dueño de MinneSolar.

O, por lo menos, debería haber dedicado parte de los dos últimos días a investigar sobre la empresa en lugar de centrarme tanto en volver a comprobar todo mi trabajo anterior, queriendo que mis registros estuvieran limpios.

Una puerta se cierra en algún lugar del pasillo, recordándome dónde estoy, y lo que tengo que hacer.

Obligo a mis hombros a relajarse.

Ahora tengo algunos ahorros. No mucho, pero lo suficiente para pasar un mes o dos si pierdo mi puesto.

Sacudiendo la cabeza, doy un paso, luego otro, y salgo de mi oficina.

Maddox no va a despedirme a la primera.

Algo caliente se enciende en mi pecho.

Puede que no me reconozca.

Puede que ni siquiera se acuerde de mí.

Me doy la vuelta y me dirijo a los ascensores del vestíbulo principal.

Como parte de la fusión, necesitaremos más espacio de oficinas, así que vamos a subir un piso. Los empleados que ya trabajaban para MinneSolar y los ejecutivos ya se están instalando ahí, y ahí es donde están haciendo las entrevistas.

Las puertas del ascensor se abren en cuanto pulso el botón de llamada y, cuando se cierran tras de mí, miro fijamente mi reflejo en las puertas de metal pulido. No es un espejo perfecto, pero la imagen borrosa me recuerda lo que llevo puesto. Cómo me veo ahora.

Mis pantalones negros de pata ancha se ciñen a mi cintura y a mi trasero. Mi blusa blanca de tirantes se ciñe a mis curvas y está metida por dentro, mostrando el detalle del cinturón de mis pantalones.

Y mostrando el hecho de que soy más grande de lo que solía ser.

Me pongo el saco negro a juego, deseando que sea una manta bajo la que esconderme.

Sigo teniendo el cabello del mismo color castaño miel de siempre, pero ahora lo llevo más corto, a la altura de los hombros, en lugar de a media espalda, y lo llevo semi recogido, con la parte de arriba recogida en una pinza y la de abajo rizada en suaves ondas.

Este es mi atuendo para la entrevista. Está hecho para darme confianza.

Por favor, dame confianza.

El ascensor se detiene y, cuando salgo, los tacones de mis botines chasquean en el suelo.

Ya hay una recepcionista apostada aquí arriba.

Me señala por encima del hombro y me dice que me dirija hacia atrás, más allá del grupo de cubículos, y que siga por el pasillo hasta la sala de conferencias del fondo.

Incluso desde aquí, puedo ver que esta oficina es tres veces más grande que la que tenemos abajo, así que agradezco las indicaciones.

Dándole las gracias, mantengo los hombros hacia atrás y me recuerdo a mí misma que mi aspecto no importa.

No importa que mis caderas sean más anchas que antes. Que mi busto sea más grande, o que mi vientre sea más blando.

Nada de eso importa para este trabajo.

Nada de eso importa, y punto.

Me agarro a las solapas del saco y las jalo hacia abajo.

Soy una perra mala.

Me merezco este trabajo.

Me he ganado este trabajo.

Y no me voy a asustar por un jodido hombre.

Con un último suspiro, llego a la sala de conferencias y atravieso la puerta.








2

Hannah

—Ah, el momento perfecto. Por favor, toma asiento. —Una agradable mujer me saluda.

—Gracias —le digo mientras le acerco la silla de enfrente.

La sala de conferencias es grande, con una mesa rectangular gigante en el centro, rodeada de sillas.

Los tres están sentados en fila, con la mujer en el centro y de espaldas a la pared de ventanas, así que cuando me siento, todos están perfilados por el sol de la tarde.

Sin saber qué decir, ruedo la silla hacia adelante y junto las manos sobre la tabla de la mesa.

—Gracias por tomarte la molestia de venir a charlar con nosotros. Soy Dana. —La mujer se pone una mano en el pecho—. Soy la directora general de MinneSolar desde hace tres años. Dos de esos años con el Señor Lovelace como dueño. —Baja la mano del pecho para golpear con un dedo en la mesa frente al hombre que está a su derecha.

Mantuve la mirada fija en Dana a propósito desde que puse un pie en esta habitación, pero incluso sin mirar, con solo ver hacia adelante, seguiría sabiendo cuál era él.

Sus anchos hombros llenan tanto espacio que es imposible no verlo.

Cerrando todos mis muros internos, muevo mi mirada de Dana al *Señor Lovelace*.

Tiene el cabello más largo, no rapado como en la universidad, y el vello facial es más grueso, pero del mismo color marrón oscuro que entonces.

Pero no lleva camiseta ni jersey de fútbol americano. Lleva una camisa abotonada, con los dos botones de arriba desabrochados y las mangas arremangadas hasta la mitad de los antebrazos, lo que deja al descubierto los tatuajes que se hizo cuando era profesional.

Su aspecto ligeramente desaliñado hace pensar que asistir a estas entrevistas ha sido tan agotador para él como para nosotros.

Quiero ver sus ojos. Ver si son los mismos. Si puedo reconocer al hombre que una vez conocí.

Pero su cabeza está inclinada hacia abajo. Está escribiendo algo en su teléfono, sin prestar atención.

Tal vez, si tengo suerte, mantendrá la cabeza agachada todo el tiempo, y pueda escapar de esta habitación sin que se dé cuenta de quién soy.

Dana señala a su otro lado.

—Y éste es Peter, el director financiero. Teniendo en cuenta sus cargos, probablemente charlarán a menudo.

Le sonrío al hombre, que parece tener unos cincuenta años.

—Mucho gusto.

El impulso de hablar en un tono más alto para disimular mi voz es tentador, pero sé que no podré mantenerlo, y teniendo en cuenta que Maddox no se ha movido, no creo que sea necesario.

Dana empieza con algunas preguntas. Cosas simples. Preguntando sobre mi historia con la empresa. Qué me gusta de ella. Si me gustaría seguir en el mismo puesto o cambiar a otro.

Le contesto con la mayor sinceridad posible y mantengo la mirada fija en ella y en Peter, evitando al dueño. El hombre que no podría parecer menos interesado.

Peter señala un trozo de papel que tiene delante y que, según veo, es mi currículum, probablemente enviado por Recursos Humanos.

—Veo que era la contadora de Petals, señorita Utley. ¿Es la floristería que había en la calle 24?

Cuando Peter dice mi apellido, ocurren dos cosas a la vez.

Contengo la respiración y Maddox levanta la cabeza.

3

Maddox

Utley.

Oír ese apellido es como recibir un golpe en el pecho con un par de paletas eléctricas.

Señorita Utley.

No puede ser.

Miro fijamente el perfil de la mujer sentada frente a mí.

No puede ser.

Pero...

El color del cabello.

La inclinación de su nariz.

Me inclino hacia adelante en la silla.

Entrecierro los ojos.

Ahí están. Los pequeños puntos en su mejilla. Las pecas. Las que no solo salpican su rostro, sino también su pecho, hundiéndose entre sus senos.

Una extraña sensación de adrenalina recorre mis venas mientras tomo la pila de currículums que tengo delante.

Tengo que hojear las hojas, saltándome las que nunca me molesté en mirar.

Entonces lo encuentro, y mis dedos lo siguen.

Porque ahí, en la parte superior de la hoja, en negrita, está su nombre.

El nombre.

Hannah Utley.

La chica que me dio el sabor del confort.

La que se sonrojaba cuando se burlaba de mí.

La chica que me hizo sentir que podía enfrentarme al mundo.

La que pasó la noche encerrada en la biblioteca conmigo, llorando mi nombre.

La chica que desapareció.

La que nunca volví a ver.

Nunca más escuché de ella.

Ni una puta palabra.

—Sí, también lo hice —le dice a mi colega.

Dana dice algo y Hannah la mira, pero se cuida de no mirarme a mí.

Su postura es perfecta. Su expresión facial es uniforme, casi relajada, pero puedo verlo en sus manos.

La tensión.

La ansiedad.

No es ajena, no ignora quién soy.

Y si hubiera estado atento cuando entró, podría haber visto su reacción al encontrarme aquí.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa mientras Dana habla, pero Hannah sigue ignorándome.

¿Le sorprendió mi presencia?

¿Se sobresaltó al entrar? ¿O no se sobresaltó hasta que Dana me presentó?

¿O lo sabía incluso antes de poner un pie en esta habitación?

Hemos guardado silencio sobre la compra hasta esta semana para no causar un revuelo innecesario, y no queríamos llamar la atención de nadie hasta que el trato ya estuviera cerrado, pero ella ha tenido los últimos días para hacer su investigación, así que tal vez ya lo sabía.

Quizá entró preparada para verme.

Tal vez se puso esa maldita ropa solo para mí. Tal vez se puso esa blusa ajustada solo para mostrarme lo que no puedo tener. Se puso ese traje para parecerse a la *jodida bibliotecaria* con la que aún sueño.

Mi mandíbula se tensa.

—¿A qué universidad fue, *señorita* Utley? —Corto la conversación, poniendo énfasis en "señorita" ya que así la llamó Peter.

Noto cómo las dos personas de mi lado de la mesa se giran para mirarme. Probablemente se preguntan por qué pregunto sobre algo que puede responderse leyendo su currículum, pero mantengo mi atención hacia enfrente, en Hannah. Porque esta pregunta es personal.

Ella tarda en mirar hacia mí. Vacilante.

Pero finalmente lo hace, y cuando nuestras miradas se cruzan, siento que el suelo se inclina bajo mis pies.

Sus ojos son los mismos. Esos iris dorados llenos de toda la emoción que intenta mantener alejada de su rostro.

Su garganta se mueve al tragar.

Entonces, por primera vez en quince años, Hannah Utley me habla.

—Obtuve mi título en Winona State, señor.

Señor.

Me tiembla la comisura de los labios.

—¿Fuiste ahí los cuatro años? —La acoso.

Hannah levanta un poco la barbilla.

—No, hice mis dos primeros años en la universidad comunitaria, luego terminé la carrera con clases online.

—¿Por qué?

Dana se aclara la garganta a mi lado, pero yo mantengo la mirada fija en Hannah.

Ella desvía la mirada antes de responder.

—Mi horario de trabajo cambió.

Su tono es entrecortado. Casi molesta.

Peter hace un sonido de comprensión.

—Es admirable que hayas aguantado.

Hannah se gira hacia Peter. No solo gira la cabeza, sino que mueve todo su cuerpo, dándome su hombro.

—Gracias. Fue mucho a veces, pero valió la pena.

Puedo ver un resquicio de la sonrisa que le dedica, y me dan ganas de despedir a Peter.

—Bueno —suspira Dana—. No necesitamos retenerte más tiempo. Muchas gracias por venir y hablar con nosotros. —Me mira a mí y luego a Peter—. ¿Alguno de ustedes tiene más preguntas?

—No —responde Peter primero, y prácticamente puedo oír su sonrisa.

Tengo mil preguntas para Hannah.

¿Por qué huiste de mí?

¿Por qué dejaste HOP U para hacer clases online?

¿Por qué me miras como si fuera yo quien te ha dejó plantado?

Y lo más importante, ¿es realmente *señorita* Utley?

En lugar de expresar alguna de ellas, sacudo la cabeza.

Dana asiente.

—De acuerdo, bien, a menos que tengas alguna pregunta para nosotros, eres libre de volver abajo.

Hannah empuja su silla hacia atrás y se levanta, pero antes de darse la vuelta, hace una pausa.

—Um, solo... ¿Pueden decirme cuánto tiempo falta para que decidan?

—¿Decidir qué? —Dana pregunta.

Hannah me mira y luego vuelve a mirar a mi directora general.

—¿Si consigo mantener mi trabajo?

Algo invisible me golpea en el centro del pecho.

Tiene las manos apretadas frente al estómago, y al igual que cuando estaban sobre la mesa, sus nudillos están blancos por la tensión. Aprieta los dedos con tanta fuerza que debe de dolerle.

¿Por eso está tan tensa? ¿Creía que iba a despedirla? ¿Despedirla de su puesto como castigo por salir de mi vida hace quince años?

—Oh —se ríe Dana—. No tienes de qué preocuparte. Estamos felices de tenerte en el equipo.

Hannah vuelve a clavar sus ojos en mí. Esperando... ¿qué? ¿Que le diga que *es broma*?

Arrugo la frente.

¿Por qué actúa como si yo fuera el villano?

—Gracias. —Nos sonríe a todos, y casi me convence de que no está a un latido de romperse.

Gira sobre sus talones y sale a grandes zancadas de la habitación. Esos pantalones negros se aferran a su trasero como si les pagaran por hacerlo.

Cuando desaparece por la puerta, me alejo de la mesa.

—Tenemos uno más, Maddox —dice Dana.

Algo dentro de mí se golpea contra mi caja torácica ante la idea de dejar que Hannah vuelva a alejarse de mí.

—Vuelvo enseguida. —Me levanto—. Baño.

Lo digo como un niño pequeño que acaba de aprender a usar el retrete, pero eso no me impide darle la vuelta a la mesa y salir por la puerta.

Hannah no está en el pasillo fuera de la sala de conferencias, así que acelero el paso hacia la parte delantera de la oficina. No puede estar ya en el ascensor.

Pero cuando veo el vestíbulo y no la veo por ninguna parte, voy más despacio.

Se ha ido.








4

Hannah

Los pasos pasan junto a mi escondite -agazapada en el interior de uno de los cubículos vacíos del centro de la planta-, y aprieto los ojos.

Es Maddox. Sé que es él.

Sus pasos se ralentizan y oigo su respiración agitada.

Mantengo los labios apretados mientras sus pasos vuelven a pasar junto a mi escondite, esta vez en dirección a la sala de conferencias.

Cuando ya no lo oigo, espero otros tres segundos antes de levantarme y correr hacia los ascensores.

No me doy la vuelta, no miro atrás para ver si ha vuelto a cambiar de dirección.

Y en cuanto se abren las puertas del ascensor, entro.

Queda una hora para que acabe el día. Solo una hora más para terminar.

Pulso el botón para seleccionar mi planta y las puertas empiezan a cerrarse.

5

Maddox

Salgo de la oficina vacía.

Mi movimiento hace que Hannah levante la vista.

Sus ojos se ensanchan cuando se encuentran con los míos y las puertas del ascensor se cierran.

Así es, Conejita, puedes correr, pero yo te perseguiré.

6

Hannah

Uso la cadera para cerrar la puerta del auto, ya que tengo las manos llenas de bebidas, y luego rodeo el parachoques trasero hasta el pequeño pasillo de ladrillo que lleva a la entrada de mi casa.

Estaría bien estacionarme en el garaje, pero el auto de mamá ocupa el único sitio. He insistido en eso porque me sentiría como una hija de puta obligándola a rascar la nieve del parabrisas en invierno.

Tener un garaje para dos autos sería estupendo, pero esta acogedora casa centenaria ha sido nuestro hogar durante la última década, y eso no va a cambiar pronto.

Pongo el porta bebidas en una mano y uso la otra para abrir la puerta principal.

La entrada es en realidad un espacio lo bastante grande como para apilar los zapatos bajo el banco y colgar los abrigos en los ganchos que hay encima. A continuación, la casa se abre a una sala a la derecha y a un comedor a la izquierda, que da paso a una cocina pequeña pero muy cuidada.

Los conceptos abiertos no estaban de moda cuando se diseñó esta chica mala.

Dejo las bebidas en el banco, me quito los botines y me quito el saco. Afuera hace un día caluroso de julio, pero la mayor parte de mi sudoración actual se debe al estrés.

Escucho voces en la cocina, así que vuelvo a recoger las bebidas y me dirijo hacia ahí.

Hay días en los que desearía vivir sola, y de camino a casa, sentía que hoy era uno de esos días, pero ahora que estoy aquí, me alegro de no hacerlo.

Cuando atravieso el arco de la cocina, mamá y Chelsea dejan de hablar y levantan la vista. Ambas muñecas bañadas en salsa roja, queso y fideos.

—Nada dice verano como hornear una lasaña. —Me río.

—Siempre podemos congelarla si tienes algo mejor en mente. —Mamá me lanza una mirada de inocencia, sabiendo muy bien que es una de mis comidas favoritas.

—No te atreverías. —Entrecierro los ojos.

Mamá sonríe.

—Todas sabemos que la pasta vale el sacrificio de unos pocos grados.

—Cierto —estoy de acuerdo, aunque la cocina subirá quince grados con el horno encendido—. Bueno, pónganse a hacer capas para que puedan acompañarme con una bebida antes de cenar.

—¿Chocolate helado con malvavisco batido? —pregunta nuestra residente de doce años.

—Dah —respondo.

Hay una pequeña isla con ruedas en el centro de la habitación, que es donde se está realizando el montaje, y coloco el soporte en la esquina, con suerte fuera de la zona de salpicaduras.

Mamá los mira.

—¿Eso es un chai helado para mí?

Apoyo una mano en la cadera.

—Estoy a punto de ofenderme con estas preguntas.

Tomo la tercera bebida y le doy un trago a mi matcha latte helado.

—Así que —empieza mamá—, comprarnos a todas un BeanBag Coffee de camino a casa significa que la entrevista o estuvo muy bien o....

Le doy otro trago a la espumosa bebida mientras decido qué contestar.

—Oh-oh. —Chelsea le hace una mueca a mamá mientras pone otra tira ancha de pasta en el refractario.

—Estuvo bien —digo antes de que puedan empezar con sus teorías—. Sigo teniendo mi trabajo. Nada va a cambiar.

—¿Y no estás feliz porque...? —Mamá levanta una ceja mirándome.

Si pudiera, lo disimularía todo. No les diría nada. Fingiría que no pasa nada, y seguiría con mi vida como siempre.

Pero no soy buena fingiendo. Puedo fingir para una entrevista. O una breve interacción, pero no puedo hacerlo a largo plazo, y prefiero ser sincera ahora a que todo salga a la luz más tarde.

Ambas me miran fijamente.

—Conozco al dueño. Y... —Me detengo ahí.

¿Y qué? No lo odio. No realmente. Ni siquiera lo conozco. Ya no. Además, no hay razón para creer que él estará tanto en la oficina.

O... ¿lo hará?

Maldita sea, debería haber preguntado. Averiguar si es el tipo de dueño que realmente trabaja en la empresa o si solo aparece de vez en cuando para *revisar su inversión*.

No estaba interactuando en la entrevista antes de que Peter dijera mi apellido, pero quizá estaba ocupándose de algo importante en su teléfono.

O tal vez estaba siendo un idiota.

¿Cómo voy a saberlo?

—Eh, abuela. Creo que alguien tiene que resetear a la tía Hannah.

—Quizá deberíamos añadir un poco más de queso a la capa superior —responde mamá—. Eso podría ayudar.

Resoplo.

—Son ridículas.

—Y tú estás fallando como un robot en una tormenta —replica Chelsea.

—Creo que te prefería como una bebé que no podía responder.

Ella se ríe.

—De ninguna manera. Los bebés son asquerosos.

Tengo que asentir, porque más o menos lo son.

Y para ser justos, cuando Chelsea vino a vivir con nosotras, ya tenía dos años, así que era más una niña pequeña que un bebé.

—Oh, basta. —Mamá chasquea la lengua—. Los bebés son adorables, y si tu tía Hannah saliera alguna vez de casa para algo que no fuera trabajar, entonces quizá podría conocer a un hombre y tener su propio bebé.

—Mamá —gimo.

—Solo digo. —Señala la bolsa de mozzarella rallada—. Ahora cuéntanos qué pasó mientras viertes eso encima de aquí.

Tomándolo por las esquinas -porque no me fío de que no lo hayan tomado con sus manos sucias-, espolvoreo el resto del queso por encima de la lasaña.

Cuando dejo la bolsa en la mesa, las dos vuelven a mirarme fijamente.

—¿Estás lista para decirnos cómo conoces a este nuevo dueño? —mamá pregunta.

Inflo las mejillas.

—Es solo un chico que conocí en la universidad. No sabía que estaba en la industria, así que no esperaba verlo sentado en la entrevista. Me tomó desprevenida, eso es todo. —Es la verdad sin demasiada información.

—¿Un chico de la universidad? —Mamá entrecierra los ojos.

Chelsea mueve las cejas.

—¿Saliste con él? ¿Es como un ex novio o algo así?

La preadolescente es demasiado lista para su propio bien.

Mamá abre mucho los ojos.

—Hannah —jadea—. ¿Es... ya sabes... el jugador de fútbol?

Suelto un fuerte gemido mientras me pellizco el puente de la nariz.

—Eso es un sí. —Chelsea se ríe—. ¿Quién es el jugador de fútbol?

—Este chico, tu tía…

—¡Mamá! —Intento interrumpirla, pero me ignora.

—…tenía un enamoramiento cuando fue a Hop University, pero solo estuvo ahí un tiempo, ya que tuvo que volver a casa después de mi apoplejía, y ella nunca llegó a verlo de nuevo.

Estoy molesta con mi yo del pasado por haberle contado tanto a mi mamá, pero cuando salió del hospital, se dio cuenta de que algo me distraía, así que le hablé del chico que me gustaba.

Pero no le conté toda la verdad, hasta qué punto tenía el corazón roto. Porque mamá es una romántica y habría insistido en que volviera aunque ambas supiéramos que era imposible.

—Qué triste. —Chelsea frunce el ceño. Entonces hace la verdadera pregunta—. ¿Sigue siendo guapo?

En lugar de responder, me meto la pajita entre los labios y sorbo la mitad de mi matcha.

7

Maddox

El guardia de seguridad me saluda con la mano cuando paso la caseta y me adentro en mi barrio, pero mi mente no está en la calle mientras serpenteo entre los altos árboles y los largos caminos de entrada. Mi mente está en la sala de conferencias.

Hoy casi parece un sueño despierto. Como si los acontecimientos fueran imposibles.

Pero era real.

Hoy he visto a Hannah Utley.

Hablé con ella.

Porque ahora trabaja para mí.

Piso el freno y reduzco la velocidad al girar el auto en la entrada de mi casa.

Habiendo crecido en Minnesota, sabía que quería retirarme aquí, así que, después de mi primera temporada jugando para los Minnesota Biters, compré esta propiedad.

Paso por alto la parte circular del camino de entrada, me dirijo a mi garaje para cuatro autos y me estaciono en la plaza vacía.

Me duelen las lumbares al bajar del vehículo y me tomo un segundo para apoyar las manos en las caderas y arquear la columna.

Tres décadas de enfrentarme a tipos le han pasado factura a mi cuerpo, y después de días como hoy -en los que estoy atrapado en una silla durante horas y horas-, pago el precio.

Aun así, vale la pena.

Antes de cerrar la puerta, meto la mano en el asiento del copiloto y tomo la bolsa de papel que contiene dos burritos. Como ya no juego y ya no entreno tantas horas como antes, no necesito ingerir tantas calorías en cada comida, pero Dana preparó ensaladas para comer y necesito algo de sustento mientras pienso.

Cuando entro en la casa por la puerta lateral, pulso el botón para cerrar la puerta del garaje.

Me quito los zapatos en el vestíbulo y dejo las llaves en uno de los compartimentos empotrados en la pared. La mayoría de los compartimentos están vacíos, y por un momento pienso que debería comprar algún adorno o algo para llenarlos, pero si aún no lo he hecho, probablemente nunca lo haga.

En calcetines, paso por el cuarto de lavado, por un almacén adicional, por la gran entrada que se abre al salón y, después, por los sofás hasta llegar a la cocina.

En la isla de mármol caben ocho personas, y tengo hornos dobles empotrados en la pared y un tercero en la cocina de gas.

Dejo la bolsa de papel en la encimera y camino alrededor de la isla hasta el armario con los platos.

Dejo uno en la encimera, jalo la manija de otro armario y todo el panel de la pared se abre, dejando al descubierto la despensa oculta.

La luz se enciende automáticamente, encuentro la botella que busco y vuelvo a salir.

Con todo lo que necesito reunido, saco uno de los taburetes y me siento.

En silencio, desenvuelvo mis burritos y empiezo a comer, echando un poco más de salsa picante en cada bocado.

Y con cada bocado, caigo más profundamente en la madriguera del conejo de preguntarme por Hannah. Preguntándome cómo ha sido su vida.

¿Qué dijo sobre el cambio a las clases en línea? ¿Cambió su horario de trabajo?

Me muevo, meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco la hoja de papel doblada que tomé antes de salir de la sala de conferencias.

Con una mano, la aliso junto a mi plato.

Hannah Utley

Su currículum es estándar. Nombre, dirección, número de teléfono...

Doy otro mordisco y dejo el burrito para sacar el celular del bolsillo.

Sin ningún pudor, introduzco sus datos en mis contactos.

Paso el dedo por la hoja hasta la parte de su historial laboral y encuentro el trabajo que coincide con la época en que la conocí.

Floristería Petals.

Trabajó ahí durante años y ha enumerado sus puestos, desde atención al cliente hasta jefa y contadora.

¿Peter dijo el nombre de la tienda como si fuera algo con lo que estuviera familiarizado?

Vuelvo a tomar el teléfono y tecleo la dirección de Petals.

Está en una zona antigua de St. Paul, no tan lejos de mí ni de la oficina.

Escribo la dirección de la casa de Hannah y la añado a los pines del mapa. Después pulso el botón para obtener indicaciones y me encuentro mirando el tiempo de viaje.

Veinte minutos.

Volví a la ciudad hace siete años y, durante ese tiempo, Hannah estaba en casa, en la floristería o ascendiendo en la empresa que ahora tengo. Lo que significa que, durante siete malditos años, ha estado a solo veinte malditos minutos de distancia, y yo no tenía ni idea.

Una fea emoción se retuerce alrededor de mi corazón.

¿Qué pasó?

¿Por qué dejó la escuela, me dejó a mí, para volver a trabajar en Petals? Un lugar en el que, según las fechas de su currículum, llevaba trabajando desde los quince años.

Hago clic en el sitio web de la empresa, pero me lleva a una página desactivada. Vuelvo al mapa, amplío la información de Petals y veo que está cerrada.

No importa.

De vuelta al currículum, miro fijamente sus estudios.

No hay ninguna mención de HOP U. Ningún registro en absoluto de su tiempo ahí. Como si no hubiera sucedido. Como si ni siquiera fuera real.

Sacudo la cabeza ante ese pensamiento.

Es ella.

Sé que es jodidamente ella.

Los mismos ojos. El mismo cabello y las mismas pecas. La misma chispa vibrante de vida.

Trago saliva, admitiendo que ya no es la misma.

Ninguno de nosotros es la misma persona que era en la universidad.

Durante mucho tiempo -demasiado tiempo-, pensé en Hannah. Me dije que tendría noticias de ella.

Nunca intercambiamos números durante la semana que nos conocimos, pero ella sabía dónde vivía. Tenía que saberlo. Todo el mundo sabía dónde vivía.

E incluso después de ese año, cuando me gradué y me reclutaron, podría haberme encontrado. No es que mi vida fuera un secreto. Fui uno de los tackles defensivos mejor pagados de la liga. He estado en portadas de revistas, en programas de entrevistas y programas de noticias y en eventos de celebridades.

Si ella hubiera querido, podría haberme encontrado en segundos.

Hubo algunas veces a lo largo de los años, algunas noches en las que me sentía especialmente solo, que busqué su nombre.

Pero ella no tenía redes sociales, o al menos ninguna que yo pudiera encontrar, y aunque mi amigo, Nate Waller, se metió en el negocio de la tecnología, nunca me atreví a pedirle que buscara.

Él lo habría hecho si se lo hubiera pedido, él sabía lo mucho que su partida me jodió la cabeza.

Pero si la hubiera encontrado, y sé que él podría haberla encontrado, ¿entonces qué?

¿Simplemente aparezco en su puerta?

¿Rogarle respuestas?

¿Y si ella hubiera estado casada?

Miro fijamente su nombre en el papel.

Todavía es Utley.

Esperemos que eso signifique que está soltera, o al menos no casada.

Igual que yo nunca me casé.

No es que haya permanecido célibe todos estos años, pero me propuse salir solo con mujeres que no me recordaran a ella.

Lo cual, ahora que lo pienso, probablemente me salvó del matrimonio. Porque por mucho que Hannah destrozara mi joven corazón desapareciendo así, una parte de mí siempre reconoció que ella era exactamente el tipo de mujer con la que querría pasar mi vida.

No es que nada de eso importe ya.

Porque cuando Hannah me miró hoy, me miró como si ni siquiera me conociera.

8

Hannah

—Buenas noches —les digo a mamá y a Chelsea.

Van a quedarse despiertas viendo otro episodio, o más bien tres, del nuevo reality show de maquilladores que encontraron. Es entretenido, pero a diferencia de ellas, yo tengo un despertador por la mañana.

Entre el comedor y la cocina está la escalera que lleva al piso de arriba, pero tomo el corto pasillo que hay junto a ella y me dirijo hacia la parte trasera de la casa.

Mi habitación es la única de la planta principal, frente a uno de los dos cuartos de baño. La primera y la tercera generación de la familia tienen dormitorios arriba, compartiendo el otro cuarto de baño más grande.

Las tablas del suelo, de una madera clara original de la casa, crujen bajo mis pies.

Paso por nuestro pequeño cuarto de lavado, y luego a mi izquierda está el baño, y a la derecha mi dormitorio.

Es una habitación pequeña, pero está en la esquina, así que tengo una ventana que da al patio lateral y otra al patio trasero, lo que me da mucha luz cuando por casualidad estoy en casa durante el día y quiero esconderme con un libro.

En realidad, el espacio estaba destinado a ser un estudio, no un dormitorio, por lo que toda la pared sobre la que está la puerta está cubierta de estanterías empotradas.

Entro en mi habitación, cierro la puerta y, como siempre, siento que estoy entrando en mi biblioteca personal.

Tras cerrar las cortinas, me meto en la cama.

Como de costumbre, me lavé los dientes y me puse los pantalones de dormir y la camiseta de tirantes antes del último episodio. Es algo que mamá y yo empezamos a hacer cuando estaba en la escuela, así que si nos quedábamos hasta muy tarde viendo la tele, podíamos irnos directamente a la cama.

Pequeños destellos de luz de luna se cuelan por las cortinas, recordándome una época en la que dormí en otra biblioteca.

Me subo las mantas hasta la barbilla, cierro los ojos y me permito recordar.

Cuando nos dimos cuenta de que nos habían encerrado, Maddox y yo nos unimos como imanes. Como si no hubiera otro resultado que combinarnos como lo hicimos.

Usamos bancos como cama, y... *después*, yo usé su pecho como almohada, y usamos su sudadera como manta.

Pienso en el balón de papel que llevaba en el bolsillo, en cómo la apoyó contra su pecho y me dijo que pidiera un deseo y lo tirara a una silla para que se cumpliera.

Deseé que Maddox fuera el hombre con el que me casara.

Y cuando el balón de papel se desvió de su trayectoria, él lo colocó en su sitio de una patada.

En ese momento, me pareció una señal. Como una especie de buen augurio.

Pero desde entonces, decidí que no fue así, que tal vez su interferencia se metió con nuestros destinos. Como si hubiera reescrito nuestras líneas de tiempo con esa patada.

Es una tontería, por supuesto. Los destinos no son reales.

Pero, ¿y si él no la hubiera ayudado? ¿Y si se hubiera desviado y hubiera caído al suelo?

Tal vez me habría ido a dormir esa noche con un poco menos de confianza, y por lo tanto no le habría dado tanta importancia a nuestro tiempo juntos.

Me pongo de lado y pongo mis manos debajo de mi barbilla.

Nunca olvidé a Maddox, pero con el paso del tiempo, cuando vi cómo su vida se transformaba en la de un atleta profesional, los recuerdos me parecieron cada vez menos reales. Porque él se convirtió en alguien a quien ya no conocía.

Se convirtió en una figura tan distante que ni siquiera me planteé qué haría si me lo volviera a encontrar.

Por supuesto, sabía que vivía en algún lugar de Twin Cities, ya que jugó en los Biters durante cinco años, pero nos movíamos en círculos tan diferentes que no se me ocurrió preocuparme por eso.

Pero que siguiera de cerca su carrera no significa que estuviera suspirando por él, solo fue por curiosidad.

He tenido citas desde entonces. Salí con algunos chicos realmente agradables. Es mala suerte que nada haya funcionado.

No lo estaba esperando.

9

Maddox

—Sé que varios equipos le han echado el ojo a Max Lovelace para la primera ronda del draft del próximo abril —dice el conductor deportivo sobre mi hermano menor.

Sigo escuchando la televisión, pero vuelvo a buscar la ubicación de Petals.

Hay algo en todo esto que no tiene sentido.

¿Por qué iba a trabajar Hannah en esta tienda de mala muerte durante tantos años y luego irse a HOP U solo una semana antes de volver?

Nunca me pareció una persona irresponsable o temeraria. No habría hecho todo el trabajo para ser admitida, mudarse y conseguir un trabajo en el campus, solo para irse.

Me golpeo el muslo con el teléfono.

¿Por qué me obsesiono con esto?

Es solo una mujer que conocí.

Obligo a mis ojos a mirar la pantalla del televisor, pero solo lo consigo unos minutos antes de volver a tomar el teléfono y enviarle el enlace con el nombre y la ubicación del negocio a Waller.

Yo: *¿Me haces un favor?*

Waller: *Si quieres que te envíe rosas, solo tienes que pedirlo.*

Yo: *Si tengo que pedirlo...*

Waller: *¿Te vas a emborrachar sin mí?*

Yo: *No, pero no es mala idea.*

Waller: *Estoy fuera de la ciudad, así que tendrás que beber solo esta noche, pero puedo enviarte las flores si eso te hace sentir mejor.*

Resoplo. Waller puede ser un idiota, pero hay una razón por la que seguimos siendo amigos desde nuestros días jugando para HOP U. Incluso cuando jugábamos para equipos rivales, siempre nos mantuvimos en contacto, y ahora, ambos terminamos retirados en Minnesota. Yo porque crecí aquí, él porque vino de visita y se enamoró.

Yo: *Puedo comprar mis propias flores. Necesito que investigues el negocio. La mierda de fondo.*

Waller: *Supongo que la energía solar y los arreglos florales podrían ir juntos.*

Yo: *¿Por qué soy tu amigo?*

Waller: *Porque soy muy apuesto.*

Me río a carcajadas.

Yo: *Mi pie izquierdo es más bonito que tú.*

No es cierto. Con cabello ondulado y rasgos definidos, Waller nunca ha tenido problemas para llamar la atención.

Yo: *Uno de mis empleados trabajó ahí durante mucho tiempo y tengo algunas preguntas.*

Debería decirle quién. Probablemente hace una década que no me oye hablar de ella, pero seguro que se acordaría.

Pero por alguna razón, no estoy preparado para decírselo.

Sobre todo porque me hará preguntas para las que no tengo respuesta.

Y su primera pregunta será si voy a ir tras ella.

Mi reacción instintiva es sí, pero la reacción de mi corazón es no, y mi reacción cerebral me recuerda que hay una política de no confraternización en mi empresa. Una política que me aseguré de que existiera cuando me incorporé al sector para evitar que las empleadas ligaran conmigo.

Waller: *Estoy en eso.*

Yo: *Gracias.*

No es tan tarde, pero estoy agotado y listo para terminar este día.

Tomo el mando a distancia, apago el gran televisor que hay sobre la chimenea y me levanto del sofá.

Me duelen las rodillas, al igual que la espalda, pero al cabo de unos pasos se aflojan.

El plato de mi cena ya está en el lavavajillas, así que tomo mi vaso de agua de la isla y apago las luces de la cocina.

Apago el resto de las luces mientras me dirijo a la escalera principal, pero la luz de la luna brilla a través de las ventanas descubiertas, iluminando mi camino.

Al subir los escalones, giro a la derecha hacia la suite principal.

La otra dirección alberga las suites de invitados, poco usadas.

Paso por las puertas dobles de mi dormitorio y las dejo abiertas. Aquí no hay nadie, así que no hace falta cerrarlas detrás de mí.

Mi cama está deshecha, como la dejé, y me desnudo mientras cruzo la habitación.

Desnudo, entro en el cuarto de baño anexo y paso a mi vestidor.

Después de elegir unos bóxers limpios, me los pongo y vuelvo al baño a lavarme los dientes.

La rutina es algo natural y, mientras la sigo, mi mente vuelve a pensar en Hannah.

Se queda en ella mientras escupo mi pasta de dientes en el lavabo.

Permanece en ella mientras salgo del baño y cruzo hacia mi cama.

Y no puedo dejar de pensar en ella mientras coloco las mantas en su sitio.

Con los brazos extendidos sobre el colchón, pienso en aquella noche que pasamos juntos. Cómo me acosté así, en una cama hecha de bancos, y cómo ella se acurrucó a mi lado. Cómo se veía su manita sobre mi pecho, y cómo pude sentir el calor de su muslo cuando lo enganchó sobre el mío.

Cierro los ojos y pienso en mi Hannah Bunny[3].

Cómo las tres primeras veces que la vi, huyó. Como un conejito asustado.

Y hoy pienso en su escondite.

Cómo sigue huyendo de mí, actuando como si yo fuera un extraño.

Pero por mucho tiempo que haya pasado, no somos extraños.

Quizá tenga que recordarle quién soy.

[3] Conejito/a.

10

Hannah

Agachada junto a mi silla, abro el cajón inferior de mi escritorio.

Por lo visto, las empresas llevaban preparando esta fusión mucho más tiempo del que nos contaron, porque la oficina de arriba está lista para que empecemos a mudarnos el lunes. De ahí que me pasara la mañana del viernes empacando todas mis cosas.

La molestia se dispara cada vez que pienso en eso.

No es que fuera a renunciar solo porque Maddox iba a ser el nuevo dueño. Bueno, a decir verdad, podría haberlo hecho, pero ahora nunca lo sabremos, porque nadie nos lo dijo pero al menos podría haberme preparado mejor.

Nunca creí que pensaría esto, pero gracias a Dios por Brandon. Si no hubiera entrado en mi oficina antes de la entrevista, habría entrado en esa situación a ciegas.

Introduzco un puñado de archivos en la caja.

Ayer no vi ninguna señal de Maddox, así que solo tengo que pasar el resto del día y luego tendré el fin de semana para reflexionar sobre mi situación actual.

—¿Necesitas ayuda?

La voz grave me sobresalta y empiezo a inclinarme.

Mi brazo se sacude en respuesta y me golpeo el codo contra el borde del escritorio antes de perder completamente el equilibrio y acabar de nalgas.

—¡Mierda! —Me agarro el codo con la mano contraria y me froto el dolor mientras me siento en el suelo.

—¿Hannah? —La voz de Maddox se acerca hasta que me mira por encima de mi escritorio.

Perfecto. El hombre exacto que esperaba evitar hoy.

—¿Estás bien? —El hombre grande da un paso al lado del escritorio.

Dejo de frotarme el codo para levantar la mano, con la palma hacia fuera.

Él da un paso más antes de detenerse.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No lo hiciste. —No sé por qué lo niego. Es obvio que lo hizo. Estoy en el suelo, después de todo.

—Por supuesto que no. —Aprieta los labios en una línea, y creo que el idiota está tratando de no sonreír—. Olvidé lo propensa que puedes ser a los accidentes.

Me quedo boquiabierta, pero antes de que pueda decirle algo, se agacha, me pasa las manos por debajo de los brazos y me levanta.

Un pequeño sonido sale de mi garganta mientras mi corazón tartamudea en mi pecho.

Él mueve las manos para agarrarme por los brazos y estabilizarme.

Su olor me envuelve mientras estamos codo con codo.

Es diferente de lo que solía ser. Sigue siendo jabón y colonia, pero más... adulto.

Es demasiado.

Estar tan cerca... que haga referencia a nuestra historia... es demasiado.

¿Cómo se atreve?

Me empieza a cosquillear la nariz.

No puedo dejar que vuelva a tener ese control sobre mí.

Me empiezan a arder las mejillas.

—Hannah. —Su tono es suave, y es peor que la burla.

Enderezo los hombros.

—No sé a qué se refiere, señor Lovelace.

Entrecierra un poco los ojos y da un paso atrás, pero en lugar de bajar las manos, me pasa los dedos por el dorso de los brazos, rozándome el codo herido.

—Claro que no.

La piel se me pone de gallina, pero la ignoro.

—¿Necesitabas algo?

Maddox cruza los brazos sobre su enorme pecho, la tela de las mangas tensa sobre sus bíceps.

No quiero fijarme en lo bien que se ve, pero de nuevo, lleva una camisa sencilla y pantalones oscuros, y se ve peligrosamente guapo.

Doy un pequeño paso atrás.

Parece más alto de lo que era en la universidad, pero tal vez sea solo que se levanta con más confianza.

Mad Dog Maddox era impresionante a los veinte años, pero a los treinta es una fuerza.

Cruzo mis propios brazos, queriendo igualar su pose de poder.

Mi camisa de rayas granates y blancas está abotonada hasta arriba, a diferencia de la de Maddox, y en el cuello tengo dos largas tiras de tela que até formando un lazo. Es bonita, pero también es una camisa que llevo a menudo, así que nadie pensará que me estoy esforzando demasiado por vestir elegante en un viernes informal. Porque *no* llevo esto por Maddox. No intento impresionarlo en absoluto, y si llevo la camisa suelta metida por dentro de mis jeans ajustados pero elásticos, es porque me resulta cómodo y no tiene nada que ver con que piense que se me ve bien el trasero con estos pantalones.

Sin quererlo, me viene a la mente un recuerdo de ver a Maddox en la televisión en algún acto benéfico con una despampanante mujer con aspecto de supermodelo del brazo.

Cruzo los brazos con más fuerza sobre mi cuerpo.

Tengo problemas de imagen corporal como cualquiera, pero aprendí a sentirme cómoda en mi piel. Me enseñé a mí misma que todos los cuerpos son buenos cuerpos. Me aseguré de que Chelsea crezca en un hogar donde nadie se avergüenza de su aspecto, y todo *eso* hace que odie aún más este sentimiento de cohibición.

No quiero sentirme así.

No dejaré que nadie me haga sentir así.

Exhalo un suspiro y bajo los brazos.

No es una postura de poder si la uso para esconderme.

—Knock, kno… —Brandon comienza desde la puerta—. Eh, Hannah?

El cuerpo sobredimensionado de Maddox me bloquea por completo de la vista de Brandon.

Me hago a un lado, con cuidado de no tropezar con mi caja de archivos, y miro a mi compañero de trabajo.

—Aquí estoy.

Sus ojos se dirigen a la espalda de Maddox y luego a mí. No me extraña que Maddox ignore la presencia de Brandon.

—Solo... quería saber si te gustaría salir a comer.

No es la primera vez que Brandon me lo pide. Siempre he dicho que no en el pasado porque no quiero que se lo tome a mal, pero hoy estoy realmente tentada de aceptar simplemente para salir de esta situación.

Luego Brandon añade:

—Iremos unos cuantos.

Vendido.

—Me encantaría ir.

Por dentro, pongo los ojos en blanco al ver la cara de suficiencia de Brandon.

He dejado lo más claro posible a lo largo de los años que no me interesa conocerlo fuera del trabajo, y acaba de invitarme a una comida de trabajo, con *unos cuantos más*, así que no hay razón alguna para que parezca que ganó algo.

Pero da igual. No es mi problema si quiere ser tonto.

—¿Ya se van todos? —pregunto mientras uso el pie para cerrar de una patada el cajón de abajo.

—Sí. —Brandon asiente—. Iremos a Puck Off, ese lugar temático de hockey con buenos especiales de almuerzo.

Finalmente, Maddox se aparta de mí para mirar a Brandon.

Maddox levanta una ceja.

—¿Hockey?

Brandon sonríe.

—No te ofendas.

Hombres.

Aprovecho la oportunidad, tomo mi bolso del escritorio y paso alrededor de Maddox.

Acabo de pasarle, de dar un paso más allá de su posición, cuando él habla.

—Nos vemos ahí.

11

Maddox

Hannah no puede ocultar su reacción. No quiere que vaya.

Brandon es aún peor disimulando su fastidio, y eso solo me hace estar más seguro de mi primera impresión de él. Que es que no me gusta, y ahora sé que tiene sus ojos puestos en Hannah.

—Oh, eh, no sientas que tienes que hacerlo. Si tienes planes... —Brandon me mira a mí y a Hannah, que sigue congelada entre nosotros.

—No hay otros planes. —Doy un paso adelante y pongo mi mano en la espalda de Hannah -guiándola afuera de la oficina-, y, si lo estoy leyendo correctamente, molestando a Brandon.

LOVE LETTERS

—¿Cuántos? —me pregunta el anfitrión al entrar en el restaurante.

Luego hace una doble toma.

—¡Mierda! —Hace un gesto de dolor—. Lo siento. ¡Pero *mierda*! Eres Mad Dog Maddox, ¿no?

Asiento, y él se pasa las manos por la cara.

—Mierda, hombre, te amo. Quiero decir, no de una manera rara, pero...

Le doy un respiro y sonrío.

—Está bien, chico. Te lo agradezco.

La puerta se abre detrás de mí, pero el chico -que probablemente tenga unos veinte años-, no presta atención a los recién llegados.

—Mi papá y yo veíamos todos tus partidos, y cuando viniste a jugar con los Biters.... —Sacude la cabeza y vuelve a llevarse las manos a la cara—. ¿Puedo tomarme una selfie contigo?

Miro por encima del hombro y veo al grupo de empleados de MinneSolar apiñados en la entrada detrás de mí.

—Claro —le digo al chico, aunque ya está rodeando el podio tras el que está colocado—. Pero parece que el resto de mi mesa está aquí.

No me molesté en participar en la discusión del auto compartido, así que me adelanté a todos, y ahora mis nuevos empleados me observan mientras adopto mi habitual pose de *Mad Dog* (brazos cruzados, hombros hacia atrás, boca en posición horizontal) para la foto.

Nadie quiere ver sonreír a Mad Dog.

Oigo algunos susurros, pero a la única empleada que miro es a Hannah.

Y ella está mirando hacia adelante.

Excepto que sus ojos no están en los míos, están en mi pecho. Ahora mis brazos, y mis hombros.

Y más abajo.

Un lado de mi boca se levanta. Me está mirando.

Por suerte, el chico ya terminó con su foto, así que da un paso atrás y se mete el teléfono en el bolsillo.

—Gracias. De verdad. Voy a enmarcarla para el cumpleaños de mi papá.

—Espero que le guste. —Hago un gesto con la cabeza hacia mi grupo—. Parece que somos ocho. ¿Funcionará?

Desde donde estamos, veo que el restaurante está bastante concurrido, lo cual es lógico porque es mediodía y en el centro un viernes, pero el chico ya está asintiendo.

—Sí, tenemos una mesa lista. —Hace un gesto con la mano—. Estaba lista para un grupo que venía a las doce y media, pero los pondremos en otro sitio.

Me encojo de hombros. Apesta ser esos tipos, luego inclino el cuerpo para dejar que los demás se me adelanten.

—Vale la pena ser famoso. —Uno de los chicos cuyo nombre no recuerdo me sonríe mientras sigue al anfitrión al interior del restaurante.

Hannah pone los ojos en blanco, pero luego los mantiene hacia adelante en lugar de mirarme a mí.

Me pongo en la retaguardia del grupo mientras nos dirigimos al otro extremo del comedor.

Como todos los buenos bares deportivos, hay mucha madera oscura, recuerdos de hockey en todas las paredes y toda una hilera de televisores encima de la barra, todos con partidos de hockey o algo relacionado con el deporte.

El anfitrión se detiene ante una mesa rectangular con cuatro sillas en cada uno de los lados largos, y todo el mundo empieza a sentarse.

Hannah ocupa uno de los puestos de los extremos, y juraría que Brandon se lanza por la silla contigua a la suya.

Despreocupadamente, porque no soy un niño desesperado, retiro la silla que está justo enfrente de Hannah.

Las plazas de los extremos me dan más espacio para mis anchos hombros. Es una afortunada coincidencia que vaya a mirar a mi perdida Hannah durante la próxima hora.

UTLEY

love letters , libro 1.

12

Hannah

Esto es una pesadilla.

Me quedé dormida. Estoy soñando, y estoy teniendo una pesadilla.

Intento pellizcarme el muslo a través de los jeans, pero la tela me aprieta demasiado y no consigo agarrarme a nada.

No es que me sirva de algo. No tengo tanta suerte como para que esto sea solo un mal sueño.

Justo después de sentarnos, conmigo rodeada de los dos hombres que menos quería ver, el mesero se acerca para tomar nota de nuestras bebidas.

Eso me da un minuto enorme para intentar serenarme.

Spoiler: no es tiempo suficiente.

Respiro lenta y profundamente y me recuerdo a mí misma que esto es solo un almuerzo con algunos compañeros de trabajo y nuestro nuevo jefe.

Miro a Maddox.

Está hablando con uno de los chicos de la mesa de al lado sobre algo relacionado con el fútbol, lo que me da la oportunidad de fijarme en su perfil.

Lo odio.

Porque es tan perfecto.

El vello facial recortado, y el recuerdo de cómo me hizo cosquillas en la piel sensible de la cara interna de los muslos.

Los labios con ese tono perfecto de rosa, y la forma en que me besaron como si yo fuera todo lo que necesitaba.

Maddox apoya el codo en la mesa y yo sigo los coloridos tatuajes por su antebrazo hasta la mano.

Está cerrada en un puño flojo, pero Dios, es tan grande. Si la aplanara, ocuparía el espacio de un plato de comida.

Su puño se afloja un poco y tengo que decirme a mí misma que siga respirando. Porque recuerdo cómo se veía, de pie sobre mí, desnudo en la sombría biblioteca, acariciando su cuerpo.

Maddox golpea la mesa con el dedo índice y levanto los ojos, que se clavan en los suyos.

13

Maddox

Vuelvo a centrar mi atención en el tipo que me habla y reprimo una sonrisa.

Bajar las defensas de Hannah va a ser más fácil de lo que pensaba.









14

Hannah

El calor me sube por el cuello y me entretengo mirando el menú.

Relájate, Hannah. Respira hondo, y relájate.

Tenía que volver a ver a Maddox. Es el dueño de la empresa, y si hoy sirve de indicación, estará en la oficina. Tal vez no todos los días, ya que no estuvo ayer, pero tengo que aprender a ser normal a su alrededor.

Respiro de nuevo y hago que mis ojos se centren en las palabras que tengo delante.

Está bien.

Todo esto está bien.

Y si se vuelve completamente miserable ver a Maddox todo el tiempo, puedo encontrar un nuevo trabajo.

—¿Y para ti? —La voz amable atrae mi atención y encuentro a la mesera a mi lado, con las bebidas ya dispuestas sobre la mesa.

—Lo siento —me disculpo. La mesera tiene su libretita en la mano, así que supongo que está tomando pedidos de comida—. Pediré el... —Miro el menú y leo lo primero que veo—. El wrap de pollo César, por favor.

—Buena elección. Ese es mi favorito.

Su sonrisa me hace sonreír y le entrego mi menú.

—¿Y tú? —Se gira hacia Maddox.

Su menú ya está cerrado porque, obviamente, ha estado prestando atención, y mientras se lo entrega a la mesera, levanto mi vaso de Dr. Pepper y le doy un sorbo.

—Quiero el sándwich de jamón y queso, por favor —pide Maddox amablemente.

Me lleva un segundo.

Solo un segundo para que todo se venga abajo.

Y con la comprensión llegan las emociones.

Todas las emociones que he intentado contener desde que oí su nombre el miércoles. Todo el dolor, la ira y la traición que han estado supurando dentro de mí durante quince años. Todo vuelve a su lugar como si nunca se hubiera ido.

Todavía tengo la boca llena de Dr. Pepper y, cuando intento tragarlo, se me agarrota la garganta.

Consigo bajarlo, pero algunas de las burbujas golpean mal, haciéndome toser.

Vuelvo a toser, me escuecen los ojos y dejo el vaso.

A mi lado, Brandon se gira hacia mí.

—Dios, Hannah. —Se ríe a medias—. ¿Es la primera vez que lo bebes?

Él levanta una mano como si fuera a acariciarme la espalda, pero no quiero que me toque.

—Estoy bien —me ahogo, aunque lucho por no echarme a llorar.

¿Por qué Maddox juega así conmigo? ¿No le basta con haber fingido que yo no existía cuando estaba más vulnerable? ¿No puede seguir haciéndolo? ¿Seguir fingiendo que nuestra estúpida semana juntos nunca ocurrió?

—¿Hannah? —La voz de Maddox es más grave que la de Brandon, y no tiene humor.

—Estoy bien —repito, sin hacer contacto visual con ninguno de los dos.

No quiero que nadie me ayude. No necesito que nadie me ayude.

—Odio cuando se va por el caño equivocado. —Brandon se ríe a mi lado.

Me aclaro la garganta lo más suavemente posible, necesitando que la atención se aleje de mí, y por suerte Brandon vuelve a su conversación anterior.

Me toco con los dedos las comisuras de los ojos.

Mantenlo unido.

—Hannah. —Maddox dice mi nombre más bajo esta vez.

—Ahora vuelvo —digo mientras me levanto de la silla.

Vi el letrero de los baños mientras caminaba hacia la mesa, así que me dirijo hacia ellos.

Una lágrima gotea por el rabillo de mi ojo.

Luego sigue una segunda.

Aprieto la mano contra la puerta del baño de mujeres y la empujo para abrirla.

Hay una mujer en el lavabo, pero yo agacho la cabeza y me dirijo a la cabina más alejada para tener mi crisis mental en privado.

15

Maddox

Me siento culpable al ver cómo Hannah se frota los ojos mientras corre hacia los baños. Lejos de mí.

Me gustan los sándwiches de jamón y queso, pero mentiría si dijera que lo pedí por otra razón que no fuera la de provocar a Hannah.

Pero supuse que obtendría una chispa de indignación, algún tipo de desafío.

Esperaba que fingiera que no entendía la referencia, o que no se acordara de nada.

No esperaba ver su rostro caer de la forma en que lo hizo. No esperaba ver tanto dolor en sus ojos.

No quería hacerla llorar.

—¿Te gusta el sándwich de jamón y queso?

—Sí. —Me mira como si fuera una pregunta capciosa.

Extiendo uno de los sándwiches.

—Toma, no necesito los tres.

—¿Cómo sabías que estaría en esta planta? —Hannah mira a su alrededor en nuestro pequeño rincón de la biblioteca de la universidad—. ¿Y cómo me ganaste?

La satisfacción florece en mi pecho. Esta vez no huye de mí.

—Suerte, y atleta, ¿recuerdas?

Veo el momento en que decide darme una oportunidad.

Hannah da un paso adelante, y yo sonrío.

Hace tanto tiempo, pero aún puedo imaginármelo como si acabara de ocurrir. Todavía puedo sentir cómo me hizo sentir.

Miro el asiento vacío de enfrente. ¿Cómo ella pudo tener tanto impacto en mí?

—No te preocupes por ella, es resistente —comenta Brandon, y me dan ganas de aplastarle los huesos de la muñeca con el puño.

Porque sé que lo es. Se torció el tobillo, se lesionó la nariz y casi se cae de un taburete cuando la conocí, y ni una sola vez pidió ayuda. Tuve que agarrarla en el aire yo mismo.

Brandon levanta un hombro, como si le hubiera hecho una pregunta.

—Nos conocemos desde hace tiempo.

Se conocen.

Está tratando de hacerlo sonar como si fueran una pareja, pero sé que no lo son. Puedo decir por el lenguaje corporal de Hannah que no le gusta, no así.

No significa que no se acostara con él en el pasado.

—Hmm —es todo lo que respondo, porque estoy bastante seguro de que este imbécil está intentando engañarme.

Pasan otros minutos y lo que empezó como culpa se transforma en preocupación.

Ella ha estado ausente demasiado tiempo.

Muevo las piernas, preparándome para empujar la silla hacia atrás, cuando Hannah aparece en mi campo de visión.

Es tan jodidamente hermosa.

Lleva el cabello recogido en una coleta alta en la nuca, lo que me permite ver todo su bello rostro a medida que se acerca.

Hannah le sonríe a uno de los meseros con los que se cruza, pero no le llega a los ojos.

Pero, falsa o no, mantiene la sonrisa mientras se acerca.

Sus mejillas están libres de lágrimas y su maquillaje no parece manchado.

Miro su bolso mientras lo engancha al respaldo de la silla.

¿Se arregló el maquillaje?

Se sienta en su silla, me mira y lo veo.

Su máscara de pestañas está perfecta, su delineador intacto, pero sus ojos están inyectados en sangre.

Estuvo llorando.

Esa culpa se expande.

Hice llorar a Hannah.

¿Pero por qué demonios la mención de un sándwich la hace llorar?

Aprieto los dientes.

Esta especulación es ridícula. Solo necesito hablar con ella.

16

Hannah

Acomodada en mi silla, puedo sentir a Maddox mirándome fijamente.

Quiero ignorarlo, pasarme el resto del almuerzo mirando a otra parte, pero me obligo a encontrarme con su mirada.

Sus labios se entreabren como si fuera a decir algo, pero pronuncio la palabra *no*.

Literalmente, no hay nada que pueda decirme o preguntarme en este entorno que mejore mi situación mental actual.

Cierra la mandíbula y tengo un segundo para estresarme por el hecho de que acabo de reñir en silencio a mi nuevo jefe, pero entonces aparece mi mesera favorita y distrae a todo el mundo con comida.

Todas las conversaciones a los lados se cortan al colocar los platos.

La mitad de mí que está dolida no tiene hambre, pero la mitad de mí que está empezando a sentir más rabia que dolor sabe que no comer solo llamará la atención sobre mí.

Tras desenrollar los cubiertos, dejo la servilleta sobre mi regazo y recojo mi wrap.

En mi segundo bocado, Brandon empieza a hacerle preguntas a Maddox sobre la industria solar.

Y por mi quinto bocado, es obvio para todos, excepto tal vez Brandon, que Maddox no debe ser subestimado. Él puede ser un idiota, pero no es tonto de nadie.

Maddox toma una papa frita de su plato y me doy cuenta de que su elegante sándwich de jamón y queso ya se acabó.

La primera vez que comimos juntos, me burlé de él por lo rápido que comía.

Dejo que mis ojos se dirijan a los suyos y él se encoge de hombros, como si reconociera lo que estoy pensando.

Es otro recuerdo de nuestro pasado, pero éste no me atraviesa el corazón como lo hizo su pedido de comida. Este detalle me resulta... familiar.

Mientras termino mi almuerzo, Brandon se pasa los siguientes treinta minutos interrumpiendo a nuestros compañeros para *presumir* de sus propios conocimientos.

Estoy avergonzada por Brandon, pero el interrogatorio me da la oportunidad de sacarme de la cabeza todo lo que pasó antes.

La expresión de Maddox después de que hiciera su pedido y yo empezara a toser por mi vida no parecía falsa. No creo que quisiera hacerme entrar en una espiral, simplemente no lo entiende, no lo comprende.

Intento hacernos un favor a los dos fingiendo que no hay historia entre nosotros. No puedo pensar en una sola razón por la que él no haría lo mismo.

—¿Sabías que el primer panel solar se inventó en 1883?

Maddox le da a Brandon el parpadeo más lento que he visto antes de responder con la voz más seca.

—No me digas.

Una pequeña carcajada intenta escaparse, pero me aclaro la garganta para taparla.

Maddox estrecha los ojos hacia mí, pero finjo no darme cuenta.

Está claro que estos dos se caen mal, aunque no entiendo por qué, pero Maddox está haciendo un mejor trabajo para no parecer un idiota.

17

Maddox

En grupo, salimos del restaurante y nos dirigimos al estacionamiento de al lado mientras el Gruyère derretido y el jamón ahumado se asientan como una roca en mi estómago.

Quiero decirle a Hannah que vuelva a la oficina conmigo. Quiero exigirlo, de hecho, pero señalarla ahora la pondría en el punto de mira, e incluso si todavía estoy un poco resentido por su desaparición no quiero sacar a la luz nuestra historia delante de nuestros colegas. Este asunto entre nosotros es solo entre nosotros.

Levanto la mano para saludar mientras algunos chicos dicen *adiós*.

Pensaba volver a la oficina, pero tal vez no lo haga.

—Es el BMW —dice Brandon mientras señala el que debe ser su auto.

Me cuesta mucho no poner los ojos en blanco cuando me mira.

Primero, apostaría mi pulmón izquierdo a que se aseguró de que todo el mundo supiera que conducía un BMW en el viaje hasta aquí. No hay manera de que este idiota de mierda no lo mencionara un mínimo de seis veces.

Segundo, ¿en serio está tratando de presumir conmigo? El dinero no significa una mierda. No en lo que respecta al carácter de alguien, pero yo jugué profesionalmente durante una docena de años. Una simple búsqueda en línea le dirá cuánto hice cada año.

Pista: era mucho. Como un puto montón, y fui inteligente con él. Invertí, ahorré, no compré varias casas ni me gasté el dinero en barcos u otras mierdas, así que ahora, tengo aún más.

Asiento a Brandon.

—Hacen buenos autos.

No compro autos nuevos todos los años, pero compré uno este año.

Al detenerme junto a mi vehículo, hago un gran esfuerzo por no sonreír. Porque yo también conduzco un BMW, o al menos hoy he conducido el mío; no es el único vehículo que tengo.

El auto de Brandon es más práctico, con cuatro puertas frente a las dos mías, pero costando aproximadamente cuatro veces más que el suyo, el mío es más divertido.

Él hace una doble toma y juro que se le adelgaza el labio inferior.

Nunca avergonzaría a alguien por lo que conduce, pero Brandon merece un poco de humillación.

Tal vez podamos organizar un partido de dodgeball en la empresa y le tire algo a la cara.

Me haría sentir mejor, y por las miradas que él recibió hoy, no creo que fuera el único que le apuntara.

Imagino a Hannah disparándole, y casi me hace sonreír.

Subo a mi auto y espero mientras todo el mundo se divide entre el auto de Brandon y el todoterreno de tamaño medio que otro tipo ha conducido.

El todoterreno va primero, luego Brandon, y luego yo salgo.

El tráfico no es demasiado malo, así que nos mantenemos en fila mientras avanzamos por la calle.

Decido que es mejor volver con los demás, así que continúo mi camino.

El semáforo que tenemos delante se pone en amarillo y el todoterreno pasa, pero Brandon se detiene justo cuando se pone en rojo.

Tamborileo con los dedos sobre el volante, gratamente sorprendido de que no haya intentado atravesar el semáforo, y feliz porque lleva a

Hannah con él. Si la pusiera en peligro con una conducción temeraria, haría algo más que avergonzarlo.

Inclinándome hacia adelante, intento ver a Hannah a través de la ventanilla trasera, pero está en el asiento del copiloto, y es lo bastante bajita como para que su figura quede oculta por el asiento y el reposacabezas.

El semáforo se pone en verde y el auto de Brandon avanza bruscamente. Está claro que ha pisado el acelerador.

—Mierda... —Levanto el pie del freno mientras empiezo a maldecir al idiota, pero entonces ocurre.

Un auto que cruza por la derecha intenta saltarse el semáforo en rojo al mismo tiempo que Brandon intenta saltarse el verde, y chocan.

Hannah.

Freno de golpe.

El corazón me late dolorosamente en el pecho mientras estaciono el auto y salgo a toda prisa.

Dejo la puerta abierta de par en par y corro hacia los dos autos que bloquean el cruce.

Ambos vehículos están parados. No hay humo. No hay fuego, pero aún así, siento que no puedo respirar.

Mis zapatos golpean contra la dura superficie de la calle.

Cinco pasos más.

Tres.

Uno.

Doy un tirón a la manija de la puerta del copiloto, pero no se abre.

Me agacho y miro a Hannah a través de la ventana.

—Ábreme la puerta.

Ella asiente, pero el movimiento es frenético, y sus labios empiezan a temblar.

A mi lado, oigo a alguien salir del otro vehículo. Tiene que ser el conductor, pero no le presto atención.

—Bebé. —Presiono el cristal con el dedo, intentando que mire el pomo de la puerta—. Abre la puerta.

Hay movimiento más allá de Hannah, y Brandon se desabrocha el cinturón de seguridad y busca la manija de la puerta.

En cuanto abre la suya, oigo el ruido sordo del resto de las puertas al abrirse y abro de un tirón la de Hannah.

—¿Estás bien? —Me agacho a su lado.

—S-sí. —Traga saliva.

Coloco mi mano izquierda en el marco de la puerta para mantener el equilibrio, pero apoyo la derecha en su muslo, haciéndole sentir que estoy aquí.

Los gritos comienzan cerca de los parachoques delanteros, el otro conductor obviamente está tan exaltado como Brandon.

Me inclino un poco más hacia el interior del auto y miro a los dos sentados en el asiento trasero.

—¿Están bien?

Ambos asienten.

—¿Puede uno de ustedes llamar a la policía mientras el otro evita que ese idiota se agarre a golpes? —Inclino la cabeza para señalar a Brandon y al otro conductor, que siguen gritándose por un par de parachoques dañados.

—Estamos en eso —responde uno de los chicos mientras ambos salen del auto.

Cuando se van, le aprieto suavemente la pierna y digo su nombre.

—Hannah.

La suave tela de su camisa vibra al inhalar entrecortadamente.

—Bebé, necesito que salgas del auto. —No quiero provocar malos recuerdos llamándola así, pero la familiaridad parece estar calando en ella—. Voy a desabrocharte el cinturón, ¿okey?

—Yo puedo —prácticamente susurra.

—Sé que puedes. —Le sonrío mientras levanto la mano de su muslo y la paso por su regazo.

El cinturón hace clic, levanto la hebilla y dejo que retroceda lentamente.

Hannah parpadea hacia mí.

Vuelvo a poner la mano en su muslo.

—Te levantaré de este auto si me obligas, pero estoy bastante seguro de que eso provocará una escena.

Suenan sirenas a lo lejos y, teniendo en cuenta que estamos en pleno centro de St. Paul, no es de extrañar que la respuesta de la policía sea rápida.

Hannah exhala, y suena más firme.

—Okey.

Hundo la barbilla.

—Okey, ¿quieres que te lleve?

Su boca se tuerce.

—Okey, yo puedo salir.

—Si ese es tu deseo. —Finjo que mis rodillas no crujen cuando me empujo para ponerme de pie—. Vamos. —Le tiendo la mano.

Por un momento, espero que me empuje, pero en lugar de eso, Hannah pone su palma sobre la mía.

La agarro con fuerza de la mano mientras sale del auto, y ella se toma un segundo para estabilizarse antes de mirarme.

—Gracias. —Sus dedos tiemblan.

—¿De verdad estás bien? ¿No estás herida?

Hannah empieza a negar con la cabeza, pero yo levanto la mano que tengo libre y se la pongo en el cuello, deteniendo su movimiento.

—Antes de hacerlo, presta atención a tu cuerpo. ¿Hay algo que no te guste?

La piel de su cuello es tan suave y cálida que quiero presionar mi rostro contra ella.

Al escucharme, Hannah mueve lentamente el cuello y los hombros antes de volver a sacudir la cabeza.

—No me duele nada en absoluto —me dice.

—¿Lo prometes?

Junta los labios y asiente.

De mala gana, bajo la mano de su cuello.

—Es que... no sé por qué me asustó tanto. —Hannah levanta la mano que no estoy sujetando, y la vemos temblar antes de que vuelva a levantar los ojos para encontrarse con los míos—. Nunca había tenido un accidente de auto.

Me encanta que ya no evite mi mirada.

Odio que sea porque está asustada.

—Que sea el último, ¿okey? —Le aprieto los dedos.

Ella asiente con la cabeza y empieza a esbozar una sonrisa, luego se rompe y vuelve a respirar.

—Shh. —Vuelvo a llevar mi mano a su cuello.

—Lo siento. —Hannah se pasa el dorso de la mano por las mejillas.

—Está bien tener miedo, pero tú estás bien.

Ella resopla.

—Es estúpido.

—No es ninguna estupidez. —Cediendo al impulso, muevo ligeramente el pulgar arriba y abajo por la columna de su garganta—. ¿Quieres un abrazo?

Se quita otra lágrima mientras mira a un lado.

—Probablemente no debería.

Los tres chicos de nuestra oficina están a pocos metros, en la parte delantera del auto, y dos autos de policía se detienen en la intersección.

—Solo estoy consolando a una empleada. —Intento que suene razonable—. Eso está bien, ¿verdad?

Hannah resopla de nuevo, pero un poco de luz vuelve a sus ojos.

—¿Vas a abrazar a Brandon también?

Suelto una carcajada.

—Si él me lo pidiera. —Luego inclino la cabeza hacia un lado—. Aunque podría apretarlo un poco más de lo necesario.

Hannah suelta mi mano y se acerca a mí.

Solo camina hacia mí.

La rodeo con los brazos, rodeando sus hombros y la parte superior de la espalda, acercándola. La aprieto contra mí.

Hannah apoya su mejilla en mi pecho y aprieta sus manos en mi espalda, con las palmas a ambos lados de la columna.

Quiero besarle la cabeza. Quiero hundir la nariz en su cabello e inhalar su aroma.

Pero sé que nos están observando, y Hannah probablemente tenía razón en que abrazarla podría ser inapropiado, pero es mi empleada, y acaba de estar involucrada en algo traumatizante. Si un abrazo la hace sentir mejor, entonces voy a abrazarla.

Su espalda se dilata bajo mis brazos mientras respira hondo y luego lo exhala.

—Gracias, Maddox.

Nuestros cuerpos ya están al ras, pero aún así la aprieto más fuerte.

Porque por primera vez en quince años, Hannah Utley pronunció mi nombre.

18

Hannah

Maddox me rodea.

Su olor. Su calor. Su fuerza.

Aprieto con más fuerza las manos en la parte baja de su espalda, sabiendo que no debería.

No debería abrazarlo en absoluto.

No es mío.

Así no.

Es mi jefe, o el jefe del jefe de mi jefe. No mi novio.

Vuelvo a inhalar profundamente su aroma masculino, empapándome de su comodidad.

Mi corazón sigue acelerado, pero no siento que vaya a llorar más.

Estoy bien.

Físicamente, estoy totalmente bien.

Nadie resultó herido.

Apenas nos movimos.

Pero... no sé.

No fue como si mi vida pasara ante mis ojos. Todo pasó demasiado rápido para algo así. No hubo tiempo para pensar.

Fueron esos momentos justo después.

Cuando el movimiento se detuvo, y el auto se quedó en silencio. Ese momento de quietud.

Un temblor me recorre al recordarlo, y su gran palma en mi espalda se desliza por mi columna vertebral.

—Shh. Estás bien. —Puedo sentir su voz contra una oreja mientras la escucho por la otra.

Asiento contra él.

Su mano vuelve a subir y bajar por mi espalda antes de acariciarme la nuca.

—Estás bien, Bebé.

Bebé.

Gah.

Un carraspeo suena a nuestro lado y abro los ojos sin darme cuenta de que los tenía cerrados.

—Siento interrumpir, señor Lovelace. —Los ojos del policía me miran a mí y luego a Maddox.

Suelto mi agarre mortal sobre Maddox, pero él espera un momento más antes de bajar los brazos que me rodean.

—Llámame Maddox.

Me alejo un poco, no quiero meterme en esta conversación.

—Se lo agradezco. —El policía inclina la cabeza, señalando el auto de Brandon detrás de mí—. El dueño de este vehículo dice que usted es su jefe.

Por primera vez, miro los daños.

Es bastante mínimo.

La esquina delantera conectó con la esquina delantera del otro auto. Los parachoques están aplastados, y los faros están rotos, pero creo que los dos todavía se pueden conducir.

Mis manos empiezan a temblar de nuevo.

Dios, ¿por qué estoy siendo tan infantil con esto?

No conozco a nadie que haya resultado herido en un accidente de auto. Nunca presencié uno grave, pero algo de esto... me sacudió.

A mi lado, Maddox mueve la mano, separándola unos centímetros de su costado y girando la palma hacia arriba.

Me ofrece su mano.

Siento otra oleada de lágrimas detrás de mis ojos mientras la miro fijamente.

No debería tomarla.

No debería permitirme consolarme con él.

No hay ningún propósito.

Los números no cuadran.

No hay un buen resultado aquí.

Pero... tal vez solo por un momento.

Levanto la mano y deslizo mi palma contra la suya.

Maddox no detiene su conversación con el oficial mientras sus dedos se cierran en torno a los míos.

Es algo tan sencillo.

Y, sin embargo, se siente como mucho.

—¿Señorita? —dice el agente, como si ya lo hubiera dicho antes.

Parpadeo mirando al policía.

—Lo siento, ¿qué?

—Solo preguntaba si está bien. Usted también estaba en el auto, ¿verdad? —pregunta.

—Sí, no, estoy bien. —Levanto mi mano libre en un saludo—. Solo un poco aturdida.

El policía asiente y vuelve a hablar con Maddox. Estoy demasiado distraída para escuchar. Demasiado concentrada en el pulgar de Maddox mientras traza lentamente un círculo en el dorso de mi mano.

Estoy totalmente bien.

Respiro hondo.

No necesito su ayuda.

Exhalo.

Okey, solo un minuto más de consuelo.

Al levantar la mirada más allá de los parachoques, veo a Brandon de pie delante de su auto con los brazos cruzados, mirando fijamente a Maddox, o más bien a nuestras manos unidas.

Mis dedos empiezan a aflojar su agarre, no queriendo quedar atrapada, pero Maddox me aprieta con más fuerza.

Cuando levanto la vista hacia él, sigue hablando con el policía, pero no afloja sus dedos.

—¿Eres tú el de la puerta abierta? —pregunta el policía.

Me giro y veo que se refiere al auto de Maddox, con la puerta del conductor abierta de par en par y parado en el carril.

—Sí —confirma Maddox.

El policía hace un ruido impresionado.

—Tengo toda la información que necesito para reportar el incidente. Ambos autos me parecen conducibles, así que haré que todos salgan y contactaré con sus compañías de seguros.

—Suena bien. —Maddox asiente.

Cuando el agente se aleja, Brandon y nuestros otros dos compañeros se acercan a nosotros.

—¿Están bien? —Maddox pregunta al trío en conjunto.

Todos asienten con sonidos de acuerdo.

Maddox me mira y suelta mi mano, luego pone la suya en mi hombro.

—¿Te sientes más estable ahora?

Aunque el día de verano es casi demasiado caluroso, siento frío en mi mano sin que él la sostenga.

Pero el movimiento es brillante. Una genialidad. Porque si hubiera sacudido mi mano de la suya, como quería cuando vi a Brandon mirando, habría parecido un acto de culpa, pero ahora, bueno, ahora solo parece un jefe preocupado. Tal vez un poco misógino por solo poner cuidado en mí, la única mujer, pero a su favor, yo era la única que actuaba como si necesitara ayuda.

—Estoy bien. —Miro a los otros tres, intentando actuar con normalidad—. Lo siento, es que... —Levanto los hombros, la mano de Maddox sigue ahí—. Me asusté.

—Lo entiendo perfectamente. —Uno de los chicos se ríe—. La conducción de Brandon también me hace eso.

—¡No fue culpa mía! —Brandon levanta las manos—. Si ese hijo de puta...

—Tranquilo —se ríe el segundo—. Solo estaba bromeando.

—Da igual —gruñe Brandon—. El policía dijo que podíamos irnos, así que vamos.

Maddox mantiene su mano en mi hombro.

—Vuelvan y tomen lo que necesiten de la oficina para el fin de semana, luego váyanse a casa, terminaremos el día temprano para todos.

—Gracias, Jefe. —El primero sonríe.

—Solo intento evitar más emociones hoy, pero tómenselo con calma, beban mucha agua y, si alguno de ustedes empieza a sentirse adolorido, vayan al médico. —Su mano se desliza por mi hombro hasta la parte superior de mi espalda, aplicando una pequeña presión—. ¿Okey?

—Sí. Okey. —Los dos chicos están de acuerdo mientras Brandon frunce el ceño.

—Ven, Hannah. —Brandon inclina la cabeza hacia su auto—. Vamos.

La idea de volver a subirme a su vehículo me produce un hormigueo en las palmas de las manos.

—Ella se irá conmigo. —El tono de Maddox no deja lugar a discusión, y no tengo intención de discutir—. Me ofrecería a llevar a más, pero en mi auto solo caben dos.

Brandon frunce el ceño cuando los otros chicos dirigen su atención al auto deportivo de Maddox.

—Nos vemos en la oficina —digo antes de dejar que Maddox me guíe hacia su vehículo.

Después de dos pasos, su mano abandona mi espalda y se aleja, pero un momento después vuelve y me entrega el bolso.

—Oh, gracias. —Lo tomo, y me alegro de que uno de nosotros se acordara.

Maddox se limita a tararear una respuesta.

Sé que es una mala idea subirme a un auto con Maddox Lovelace, pero me parece menos mala idea que volver a meterme a la fuerza en el auto de Brandon.

¿El lado bueno de todo este desastre? Puedo evitar tener que subir con Brandon otra vez, ya que solo voy a decir que aún estoy traumatizada.

Pero imagínate. La única vez que acepto la oferta de comer de Brandon, simplemente para alejarme de Maddox, acabo teniendo un accidente de auto con el primero y luego viajando sola con el segundo.

Maddox me acompaña hasta la puerta del copiloto y la jala para abrirla.

Su auto está muy cerca del suelo, así que dejo que mi cuerpo, repentinamente agotado, caiga en el asiento.

—Abróchate el cinturón —me ordena.

—Okey, mamá —respondo por costumbre, mientras tomo la correa.

—No tu mamá —gruñe antes de cerrarme la puerta.

Protegida por el parabrisas polarizado, lo observo mientras rodea la parte delantera de su auto.

Realmente es un hombre de aspecto increíble.

La altura. La complexión. La forma en que se sostiene.

No mi mamá, de hecho.

Maddox es material de papi.

Mientras se acerca a su puerta abierta, recuerdo que en mi oficina lo llamé señor Lovelace, y mis mejillas empiezan a calentarse.

Lo dije para ser malcriada porque quería gritarle, pero tan pronto como salió de mi boca, me acordé de llamarlo así hace mucho tiempo. Durante nuestro primer beso.

El auto cambia de marcha cuando Maddox sube a su asiento, y no me pierdo el gruñido que suelta.

Casi abro la boca para decir algo, preguntarle si está bien, preguntarle cómo están sus articulaciones después de toda una vida placando y siendo placado, pero no lo hago. No es asunto mío.

Su consuelo fue... agradable, y apreciado, pero no puedo dejarme perder en él.

No puedo permitirme olvidar lo fácil que me olvidó.

Ese solo pensamiento basta para poner el primer ladrillo en los muros que rodean mi corazón.

Maddox estuvo realmente decente conmigo hace un momento, pero también fue un verdadero hijo de puta antes de eso.

19

Maddox

El auto de Brandon ya se está alejando cuando cambio a la marcha.

El semáforo está en verde, pero sigo avanzando despacio, asegurándome de comprobar la intersección antes de cruzarla.

Hannah está quieta a mi lado, con la cara girada para mirar por la ventana.

Mis dedos se crispan alrededor del volante.

Quiero alcanzarla, poner mi mano sobre su muslo o entrelazar nuestros dedos de nuevo.

Quiero sentirla contra mí, sentir sus manos presionando mi espalda, abrazándome.

Quiero borrar la historia entre nosotros. Las dudas. Los sentimientos heridos.

Si nos hubiéramos conocido ahora, sin que nuestros caminos se hubieran cruzado antes de esto, aún la seguiría queriendo. Sin ninguna puta duda.

Pero ahora no es el momento de enfrentarme a ella por lo que hizo hace quince años. Puede que ya no esté temblando, pero el golpe de adrenalina no tardará en llegar, si es que no lo ha hecho ya.

Me aclaro la garganta.

—¿Necesitas algo de tu oficina?

—¿Hmm? —Hannah por fin gira la cabeza para mirarme.

—La oficina. ¿Necesitas algo de ella? —Miro su ceño fruncido—. Te llevaré a casa.

—Tú... —Ella sacude la cabeza—. No. Eso no es necesario.

—Tuviste un accidente —intento explicarle, pero ella vuelve a negar con la cabeza.

—Estoy bien. —Desvía su atención hacia el parabrisas—. Gracias por tu... ayuda, pero no quiero dejar mi auto ahí.

Dice *ayuda* como si le doliera, y una oleada de ira me golpea.

—Tienes lo que necesitabas, así que ya terminaste. —Lo digo en voz baja, pero noto la tensión entre nosotros.

Pero no lo niega. No discute. No me grita ni me explica por qué un sándwich la hizo llorar. No me explica cómo puede pasar de abrazarme como si fuera su verdadero amor a dejarme de lado minutos después.

Ella no hace nada.

Así que conducimos los últimos tres minutos en un espeso silencio.

Bien. Si quiere volver a fingir que no me conoce, está jodidamente bien.

Enciendo la intermitente al llegar al edificio y entro en el estacionamiento subterráneo.

—Estoy en el nivel dos —dice Hannah con demasiada calma.

Estoy medio tentado de estacionarme en mi plaza de ejecutivo en el nivel uno y obligarla a bajar en ascensor. Estoy tan tentado que voy un poco más despacio a medida que nos acercamos a las plazas reservadas, pero levanto el pie del freno.

Soy un imbécil, pero no tanto, así que sigo el camino circular hasta el nivel dos.

Cuando pasamos las primeras filas de autos, mi molestia aumenta aún más.

—¿Quieres señalarme tu auto? ¿O te dejo en el centro para que lo mantengas en secreto?

—Aquí está bien —dice.

Hannah se lleva la mano al cinturón de seguridad, como si fuera a desabrochárselo mientras yo sigo conduciendo.

Piso el freno de golpe y alargo la mano para agarrarla por la muñeca.

Suelta un chillido de sorpresa mientras se sacude en el asiento.

Mantengo el pie en el freno mientras giro mi cuerpo hacia el suyo.

—¿Qué demonios te pasa?

Se queda con la boca abierta.

—¿Disculpa?

—Acabas de tener un maldito accidente de auto —gruño—. ¿O también te olvidaste de eso? Porque yo no.

Ese pánico sigue dentro de mí. La forma en que mi corazón se detuvo cuando vi el auto en el que ella estaba ser golpeado.

Nunca había sentido tanto miedo.

No me gustó.

—Estoy jodidamente bien. —Hannah se sacude contra el agarre que tengo en su muñeca.

—No, jodidamente no lo estás. —Me echo hacia atrás.

Como soy más grande y más fuerte, y porque lo digo en serio, su cuerpo se retuerce con el movimiento, obligándola a mirarme.

Y entonces hago lo único que puedo.

Presiono mis labios contra los suyos.

La beso.

Beso a Hannah Utley con toda la rabia, la pasión y la necesidad que me han estado envenenando desde que volvió a mi vida.

La beso como si nunca hubiera dejado de pensar en ella.

Y ella me devuelve el beso.

20

Hannah

Mi boca se abre. Mis labios se separan, dejándolo entrar.

No quiero.

No quiero besar a Maddox.

Pero tengo que hacerlo.

Tengo que probarlo.

Necesito tomar lo que me está dando.

Su lengua invade mi boca.

No hay nada lento.

Nada suave. Nada dulce.

Es todo calor.

Maddox es todo fuego.

—Sigues sabiendo a putas naranjas —murmura antes de deslizar su lengua contra la mía.

Un ruido de respuesta me sube por la garganta.

Siento que sus labios se dibujan en una sonrisa contra mi boca, puedo sentir su suficiencia por haberme sacado un sonido.

Así que cierro los dientes alrededor de la punta de su lengua.

Me suelta la muñeca, pero antes de que pueda siquiera moverme, me agarra por la nuca y me presiona más, usando sus labios para obligarme a abrir más la boca.

Y maldita sea, se siente tan bien.

Mis manos buscan su pecho.

Mis dedos agarran su camisa, la retuercen y lo jalan para acercarlo.

Mi enorme Maddox.

Maddox.

Se me corta la respiración.

No es mío.

Suelto su camisa y subo las manos unos centímetros.

Él gime en mi boca y dejo que me bese un segundo más, un latido más.

Luego le jalo el vello del pecho. Duro.

Como esperaba, Maddox se echa hacia atrás, soltándome.

Y antes de que pueda recuperarse, me desabrocho el cinturón y salgo del auto dando un portazo.

21

Maddox

Esta maldita descarada.

La veo desaparecer entre una fila de autos, agachando la cabeza como si eso fuera a hacerla invisible.

—Muy bien, Hannah. —Presiono mi mano sobre mi adolorida polla—. Así será.

Con repentinas ganas de reír, levanto el pie del freno y avanzo.

22

Hannah

Agazapada delante de un auto que no es el mío, esperando a que Maddox se vaya porque mi auto está estacionado en el lado opuesto del nivel, maldigo a mi vagina.

El motor suena cada vez más bajo y, cuando me asomo por encima del auto, veo que Maddox se ha ido.

De pie, me aliso la ropa y finjo que no estoy excitada.

23

Hannah

Ha sido raro pasar la semana adaptándome a mi nueva oficina y, al mismo tiempo, pasar todas las noches solicitando nuevos trabajos.

Pero es lo mejor. Imprescindible.

Aunque no vea a Maddox todos los días, el estrés de todo esto me tiene constantemente en vilo.

¿Será hoy el día en que volverá a entrar en mi oficina?

¿Estará en la sala de descanso cuando vaya a sacar mi almuerzo del refrigerador?

¿Estará dentro del ascensor cuando se abran las puertas?

Es demasiado. He empezado a guardar TUMS en mi escritorio porque juro que voy a empezar a tener indigestión.

Miro el reloj y veo que ya pasaron unos minutos de las cinco.

Una persona, luego dos, luego otra, pasan por delante de mi puerta.

Con mis proyectos de la semana terminados y sin nada más que hacer para retrasarme, sacudo unos cuantos Tic Tac naranjas en la palma de mi mano, y cuando me los meto en la boca, no pienso en absoluto en mi beso con Maddox. No los estropeará como ha estropeado todo lo demás.

Pasó exactamente una semana desde que me metí y salí rodando del auto de Maddox y, desde entonces, lo he visto dos veces. La primera vez fue desde el otro lado de la sala de descanso, cuando entró por café mientras yo estaba guardando mi almuerzo en el refrigerador. Por suerte, otro empleado estaba junto a las tazas y saludó a Maddox, lo que

me permitió distraerlo y esconderme. La segunda vez fue cuando me dirigía al baño de mujeres. Maddox venía de otra dirección, posiblemente se dirigía al baño de caballeros, que estaba situado junto a mi destino. Alargué la zancada para llegar antes que él y luego pasé más tiempo del necesario sentada en uno de los lavabos para asegurarme de que no saldríamos al mismo tiempo.

No puedo vivir así.

Sigo mis Tic Tacs con un TUMS.

Pasa otro grupo de compañeros y sé que no puedo retrasarme más.

De pie, me enderezo la falda.

Nadie dijo que tuviéramos que ir elegantes a la fiesta, pero decidí ponerme mi falda plisada favorita. Es verde oliva y me llega justo por encima de las rodillas, pero tiene una abertura en un lado hasta medio muslo, así que sigue siendo apropiada para el trabajo, pero no es demasiado de señora.

Y si me puse mi mejor sujetador y mi blusa blanca de manga corta de cuello redondo es porque combinan bien.

Lo mismo con mis zapatos. Puede que el tacón de cuña sea un poco alto, pero la piel sintética combina perfectamente con mi blusa, así que no es que me esfuerce demasiado, simplemente combina.

Pero cuando cruzo la puerta, los dedos de mis pies me recuerdan por qué no traigo estos zapatos al trabajo.

—Hola, Hannah.

Levanto la mano y me uno a las dos jefas de proyecto que se dirigen hacia los ascensores.

—¿Lista para la fiesta? —bromea la otra.

—Súper lista. —Dejo que oigan la mentira—. Pero entonces me quedaré en pantalón deportivo y en el sofá el resto del fin de semana.

Ella se ríe.

—¿Verdad?

La primera mujer se adelanta para pulsar el botón de llamada.

—Normalmente odio las fiestas de empresa, pero esta semana conocí a algunos de los empleados de MinneSolar, así que me hace ilusión esta.

—Puedes fingir que es por eso, pero sé que solo quieres una excusa para ver fijamente a *Mad Dog Maddox* —bromea la segunda jefa de proyecto.

—Demándame. —La primera se ríe—. Y no finjas que no vas a verlo también.

—Cierto.

—Pero todo el asunto también está genial —continúa la primera.

Las puertas se abren y todas entramos en el ascensor.

Conozco a estas mujeres porque hemos trabajado juntas unos años, pero no *las conozco,* de conocerlas, así que me sorprende un poco oírlas hablar así del dueño, pero, de nuevo, Maddox es caliente como el infierno, así que tal vez no debería sorprenderme en absoluto.

—Espera, Hannah, ¿no estabas en el auto cuando pasó?

—Mmm, lo siento. —Le dedico una sonrisa incómoda—. ¿Qué estaban diciendo?

—Cerebro de viernes. Necesitas esta fiesta tanto como nosotras. —Ella sonríe—. Estaba diciendo que Maddox probablemente hizo lo de la fiesta por el accidente de la semana pasada, y acabo de recordar haber oído que tú también estabas en el auto.

—Sí, lo estaba. —Mantengo mi tono ligero—. Oí que a Brandon ya le arreglaron el auto, o lo está arreglando. Algo así.

Ella pone los ojos en blanco.

—Evité el comedor toda la semana para no tener que escucharlo hablar de eso.

Suelto una carcajada antes de poder contenerme.

Cuando levanta una ceja mirándome, yo levanto un hombro.

—Tuve la misma idea.

—Sabía que me gustabas.

El elevador se detiene y las puertas se abren en el último piso del edificio.

La mujer más cercana a mí suelta un silbido.

—Primera parada, la barra.

De acuerdo con el plan, las sigo por la gran sala.

Nunca he estado aquí, pero sabía que era un espacio para eventos de algún tipo.

Hay rieles en el techo para paredes móviles, lo que me dice que la gente lo usa para conferencias y reuniones, no solo para fiestas, pero esta noche es una fiesta.

Suena música y las luces están tenues, aunque el sol sigue brillando a través de los cristales entintados que cubren todas las paredes.

La barra está en línea recta, con mesas de comida a ambos lados de la sala, y una combinación de mesas bajas y altas repartidas por todo el espacio. Los meseros van de un lado a otro retirando los platos.

Una de las jefas de proyecto levanta la mano y señala la esquina más alejada riendo.

Al mirar, siento que se me levantan las cejas.

Parece una caja para una muñeca Barbie, solo que es lo bastante grande como para que varias personas puedan estar dentro y de color amarilla, con un lado abierto y la parte delantera hecha de algo transparente.

Nos detenemos en la cola de la barra, así que me inclino hacia la caja.

Es una especie de fotomatón, solo que delante hay un fotógrafo de verdad y las palabras MinneSolar, MVP y Dream Team están escritas en letras grandes sobre el material transparente.

Cuando dos personas entran en la caja, las imágenes se unen.

Parece la portada de una revista.

—Ingenioso, ¿no? —La voz de Maddox suena detrás de mí.

Asiento con la cabeza, sin ganas de hablar con él y, por suerte, las dos jefas de proyecto se lanzan a conversar con él sobre dónde la consiguió.

—Gracias por el servicio de autos. —Una de las señoras sonríe a Maddox—. Es una gran idea.

Levanto la vista y lo veo bajar la barbilla.

—De nada, los he usado en el pasado y ha funcionado bien. ¿Qué sentido tiene tener barra libre si nadie puede beber?

—¡Oigan! ¡Oigan! —Alguien levanta su cerveza al pasar junto a nosotros.

Hace unos días, todos recibimos un correo electrónico con una hoja de inscripción para servicio de autos gratis de ida y vuelta al trabajo para cualquiera que quisiera tomar una copa esta noche, y veinte dólares para cualquiera que no bebiera y prefiriera conducir él mismo de ida y vuelta a la oficina. No tengo intención de emborracharme, pero unas copas gratis a cuenta de Maddox eran demasiado tentadoras como para rechazarlas.

Avanzamos y las mujeres se dan la vuelta para hacerle sus pedidos al bartender.

—¿Cuál es tu veneno? —Con las atenciones de las otras mujeres ocupadas, sé que Maddox me está preguntando a mí.

—Suelo acabar con vino. —Intento mantener un tono informal, como si la última vez que lo vi no me hubiera besado la maldita boca—. ¿Tú?

—El vino está bien. —Tiene un brillo en los ojos con el que no sé qué hacer—. Aunque me gusta más el whisky.

Las mujeres que tengo delante se apartan y me toca pedir.

El mostrador detrás de la barra está repleto de botellas de licor, latas de cerveza y un trío de botellas de vino, mostrando las opciones. No puedo leer la etiqueta de las botellas de vino desde aquí, así que me limito a pedir una copa de vino blanco.

—¿Y para usted, señor? —pregunta el bartender, haciendo que Maddox se ponga a mi lado.

—Un vaso de Perro Rabioso en las rocas, por favor.

El bartender sonríe.

—Tiene sentido.

Veo cómo sirve primero mi copa -en una copa de vino de verdad-, y luego toma una botella de líquido marrón con un perro de aspecto molesto en la parte delantera.

Y entonces me doy cuenta.

—Eso es tuyo, ¿no? —Inclino la cabeza para mirar a Maddox.

Se le levanta un lado de la boca mientras toma las dos copas del bartender y me tiende el vino.

—Sí, es mío.

Enrosco mis dedos alrededor del tallo y él choca suavemente nuestras copas.

No tengo respuesta para él, así que levanto mi vaso y bebo un sorbo.

—¿Bueno? —pregunta.

Tomo otro sorbo.

—Está bien.

Está divino.

Maddox se ríe entre dientes, pero, por suerte, alguien se pone en la fila detrás de nosotros y dice su nombre.

Aprovechando la ocasión, me escabullo.

LOVE LETTERS

Dos copas y media de vino después, sé que tengo que parar.

Tengo que parar porque cada vez me cuesta más mantenerme firme con estos zapatos, y cada vez me cuesta más apartar la mirada de Maddox.

Incluso ahora, mientras estoy aquí con Roberts, mi colega de contabilidad que se apellida así, y su esposa, a la que acabo de conocer, no puedo dejar de mirar hacia el fotomatón.

Maddox está ahí adentro, tomándose fotos con lo que debe de ser la mitad de los empleados, en grupo e individualmente, y nadie debería verse tan guapo dentro de una caja de plástico.

Roberts gira la cabeza para ver hacia dónde miro.

—¿Ya te tomaste una foto?

Sacudo la cabeza.

—No, no es... —*realmente lo mío* es lo que quiero decir, pero Roberts me corta emocionado.

—¡Oh, mira, ya están! —Me hace señas para que me una a él con la mano que no sostiene su cerveza—. Vamos.

No quiero, pero le sigo la corriente porque es un tipo demasiado genial como para decepcionarlo. Además, si tengo suerte, quizá Maddox se vaya antes de que lleguemos.

—¡Oye, Jefe! —Roberts grita cuando Maddox sale de la cabina con el resto del grupo—. ¿Podemos tomarnos una foto contigo también?

El calor recorre mis mejillas ya sonrosadas.

Maddox sonríe.

—Lo que sea por la gente a cargo del dinero.

Roberts se ríe mientras ralentizo mis pasos.

—Ustedes dos vayan. Voy a dejar mi copa.

Hago un movimiento para desviarme con la esperanza de escapar, pero la señora Roberts está justo detrás de mí, aparentemente no queriendo que me pierda la acción.

—Yo tomaré tu copa, querida.

—Oh, mmm, okey. —Se la doy de mala gana. Era demasiado bueno para un escape.

Maddox extiende su brazo para que entremos.

Voy primero, esperando poner a Roberts entre Maddox y yo.

—Ponte entre nosotros —le dice Roberts a Maddox, y de repente, no estoy tan segura de que me guste.

Los tres de pie, hombro con hombro, ocupamos todo el ancho del panel frontal transparente, y hago todo lo posible por colocarme de forma que no parezca completamente estúpida.

La fotógrafa se coloca a una docena de pasos delante del palco, levanta la mano, nos indica que sonriamos y nos toma una foto.

—¡Hagamos la pose de Mad Dog! —sugiere mi nuevo enemigo.

Me inclino hacia adelante para mirar alrededor del gran cuerpo de Maddox.

—¿Nosotros?

Roberts sonríe mientras asiente.

—Ya sabes, la forma en que siempre posa para las fotos. —Se cruza de brazos e hincha el pecho.

—Siempre aprecio a un fan —dice Maddox mientras adopta la misma pose.

Suelto un suspiro, luego, sin una buena razón para no hacerlo, me enderezo, cruzo los brazos y miro fijamente a la cámara.

—Hombros atrás, Utley. —La voz de Maddox es fuerte dentro de la caja de fotos.

—Esto es estúpido, Lovelace —murmuro.

Maddox suelta una sonora carcajada, haciéndome saltar justo cuando la fotógrafa toma otra foto.

Oh, chico, eso será bueno.

Estoy a punto de bajar los brazos cuando la señora Roberts se pone delante de la caja.

—¡Por aquí! —Agita todo el brazo como si no pudiéramos verla.

—Es mi esposa —explica Roberts—. Te la presentaré en un momento.

Maddox gruñe, y todos nos quedamos en nuestra pose de Mad Dog mientras la mujer de Roberts toma una foto con su teléfono.

Ella levanta un dedo.

—Una más, pero divertidos.

—¿Divertidos? —repito, como si no estuviera familiarizada con la palabra.

Roberts le grita algo a su mujer, pero no lo escucho porque Maddox se inclina hacia mí.

—Diversión, Bebé. ¿Todavía recuerdas cómo tenerla?

Me quedo con la boca abierta.

Este imbécil.

Maddox extiende los brazos y apoya uno en mi hombro y el otro en el de Roberts. Hacerlo con los dos hace que parezca inocente. Humorístico. El hombre gigante entre los mortales de tamaño normal.

Y si me dejo relajar contra él.

Si me inclino a su lado.

Si inclino la cabeza hacia él... Si sonrío.

Es solo para aparentar.

24

Maddox

La siento. La forma en que se hunde en mí.

Le rodeo el brazo con los dedos y la atraigo un poco más.

—¡Maravilloso! —La esposa de Roberts grita.

Dejo de rodearle los hombros con el brazo al hombre.

—Preséntame —le digo, pero no bajo mi brazo de los hombros de Hannah. No inmediatamente.

Noto su mano presionándome la parte baja de la espalda, justo al lado de mi columna vertebral, donde descansó su mano cuando me abrazó.

Roberts se apresura a acercarse a su esposa, que ya tiene el teléfono en la mano para enseñarle las fotos y no nos mira, así que, sin dejar de sujetar a Hannah, la hago girar conmigo y salgo de la caja con ella metida a mi lado.

Inclino mi cabeza hacia ella mientras nos acercamos a Roberts.

—No te atrevas a dejarme solo con ellos.

La mano en mi espalda se mueve, y ella me empuja.

—Sé agradable.

Resoplo mientras la suelto.

—Siempre soy agradable.

Suelta una bocanada de aire.

—Llamaste idiota a Brandon.

Me aguanto las ganas de reír. Ella tiene razón. Lo hice.

—Señor Lovelace, ésta es mi esposa. —Roberts se inclina junto a la mujer de aspecto amable—. Querida, permíteme presentarte a nuestro nuevo dueño, Maddox 'Mad Dog' Lovelace.

Desde el borde de mi visión, veo a Hannah sacudir la cabeza.

—Señora Roberts. —Le tiendo la mano—. Es un placer, y por favor, es solo Maddox.

La señora Roberts pone una mano en la mía mientras presiona la otra contra su pecho.

—¡Hola! Somos grandes fans, o lo éramos. Bueno, aún lo somos.

Le suelto la mano.

—Se lo agradezco.

—Y esta fiesta. —Agita las manos—. Es tan bonita. ¡Oh! —Se gira y toma un par de copas de la mesa que tiene detrás—. Hannah querida, aquí está tu vino.

Hannah lo toma mientras la señora Roberts le da la otra copa a su esposo.

—Gracias —dice Hannah mientras sonríe a la señora Roberts.

Yo quiero sus sonrisas.

Algo me cosquillea dentro de las costillas.

Quiero algo más que sus sonrisas.

La señora Roberts sigue mirando a Hannah.

—Dios, ¿sabes para quién serías perfecta? Nuestro sobrino. —Le da un codazo a su esposo—. ¿No serían perfectos juntos?

Retiro cada pensamiento agradable que acabo de tener sobre la mujer.

—¡Tienes razón! —responde Roberts, con sus pobladas cejas saltándole por la frente.

Considero degradarlo.

Hannah se mueve a mi lado y espero que los rechace amablemente.

—¿Ustedes creen? —pregunta ella—. ¿Cómo es?

Lentamente, giro la cabeza para mirarla.

La señora Roberts aplaude.

—Oh, él es tan dulce. ¿Eres soltera?

—Seguro que lo soy. —Hannah le da un largo sorbo a su vino mientras la señora Roberts emite más sonidos de emoción.

—También es contador—explica la señora Roberts—. Trabaja para su papá, mi hermano, que es.... —Se ríe—. También es contador.

Hombre, qué familia más divertida.

—¡Y le gusta el fútbol! —Roberts interviene—. Sé que eres una gran fan, así que tal vez podrían ver un partido juntos o algo.

Yo mantengo mis ojos en Hannah.

—¿Te gusta el fútbol?

Ella me mira un segundo y se encoge de hombros.

Roberts se ríe.

—Esta chica puede hablar de fútbol con los mejores. Seguro que hacíamos un informe después del partido de todos tus juegos durante nuestras pausas para comer. O, bueno, tus partidos hasta que te retiraste.

—No me digas.

Roberts asiente y se gira hacia Hannah.

—Nuestro sobrino también tiene un televisor grande. Perfecto para las noches de juegos.

Así que mi Hannah Bunny vio todos mis partidos, ¿eh?

—¿Tienes una foto? —pregunta Hannah, y tengo que morderme el interior de la mejilla para no gruñirle.

Ella no quiere a un pequeño idiota contador.

Quiere a alguien... más grande.

Mientras el señor Roberts se inclina sobre el teléfono de la señora Roberts, mirando fotos, yo me inclino hacia Hannah, manteniendo la voz baja.

—¿Qué estás haciendo?

Ella parpadea y me mira.

—Es difícil encontrar un buen hombre hoy en día. Es esto o buscar entre las fotos de pollas de mi bandeja de entrada.

Un sonido de molestia retumba en mi pecho.

—¿Los hombres te envían fotos de pollas?

—Las citas online son duras. —Intenta sonreír, pero es más bien una mueca.

Mis manos se cierran en puños.

—Tú no...

—Aquí está. —La señora Roberts empuja su teléfono hacia adelante.

Miro fijamente al hombre de la pantalla y no puedo evitar preguntar:

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiséis. —La señora Roberts sonríe.

Hannah se aclara la garganta.

—Es lindo.

Es una maldita mentirosa.

No es lindo. Parece un maldito bebé. Porque es un bebé. Hannah no necesita a alguien una maldita década más joven que ella. Necesita a alguien un año mayor.

Un mesero aparece a mi lado con un vaso en su bandeja.

—El bartender me dijo que trajera esto.

Ya me tomé la única copa que me permití esta noche, pero esta conversación requiere más licor.

—Gracias. —Tomo el vaso y lo levanto junto con mi mirada hacia el bartender que está al otro lado de la sala.

Me levanta el pulgar.

Tomo un largo sorbo y anoto mentalmente que debo doblar la propina que pensaba darle al personal.



25

Hannah

A pesar de lo agradable que es presionar los botones de Maddox, necesito salir de aquí.

Vuelvo a inclinar la copa y termino lo que me queda de vino.

—Fue un placer conocerla —le digo a la señora Roberts—. Pero tengo que irme.

Ella me da la mano y me abraza.

Roberts sonríe ante el comportamiento de su esposa, pero aun así me da un fuerte apretón de manos.

—Nos vemos el lunes.

—Nos vemos el lunes. —Doy un paso atrás y miro rápidamente a Maddox. No me importa si soy grosera con él, pero no quiero parecerlo delante de los demás—. Adiós, Maddox.

Me doy la vuelta demasiado rápido para que responda y me dirijo a los ascensores.

Estoy medio tentada de volver a pasar por la mesa de postres, pero ya me comí tres mini tartas de queso, y cualquier retraso es una posibilidad de que me quede otra vez hablando con Maddox.

Aproximadamente la mitad de la gente sigue aquí, divirtiéndose, y no hay nadie más esperando para irse.

De pie y sola, pulso el botón del ascensor y muevo mi peso en mis estúpidos zapatos.

El vino me ayudó a olvidar lo adoloridos que están mis pobres deditos de los pies, pero aún estoy más que lista para patear estos zapatos al fondo de mi armario.

Un tintineo me avisa de que se abre la puerta del ascensor y entro en la cabina vacía.

Me acuerdo de que tengo que tomar mi bolso y pulso el número de la planta de oficinas.

Cuando las puertas se cierran, levanto la mirada para echar un último vistazo a la fiesta, aliviada de que nadie mire ni se dirija hacia aquí.

Las puertas están a cinco centímetros de cerrarse cuando una gran mano se introduce por la abertura.

Las puertas se abren y Maddox entra en el ascensor.

26

Maddox

Me giro hacia la fiesta y permanezco en silencio mientras las puertas se cierran, separándonos de los demás.

27

Hannah

No dijo nada. No me buscó. No movió ni un músculo, pero mi corazón ha empezado a acelerarse, y mi pecho se siente pesado con cada respiración.

Con cuidado para no llamar su atención, alargo la mano y presiono la pared con la punta de los dedos, haciendo fuerza.

El ascensor se detiene en nuestra planta y Maddox no se mueve.

Mis manos empiezan a temblar. No de miedo, sino de otra cosa.

Cuando pasa otro largo segundo sin que él se mueva, doy un paso adelante. Quizá no se baje aquí. Tal vez esté esperando a que salga para pulsar el botón de los niveles de estacionamiento.

Su ancho cuerpo bloquea la puerta hasta la mitad, así que tengo que ponerme de lado para salir, y le doy la espalda mientras paso arrastrando los pies.

Algo me roza el trasero y doy el siguiente paso más rápido.

Voy a mi oficina. Tomo mi bolso, y me voy.

Unos pasos me siguen fuera del ascensor.

Me siguen por el pasillo.

Hasta mi puerta.

Giro el picaporte, empujo la puerta de mi oficina y entro.

No me doy la vuelta, pero oigo a Maddox seguirme.

Lo oigo cerrar la puerta.

Y le oigo ponerle seguro.

Me detengo junto a mi escritorio, frente a las ventanas que dan a la ciudad. Están entintadas como las de arriba, así que podemos ver hacia afuera, pero nadie puede ver hacia adentro.

Escucho un paso, luego otro.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

Maddox se acerca hasta que la parte delantera de su cuerpo se presiona contra mi espalda.

—Te lo estoy recordando.

—¿Qué?

Sus manos se posan en mis caderas.

—El tipo de hombre que necesitas. —Su cálido aliento me roza el cuello—. El tipo de hombre que anhelas.

Intento no arquear la espalda. Lo intento con todas mis fuerzas, pero cuando aprieta sus dedos contra mi suave piel, me derrumbo.

—No deberíamos. —Intento razonar... con él, conmigo misma.

—No deberíamos. —Me aprieta contra su cuerpo, dejándome sentir lo listo que está—. Pero vamos a hacerlo.

Y mierda si no es la verdad.

—Gírate hacia mí —exige contra mi oído.

Lo está poniendo sobre mí.

Haciendo que sea yo quien lo haga.

Me inclino y pongo mis manos sobre las suyas.

Sería tan fácil apartar sus manos. *No* darme la vuelta.

Tan fácil.

Pero jodidamente imposible.

Giro, volviéndome hacia él.

28

Maddox

Ella se gira hacia mí.

Y dejo de contenerme.

Mi boca cae hacia la suya, y Hannah la abre para mí. Inmediatamente.

Sus labios se separan y me deja entrar.

Tomo lo que me ofrece, luego tomo más, introduciendo mi lengua en su boca. Saboreando mi vino. Saboreando su dulzura. Probando cómo quiere odiarme.

Presiona sus manos contra mis costados, arrastrándolas hasta mi cintura, y sé que no es suficiente.

Nada será suficiente hasta que la tenga toda de nuevo.

—Si rompo algo, lo repondré —digo contra sus labios.

—¿Qué?

Jalo la parte delantera de su blusa.

La escotada tela se estira con facilidad, recogiéndose bajo sus gloriosas tetas.

Aún no es suficiente.

Engancho los dedos en las copas de su sujetador y las jalo hacia abajo hasta liberar sus pechos.

—Mierda —gimo mientras los palmeo.

La blusa y el sujetador que están bajo sus tetas las suben aún más.

Me inclino y dejo caer mi boca para meterme un pezón duro en la boca.

Hannah gime y lleva sus manos a mi cabello, enredando sus dedos entre los mechones.

Suelto el primer pecho y paso al otro, mis dedos trabajan el pezón que acabo de soltar.

—Maddox —susurra, sujetándome la cabeza.

Hago girar mi lengua alrededor de su pico.

—Oh, Dios —jadea—. Por favor.

Chupo con fuerza, haciendo que su espalda se arquee.

Son más grandes que antes. Más suaves. Perfectas.

La suelto de mi boca y me levanto.

Las manos de Hannah se separan de mi cabello y se apoyan en mi pecho.

Mi propia respiración es agitada mientras la miro.

—Si no quieres que esto pase, dímelo ahora.

En lugar de responder, sus dedos encuentran la hebilla de mi cinturón.

Gimo de satisfacción.

Desabrocha la hebilla y abre el botón de mis pantalones.

Cuando sus dedos se cierran alrededor de la lengüeta de mi cremallera, me mira.

—Sigue, Bebé. Sácame la polla.

Se pasa la lengua por el labio inferior y es lo más pornográfico que he visto nunca.

Tetas fuera. Labios hinchados. Manos tocando para abrirme los pantalones, y lamiéndose los labios como si quisiera mi polla en su boca.

Voy a memorizar este momento.

Mi cremallera hace ruido en la silenciosa oficina, y entonces su mano se desliza dentro de mis bóxers.

Hannah rodea con sus dedos la base de mi polla y aprieta, intentando liberarme.

Suelta un pequeño gemido que hace que el precum brote de mi punta.

Cristo, está tan ansiosa.

—Esa es mi chica buena. Sácala.

Hannah usa su segunda mano para apartar la banda de mis bóxers de mi cuerpo, y finalmente mi polla queda liberada.

Otro sonido sale de ella y empieza a inclinarse hacia adelante.

Alargo mi mano y la coloco contra su garganta.

—Esta noche no, conejita.

Sus facciones se llenan de emoción, pero no cedo. En lugar de eso, aprieto los dedos y noto cómo traga saliva.

Me inclino hacia adelante y le doy un suave beso en la boca.

—Inclínate sobre el escritorio.

Sus ojos se cierran.

Con la mano libre, vuelvo a apretar uno de sus pechos.

—Ahora, bebé. —Todavía sujetando su garganta, suelto su teta y deslizo mi mano por su cuerpo—. Te advierto que no voy a durar mucho. —Empiezo a subirle la falda—. Pero no me correré hasta que esté dentro de ti.

Me agarra de los antebrazos.

—Maddox.

Meto mi mano bajo el dobladillo de su falda y presiono con la palma entre sus muslos.

—No tengo condón. —La agarro por el cuello y le inclino la cabeza hacia atrás para que me mire—. Y si tienes un condón en tu escritorio, me voy a enojar.

Ella niega con la cabeza.

—Yo... no tengo.

Jalo sus bragas hacia un lado, y su resbaladizo cuerpo me recibe.

—Mierda —gimo—. Dime que puedo llenarte el coño, Hannah. Dime que puedo penetrarte.

No debería hacerlo.

Debería dejar que me la chupara.

Pero no puedo.

Necesito su calor.

—Tomo anticonceptivos. —Sus palabras susurradas son ásperas—. Puedes follarme sin protección, Maddox. Puedes llenarme.








29

Hannah

Sus manos ásperas me dan la vuelta, empujándome hasta que estoy doblada sobre mi escritorio.

Mis pechos desnudos presionan la fría superficie de madera y me pierdo en esto.

En el deseo abrumador que ruge por mis venas.

Aún puedo saborear el whisky que cubrió su lengua.

Aún puedo sentir el tirón en mis pezones de donde él los chupó.

Maddox me levanta la falda, dejando al descubierto mi trasero desnudo, con la tanga que decidí ponerme hoy que no me cubre nada.

—Mierda. —Me agarra el trasero con sus grandes manos y me separa, haciéndose gemir de nuevo.

Engancha un dedo alrededor de la tela que cubre mi coño y la aparta.

Sé que estoy mojada. Empapada, y ni siquiera ha tocado mi clítoris todavía.

Inclino las caderas, exponiéndome aún más a él.

Una punta roma roza mi abertura.

—Tan jodidamente mojada para mí. —Maddox me presiona con la palma de la mano en el centro de la espalda, sujetándome.

Cierro las manos en puños.

—Tienes que estar callada, Hannah. —La punta de su polla presiona mi entrada—. ¿Puedes hacer eso?

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—Demuéstralo. —Maddox se empuja hacia adelante.

Toda su longitud -casi demasiado grande-, me llena, y mi boca se abre para gritar.

Pero el aire se evapora de mis pulmones y no puedo emitir ningún sonido.

Mi coño se tensa alrededor de la intrusión, y mi cuerpo no puede decidir si sufre de dolor o de placer.

Maddox gime, y no es silencioso. Vibra a través de mí.

Se retira casi hasta el final, luego me penetra de nuevo.

Me arqueo.

Hacía tanto tiempo que no me follaban.

Se desliza todo hacia fuera, y luego vuelve a empujarse hacia adelante.

Diablos, tal vez nunca me han follado, porque esto es...

Mueve las caderas y yo gimo.

—Es demasiado. —Intento apartarme de él, aunque mis caderas se inclinan para tomarlo más profundo.

Maddox se inclina hacia adelante, inmovilizándome con su cuerpo.

—No es demasiado.

Vuelve a mover las caderas, penetrando aún más adentro.

—Es demasiado grande —grito.

—No, bebé. —Me acaricia el cuello—. Está bien.

No deja de moverse. Su polla sigue entrando y saliendo de mi canal. Sigue estirándome.

—Estás hecha para mí —me gruñe al oído—. Fuiste hecha para tomar todo de mí.

Pasa una mano entre mis caderas y el escritorio.

La ropa interior que llevo puesta me aprieta el clítoris, y cada embestida provoca una fricción que me acerca al límite.

Maddox jala la tela a un lado.

—Vas a correrte por mí. —Sus dedos frotan círculos—. Voy a jugar con este pequeño y dulce clítoris, y te vas a correr en toda mi puta polla.

Es difícil respirar.

Es difícil pensar.

Es difícil recordar por qué es la peor idea de la historia.

Maddox empieza a moverse más rápido, sus caderas se mueven hacia adelante, haciéndome rebotar contra el escritorio.

Su propia respiración se vuelve ruidosa.

Pellizca mi clítoris entre sus dedos, apretando, frotando.

Pequeños sonidos que no puedo parar empiezan a salir de mi garganta.

—Esa es mi chica —gime, con su boca contra mi hombro—. Incluso mejor de lo que recuerdo.

Empuja sus caderas hacia adelante con fuerza, golpeando un punto aún más profundo que antes, y ya no hay vuelta atrás.

Sus dedos toman velocidad.

Se mece dentro de mí.

Su pesado aliento resuena en mi oído.

Es demasiado.

Apoyo mis manos en el escritorio y empujo.

—Es demasiado —me ahogo.

—Está bien. —Maddox me penetra más duro.

Y yo implosiono.

Un sonido estrangulado queda atrapado en mis pulmones y mi cuerpo se convulsiona bajo su contacto.

—Eso es. Eso es, eso es. Córrete por mí —canta mientras sus empujones se vuelven descontrolados—. Esa es mi Hannah. —Sus dedos no se detienen—. Sigue corriéndote. Aprieta ese coño contra mi polla, bebé.

Mis músculos se tensan, mi cuerpo palpita y su polla hace lo mismo.

Maddox gime, y puedo sentir su polla palpitando mientras me invade el calor.

30

Maddox

Me estremezco cuando las últimas gotas de mi liberación llenan el coño agitado de Hannah.

—Jesús. —Le doy un beso en el cuello y empiezo a retirarme.

Manteniendo mi polla dentro de ella, me enderezo para poder mirar hacia abajo, donde estamos unidos.

Lo grabo a fuego en mi memoria: la visión de su falda subida y mi polla enterrada en su calor.

Pensar en el hecho de que podríamos haber estado haciendo esto durante los últimos quince años me hace querer azotarle el trasero.

La próxima vez.

Tras liberarme de su calor, vuelvo a colocar su ropa interior en su sitio.

Cuando doy un paso atrás, Hannah se levanta del escritorio y se vuelve a poner el sujetador y la blusa en su sitio.

Cuando está de pie y frente a mí, mueve las caderas y hace una mueca.

Sonrío, sabiendo que mi semen está saliendo de ella, ensuciando sus bragas, y muy pronto va a recubrir el interior de sus muslos:.

—Sé que es incómodo, pero es lo menos que me debes —bromeo, intentando dejar atrás el mal rollo porque quiero volver a hacerlo.

Los hombros de Hannah se hunden.

—¿Te lo debo?

Le devuelvo la mirada.

—Estaba bromeando, pero sí. Me lo debes. Quince años, de hecho.

Me da un empujón en el pecho y yo doy un paso atrás, sin esperármelo.

Hannah se dirige a su escritorio y saca su bolso de uno de los cajones.

—¿Qué? —pregunto, sin entender esta mierda de frío y calor.

Cierra el cajón de un golpe e intenta mirarme como si me estuviera clavando puñales, pero no le salen como deberían porque se le llenan los ojos de lágrimas.

—¡Tú eres el que no llamó! —Su voz se quiebra—. Al menos yo lo intenté.

31

Hannah

Empujo a Maddox y abro la puerta de golpe.

Ni siquiera me importa si me encuentro con alguien. Seguro que me veo como un desastre, pero no puedo pasar ni un segundo más en su presencia.

Una opresión me llena el pecho.

Lo menos que me debes.

Abrazo mi bolso contra mi pecho.

Nunca más.

Nunca más me dejaré engañar por este hombre.

Hace tantos años, en aquella biblioteca maldita, pensé en él como en el lobo feroz.

En mi mente, era una broma.

Pero es verdad.

Solo que esto no es un cuento de hadas.

Y nadie vendrá a salvarme.

32

Maddox

Atónito, la veo desaparecer.

Me arrastro una mano por el rostro.

¿De qué demonios está hablando, diciendo que *yo no llamé*? Nunca intercambiamos los putos números. No había forma de que la llamara, aunque quisiera.

Aprieto la mandíbula. Cómo pasé de lo que posiblemente haya sido el mejor sexo de mi vida a estar aquí de pie sintiéndome como una completa mierda?

Acabado el día, saco el celular y transfiero el dinero de la propina a la empresa de catering. La fiesta terminará en treinta minutos y no necesito estar ahí.

Salgo furioso de la oficina de Hannah y doy unos pasos antes de darme cuenta de que Brandon camina por el pasillo hacia mí.

Mira más allá de mí, probablemente hacia la puerta de Hannah, pero me limito a asentirle al pasar.

Lo que hagamos no es asunto suyo.

33

Hannah

El auto de alquiler se detiene delante de mi casa.

—Llegamos, señorita. —El conductor hace por desabrocharse como si fuera a dar la vuelta y abrirme la puerta.

—Por favor, no salga del auto. —Me desabrocho el cinturón de seguridad y empiezo a abrir el bolso para darle una propina.

Él levanta una mano.

—No hay necesidad de extras. El Señor Lovelace se encargó de eso.

Claro que sí.

Claro que da propinas generosas.

Por supuesto que todo el mundo lo ama.

Le dirijo al conductor una sonrisa tensa y me bajo.

Mis pies palpitan a cada paso, pero el dolor no tiene nada que envidiarle al que siento entre los muslos.

O el de mi pecho.

Después de *lo que pasó* en mi oficina, me bajé en una planta cualquiera camino al vestíbulo. No me permití derrumbarme porque no había tiempo para eso, pero me limpié lo mejor que pude.

El interior de mi nariz empieza a hormiguear mientras subo los escalones de mi casa.

Todavía. No.

Todavía no. Todavía no. Todavía no.

Con el rostro inexpresivo, abro la puerta principal.

Mamá y Chelsea están en la sala, con una caja de pizza abierta sobre la mesita.

—¡Ella está en casa! —mamá dice, como si hubiera estado fuera durante días, no solo *el día*.

—¿Qué tal la fiesta? —pregunta Chelsea, apartando la vista de la pantalla del televisor.

—Divertida —respondo, y hago ademán de quitarme los zapatos—. Pero recuérdame que no me los vuelva a poner.

—Yo me los quedo.

Mamá resopla ante la emoción de Chelsea.

—Estoy segura de que pasarán tres años antes de que tus pies sean lo suficientemente grandes como para usar los zapatos de Hannah.

—Eso es más o menos lo que tardaré en volver a ponérmelos. —Muevo los dedos de los pies y suspiro.

—El precio de los cánones de belleza convencionales suele ser el dolor —mamá repite una frase que todos hemos oído antes. No se equivoca—. ¿Cenaste? Quedan unas rebanadas de hawaiana.

Me pongo la mano en el estómago.

—La comida de la fiesta estaba bastante buena y comí bastante. Voy a darme una ducha y a mimar un poco los dedos de mis pies, luego volveré a salir a vegetar con ustedes.

—Me parece un buen plan. —Mamá levanta su taza, que sé que está llena de té de menta.

Recorro el pequeño pasillo y entro en mi dormitorio para tomar mis pantalones deportivos más cómodos y mi camiseta más suave, luego cruzo el pasillo hasta mi cuarto de baño.

No me permito pensar en Maddox mientras me desnudo.

No me permito pensar en lo que hicimos mientras corro la cortina de la ducha.

No me permito recordar lo ansiosa que estaba, lo mucho que quería complacerlo, mientras abro el grifo.

No me permito pensar en lo bien que se sintió mientras abro la aplicación de música de mi teléfono y selecciono mi lista de reproducción para la ducha.

Pero cuando dejo mi teléfono en la orilla del lavabo y me meto en la ducha, y el ruido de la música y el agua corriente llena la habitación, entonces lo recuerdo.

Al bajar para sentarme en la bañera, recuerdo la forma en que Maddox me llamó su Conejita.

Recuerdo cómo el calor me llenó el estómago cuando me llamó su buena chica.

Recuerdo la sensación de su mano en mi garganta. El control que tomó. El alivio que sentí al dárselo.

Recuerdo que quise dejar atrás el pasado, queriendo aceptar lo que me ofrecía.

Pero entonces recuerdo lo que dijo.

Es lo menos que me debes.

Recuerdo la sensación de vacío que sentí en cuanto dijo eso.

Recuerdo cómo la viscosidad entre mis muslos de repente se sintió sucia.

Recuerdo haber sentido frío.

Y es entonces cuando empiezan las lágrimas.

Se mezclan con las corrientes de agua que corren sobre mi cuerpo, desapareciendo en cuanto caen.

Maddox fue tan intenso, la forma en que me tocó, la forma en que me ordenó.

Y estaba igual de serio cuando lo dijo. El calor del deseo desapareció, y él se quedó mirándome como si fuera yo quien le había agraviado.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos e intento borrar su imagen de mi cerebro.

Pero no funciona, y no detiene las lágrimas.

Lágrimas de frustración. Lágrimas de rabia. Lágrimas de autocompasión.

No fue culpa mía que mi mamá tuviera un derrame cerebral.

No era culpa mía que no pudiéramos permitirnos vivir si alguien no llevaba la tienda.

No fue culpa mía que la vida sea tan asquerosamente injusta.

Un sollozo con hipo se encierra en mis pulmones.

No fue mi culpa que él nunca llamara.

Me lo debes.

En realidad nunca esperé que apareciera un día y me salvara.

Nunca pensé que lo haría.

Pero eso no me impidió soñar, esperar un resultado diferente.

Un "felices para siempre". Un poco de luz en la oscuridad.

Que alguien me elija.

Inclino la cabeza hacia abajo.

Esperaba algo que nunca ocurriría.

Y ahora, todos estos años después, puedo admitir que después de besarnos, después de aquel día en que me abrazó en medio de la calle... volví a tener esperanzas.

Creí en algo que no merecía ser creído.

Pero esta vez, no hay nadie a quien culpar sino a mí misma.

Y eso me enoja muchísimo.

Abro la boca y suelto el grito silencioso más enérgico que puedo.

Cierro las manos en puños y me inclino hacia adelante.

Vuelvo a inhalar y suelto el aire.

Finjo que él está delante de mí y que grito lo bastante fuerte como para romper las ventanas que nos rodean.

Finjo que tengo un pasado diferente.

Finjo que nunca conocí a Maddox.

Al imaginarme mi semana en HOP U sin haber conocido a Maddox, la presión dentro de mí finalmente estalla, y me desplomo hacia adelante.

Otra lágrima se va por el desagüe mientras una fina capa de tristeza se asienta sobre mis pedazos rotos, embotando el dolor. Porque tampoco quiero eso, no quiero perder esos buenos recuerdos.

Solo necesito encontrar una manera de mantener esos recuerdos en el pasado. Porque en el presente, no puedo pensar más en Maddox Lovelace.

Se acabó esperar sueños translúcidos.

No más pensar con mi vagina.

No más.

Me inclino y me masajeo los pies antes de levantarme y terminar de ducharme.

Con el cabello secado con toalla, entro en la sala.

Chelsea tiene una película en la pantalla, lista para darle play.

Mamá está en su silla y Chelsea se ha desparramado por el sofá, así que yo ocupo mi sitio habitual en el chirriante sillón de cuero, tan viejo que parece salido de la calle, pero que en realidad se amolda perfectamente a mi trasero.

Empieza la película y apoyo los pies en el reposapiés.

No vemos películas juntas todos los fines de semana, pero lo hacemos lo bastante a menudo como para que me sirva de excusa para no salir.

Miro a mi sobrina.

Cuanto más crece, más se parece a su mamá, y más me recuerda lo frágil que es la vida.

Lo frágil que es todo.

Y es el recordatorio perfecto de por qué no puedo dejarme atrapar por Maddox y perder mi trabajo.

En silencio, respiro lenta y largamente.

Si realmente lo pienso, quitando las emociones de la ecuación, no importa que Maddox nunca llamara. Nunca habría funcionado de todos modos.

Yo no podía volver a HOP U. Tenía que trabajar a tiempo completo -más que a tiempo completo-, en Petals, y aunque hubiera querido intentar una relación a distancia, nunca nos habríamos visto. Entre su horario de fútbol y mi trabajo y el cuidado de mamá, no había tiempo.

Y luego Maddox se trasladó al otro lado del país y se convirtió en jugador de fútbol profesional, haciéndose más y más famoso a medida que pasaban los años.

Se me estruja el corazón.

Y mientras él hacía eso, mi vida volvió a cambiar. Porque mi prima falleció, y entonces Chelsea vino a vivir con nosotras.

Yo tenía veinticinco años, mantenía a mi mamá y, de repente, teníamos la custodia de una niña.

Fue hace diez años, pero aún recuerdo aquel día como si acabara de pasar. La llamada de que la mamá de Chelsea falleció inesperadamente, y la noticia de que dejó a su hija de dos años a nuestro cuidado, con la tutela dividida entre mi mamá y yo.

Mi prima fue inteligente haciéndolo así. Mi mamá no estaba en condiciones de ocuparse a tiempo completo de una niña pequeña, y yo tampoco lo estaba.

Lloré tanto esa primera semana.

Sentir angustia por perder a la prima a la que quería. Sentir terror por estar a cargo de la vida de una niña. Sentirme egoísta por no querer esa

responsabilidad. Sentir el peso aplastante de saber que no tenía elección y que no querría que hubiera pasado de ninguna otra forma.

Chelsea era demasiado pequeña para recordar a su mamá, pero nos aseguramos de contarle historias y enseñarle fotos mientras crecía. Yo siempre fui la tía Hannah, y mamá siempre fue la abuela para ella.

Y así, durante la última década, hemos sido nosotras. El resto de la familia ha muerto, ya sea por vejez o por enfermedades o accidentes.

La maldición familiar.

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios.

Chelsea empezó a llamarlo así, y a veces se siente como una maldición. Como si estuviéramos condenadas a tenernos solo las unas a las otras.

Pero es más de lo que tienen algunos, y yo elegiría a estas dos antes que a cualquier otro.

—¿En qué estás pensando? —la pregunta de Chelsea me hace levantar la mirada.

—¿Hmm?

—Estás sonriendo raro.

—Oh, solo pensaba en... palomitas. —Miento, no queriendo decirle que estoy pensando en la maldición.

—Seguro. —Pone los ojos en blanco.

—Yo podría comer palomitas —interviene mamá, levantando los ojos hacia el reloj de la pared—. Y es mi cumpleaños dentro de dos horas, así que creo que alguien más debería hacerlas.

Chelsea se lleva rápidamente el dedo a la nariz, el signo universal para decir que *no*.

Suspirando ruidosamente, me levanto de la silla y me dirijo a la cocina.

Mientras la bolsa se expande con ruidos de estallido en el microondas, abro la computadora que dejé sobre la encimera y tecleo a través de las

pestañas que aún tengo abiertas, comprobando el estado de cada solicitud de empleo que presenté esta semana.








34

Maddox

El sudor me recorre la frente y cierro los ojos, concentrándome en la tensión de mis muslos.

Unos ojos bonitos me miran fijamente.

Aprieto los ojos con más fuerza, intentando no imaginarme a Hannah mientras la sangre bombea por mis venas.

Empujo hacia arriba, gruñendo con el movimiento.

Abro los ojos y miro fijamente mi reflejo mientras doy un paso adelante y coloco la barra en su sitio.

Mi música suena a todo volumen por los altavoces del gimnasio de mi casa, las paredes del sótano reverberan a mi alrededor, pero no es suficiente para ahogar el recuerdo de la voz de Hannah.

Lo intenté.

Más que ninguna otra cosa, esas dos palabras se han repetido en mi cerebro.

Tomo la toalla de la estantería y me la paso por el rostro.

¿De qué demonios estaba hablando?

¿Qué intentó?

Presiono la toalla sobre mis ojos cerrados.

Me estoy perdiendo algo. Tengo que estarlo haciendo.

La música se corta cuando mi teléfono empieza a sonar.

Lo tomo de la estantería y miro el identificador.

Casi no contesto, no estoy de humor para hablar, pero entonces recuerdo el favor que le pedí.

—Waller —digo en cuanto se conecta la línea—. ¿Finalmente conseguiste esa historia de fondo en Petals?

Suelta una risita incómoda que me produce un cosquilleo en los sentidos.

—¿Qué?

—Bueno. —Se ríe de nuevo—. Es una de esas cosas tipo *eso no es divertido.*

—¿De qué demonios estás hablando? —Estoy siendo un imbécil, pero empiezo a tener un mal presentimiento sobre lo que sea por lo que haya llamado para decirme.

—Bueno, esta semana me entretuve un poco con otras cosas y me olvidé de la floristería que querías que viera, pero hoy encontré el nombre, Petals, y me acordé.

—¿Y cómo diste con el nombre?

Hace una pausa.

—En una solicitud.

Mi columna se pone rígida.

—¿Qué tipo de solicitud?

—Y eso es *divertido* —ignora mi pregunta—, porque estuve mirando el nombre en el currículum, pensando para mis adentros: *¿Por qué me suena*? —Ese mal presentimiento se solidifica—. Y entonces leí su historial laboral, y vi que había trabajado para Petals, y pensé *Oh, qué casualidad….*

—¿Me estás diciendo que Hannah solicitó trabajar para ti? —Aprieto los dientes.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Ahora, ¿vas a decirme qué demonios está pasando?

—No pasa nada. —Empiezo a caminar.

—No pasa nada. —Waller repite mi frase usando su voz *tonta*—. Claro. Excepto que mi mejor amigo me está guardando putos secretos.

Exhalo un suspiro.

—No estoy guardando secretos. Te pedí que investigaras Petals, ¿no?

Waller se burla.

—Sí, pero no mencionaste que tenía algo que ver con la maldita Hannah Utley. Mierda, hombre, es la chica que te jodió la cabeza en nuestro último año.

—Ella no... —Empiezo a argumentar.

—También resulta que está solicitando trabajo en mi empresa. —Habla por encima de mí—. Y puedo ver claramente en su currículum que actualmente trabaja para *tu* puta empresa, así que, claro, dime otra vez que no pasa nada.

—Vete a la mierda —suspiro—. No necesito añadir tu mierda de culpa de amigo a mi plato ahora mismo. —Doy media vuelta y vuelvo por donde vine—. Y no vas a contratarla.

—No me digas, hombre. No voy a contratar a alguien que mi bestie[4] odia.

Dejo de pasearme.

—No la odio.

—¿No? —Parece más curioso que sorprendido.

—No, y no uses la palabra bestie. No somos niñas de doce años.

Waller hace un zumbido.

—¿Así que no la odias, pero estás intentando bloquearla?

—¿Qué? —Sacudo la cabeza—. No, eso no... no estoy intentando evitar que consiga un trabajo. Yo... Mierda. —Me dejo caer para sentarme en el banco de pesas—. No sabía que solicitó otros trabajos. —Por fin me doy cuenta y me siento mal—. No quiero que se vaya.

[4] Mejor amigo.

—Entonces... —Waller alarga la pausa—. ¿Fue una sorpresa cuando descubriste que trabajaba para ti? O...

Pongo los ojos en blanco.

—No compré esa empresa para acercarme a Hannah. No tenía ni idea de que trabajara ahí.

Aunque, de haberlo sabido, podría haberlo hecho.

Waller silba.

—Apuesto a que fue una patada en las pelotas.

Hago una mueca.

—Básicamente.

—Y...

—¿Y qué?

—¿Y qué? —Se burla de mí—. Acabas de decir que no tenías ni idea de que trabajaba para la empresa que compraste. ¿De verdad crees que no voy a querer saber más?

—Tenía la esperanza —digo secamente.

—Bueno, la esperanza en una mano, la mierda en la otra. —Usa la frase favorita de nuestro viejo entrenador.

—Como puedes imaginar, no salió muy bien. —Luego lo pienso y casi me río—. Fingió no conocerme.

—Una chica te ignora, aparece década y media después, te ignora otra vez -en tu cara-, ¿y te parece gracioso?

Sacudo la cabeza.

—Hablar contigo es peor que hablar con mi mamá.

—Sigue así y la añadiré a esta llamada. No me pongas a prueba.

—Dios, eres una zorra insistente. —Me pongo de pie y empiezo a caminar de nuevo—. No sabía que estaba ahí hasta que fue a una de esas entrevistas para la nueva empresa que hicimos.

—Mierda. —Puedo imaginar la mueca de dolor en la voz de Waller—. Debe haber sido un momento.

—Sí, bueno... —Me siento como un hijo de puta admitiendo esta parte, pero sé que Waller lo entenderá—. Las entrevistas eran aburridísimas, y tenía unos correos de mis abogados sobre unos contratos que tenía que revisar, así que estuve mandando emails en mi teléfono la primera, como, mitad de su entrevista. —Resoplo, preguntándome cómo no reconocí su voz—. Ni siquiera levanté la vista hasta que alguien dijo su apellido, y para entonces, ella ya había tenido tiempo de sobra para superar su propio shock.

—Así que cuando por fin prestaste atención, ella ya estaba controlada.

—Básicamente.

—Pero vas a la oficina, ¿verdad? ¿Así que la has visto?

—Sí.

—¿Y te enfrentaste a ella por su pequeño acto de desaparición?

—Más o menos. No. Mierda, no lo sé. —Me doy la vuelta y vuelvo a cruzar el gimnasio—. Me está dando todo tipo de señales contradictorias. Me mira mal un segundo y al siguiente llora por un sándwich de jamón con queso, pero anoche después... le dije algo, y me echó en cara que yo no la había llamado, pero eso no tiene sentido porque nunca intercambiamos números.

Lo intenté.

La pesada carga de la duda se aferra a mis hombros.

—Creo que me estoy perdiendo algo —admito.

Hay silencio en la línea durante un largo momento.

—¿Sigues ahí? —pregunto al teléfono.

—Estoy aquí. Solo ocupado preguntándome cómo te las arreglaste para acostarte con esta mujer sin, al parecer, hablar realmente con ella.

Miro fijamente a la pared.

—Te odio.

Waller se ríe.

—No, no lo haces, pero en serio, deja de pensar con la polla un minuto entero y pregúntale directamente qué demonios pasó.

—De verdad te odio —murmuro.

—No, solo odias que tenga razón. Ahora, ¿quieres saber lo que averigüé sobre Petals, o prefieres esperar y preguntárselo a ella?

Gruño.

—Lo dices así para que yo sea el imbécil si te pido que me lo digas. —Me imagino su encogimiento de hombros—. Pero he estado metiéndome el pie todo este tiempo, y estoy cansado de no saber qué está pasando, así que dímelo.

—El negocio pertenecía a Ruth Utley. Lo puso en marcha hace unos cuarenta años con un tal Theodore Utley -encontré un certificado de matrimonio, así que eran señor y señora, pero unos años después, pasó a estar solo a nombre de ella. Busqué porque tenía curiosidad por saber si se trataba de un divorcio, pero en lugar de papeles de divorcio, encontré un certificado de defunción.

—¿El papá de Hannah? —La emoción me golpea la garganta.

—Sí. Si mis cálculos son correctos, ella era solo una bebé.

—Mierda.

—Pero la señora hizo un buen trabajo con el negocio. Tuvo bastante éxito. No lo suficiente para hacerse rica, pero sí para criar a una hija. Realmente no hay mucho que contar después de eso, así que me adelanté a cuando cerró. Coincide con el momento en que Hannah se dedicó a la industria solar.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Su sueldo ahora es mejor que lo que ganaba en esa tienda.

—Pero eso es lo que quiero decir. No era su tienda. Puede que fuera de su familia, pero si tenía que encargarse de todo, ¿por qué se fue a la

universidad? —Sacudo la cabeza—. Tuvo que pasar algo. Tengo que hablar con ella.

—Deja que baje el teléfono para que pueda aplaudirte despacio.

—Por eso no te cuento las cosas. —Salgo a grandes zancadas del gimnasio y subo las escaleras de dos en dos hasta llegar a la planta principal.

Waller se ríe y luego suspira.

—Mira, no voy a llamarla por esta solicitud, pero si solicitó al azar el puesto de contadora en mi empresa, te aseguro que solicitó más..

—Lo sé. —Estoy seguro de que lo hizo. Probablemente solicitó en una docena de otros trabajos.

—Bueno, no estoy exactamente seguro de lo que quieres, pero... buena suerte.

Cuelgo el teléfono, sabiendo exactamente lo que quiero.

Quiero saber qué pasó.

Y quiero a Hannah.

Ahora solo tengo que averiguar si ella todavía me quiere también.

35

Hannah

—Mételos en el refrigerador —le digo a Chelsea mientras salgo a toda prisa de la cocina hacia la puerta principal.

Hoy es el cumpleaños de mamá, y acabamos de terminar de hacer rollos de canela para hornear después de la cena, y nuestra entrega de comida china llega temprano.

Llaman por segunda vez a la puerta principal.

—¡Ya voy! —grito, limpiándome las manos en el delantal que llevo sobre los pantalones cortos y una camiseta.

Tomo el dinero del banco donde lo dejé y abro la puerta de un tirón.

—Aquí...

Mi cuerpo se congela al ver a Maddox.

Está ahí de pie.

En mi escalón delantero.

Cierro la puerta, no quiero hablar con él después de lo de anoche.

Justo antes de que la puerta se cierre, Maddox extiende la palma de la mano, deteniéndola.

Sé que si lo empujara, soltaría la mano y me dejaría cerrarle la puerta en las narices.

Pero está aquí.

Vuelvo a abrir la puerta.

Lo veo observarme.

—Me gustaría hablar contigo. —Su tono es tan sincero que hace que me duelan los dientes.

—Maddox...

—¡Vamos, trae la comida! —mamá dice desde adentro de la casa.

Miro a Maddox y digo por encima del hombro.

—No es la comida.

—¿Qué es? —mamá grita.

—Es un hombre —digo rotundamente, y casi parece que el borde de la boca de Maddox se levanta.

—Pues ciérrale la puerta en las narices o déjalo entrar, pero que no salga todo el aire frío.

Esta vez, estoy segura de que su boca se levanta antes de inclinarse sobre mí hacia la puerta.

—Buenas noches, señora Utley.

Lo dice con su voz más dulce, así que ni siquiera me sorprende la respuesta de mi mamá.

—¡Tráelo!

—Mamá —exclamo, exasperada.

—Es mi cumpleaños, Hannah. —Lo dice como si fuera una razón para invitar a la especie masculina a nuestra casa cuando ni siquiera sabe quién está en la puerta.

Miro a Maddox.

Él levanta las palmas.

—Es su cumpleaños.

Me muerdo el labio.

Esto no tendrá ningún buen resultado.

—¿Por qué estás aquí?

Maddox se acerca un paso.

—Porque quiero hablar contigo.

Sigo mirándolo fijamente.

—No vas a despedirme, ¿verdad? Porque no creo que eso sea algo apropiado en mi casa.

Se echa hacia atrás.

—¿Despedirte? —Sacude la cabeza—. No. Eso no es... eso es ridículo. Solo quiero hablar contigo, y no quiero hacerlo en el trabajo.

—¿Y tienes la dirección de mi casa...?

—Estaba impresa en tu currículum. Ni siquiera tuve que robarla.

Me muerdo el labio un poco más.

—Mi número de teléfono también estaba ahí.

Asiente con la cabeza.

—Podrías haber llamado —señalo.

—No estaba seguro de que responderías mi llamada.

Su llamada.

Dios, qué jodido sería que me llamara ahora, después de todo este tiempo.

Nos estamos mirando fijamente cuando Chelsea se acerca para ponerse a mi lado.

—¿Quién es este chico?

Maddox mira a Chelsea y luego baja lentamente la mirada para hacer una doble toma.

36

Maddox

Miro fijamente a la niña. Sus ojos... son como los de Hannah. La misma forma. El mismo color marrón claro.

Pero su cabello... es oscuro.

Como el mío.

Vuelvo a mirar a Hannah.

Ella me mira con los brazos cruzados sobre el pecho.

Vuelvo a mirar a la niña.

—Es... —Trago saliva mientras una extraña mezcla de emociones cubre mi piel—. ¿Es mía?

Hannah y la niña parpadean hacia mí.

¿Es posible?

¿Tengo una hija?

—¿En serio? —Hannah dice al mismo tiempo que la niña dice—: Ew.

¿Ew?

¿Qué demonios...?

Aprieto la mandíbula.

¿Hannah tuvo la bebé de otro hombre?

La niña pone los ojos en blanco y luego mira a la adulta que está a su lado.

—Tía Hannah, ¿en serio te acostaste con este chico?

—¡Chelsea! —Hannah suena como si intentara reprender a la chica pero también como si intentara no reírse.

Espera.

—¿Tía? —pregunto.

—¡Cierra la puerta! —grita de nuevo la mamá de Hannah mientras la niña desaparece dentro de la casa.

Pellizcándose el puente de la nariz, Hannah da un paso atrás.

—Será mejor que entres.








37

Hannah

Maddox pasa a mi lado y entra en la casa.

No puedo creer que este idiota pensara que Chelsea era su hija.

O que mantendría a una niña oculta de su papá.

Idiota.

Maddox se detiene en el banco para quitarse los tenis que lleva puestos, dejándolo en calcetines blancos, jeans desgastados y una camiseta gris que muestra más de sus tatuajes de los que he visto nunca.

Me desato el delantal que llevo puesto y finjo que no llevamos conjuntos a juego. Con mis jeans en forma de pantalón corto y mi camiseta de cuello en V blanco.

Normalmente, no me siento cómoda llevando pantalones cortos con nadie que no sea mi familia, pero me recuerdo a mí misma que Maddox vio mucho más que mis muslos anoche.

Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria.

No pienses en lo de anoche.

Pero mientras veo cómo se le abultan los músculos de la espalda bajo la camisa de algodón, no puedo evitar pensar en eso. Él es...

Me paso el delantal por la cabeza.

No importa si es la encarnación del sexo.

Nunca más.

38

Maddox

Probablemente debería sentirme mal por colarme en la fiesta de cumpleaños de la mamá de Hannah, pero también tengo la sensación de que sin la insistencia de su mamá, todavía estaría fuera.

La pequeña entrada da paso a la habitación principal, con una sala -abarrotada de muebles-, a mi derecha y un comedor a la izquierda.

En el centro de la mesa redonda hay un ramo de flores y un par de globos atados al respaldo de una de las sillas.

La casa tiene probablemente un siglo de antigüedad, con suelos de madera desgastada y arcos entre todas las habitaciones, lo que la hace parecer pequeña, pero es acogedora.

Las alfombras y cortinas con motivos florales no me parecen precisamente del gusto de Hannah, pero nunca vi su dormitorio, así que no puedo afirmar que conozca su estilo.

Una mujer, que debe de ser la mamá de Hannah, entra en el comedor desde lo que supongo que es la cocina, al otro lado de la habitación.

Es de la misma estatura que Hannah, con un cabello color miel similar, solo que el suyo es mayormente gris.

—Hola, señora Utley. Soy Maddox Lovelace.

La mujer se detiene a medio camino y sus ojos se abren de par en par.

—¿Mad Dog?

Mi sonrisa es genuina. Ella no es exactamente mi grupo demográfico de fans habitual.

—Ese soy yo.

Le tiendo la mano y ella se acerca para tomarla.

—Encantada de conocerte, querido. Hannah solía hablar de ti todo el tiempo.

—¡Mamá! —Hannah grita desde algún lugar detrás de mí.

Ambos la ignoramos mientras sonrío.

—¿En serio?

La señora Utley me sonríe y me suelta la mano.

—Me hizo ver todos tus partidos con ella.

—Mamá. —Hannah intenta usar un tono más severo.

—¿ De verdad? —Miro por encima del hombro a Hannah con el ceño fruncido.

—De verdad. —Su mamá está de acuerdo, luego se inclina a mi alrededor para mirar a Hannah—. Oh, silencio. El amor de juventud no es nada de lo que avergonzarse.

Hannah gime mientras yo enarco las cejas.

¿Habló con su mamá de mí? ¿Sobre amor?

Probablemente no debería sentirme engreído con esa información, porque si Hannah habló de mí, seguro que también dijo cosas malas.

—Llámame Ruth.

—Es un placer conocerte, Ruth. Feliz cumpleaños.

—Eres muy amable. —Se levanta para darme una palmada en el brazo, luego lo hace de nuevo, dándome un apretón en el bíceps—. Pensé que te habías retirado.

—Jesucristo —murmura Hannah detrás de mí.

Levanto ambos brazos, flexionándolos para la mamá de mi crush.

—Okey. —Hannah se levanta y jala uno de mis brazos hacia abajo—. Es suficiente. —Jala mi muñeca, girándome hacia ella—. Vamos a hablar para que puedas seguir tu camino.

—Pueden hablar después de cenar —responde Ruth por mí.

Vine aquí con sentimientos de culpa, dolor y confusión enroscados en el cuello, esperando una conversación sincera en la que pudiéramos aclarar lo que realmente pasó hace quince años, así que debería comportarme lo mejor posible, jugar limpio y hacer todo lo que Hannah me pida.

Pero tomarle el pelo es demasiado divertido.

—Sí, Hannah. —Le sonrío a la hermosa mujer que me mira con fuego en los ojos—. Puede esperar hasta después de cenar.

—Bien. —Ruth gira sobre sus talones—. Pondré otro cubierto.

Hannah y yo nos miramos mientras su mamá se aleja.

—Maddox —dice mi nombre en voz baja.

—Conejita —respondo al mismo nivel.

Frunce los labios y cierra los puños.

—Si solo estás aquí para joderme...

—No. —La corto—. Vine a hablar, y potencialmente disculparme.

Ella me observa, mirando por toda mi cara en busca de pistas, y debe ver algo que le hace creerme.

Sus hombros caen a medida que la tensión a su alrededor se libera, y pone los ojos en blanco.

—*Potencialmente*. Eres un idiota.

Hay cero calor detrás de su insulto.

—Prometo que no haré ni diré nada que haga rara esta cena. —Levanto una mano como si estuviera haciendo un juramento.

Ella entrecierra los ojos.

—Lo dudo.

Llaman a la puerta.

Hannah empieza a girarse, pero paso a su lado.

—Yo abro.








39

Hannah

Mientras Maddox va a abrir *mi* puerta, yo echo la cabeza hacia atrás y miro al techo.

Maddox está dentro de mi casa, y se unirá a nosotras para la cena de cumpleaños de mamá.

¿Por qué es esta mi vida?

Entonces me acuerdo del dinero.

—¡No olvides la propina! —grito mientras me apresuro hacia la puerta principal, pero Maddox ya la está cerrando.

Se gira, con una ceja levantada.

—Disculpa. ¿Qué me acabas de gritar?

Me sonrojo al pensar en eso, pero veo el dinero en el suelo, donde se me debió caer cuando vi que era Maddox el que estaba en la puerta.

Me agacho y lo recojo, pero cuando intento pasar a Maddox, se interpone en mi camino.

Tiene las manos llenas de bolsas de papel marrón engrapadas por arriba, así que alarga los codos, bloqueando completamente la puerta.

—Ya me encargué yo.

—¿La propina? —Aclaro ya que la comida ya estaba pagada.

Sonríe y yo emito un sonido de fastidio en el fondo de mi garganta.

—Eres imposible —resoplo, doy media vuelta y vuelvo al comedor.

Mamá movió las flores a un lado y le hace un gesto a Maddox para que ponga las bolsas en el centro de la mesa.

Nos sentamos todos, con mamá frente a mí, Maddox a un lado y Chelsea al otro.

No pierdo de vista al hombre gigante mientras mamá abre los recipientes, metiendo cubiertos en cada uno y diciéndoles a todos lo que son.

Y entonces veo como ella intenta que Maddox vaya primero, pero él solo le sirve a ella en su lugar.

Mi pobre corazón arrugado se expande un poco ante sus acciones.

—¿Chelsea? —Él levanta las pinzas que mamá puso para los rollitos de huevo.

La preadolescente lo mira con los ojos entrecerrados, pero aún así levanta el plato.

—Dos, por favor.

Él no la cuestiona y se limita a ponerle en el plato el par de deliciosos rollitos fritos.

No significa nada. Maddox siempre ha sido un tipo decente. Esto es solo él siendo un tipo decente.

—¿Hannah? —Hace un gesto con las pinzas y yo levanto mi plato.

Una vez que nuestros platos están llenos, mamá levanta un wonton de queso crema en el aire.

—Por otra vuelta alrededor del sol.

Chelsea y yo levantamos nuestros wontons y golpeamos los tres uno contra otro en un brindis, con pequeñas migas que se desprenden y revolotean sobre la mesa al crujir entre sí.

Al mirar, veo que Maddox ya se ha metido el wonton en la boca, entero.

Chelsea se ríe.

Maddox levanta la mano, tapándose la boca mientras habla con ella llena.

—¿Debería sacarlo?

Señor, ayúdame.

Si hubiera tenido comida en la boca, probablemente me habría atragantado.

—No, no. Come. —Mamá toma un bocado de su propio wonton como si estuviera haciendo un punto.

Chelsea me lanza una mirada que dice *este es el chico que te gusta...* y yo intento lanzarle una mirada que diga *yo no lo invité.*

40

Maddox

—Entonces, Maddox. —Ruth le da un sorbo a su agua—. ¿Estás soltero?

—Sí, señora.

—¿Nunca te casaste?

Hannah suspira con fuerza ante la pregunta de su mamá, pero ha dejado de intentar intervenir.

—Nunca me casé —respondo.

—¿Alguna vez comprometido? —Ruth sigue.

—No. —Sinceramente, nunca me planteé comprarle un anillo a nadie.

—¿Por qué no? —Ruth se mete un trozo de tofu en la boca.

—Abuela, si él te agrada, entonces no deberías querer que se case con tía Hannah. —La chica del otro lado de la mesa sostiene un trozo de pollo con pericia entre sus palillos, captando obviamente la intención de su abuela.

—¿Y eso por qué? —le pregunto a la chica, curiosa.

Dirige su mirada hacia mí.

—Porque si lo hicieras, recibirías la maldición.

Hannah tose, y no sé si es para disimular una risa o un grito ahogado.

Estudio a la chica.

—¿Cuál es la maldición?

Se encoge de hombros.

—Nada importante. Solo que todos los que nos aman mueren.

Creo que me quedo con la boca abierta.

¿Qué demonios acaba de decir?

Un guisante vuela por el aire y rebota en la mejilla de Chelsea.

—No hables de maldiciones en mi cumpleaños. Los cumpleaños son inmunes.

Chelsea se pasa la servilleta por la mejilla y vuelve a comer.

Me aclaro la garganta y giro la cabeza para mirar a Hannah.

Todos los que nos aman mueren.

Jesucristo.

Hannah aprieta los labios. Definitivamente, está intentando no reírse.

¿Qué gracia tiene eso?

Hannah sumerge otro wonton en el recipiente de salsa agridulce, tan despreocupada como siempre.

Pienso en la casa.

Las cortinas que enmarcan la ventana. Los muchos pares de zapatos de niña en la puerta principal. La abundancia de muebles cómodos en la sala detrás de mí.

Estas tres viven aquí juntas.

Apostaría mis ahorros a que sí.

Porque todos los que nos aman mueren.

Algo desolador se instala en mi estómago junto al pollo con sésamo.

Hannah se acerca y me da unas palmaditas en el antebrazo, probablemente intentando sacarme de mi espiral mental.

—No te preocupes, Maddox, no puedes contagiarte por proximidad.

Trago saliva a pesar de la opresión que siento en la garganta.

—¿Estás segura?

Hannah asiente.

—Es una de las reglas.

Ruth resopla.

—¿Desde cuándo te importan las reglas?

Cuando conocí a Hannah, pensé que era un poco "Mojigata". Pero estoy empezando a pensar que eso no es cierto.

Quizás fueron sus rápidas réplicas las que empezaron a hacerme cambiar de opinión, o tal vez fue follármela sobre su escritorio anoche durante la fiesta de empleados lo que me dio la pista.

—¿Y de quién aprendí ese comportamiento? —Hannah mira a su mamá.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. —Ruth da otro bocado a su comida.

—Además —dice Hannah a la mesa—, no nos vamos a casar. Ni siquiera estamos saliendo. —Levanta una mano—. Quiero decir, no vamos a salir. No podemos. No es que quisiéramos, pero aunque quisiéramos, es mi jefe. —Señala con el dedo entre nosotros—. Y no queremos.

Todos miran fijamente a Hannah.

Es adorable cuando está nerviosa.

—Bueno, técnicamente. —Levanto un rollito de huevo para puntualizar mi punto—. No soy tu jefe. Solo soy el dueño de la empresa.

41

Hannah

Maddox se sienta en su silla con un gemido, y no sé si es por haberse comido ese segundo rollo de canela o por haber perdido la última ronda de póquer contra Chelsea.

En realidad no jugamos por nada, solo por presumir, pero no creo que Maddox haya perdido antes a las cartas contra una niña de doce años.

—Reconozco la derrota. —Maddox levanta las manos.

—Qué amable de tu parte. —Chelsea se ríe mientras apila sus fichas.

Esta noche ha sido... agradable.

Sorprendentemente agradable.

Devastadoramente agradable.

Maddox vino aquí a *hablar*.

Hablar puede significar muchas cosas, pero sea cual sea el rumbo que tome esta conversación, no espero disfrutarla.

—Bueno, creo que es hora de un poco de terapia de reality show. —Mamá aparta su silla de la mesa—. Limpiaremos más tarde. Ustedes dos —nos señala a Maddox y a mí—, pueden ir a hablar a la habitación de Hannah.

—Si viene un chico, ¿nos dejas hablar en mi habitación? —pregunta Chelsea mientras se dirige hacia el sofá.

Mamá la sigue.

—Por supuesto, cuando tengas treinta y cinco.

Maddox y yo nos miramos, su mirada divertida a la mía ligeramente adolorida.

—¿Vamos? —Se levanta de un empujón.

No me extraña la mueca que hace al levantarse de la dura silla de madera.

—¿Cómo están tus rodillas? —pregunto antes de pensarlo mejor.

Pero aunque mamá y Roberts no me hubieran delatado en las últimas veinticuatro horas, no es ningún secreto que jugar fútbol profesional daña el cuerpo.

Se encoge de hombros.

—Me acerco a los treinta y siete y tengo las rodillas de una persona de sesenta y cinco años, así que van muy bien.

Sacudo la cabeza y le hago un gesto para que me siga.

—Ven, viejo. Vamos a hablar.

42

Maddox

Atravesamos la casa hasta la parte trasera de la sala, pero en lugar de subir las escaleras, Hannah me lleva por un pequeño pasillo.

Duda un segundo y atraviesa una puerta abierta.

A continuación, me encuentro en el dormitorio de Hannah Utley.

Es pequeño. Probablemente del mismo tamaño que mi vestidor, pero es cómodo.

Echo un vistazo a lo que debe de ser un colchón de tamaño normal e intento no imaginar cómo yo no cabría en esa cama.

Las estanterías empotradas me hacen pensar que esto podría haber sido diseñado como un estudio, pero Hannah lo convirtió en un bonito dormitorio.

—Aquí no tengo sillas. —Se detiene en la cabecera de la cama y se gira para mirarme—. Pero podemos sentarnos en la cama si quieres.

Mis ojos recorren la pulcra ropa de cama.

Quiero sentirlo. El edredón color crema. El colchón. Todo.

Pero no me siento. Quiero quedarme de pie para esto.

Concentro mi atención en la mujer que tengo delante.

No hay una buena forma de empezar, así que lo hago.

—Anoche dijiste que *fuiste tú quien no llamó*. —Ella junta los labios mientras me mira—. Pero nunca compartimos nuestros números, y sé que tú lo sabes, así que necesito que me ayudes a entenderlo.

Sus ojos se cierran.

—No debería haber dicho nada. No tiene importancia.

—Sí importa —le digo.

Abre los ojos y están llenos de tristeza.

—¿Por qué? —Su tono suena tan derrotado.

Así que le digo la verdad.

—Porque te extrañé.








43

Hannah

Mi garganta se contrae.

Porque te extrañé.

44

Maddox

Me acerco un paso más mientras la observo luchar por mantener la uniformidad de sus facciones.

—Desde que te volví a ver, pensé mucho en eso, y lo único que se me ocurre es que hay algo que no entiendo. Algo que no sé. —Quiero tocarla, pero mantengo las manos a los lados—. ¿Qué pasó, Conejita? ¿Qué te hizo correr?

Mete las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones cortos.

—No estaba corriendo. Maddox... —Aprieta los labios—. ¿Realmente necesitamos hacer esto? ¿No podemos simplemente fingir...?

—Sin fingir. —Ahora que estoy aquí, no hay quien me pare—. Solo la verdad.

Hannah asiente una vez.

—Mi mamá... justo después, cuando volví a mi dormitorio aquella mañana. —Se refiere a nuestra noche en la biblioteca—. Recibí una llamada de una enfermera. Mi mamá tuvo un derrame cerebral.

—Mierda —exhalo.

—Ella estaba en el hospital.

—Jesús, Hannah.

—No tenía elección. Tenía que volver a casa.

Pienso en la forma en que nuestras manos se separaron cuando salimos de la biblioteca, y en cómo me pasé el día pensando en ella, y ella la pasó...

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto, sabiendo que no tengo derecho a sentirme herido por esto, pero aún no puedo creer que se haya ido.

—Lo intenté —repite la declaración de anoche.

—Yo no...

—Puse una carta en tu buzón. —Se apresura a decir la frase.

—Tú... —Me quedo a medias—. ¿Qué?

Se encoge de hombros como si no fuera para tanto.

—¿Una carta? —Intento hacerme a la idea.

—Nadie respondió cuando toqué el timbre. —Vuelve a levantar los hombros, pero esta vez es un movimiento más pequeño. Más contenido—. Así que la puse en el buzón.

Lo intenté.

Lo que solo puede ser culpa me oprime los pulmones.

—Nunca la recibí. —Decir las palabras se siente como lanzar un puñetazo—. Nunca recibí tu carta, Hannah.

Me dedica una débil sonrisa.

Ella me escribió una maldita carta. El día que su mamá tuvo un derrame cerebral.

—¿Qué decía la carta?

—Maddox... —Su mirada se aparta de la mía.

—Por favor —la interrumpo.

—Decía lo que te acabo de decir. —Saca las manos de los bolsillos y las levanta antes de dejarlas caer a los lados—. Que mi mamá estaba en el hospital y que tenía que tomar un autobús a casa, y con la tienda... —Me mira—. Éramos las dueñas de Petals, la floristería de mi currículum. Mamá prácticamente vivía ahí, llevando el local, y si ella no podía trabajar... entonces yo tenía que hacerlo.

Las líneas temporales encajan.

Hannah se fue a la escuela porque Ruth llevaba la tienda, pero una semana después, Ruth ya no pudo llevarla.

—¿Qué más decía la carta? —Necesito saberlo todo. Necesito saber el alcance del daño.

Esta vez solo sube un hombro.

—Dije algo tonto sobre lo mucho que nuestro tiempo había significado para mí. —*Tonto. No habría sido tonto*—. Y escribí mi número. — El golpe da en el blanco. Sabía que lo iba a decir, que lo iba a incluir, pero oírselo decir…—, dije algo sobre que sé que la larga distancia era una mierda, pero que me gustaría volver a hablar contigo. Tal vez leer juntos —susurra la última frase.

Doy un paso atrás.

Ella quería leerme por teléfono. Como hizo esa noche.

—Y luego nunca llamé. —Siento que estoy rompiendo mi propio corazón.

Hannah me da otro de esos malditos encogimientos de hombros.

—Lo entiendo.

—No. —Sacudo la cabeza—. No, no hay nada que entender. Yo no… Hannah, nunca recibí esa carta. Si la hubiera recibido, habría llamado.

—Okey. —Lo dice como si no me creyera.

—Lo habría hecho. —Me paso la mano por el cabello—. No sé qué le pasó, pero nunca la recibí. Tienes que creerme.

Hannah se muerde el labio, pero asiente.

Una intensa sensación de pérdida me invade, y jodidamente la odio. Podríamos haber pasado tanto tiempo juntos, pero lo perdimos todo.

—¿Por qué no me volviste a escribir? —Mi voz suena diferente a la de hace un momento—. Sabías dónde vivía.

Suelta una carcajada entrecortada.

—Porque escribir esa carta una vez ya fue bastante duro, y porque no quería ser la aventura desesperada mendigando atención a horas de distancia.

Aprieto los dientes.

—No fuiste solo una aventura. Seguro que sabes eso.

—¿Cómo? —Ella levanta y vuelve a soltar las manos—. ¿Cómo iba a saberlo, Maddox? Por lo que sé, te dejé una carta diciéndote lo que sentía, y la ignoraste.

Aprieto los puños.

—Eso no fue lo que pasó.

—Te creo, ¿okey? Creo que nunca recibiste la carta, pero en ese momento, no lo sabía, y me dolió. —Su voz se quiebra—. Me imaginé que no te importó.

—Me importaba mucho. —Doy un paso más.

Hannah me detiene con su siguiente pregunta.

—¿Fuiste a la biblioteca a buscarme?

Abro la boca, pero no quiero responder.

Porque no lo hice.

45

Hannah

Puedo verlo en su cara.

No fue a la biblioteca.

Le creo en todo lo demás. Lo hago, pero también creo eso.

—No ibas a verme esa noche. —Se me hunde el corazón al decirlo.

Nada de esto importa.

Nunca intentó buscarme.

Se habría acabado de todos modos.

—Iba a hacerlo. —Aprieta las palabras, frustrado.

Pienso en ese maldito balón de fútbol de papel, y la presión que se acumula detrás de mis ojos es demasiado.

—¿Puedes irte, por favor? —pregunto en voz baja.

—No es así. —Maddox se acerca un paso más y enfoco mi mirada en el centro de su pecho—. No fui porque ya me había enterado de que te habías ido, y me enojé porque te fuiste sin decírmelo.

Arrastro mis ojos hacia los suyos.

—¿Te enteraste por quién?

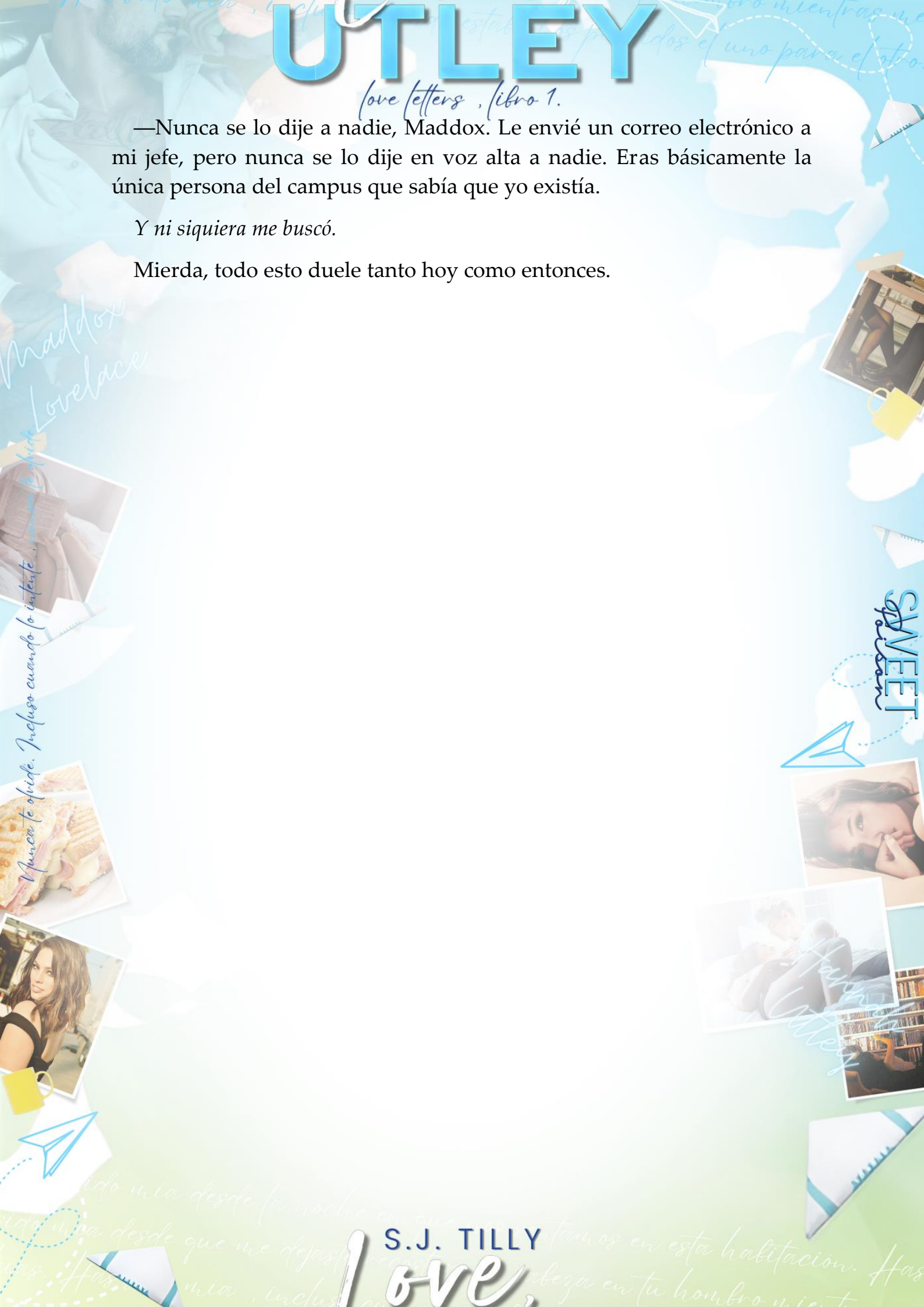
—Esta... una chica. Dijo que te oyó decir que te trasladabas de regreso a casa.

Sacudo la cabeza.

—Nunca se lo dije a nadie, Maddox. Le envié un correo electrónico a mi jefe, pero nunca se lo dije en voz alta a nadie. Eras básicamente la única persona del campus que sabía que yo existía.

Y ni siquiera me buscó.

Mierda, todo esto duele tanto hoy como entonces.



46

Maddox

—Por favor, vete. —Vuelve a no mirarme a los ojos—. Ahora. Por favor.

Cambio mi peso, empezando a dar un paso adelante.

No quiero irme.

No quiero dejarla, con cara de haberle roto el corazón otra vez.

Pero ella me pide que me vaya.

—Okey. —Doy un paso atrás.

Haré lo que me pida ahora, pero esta conversación no ha terminado.

Me doy la vuelta y doy dos zancadas hasta la puerta.

Cuando la abro, mi mirada se dirige a la estantería que tengo justo al lado.

Y ahí, en la estantería del dormitorio de Hannah, hay un libro con una etiqueta pegada en el lomo que indica que es propiedad de la Biblioteca HOP U.

El libro.

Mi ejemplar de *El Conde de Montecristo* que desapareció tras nuestra noche juntos.

El que me leyó, con mi barbilla apoyada en su hombro y su voz llenando mi mente.

Salgo de la habitación de Hannah y me dirijo al pasillo.

Todos estos años, y ella guardó el libro.

UTLEY

love letters , libro 1.

47

Hannah

Me hundo en la cama, confundida y triste.

Durante tantos años, quise tener esta conversación con Maddox, pero ahora que ya la tuve, en realidad no me siento mejor.









48

Maddox

El mundo parece apagado.

Me despedí de Chelsea y Ruth dándoles las gracias por dejarme participar en la celebración.

Sonreí. Actué como si estuviera bien, pero sentí como si otra persona estuviera hablando.

Y ahora, al volante de mi auto, a medio camino de casa, nada me parece bien.

Tomo las curvas, las farolas se encienden mientras la oscuridad se instala en el cielo, pero no veo la calle que tengo delante.

Ella me dejó una carta.

No puedo dejar de pensar en eso. Lo que debió sentir al escribirla. Lo aterrador que habría sido recibir una llamada así sobre su mamá.

Acabo de conocer a Ruth y ya me preocupo por ella, pero pasar por eso con veinte años, con todo lo desconocido.

Y lo conocido.

Siento náuseas.

Hannah salió de la biblioteca y entonces todo cambió. Ni siquiera necesitó que su mamá se lo dijera; sabía que si su mamá estaba en el hospital, no podía permitirse quedarse en la escuela.

Tuvo que dejarlo ese mismo puto día para poder venir a casa a trabajar.

Y yo...

Ralentizo el auto al entrar en mi casa.

La ira, como nunca la había sentido, se acumula a mi alrededor.

Me detengo ante la escalera de mi casa y estaciono el auto, pero no me bajo.

Todo este tiempo, pensé que yo era el agraviado, pero aunque todo fuera un malentendido, mis sentimientos de abandono fueron reales. Porque puede que Hannah me escribiera una carta, pero nunca la recibí.

Nunca se lo dije en voz alta a nadie.

Eras la única persona del campus que sabía que yo existía.

Siento las manos inestables cuando saco mi teléfono del bolsillo.

Abro mi página de Instagram, la que tiene medio millón de seguidores, y escribo un nombre.

Efectivamente, hay un resultado.

La imagen de perfil es pequeña, una mujer con un hombre y dos niños pequeños, y aunque han pasado años, la reconozco.

Mientras escribo mi mensaje para ella, me imagino aquel día, hace quince años, como si acabara de suceder.

Acabábamos de terminar el entrenamiento y corrí a casa para ducharme y cambiarme. Todavía tenía el cabello corto y estaba trotando por el césped en dirección al campus, cuando la vi.

Essie subía por la acera en dirección a la Casa del Fútbol y levantó la mano para saludarme.

No quería hablar con ella, pero llegué temprano. Hannah no saldría del trabajo hasta dentro de dos horas. Me dirigía a la biblioteca porque prefería estar cerca de Hannah que en cualquier otro sitio.

—¡Hola, Maddox!

—Hola.

—¿A dónde vas? —Da un paso adelante.

Me hago a un lado, no quiero tenerla demasiado cerca.

—A la biblioteca.

Sus facciones se tuercen en una especie de ceño fruncido.

—Escuché lo de tu amiga. Lo siento.

Arrugo las cejas.

—¿Qué amiga?

—Esa chica Utley.

Esa chica Utley.

El pánico inunda mi organismo.

—¿Qué le pasó?

Essie levanta el hombro.

—No le pasó nada. Solo me refería a ella abandonándote.

Sus palabras no tienen sentido.

—No lo entiendo.

Essie se acerca un paso más.

—Yo tampoco. —Me mira con simpatía—. Acabo de oírla hablar con unas personas de que hoy tenía que mudarse. ¿No te lo dijo?

Aprieto mis dedos alrededor del teléfono y tengo que obligarme a aflojarlos.

¿No te lo dijo?

Alguien me mintió, y no creo que sea Hannah.

Mi teléfono vibra cuando Essie, la mujer casada y mamá de dos hijos, responde con su número de teléfono.

Lo marco.

Un timbrazo después, contesta la llamada.

—Hola, Maddox. Pasó un tiempo. —Su voz es baja. Como si tratara de no ser escuchada.

Iba a ser amable. Preguntar amablemente, pero no puedo hacer eso.

—La primera semana del último curso me dijiste que escuchaste a Hannah hablar de trasladarse a casa —le digo bruscamente—. Me mentiste. ¿Por qué?

Suelta una risa nerviosa que me pone los putos pelos de punta.

—¿Quién es Hannah?

—Hannah. Utley. —Enuncio su nombre, recordando cómo la llamó *la chica Utley.*

¿No sabía el nombre completo de Hannah?

—¿A qué viene esto? —Essie suena dubitativa.

—Responde a la pregunta —exijo.

—¿En serio es por esto por lo que me llamas? ¿Después de todo este tiempo? —Ella tiene la audacia de sonar ofendida.

—No tengo ninguna otra razón para llamar. —Me aseguro de dejar claro mi punto—. Ahora dime lo que realmente pasó.

Ella se burla.

—Esperas que recuerde...

—¿Qué hiciste? —Levanto un poco la voz, pero es suficiente.

—Te salvé de ti mismo —sisea Essie en el teléfono.

—¿Qué quieres decir? —Hay neblina roja alrededor de mi visión.

—La vi poner esa patética cartita en tu buzón como una virgen enamorada, y te ahorré la molestia de tratar con ella.

—¿La leíste? —susurro, sintiéndome más enfermo cada vez.

—Ella solo iba a distraerte —responde Essie—. Ella te habría retenido.

Todas las noches -todas las horas-, que pasé pensando en Hannah. Molesto con Hannah. Porque pensé que ella me había abandonado.

Pero fui yo.

Siempre fui yo quien la había decepcionado a ella, no al revés.

Y esta serpiente leyó la carta destinada a mí.

—¿Qué hiciste con ella? —Es demasiado tarde para reescribir la historia, pero esa carta es mía, y la quiero.

—La destrocé. —El tono de Essie no contiene ninguna disculpa—. Te hice un favor y la rompí antes de que pudieras arruinar tu carrera por una nerd…

Le cuelgo.

Cuelgo porque no puedo escuchar ni un segundo más la voz de esa zorra.

Dejo el celular en el asiento del copiloto para no romperlo en pedazos y cierro los ojos.

Soy un jodido idiota.

Essie también es una idiota. Una completa mierda humana por hacer lo que hizo.

Pero le creí.

Le creí a una mujer que ni siquiera me agradaba y perdí a la que empezaba a amar.

El odio a mí mismo me invade.

Hannah se fue porque su mamá casi se moría.

Se fue porque tenía que cuidar de ella y llevar el negocio familiar.

Se fue, esperando a que yo llamara.

Dije algo tonto sobre lo mucho que nuestro tiempo había significado para mí.

Aprieto las manos contra mi pecho.

Si lo hubiera sabido, también le habría dicho lo mucho que ella significaba para mí.

Podría haber sido algo bueno en su vida.

Podría haberla ayudado. Hubiera venido los fines de semana libres. La habría visitado después de que la temporada terminó.

Pero no lo hice.

Me quedé en la escuela.

Hice todo lo que pude para olvidarla. Todo por Essie.

Essie...

Abro la puerta de un empujón y respiro aire fresco.

Después de que Essie me dijera que Hannah se había ido, di media vuelta y volví a entrar en la casa. Subí a mi dormitorio y me encerré, y después de eso, en cada fiesta, en cada momento, Essie estaba ahí. Siempre coqueteando y tocando, y yo siempre la rechacé. Siempre le dije que no estaba interesado.

Excepto esa noche.

Fue una mala derrota. Tenía algunas costillas magulladas. Bebí demasiado, y cuando me siguió arriba, no la aparté.

Apenas lo recuerdo. Solo recuerdo que estaba sintiendo mucha lástima por mí mismo y que ella era todo lo contrario a Hannah.

Pero incluso entonces, incluso cuando creía que Hannah me abandonó sin mediar palabra, seguía lamentándolo.

Le dije que se fuera en cuanto nos despertamos y nunca volví a tocarla.

Esa mañana fue lo más molesto que he estado conmigo mismo.

Hasta ahora.

Aprieto los ojos con más fuerza, imaginándome a la Hannah de esta noche. Sus ojos sonrientes durante la cena. La forma en que bromeaba con su sobrina y su mamá. La forma en que me tiró una toalla cuando intenté entrar en la cocina para ayudar con los rollos de canela.

Está feliz.

Está rodeada de una familia que la quiere.

Todos los que nos aman mueren.

Aprieto el puño con más fuerza contra mi pecho, sobre mi corazón acelerado.

Ella encontró la felicidad, pero no creo que fuera fácil.

Intento respirar.

Lo mínimo que me debes.

Abro los ojos a la fuerza y miro el cielo nocturno.

Por fin recuperé a mi Hannah, por fin volví a sentir su calor, por fin conseguí que se soltara conmigo, y eso fue lo que le dije.

Lo que me debes.

Dios, soy un pedazo de mierda.

Cierro la puerta del conductor y pongo el auto en marcha.

49

Hannah

—Buenas noches. —Acompaño a mamá hacia las escaleras.

Desde que salí de mi habitación, me di cuenta que quería hablarme de Maddox, pero tenerlo aquí para cenar es una cosa, hablar de nuestra historia delante de Chelsea es otra.

—Buenas noches —dice Chelsea desde lo alto de la escalera.

Antes de que mamá se entretenga, apago las luces de la sala.

—Sí, sí, buenas noches a todas —resopla mamá, y sigue escaleras arriba, aceptando que no quiero hablar esta noche.

No es tan tarde, pero no hemos hecho otra cosa que deleitarnos con buena comida durante todo el día, y creo que todas estamos igual de dispuestas a acostarnos en la cama y desplazarnos en nuestros teléfonos.

Compruebo dos veces la puerta principal, luego la trasera, asegurándome de que están cerradas, luego me dirijo a mi habitación y cierro la puerta.

Ya en pijama -otra camiseta de tirantes holgada con un pantalón fino para dormir-, dejo la luz apagada y me dejo caer sobre la cama.

Lloré un poco después de que Maddox se fue, pero a diferencia de las otras veces, fue más por un sentimiento general de depresión que por una angustia desgarradora.

Le creo sobre la carta.

No hay razón para que mienta.

Pero todo es tan... decepcionante.

El tiempo perdido.

Como los barcos que pasan en la noche.

Tan cerca de...

Suspiro.

¿Tan cerca de qué?

Aunque él hubiera recibido la carta y hubiera llamado, no habría significado nada.

Un año después, se habría ido a jugar con los profesionales, y yo no habría podido seguirlo. Incluso si las cosas hubieran ido bien entre nosotros, no podría haberle pedido que apoyara económicamente a mi mamá para poder irme con él a Arizona.

Casi pongo los ojos en blanco porque, después de ver a esos dos toda la noche, en realidad no dudo de que Maddox habría ayudado en todo lo que hubiera podido.

Pero no éramos su responsabilidad.

En la oscuridad, giro la cabeza hacia mis estanterías.

Noté su pausa cuando se iba, y sé que lo vio. *Su* libro.

Siempre me sentí un poco mal por quedármelo, ya que era propiedad de la biblioteca, pero sopesé la importancia que el libro tenía para mí y el peso que su conservación tendría en mi balanza kármica cósmica, y decidí que valía la pena. Aceptaría el precio para mantener una parte de él cerca de mí.

Mis ojos permanecen fijos en el lugar mientras pienso en aquella noche en la que le leí el principio a Maddox.

Salgo de la cama y enciendo la lamparita de la mesita.

En la penumbra, me acerco a la estantería y arrastro los dedos por el lomo antes de soltarlo.

He leído este libro de principio a fin tantas veces que la encuadernación ni siquiera cruje cuando lo abro.

Las hojas se abren hasta la primera línea.

UTLEY

love letters , libro 1.

El veinticuatro de febrero...

Algo golpea la ventana de mi habitación, sobresaltándome, y dejo caer el libro.

Aterriza en la parte superior de mi pie, enviando un zumbido de dolor a mi pierna.

—¡Mierda! —Levanto el pie en el aire y lo agito.

Hay otro golpecito.

—¿Hannah?

Me congelo.

—¿Maddox? —Pensé que el ruido era una rama.

Recojo el libro y lo vuelvo a colocar en su sitio antes de acercarme cojeando a la ventana.

El hecho de que podamos oírnos tan bien es una prueba más de que tenemos que instalar ventanas nuevas en esta casa. Las cosas para corrientes de aire son prácticamente inútiles.

Me agarro al borde de la cortina y la aparto.

De pie al otro lado de mi ventana, con la luz de la luna ensombreciendo sus rasgos, está Maddox.

—¿Qué demonios estás haciendo? —No susurro, pero mantengo la voz baja.

—Yo... —Se pasa una de sus grandes manos por la cabeza—. ¿Puedo entrar?

Lo miro a él y luego al estrecho marco de mi ventana.

—Por la ventana no. —Mordiéndome el labio, inclino la cabeza hacia la parte delantera de la casa—. Ve a la puerta.

Me hace un gesto serio con la cabeza y retrocede entre los grandes arbustos que rodean la casa.

No sé qué hace aquí, y aunque fui yo quien le dijo que se fuera no hace mucho más de una hora, verlo me quita parte de ese sentimiento depresivo.

Me apresuro a atravesar la casa y me acerco a la entrada cuando recuerdo que mis tetas están a la vista con esta camiseta.

Hago una pausa pero decido no darle importancia.

Él es el que vino a mi ventana cuando todas las luces de la casa están apagadas. No debería estar esperando un sujetador.

Abro la puerta y él sube los escalones de una sola zancada.

Maddox abre la boca, pero me llevo el dedo a los labios y cierra la mandíbula con un movimiento de cabeza.

Retrocedo, mantengo la puerta abierta y la cierro y le pongo seguro cuando él está adentro.

Lleva la misma ropa que antes, y se quita los zapatos en el mismo sitio.

Paso junto a él y me dirijo a mi dormitorio.

Sus pasos son más silenciosos que de costumbre detrás de mí, como si se esforzara por pisar ligeramente.

Este hombre.

No sé qué vino a decirme, pero el hecho de que no haya podido esperar ni una noche para hacerlo hace mella en las defensas de mi interior.

Me sigue hasta mi dormitorio y cierra suavemente la puerta tras nosotros.

Como no quiero volver a estar de pie, me subo a la cama y me siento con las piernas cruzadas cerca de la cabecera, haciéndole un gesto para que se siente a los pies.

Mantiene un pie en el suelo y la otra pierna está doblada sobre el colchón que tiene delante.

Maddox hace una mueca.

—Espera.

Se levanta de nuevo y se mueve hacia el otro lado de la cama, sentándose en la misma posición, solo que esta vez, su otra pierna está doblada sobre el colchón.

Levanto una ceja.

—¿Todo bien?

—Rodillas. —Se encoge de hombros, luego me mira durante un largo momento antes de decir—: Lo siento.

—Maddox...

Sacude la cabeza.

—Hice una llamada.

—¿Esta noche? —No oculto mi sorpresa.

—Sí.

Tomo una de las almohadas detrás de mí y me la pongo sobre el regazo. Tanto para taparme los pezones que asoman por la camiseta como por comodidad.

—¿A quién llamaste?

Me sostiene la mirada.

—A la mujer que me dijo que te fuiste.

La persona amargada y celosa que llevo dentro sacude el puño hacia él.

—¿Hablas con ella a menudo?

—No. Nunca.

—¿Entonces cómo...?

—Recordé su nombre y supuse que me seguía en redes sociales, y tenía razón. —Casi resoplo ante su arrogancia, pero como tenía razón, supongo que no tengo nada de qué reírme—. Pero nosotros... —Se interrumpe y no necesito que termine la frase.

—¿Así que la encontraste? —pregunto.

—Le mandé un mensaje pidiéndole su número, y me lo envió inmediatamente. —Hace una mueca—. Aunque estoy bastante seguro de que ahora está casada y tiene hijos.

—Qué bien —digo con gran sarcasmo.

Sus hombros suben y bajan con un gran suspiro.

—Siempre fue una cazadora de jerseys. Jodidamente debería haberlo sabido. —Sacude la cabeza contra sí mismo—. Fui tan estúpido por no darme cuenta cuando pasó.

—No eres estúpido, Maddox.

Su expresión es de dolor.

—Ella te vio dejar la carta, y la leyó. —La idea de que alguien que no sea Maddox leyera esa carta me hace apretar más la almohada—. Luego la rompió para que nunca lo supiera.

—Y fingió que me escuchó para que no fueras a buscarme —termino, viéndolo todo tan fácil.

Maddox se encorva hacia adelante.

—No puedo creer que le creyera.

—Maddox, es fácil creerle cuando era la verdad.

—No. No, no pongas excusas por mí. Ella *me encontró* cuando iba de camino a la biblioteca. Me tendió una trampa, y yo caí en ella. Ni siquiera fui a ver si me estaba diciendo la verdad. Simplemente le creí y volví a casa. —Sus dedos se abren y se cierran alrededor del edredón.

Odio esto.

Odio que esto fuera lo que pasó.

Que todo entre nosotros se deshiciera tan fácilmente.

Pero también odio ver a Maddox así.

Alargo la mano y la pongo sobre su rodilla.

—Era sábado. Aunque hubieras ido ese día, nadie que trabajara habría sabido dónde estaba. Estoy bastante segura de que mi jefa ni siquiera consultaba su correo electrónico los fines de semana.

—Debería haber ido. —Aprieta los puños alrededor de la tela, sin escucharme.

—No hay...

—No volví a la biblioteca durante mucho tiempo. Cuando no volví a verte por el campus, supe que te habías ido, pero al final del curso no podía dejarlo pasar, así que fui a la biblioteca todos los días durante dos semanas con la esperanza de ver a esa amiga tuya.

—¿Amiga? —Arrugo las cejas.

—La bajita.

—¿Sissy? —Era la simpática compañera que se hizo amiga mía durante el poco tiempo que trabajé ahí.

Hace un sonido.

—Nunca supe su nombre, pero pensé que tal vez ella sabría dónde estabas, pero ella no estaba ahí.

—Creo que se fue después del primer semestre. Todavía hablo con ella a veces. Vive aquí. Trabaja en un gimnasio de lujo que seguro que te gusta. —Trato de aligerar el ambiente, pero su cara está inclinada hacia abajo, así que no puedo ver su expresión.

He estado tan molesta con Maddox gran parte de mi vida. Es bueno saber lo que pasó para finalmente ponerlo todo junto, pero en verdad, simplemente no quiero estar enojada nunca más.

—Me acosté con ella —suelta.

—¿Con Sissy? —le pregunto riendo, ya que conozco a su esposa.

Pero Maddox niega con la cabeza, sin levantarla.

—La chica que mintió.

—Oh. —Hago una mueca.

Finalmente levanta la vista, con la culpa cubriendo sus rasgos.

—Lo siento. Fue solo una...

Le aprieto ligeramente la rodilla.

—Maddox, no esperaba que fueras célibe, no me debes una explicación.

Sí, odio el hecho de que se acostara con la zorra que causó tanto dolor, pero fue hace media vida, e incluso si él creyó una mentira, es tan víctima como yo. No lo culpo.

Maddox me mira, apretando los labios.

—¿Puedo abrazarte un rato?

—¿Un rato? —Mi boca esboza una pequeña sonrisa.

Maddox asiente y se levanta.

Espero que rodee la cama hacia mí, pero retira las sábanas y se mete dentro, con jeans y todo.

—¿Qué haces? —Me río entre dientes.

—Ven aquí. —Se acuesta de lado frente a mí y empieza a jalarme hacia él.

—Okey, okey. —Aparto sus manos de un manotazo para poder deslizarme bajo las sábanas.

Me pongo de frente a él y me atrae hacia su cuerpo, rodeándome la cintura con un brazo, hasta que mi cara queda apoyada en su pecho y su barbilla en la parte superior de mi cabeza.

Tengo una mano metida entre los dos, atrapada entre su cuerpo y el mío, pero subo el otro brazo por su costado.

No deberíamos hacer esto.

Sigo trabajando para su empresa; nada de eso ha cambiado.

Él me abraza con fuerza.

—Sé que dijiste que no te debía una explicación, pero yo... estaba molesto tras una derrota y me emborraché, y ella era todo lo opuesto a ti —suelta.

Lo opuesto a ti.

Suspiro.

—Maddox.

—No, yo solo...

Este hombre no va a escuchar.

Echo la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

—El primer chico con el que me acosté después de ti era un hombre rubio y delgado de mi altura.

Maddox me palmea la nuca y vuelve a apretar mi rostro contra su pecho.

—No quiero saberlo.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—Luego el siguiente.

—Lo entiendo. —Vuelve a acercar mi cara a su pecho—. Menos es mejor. —Su cuerpo se extiende con un suspiro.

Me siento un poco mejor sabiendo que a él también le molesta.

Inclino la cabeza hacia un lado para poder admitirlo en voz alta.

—Porque eran lo opuesto a ti.

50

Maddox

Le beso la parte superior de la cabeza.

Luego aprieto mi nariz contra su cabello e inhalo su aroma.

Es suave y floral y todo Hannah.

Su cuerpo se relaja en el mío.

—Esto no es lo que esperaba cuando me pediste un abrazo.

La rodeo con fuerza.

—Te dije que tardaría un poco.

—Mm-hmm. —Hannah se relaja aún más.

—Lo siento mucho —susurro.

—No lo sabías —me contesta entre dientes.

—Debería haberme esforzado más. —Deslizo la palma de la mano por su columna vertebral—. ¿Qué puedo hacer para ganarme tu perdón?

—Ya lo estás haciendo. —Ella enrosca sus dedos contra mi costado—. Y yo también lo siento. Sabía dónde estabas, todo el mundo lo sabía, pero pensé que no querías saber de mí.

Y así como así, Hannah se queda dormida mientras yo la abrazo, desollado por su último comentario.

Solo pasamos una semana juntos. De martes a sábado. Eso fue todo, pero esa semana nos marcó a los dos.

Ambos estábamos dolidos por el otro.

Y ambos tratamos de olvidar.

Hannah sabía cómo encontrarme, pero no lo hizo porque pensó que la rechazaría, y yo podría haber contratado a alguien para encontrarla, pero no lo hice porque pensé que ella me había abandonado.

Ambos hicimos suposiciones, y todas fueron erróneas.

Y por eso, perdimos mucho tiempo.

La abrazo más fuerte contra mí.

A pesar de todo, estar con ella sigue siendo tan fácil.

Encajamos. Es la ecuación perfecta.

Lo sentí hace tantos años, y cometí el error de no decírselo.

No volveré a cometer ese error.

51

Hannah

El colchón se mueve debajo de mí.

Se oye un crujido y luego un ruido sordo cuando algo grande cae al suelo.

Parpadeo.

—¿Maddox?

—Cama minúscula —gruñe desde debajo de un lado del colchón.

Me muerdo el labio para no reírme.

—¿Estás bien?

—Bien. —Coloca una palma sobre el colchón y se impulsa hacia arriba.

Cuando empieza a meterse en la cama, sacudo la cabeza. La lámpara sigue encendida, pero noto que la habitación está más clara que antes.

—Tienes que irte, no quiero que Chelsea te vea aquí. —Entonces me río—. No puedo creer que pensaras que era tuya.

De pie, Maddox se pone las manos en las caderas y estira la espalda.

—Bueno, ¿puedes culparme?

—Solo tiene doce años. —Resoplo—. Si fuera tuya, habría tenido como un... —Me rindo con las matemáticas—. Un embarazo de dieciocho meses. —Me estremezco.

Él tararea y pregunta:

—¿Cuándo vino a vivir contigo?

—Fue justo antes de que cumpliera dos años. Su mamá, mi prima, falleció de una infección, y su papá nunca estuvo en la foto, así que quedó bajo nuestra custodia.

—¿Y tu papá… —pregunta Maddox, reuniéndose conmigo junto a la puerta de mi habitación.

Mis labios esbozan una suave sonrisa.

—Realmente quieres tener todos los detalles aclarados, ¿eh?

Él asiente.

—Mi papá murió cuando yo tenía un año. Se cayó y se golpeó la cabeza, y todo salió perfectamente mal. No me acuerdo de él, pero mamá aún tiene fotos suyas por la casa, así que siento que sí.

—Eso es una mierda, lo siento.

—La maldición apesta.

Maddox sacude lentamente la cabeza.

—Esta es una de esas cosas de *reír o llorar*, ¿no?

—Un caso clásico. —Sonrío.

Por supuesto, me encantaría que mi papá y mi prima siguieran por aquí, pero no se puede cambiar el pasado.

—Entonces, ¿solo son ustedes tres? —pregunta.

—Sí. Solo nosotras, las chicas.

—Parece que tu mamá y tú hicieron lo correcto con tu sobrina. —Inclina la barbilla—. Chelsea es una buena chica.

Sus palabras me llenan de orgullo por mi familia.

—Gracias.

Me acerco a él y tomo el pomo de la puerta.

—¿Quieres más?

Hago una pausa y me giro hacia él.

—¿Más...?

—Niños —aclara.

Niños. Lo dice así. Como si fuera una pregunta perfectamente razonable. Como si hubiéramos estado saliendo durante años y estuviéramos considerando casarnos, y es hora de hablar de niños.

Y entonces registro lo que no dijo.

Fue solo *¿Quieres más?* Fin de la pregunta. No ¿Quieres más *tuyos* o *¿Quieres tener tus propios hijos*.

El afecto por Maddox me sacude.

Siempre he sido la tía Hannah para Chelsea. Ella siempre ha sido mi sobrina. Es lo que somos la una para la otra, pero ella es mía, igual que yo soy suya, y no necesito que me llame mamá para sentirme la figura paterna que sé que soy.

Me humedezco los labios y decido que la verdad es la mejor respuesta.

—Sinceramente, creo que no. Ya tengo a la niña perfecta en mi vida, y su vida va a ser cada vez más ajetreada, así que no es que de repente me vaya a necesitar menos. Además, me salté la parte de *los bebés que no duermen* mientras experimentaba todo lo demás, así que creo que estoy bien.

Se le levanta un lado de la boca.

—Yo también creo que estás bien.

—¿Y tú? —pregunto en voz baja, necesitando la respuesta aunque tengo un poco de miedo de lo que pueda ser.

Su boca se queda en esa media sonrisa.

—Nunca me he sentido cómodo con bebés pequeños, pero parece que me gustan las tías sexys.

52

Maddox

Aquí de pie, mirando a Hannah, me siento más en paz que en mucho tiempo.

Es esa sensación que tienes cuando crees que has perdido algo importante, y pasó tanto tiempo que pensabas que nunca volverías a tenerlo, pero entonces lo encuentras, buscas en algún cajón que no has usado en años, y ahí está, y el recuerdo te golpea con un consuelo familiar.

—Quiero besarte —le digo, necesitando que lo sepa.

Sus ojos bajan hasta mis labios.

Pero cuando me inclino, ella presiona sus palmas en mi pecho.

—Maddox...

—¿Sí, Conejita? —Mantengo la voz baja.

—No deberíamos.

Es mentira.

Deberíamos hacerlo.

Pero la dejaré ganar en este momento.

—Okey. —Me pongo de pie y Hannah tarda un segundo en quitarme las manos del pecho—. Acompáñame afuera.

Saboreo la forma en que las yemas de sus dedos recorren mi estómago antes de que deje caer por completo sus manos y se gire hacia la puerta.

No me perdí la forma en que sus tetas se ven en esa maldita camiseta. La forma en que la tela se aferra a la hinchazón de sus pechos, o la forma en que sus malditos pezones siguen pidiendo atención.

Pero yo estaba aquí por razones serias, así que mantuve mis ojos en su rostro, aunque me matara.

Ahora, mientras sigo a Hannah por la casa, no me molesto en ser sutil y me quedo mirándole el trasero, observando cómo mueve las caderas a cada paso.

Y luego está la conocida dulzura que vive entre sus muslos.

Hace poco más de veinticuatro horas que no le meto mano en el coño, pero han pasado quince años desde que tuve mi boca en ella, y tenemos que cambiar eso pronto.

Hannah va más despacio y llega a la puerta principal.

Deslizo los pies dentro de mis tenis desatados y atravieso la puerta, deteniéndome al otro lado del umbral y girándome para mirar a Hannah.

Amanece detrás de mí, cubriendo sus rasgos con el resplandor más suave, y sus ojos...

Ella se ve como yo me siento.

—Maddox —susurra—. Quiero besarte.

Me inclino, solo un poco.

—Deberíamos.

Hannah se pone de puntillas y yo me inclino hasta quedar a su altura.

Nuestros labios se conectan con un suave roce, con la sensación de no ser suficiente y, sin embargo, la cantidad perfecta.

Levanto mi mano y le rodeo suavemente el cuello con los dedos.

Su piel es tan suave y cálida bajo mi palma callosa.

La perfecta suavidad para mi aspereza.

Quiero profundizar el beso.

Quiero abrazarla más fuerte.

Mi cuerpo está listo para más, pero no estoy seguro de que el de Hannah lo esté.

Todavía no.

Retiro mi mano de su cuello y separo mi boca de la suya.

Sus mejillas se sonrojan y su pecho se eleva con respiraciones rápidas.

—Buenas noches, Utley.

Mira más allá de mí hacia el amanecer.

—Buenos días, Lovelace.

Doy un paso atrás.

—Cierra la puerta.

—Sé cuidar de mí misma —me dice, con una mano en la puerta.

—Sé que lo haces, bebé, pero deja que yo también me ocupe de eso.

53

Hannah

Cierro la puerta y veo por la mirilla cómo Maddox se dirige a su auto.

Deja que yo también me ocupe de eso.

Mi frente cae hacia la puerta.

Estar con él -a su alrededor-, es tan condenadamente fácil.

No debería serlo. No después de todo este tiempo.

Dejé que mi ira hacia él nublara mi felicidad durante tanto tiempo.

Sentía que formaba parte de mí. Esa amargura, y pensé que la tendría para siempre.

Pero ya no está.

Así de fácil, se fue.

Ya no quiero estar enojada. No quiero que me lastimen.

No quiero anteponer la prudencia a la pasión.

No quiero nada de eso.

Solo quiero a Maddox.

54

Maddox

Me estoy entreteniendo.

Sé que lo hago, y empieza a ser obvio, pero quiero verla, y no quiero hacerlo irrumpiendo en su oficina a primera hora de un lunes por la mañana.

No hay ninguna razón por la que no pueda cambiar las normas de la empresa y levantar la política de no confraternización, pero estoy casi seguro de que a Hannah no le gustaría, y lo último que quiero es hacerla sentir incómoda en el trabajo.

Añado otro sobre de azúcar a mi taza de café y lo remuevo con la misma cuchara que he estado usando durante los últimos diez minutos.

Tan seguro como estoy de que a Hannah no le gustaría ser *esa chica* que sale con el jefe, también estoy igual de seguro de que ella también quiere salir conmigo.

Casi resoplo.

Salir es una palabra tan poco convincente para lo que quiero de Hannah.

Quiero algo más que una cena fuera de vez en cuando y mensajes por la noche.

Lo quiero todo.

Levanto mi taza, me apoyo en el mostrador de la sala de descanso y bebo un sorbo de café mientras finjo leer un correo electrónico en mi teléfono.

UTLEY

love letters , libro 1.

Cuando llegué a casa ayer por la mañana temprano, después de pasar un puñado de horas durmiendo en la cama diminuta de Hannah con mi cuerpo envuelto en el suyo, me di cuenta.

No quiero esperar.

No quiero esperar para decirle lo mucho que significa para mí. Lo mucho que siempre ha significado para mí.

No quiero esperar años antes de pedirle que se mude conmigo.

No quiero esperar en absoluto.

Ya hemos perdido mucho tiempo juntos, y si pienso demasiado en eso, podría perder la cabeza, o podría contratar a ese tipo que Waller conoce para ir a quemar la casa de Essie.

Le doy otro sorbo a mi café.

No voy a darle más vueltas al pasado.

Sucedió. Se acabó, y ahora...

Se abre la puerta de la sala de descanso y entra mi belleza de ojos marrones.

Mis labios se curvan en una sonrisa, pero me quedo exactamente donde estoy.

Hannah es ahora una persona totalmente nueva, igual que yo. Ha vivido una vida llena de experiencias, igual que yo.

Nuestras vidas fueron muy diferentes.

La mía estaba en el camino, jugando futbol profesionalmente. El glamour, el dolor físico, el dinero, la fama. Nunca sabes quién quiere estar cerca de ti por ti o quién se está acercando para intentar subirse a tu fama.

La suya estaba aquí. Tan cerca de mí, pero completamente fuera de mi alcance. Perdió gente, ganó una pupila, y luego unió a su familia tan estrechamente a su alrededor que nunca estuvo sola. El amor en su casa es palpable, y yo quiero que mi casa se llene de eso. Quiero sentir ese calor cuando entre por la puerta principal.

—Buenos días. —Sus mejillas ya están rosadas, y espero que esté pensando en mis labios sobre los suyos.

—Buenos días —la saludo a mi vez.

Un tipo mayor que creo que trabaja en facturación está sentado en una de las largas mesas de la sala y levanta la vista de su teléfono el tiempo suficiente para saludar a Hannah.

En la semana que llevamos en este nuevo espacio de oficinas, juro que he visto a ese hombre llegar temprano todos los días solo para sentarse aquí y comerse un par de donas. Lleva anillo de casado, y tengo que suponer que o su esposa no lo deja comer donas en casa o no le gusta estar en casa.

Ese no seré yo.

Me bajo del mostrador y doy unos pasos hacia la cafetera.

Hannah me lanza una mirada mientras se agacha para meter un recipiente de comida en el refrigerador.

—¿Qué trajiste para comer? —Mi tono es informal, pero aún así ella se muerde el labio.

Se endereza y cierra la puerta.

—Solo algunas sobras de comida china.

Asiento con la cabeza.

—Suena bien.

Entrecierra los ojos lo más mínimo mientras se acerca a donde estoy.

—¿Traes tu propio almuerzo? ¿O eres demasiado elegante para eso?

—¿Elegante? —Sonrío—. No soy demasiado elegante, solo soy flojo. Por eso me gasto la mitad del sueldo en entregas a domicilio.

Ella pone los ojos en blanco.

—Seguro que tendrías que pedir barriles de caviar para que eso fuera verdad.

—No, los barriles le dan un sabor raro.

Suelta una pequeña carcajada.

—Solo sándwiches de jamón y queso, entonces.

Mantengo mis ojos en los suyos, sin perderme la forma en que lo mencionó tan a la ligera.

—Es el mejor sabor que existe. Quizá con una excepción.

Su mirada baja hasta mis labios.

Así es, Bebé. Cuando digo sabor, miras mi boca.

Me aclaro la garganta, levanto la mano y le abro el armario de las tazas.

Somos una empresa de energía limpia, así que todo lo que tenemos es reusable, y a algún idiota se le ocurrió que sería genial no tener más que platos y tazas de color amarillo chillón. Algunas tienen nuestro logotipo, otras son de segunda mano, otras están hechas a mano, pero todas tienen amarillo.

Hannah mueve los dedos mientras elige su taza del día, una de cerámica cubierta de vibrantes tonos amarillos hecha a mano.

No me sorprende que haya elegido esa.

El hombre de las donas no nos presta atención, así que me quedo donde estoy y observo cómo Hannah prepara su café.

Llena su taza, dejando unos dos centímetros de espacio, y luego levanta la jarra hacia mí.

—¿Necesitas un poco más?

Inclino la barbilla y le tiendo mi taza con la marca MinneSolar.

La mira y ve que ya está llena, pero aun así inclina la jarra y echa un chorrito.

Hannah vuelve a mirar mi taza mientras pone la jarra en la hornilla.

—¿Solo negro?

Levanto el café y le sonrío por encima del borde.

—Cuatro de azúcar.

Sus cejas se levantan ante mi admisión.

—¿Hay algo malo en eso, señorita Utley?

—Claro que no, señor Lovelace. Es solo que con toda esta cosa de atleta... —Sus ojos recorren mi cuerpo. Antes de que vuelvan a subir, echo los hombros hacia atrás lo suficiente para que mi pecho parezca más grande—. Te imaginaba más como un tipo *sin azúcar*.

—En mi época de jugador, eso era casi siempre cierto, pero eso es lo bueno de estar retirado. Ahora puedo comer lo que quiera.

Canta y se acerca al refrigerador para sacar un cartón corto de crema, luego lo usa para hacer gestos por la habitación.

—No estoy segura de que entiendas lo que significa *retirarse*.

—Sí, bueno, el golf nunca fue lo mío. Además, mi colega y yo tenemos una apuesta sobre qué empresa puede conseguir más premios cada año.

—¿Premios? —Hannah quita la tapa de su pequeño cartón y vierte aproximadamente un tercio de pulgada en su taza.

—Ningún premio en concreto, solo logros en general. Listas de los cincuenta mejores, ese tipo de cosas —le digo, refiriéndome a mi interminable ciclo de apuestas con Waller.

Hannah devuelve el cartón al refrigerador y luego mira el cajón que tengo delante.

Sé lo que quiere, pero en lugar de moverme para tomar una cuchara limpia, tomo la de mi taza.

Otro vistazo muestra que seguimos solos con el Hombre Dona, que está concentrado en sus donas, así que me meto la cuchara en la boca.

Cierro los labios en torno a ella y la libero antes de tendérsela a Hannah para que la tome.

Pasea los ojos por la habitación, pero al ver lo mismo que yo, la toma y la pone en su taza.

Y es entonces cuando se abre la puerta de la sala de descanso.

Hannah se mueve como si fuera a saltar lejos de mí, recordándome a después del accidente de auto.

—No reacciones —lo digo para que solo ella pueda oírme.

No sé quién entró, pero nada de lo que estamos haciendo ahora es inapropiado. Puede que estemos un poco más cerca de lo que estarían unos completos extraños, pero soy amigable con todo el mundo.

Giro la cabeza y veo a Brandon cruzando la habitación.

Okey, puede que no sea amigable con *todo el mundo.*

—Buenos días. —Asiento con la cabeza porque sigo siendo civilizado.

Él asiente con la cabeza y mira a Hannah.

—Buenos días. ¿Tuviste un buen fin de semana?

—Muy bueno —responde sin dudar.

Levanto mi café y bebo otro trago, cubriendo mi sonrisa.

—Uh, eso está bien —responde Brandon como el imbécil que es—. El mío también estuvo bien.

Lástima que nadie te preguntó.

Va al refrigerador y saca una lata alta de la puerta.

Casi pongo los ojos en blanco. ¿Qué clase de hombre adulto toma una bebida energética *con* sabor a *algodón de azúcar* para empezar el día?

—¿Saliendo? —Levanto el brazo hacia Hannah como si estuviera esperando a que me fuera, e insisto en que ella vaya primero.

Ella asiente.

—Sí, mejor ponerse a trabajar.

Mientras caminamos por la habitación, El Hombre Dona finalmente se pone de pie.

—Bueno, si el jefe lo hace, entonces yo también debería.

Siento una ligera alarma al ver que presta atención a lo que ocurre a su alrededor, pero algo me dice que, aunque supiera toda mi historia con Hannah, seguiría sin contársela a nadie.













55

Hannah

Abro de un empujón la puerta de mi oficina, dispuesta a arrojar un montón de cosas sobre la mesa, cuando me quedo paralizada.

Porque sobre el escritorio hay una taza de café.

La misma taza que usé ayer, llena casi hasta el borde con el tono perfecto de café.

El calor me llena el pecho.

Maddox.

Verlo ayer por la mañana en la sala de descanso no fue suficiente.

Necesito más de él.

Es tan agradable estar cerca de él que lo extraño cada vez que no está en la misma habitación que yo, que es casi siempre.

Deseosa de tener un momento para mí sola, camino hasta mi oficina y empujo la puerta con el pie.

Después de dejar mis cosas, tomo el café.

Todavía está humeante, pero no tan caliente que no pueda probarlo, y el primer sorbo confirma lo que ya suponía. Es perfecto.

Quiero devolverte el favor, o al menos darle las gracias a Maddox, pero no hay forma de hacerlo.

Claro, podría ir a su oficina, pero no tengo ninguna razón real para estar ahí, y caminar por toda la oficina llevando un café para Maddox sería como ponerme un cartel neón en la espalda diciendo que *estoy*

coqueteando con el jefe, y ciertamente no podría decir que le llevo un café porque él me hizo un café.

No tengo ni idea de cómo Maddox trajo esto a mi oficina sin que nadie lo viera, pero estoy segura de que él lo hizo.

Siempre podría enviarle un correo electrónico a Maddox para darle las gracias, pero he hecho esos estúpidos cursos de formación obligatorios, así que sé que todos los correos electrónicos de la empresa están guardados en algún sitio, y no necesito que nadie intercepte correos electrónicos no laborales entre el dueño de la empresa y yo.

Maddox podría tener un número de teléfono de la oficina que pudiera encontrar, pero, ¿y si contesta alguien que no sea él? Y si contesta otra persona, probablemente pueda ver quién llama, así que no podría colgar sin más.

Pasé horas envuelta en los brazos de Maddox mientras estábamos acostados en mi cama, y sin embargo no tengo su número.

Un zarcillo de inquietud se despliega en mi mente, transformándose de repente en pánico.

No tengo su número.

Dejo el café y tomo la primera carpeta que encuentro.

Maddox y yo trabajamos juntos.

Sabe dónde vivo.

Tiene mi número de teléfono de mi currículum.

No volveremos a perder el contacto.

Pero...

Me doy la vuelta y salgo a grandes zancadas de mi oficina.

La gente empieza a instalarse y la mitad de los cubículos están llenos, pero nadie me presta atención.

Mantengo la expresión relajada mientras paso por delante de la sala de conferencias, donde empezó todo, y me dirijo a la parte de atrás, donde están todas las oficinas de los ejecutivos.

Nunca he llegado hasta aquí, y cuando me doy cuenta, empiezo a ir más despacio.

Casi todas las oficinas de aquí atrás tienen las puertas abiertas y las luces encendidas.

Voy aún más despacio.

¿Por dónde iría Maddox?

Entonces lo oigo. Esa voz profunda que reconozco de mis sueños.

Girándome hacia el sonido, cruzo a la esquina más alejada.

Al acercarme, veo su nombre escrito en la placa pegada a su puerta.

Oficina de la esquina. Dah.

No puedo decir si está hablando con una persona o si está hablando por teléfono, pero en realidad no hay otra forma de hacerlo, así que me acerco a su puerta abierta.

La oficina es grande. Un sofá con una mesita auxiliar se sitúa en el lado más cercano de la habitación, un escritorio y dos sillas de visita en el extremo opuesto, y las dos paredes exteriores no son más que de cristal.

Maddox está de pie detrás de su escritorio, tan guapo como siempre.

El movimiento de mi aparición capta su atención, que desvía su mirada más allá del otro hombre de pie frente a su escritorio para encontrarse con la mía.

Es una mala idea.

No debí...

—Ah, Hannah. —Maddox me tiende la mano, como si hubiera estado esperando a que llegara.

—Buenos días —le digo a los dos, reconociendo al otro hombre como el director de ventas—. Tengo esos archivos que querías revisar. —Levanto la carpeta, como si aún no se hubiera inventado el correo electrónico y tuviera que entregar los documentos en mano.

—Adelante —me dice Maddox, y luego se gira hacia el otro hombre—. Si necesitas un empujón, házmelo saber.

El hombre asiente.

—Lo haré —luego sonríe y me rodea, saliendo por la puerta.

Quiero cerrar la puerta para que nuestra conversación sea privada, pero Maddox acaba de estar aquí hablando con alguien con la puerta abierta, así que la dejo como está.

Me dedica una sonrisa torcida.

—¿Quieres sentarte? No recuerdo cuánto tiempo dijiste que llevaría esto.

De espaldas a la puerta abierta, pongo los ojos en blanco.

Empieza a reírse entre dientes, pero lo disfraza aclarándose la garganta.

Me detengo frente a su escritorio y tomo el bolígrafo que tiene junto al portátil.

—Solo necesito puntualizar algunas cosas, no me llevará mucho tiempo.

Abro la carpeta que traje.

Está vacía.

Maddox sonríe.

—Por supuesto.

Le quito la tapa al bolígrafo y escribo en el interior de la carpeta en blanco.

Por favor, dame tu número de teléfono.

56

Maddox

Mi sonrisa cae.

Leí sus palabras por segunda vez.

Por favor, dame tu número de teléfono.

¿Cómo demonios dejamos que volviera a ocurrir?

Trago saliva y levanto la mirada hacia la suya.

Tiene los labios apretados y puedo ver la tensión en sus facciones.

Estoy seguro de que sintió el mismo ataque de ansiedad cuando se dio cuenta de que no lo tenía.

No pierdo ni un momento en sacar mi teléfono y enviarle un mensaje.

Guardé su información de su currículum pero nunca compartí mi número con ella como un maldito idiota.

No hay notificación de respuesta ni vibración, y Hannah no se mueve, así que supongo que dejó su teléfono en la oficina.

—Tienes razón. —Me esfuerzo por usar mi habitual voz de negocios—. Un descuido por mi parte. Bien visto.

—Gracias. —Su postura se suaviza y vuelve a tomar el bolígrafo.

Y gracias por el café.

Le quito el bolígrafo de la mano y acerco la carpeta para poder responderle.

Acepto abrazos como pago.

Hannah se muerde el labio mientras toma de nuevo el bolígrafo.

Ponlo en mi cuenta.

Recordando cómo fue nuestro último abrazo, definitivamente le tomaré la palabra.

Cierro la carpeta y se la vuelvo a pasar.

—Si necesitas algo más sobre esto, mañana estaré fuera de la oficina.

La decepción cruza sus facciones.

No quiero entristecerla, pero me gusta su reacción al saber que no estaré aquí.

—Gracias por avisarme. —Recoge la carpeta vacía y se aleja de mi mesa.

—Que tengas una buena mañana, Hannah.

—Usted también, Señor Lovelace.

Sin poder evitarlo, mis ojos se quedan clavados en el trasero de Hannah hasta que pierdo de vista cada centímetro glorioso suyo.

57

Hannah

De vuelta en mi oficina, me debato solo un momento antes de meter la carpeta en la trituradora de papel.

Es exagerado, pero no quiero dejar nada para que nadie lo use en mi contra.

No es que crea que a alguien le importaría si supiera que Maddox y yo somos... lo que sea que seamos.

Mientras mi ordenador se despierta, le doy otro sorbo a mi café -sin importarme que se haya enfriado considerablemente-, y saco el teléfono del bolso.

Desconocido: *Guarda este número, Conejita.*

Hay otro mensaje que debe haber enviado después de que salí de su oficina.

Desconocido: *Debería haberte dado esto el día de la entrevista. Cuando te escondiste de mí antes de subir a los ascensores.*

Me quedo con la boca abierta.

Yo: *¿Viste eso?*

Desconocido: *Actuabas como si no me conocieras. Por supuesto que te seguí.*

Me muerdo el labio.

Yo: *Siguiendo a una chica desprevenida... realmente mostrando esos comportamientos de Gran Lobo Feroz.*

Rápidamente selecciono la opción de guardar su contacto. Empiezo a teclear Maddox, pero me arrepiento.

BB Wolf: *Ven este fin de semana.*

Vuelvo a leer el texto y se me acelera el ritmo cardíaco.

BB Wolf: *Viernes por la noche para la cena.*

BB Wolf: *Y el sábado por la mañana para el desayuno.*

BB Wolf: *Y si a tu familia no le importa, quédate hasta el desayuno del domingo.*

Se me escapa una risa nerviosa y miro por la puerta abierta para comprobar que nadie me mira por encima de las paredes del cubículo.

Yo: *Iré el viernes a cenar.*

Tengo toda la intención de quedarme a desayunar el sábado, pero dejaré que se lo pregunte.

Después de dejar el teléfono, me conecto al ordenador y abro mi correo electrónico.

Un nuevo correo electrónico se encuentra en la parte superior de mi bandeja de entrada. De Maddox.

Hago clic en él, nerviosa por si me envía algo inapropiado, pero es para toda la oficina. Nos avisa que el jueves nos dará de comer, y que no es obligatorio ni formal, solo avisa a los que suelen traer su propia comida de que ese día no tendrán que hacerlo.

58

Maddox

Los mensajes de texto no han sido suficientes.

Tamborileo los dedos contra mi muslo en la sala de descanso.

Necesito verla.

Ayer estuve todo el día al otro lado de la ciudad, reunido con mi asesor financiero, y esta mañana me llamaron antes de salir de casa, así que salí tarde y llegué hace un rato.

La comida llegó al mismo tiempo que yo, así que en lugar de dirigirme directamente a la oficina de Hannah como quería, seguí a los del catering.

Pero ahora la comida está lista. La gente empieza a entrar en fila, tomando la comida que quieren, y si no me siento pronto, va a parecer raro.

Saco mi teléfono del bolsillo.

Yo: *Trae tu trasero a la sala de descanso.*

Después de darle a enviar, me quedo mirando la pantalla hasta que recibo una respuesta veinte segundos más tarde.

Conejita: *Tranquilo, mandón. Algunos de nosotros trabajamos aquí.*

Mantengo la cara uniforme.

Yo: *Si quieres verme mandón, sigue desafiándome.*

Conejita: *En ese caso...*

Mierda.

Mi mandíbula se tensa.

No pensé en esa amenaza.

Yo: *Por favor, ven a sentarte conmigo. No conozco a estas otras personas.*

—Gracias por la comida. —Uno de los vendedores sonríe mientras se acerca al mostrador donde está repartida toda la comida.

Me meto el teléfono en el bolsillo y, en cuanto lo suelto, vibra con una respuesta.

Mierda.

—El placer es mío. —No es mentira, pero no lo hice por este tipo. Lo hice por mi Hannah.

El tipo hace un zumbido al pasar junto a mí para mirar las opciones.

Miro la pila de sándwiches que elegí específicamente para Hannah. Está menguando, y estoy a punto de abofetear a la próxima persona que tome uno.

Empiezo a meter los dedos en el bolsillo para sacar el celular cuando la puerta de la sala de descanso vuelve a abrirse.

La decepción me golpea cuando entra Brandon.

Pero entonces la veo.

Mi dulce chica Hannah.

Hoy lleva pantalones negros ajustados, camisa blanca, tenis blancos a juego y una americana de cuadros.

Dios, es jodidamente adorable. Constantemente me he corrido con esas fantasías de bibliotecaria.

Empiezo a balancearme hacia adelante, dispuesto a caminar hacia ella, pero me detengo en el último momento.

Si estuviera sola quizá podría disimular, pero ese hijo de puta de Brandon se pegó a su lado y ya me vio salir de su oficina después de la fiesta. No es que tenga pruebas de nada malo, pero parece el tipo de inmaduro que se enojaría por eso. Aunque solo sea porque quiere desesperadamente a Hannah para él.

Lástima que ella lo odie.

Puedo decirlo.

—Mierda, qué bien se ven estas galletas —dice a nadie en particular el tipo que aún está haciendo su selección.

Con Hannah bajo vigilancia, me doy la vuelta y sigo al dependiente, seleccionando los artículos que quiero para comer. Un pequeño recipiente de ensalada de pasta, un sándwich, una bolsa de papas fritas con jalapeños, una de las galletas de avena y pasas envueltas individualmente y una botella de limonada.

Hay varias mesas largas, y hasta ahora solo hay gente en la mitad.

Elijo una al azar y tomo asiento cerca del final.

Necesito que Hannah se siente cerca de mí, así que necesito dejar opciones abiertas.

Dos jefas de proyecto, que creo que llegaron a la fiesta de trabajo con Hannah, entran en la sala.

Se acercan a mi mesa y dejan sus botellas de agua delante de dos puestos a mi lado.

—Hola, señor Maddox. —Una de ellas me saluda con una gran sonrisa.

—Buenas tardes. —Asiento con la cabeza—. Y solo Maddox está bien.

Ella sonríe, y luego las dos se ponen en la creciente cola para la comida.

No debería sorprenderme ver que Brandon iba antes que Hannah en la cola.

No es que quiera que coquetee con ella, pero tampoco quiero que nadie trate a mi chica como algo menos que la puta reina que es. Además, es jodida cortesía común, que Brandon claramente no posee.

Él se gira hacia la sala con la comida en la mano, y busca un sitio para sentarse, sin mirar a propósito a mi mesa.

Detrás de él, Hannah toma una botella de limonada, igual que yo, y lo rodea.

No le dice nada, no le pregunta dónde quiere sentarse, porque no vino aquí por él.

Sus ojos se encuentran con los míos y esboza una sonrisa.

Vino aquí por mí.

Y en sus ojos veo el mismo alivio que siento yo por volver a estar en el mismo sitio.

Cruza la habitación, dirigiéndose directamente hacia mí.

Sigue habiendo un sitio libre a mi lado, al otro lado de donde esas jefas de proyecto pusieron sus aguas, pero Hannah se para justo enfrente de mí. La misma disposición de asientos de aquel primer almuerzo.

—¿Este asiento está ocupado? —Su voz es un jodido bálsamo para mi alma.

—Es todo tuyo.

Deja sus cosas en la mesa, acerca la silla y se sienta.

—Gracias por la comida.

Miro su selección y dejo que se me levante un lado de la boca. Sándwich de jamón y queso. La razón por la que pedí comida hoy.

Un puñado de objetos aterriza en la mesa junto a Hannah mientras Brandon deja caer su comida en el sitio vacío junto a ella. *Otra forma en que esto es igual que ese primer almuerzo.*

—Brandon. —Inclino la cabeza hacia él—. ¿Cómo está el auto?

Algo golpea mi espinilla bajo la mesa.

—Está bien —refunfuña Brandon mientras toma asiento.

Separo rápidamente las rodillas y vuelvo a juntarlas, atrapando el zapato de Hannah entre mis piernas.

Brandon empieza a decir que las compañías de seguros se están tomando su tiempo y que él tuvo que pagar de su bolsillo...

Dejé de escuchar a los cuatro segundos.

Hannah intenta jalar su pie hacia atrás, pero yo la mantengo atrapada hasta que las jefas de proyecto empiezan a dirigirse de nuevo hacia nuestra mesa, entonces la suelto de mala gana.

—Esto se ve muy bien —dice la mujer que se sienta más cerca de mí mientras deja su comida y toma asiento.

Brandon había estado tomando aliento en su despotricar, por lo que sin darse cuenta ella lo cortó. *Oh, maldición.*

El resto de los sitios se llenan a nuestro alrededor, y me dejo arrastrar a varias conversaciones, pero mi atención nunca se aleja de Hannah.

Estoy tragando mi último bocado de galleta cuando Brandon empieza a toser.

No parece que se esté ahogando exactamente, pero definitivamente tiene un problema.

Hannah se gira como si fuera a darle una palmada en la espalda, y yo lanzo mi pie hacia adelante, enganchando el suyo.

Sus ojos se desvían y yo entrecierro los míos hacia ella.

Si ella lo toca, voy a despedirlo. Así de simple.

La mujer a mi lado se ríe.

—¿Esas papas son un poco picantes para ti?

Todos miramos la bolsa de papas fritas con jalapeños que Brandon tiene delante.

Sacude la cabeza y se aclara la garganta.

—Estoy bien. Solo pensé que eran de otro sabor, me tomó desprevenido, es todo.

Veo cómo los ojos de Brandon se mueven hacia mis envoltorios de comida, donde tengo la misma bolsa de papas fritas. Solo que la mía está vacía.

Bebe un trago de su Coca-Cola y se come otra papa frita.

Hannah y las señoritas que están a mi lado comparten una mirada, y sé que todos estamos pensando lo mismo.

Este tonto prefiere atragantarse con comida demasiado picante para él que arriesgarse a parecer *débil*. Un verdadero caso de muerte por machismo.

Imbécil.

59

Hannah

Maddox todavía tiene su pie enganchado detrás del mío.

Sé que debería moverme porque aunque es improbable que alguien lo vea, no es imposible. Una servilleta caída, y seríamos descubiertos.

Pero aún no estoy lista para perder el contacto.

Sabía que quería verlo, pero no sabía cuánto hasta que crucé esa puerta, así que quiero saborear este corto tiempo juntos.

Acerco el otro pie hasta que el tobillo de Maddox queda presionado entre los míos.

Sentada frente a él, no puedo evitar acordarme de aquel primer almuerzo juntos.

No sigo molesta por eso. Solo estoy disgustada por haberme pasado el tiempo molesta y dolida cuando podría haberme empapado de su presencia.

—Hannah. —Su profundo rumor atrae mi atención.

No me di cuenta de que le estaba mirando el pecho.

Parpadeo y las jefas de proyecto ríen entre dientes junto a Maddox.

Mis mejillas empiezan a calentarse.

—Lo siento, se me fue la cabeza por un segundo.

—Está bien. El almuerzo también me hace eso a veces. —Me sonríe—. Solo me preguntaba si terminaste. Puedo llevarme tu basura.

Miro a la mesa y veo que Maddox hizo una bola con sus envoltorios.

—Oh, está bien. Debería volver al trabajo. —Echo mi silla hacia atrás y recojo mi propia basura.

Brandon sigue intercambiando bocados de papas fritas con sorbos de su bebida, así que por suerte no intenta levantarse al mismo tiempo.

Sé que tenemos que mantener esto entre nosotros en secreto -mientras trabajemos juntos-, pero me encantaría dar a conocer mis sentimientos por Maddox, aunque solo fuera para que Brandon se apartara de una vez y me dejara en paz.

—Nos vemos —les digo a los que me rodean y me levanto de la silla.

Maddox usa sus largas zancadas para llegar antes que yo a los cubos de basura, y yo clasifico la basura, la composta y el reciclaje.

Lo sigo a una distancia normal, y Maddox abre la puerta de la sala de descanso y me la sujeta para que pase por delante de él.

—Entonces, Hannah. —Maddox se mueve para que caminemos uno al lado del otro—. ¿Tuviste una buena mañana?

—Nada de lo que quejarse. —Lo miro—. ¿Y tú?

Sus cejas se levantan.

—Oh, tengo mucho de qué quejarme.

—¿Ah, sí?

Asiente con la cabeza.

—Tuve que despertarme sin mi chica a mi lado.

Me muerdo el labio y mantengo la mirada al frente.

—Suena duro.

Maddox resopla.

—Lo estaba.

—Oh, Dios. —Le doy un codazo en el costado—. Eres un chico de fraternidad.

—Ya, ya —amonesta falsamente—. El fútbol no es una fraternidad.

—Claro que no. —Ensancho los ojos.

Maddox saca algo de su bolsillo y me lo tiende.

No puedo evitar la pequeña carcajada que se me escapa.

—¿Qué es eso?

—Una galleta. —Mira hacia abajo y hace una mueca.

Más o menos la reconozco como las que acabamos de comer en el almuerzo. Las galletas blandas estaban envueltas en plástico transparente y estaban deliciosas, pero esta está aplastada en forma de taco rechoncho.

Con la otra mano, intenta aplastarla.

—Se hizo un poco puré.

—Un poco —resoplo—. ¿Cuánto tiempo ha estado eso en tu bolsillo?

—Solo desde que llegó la comida. —Tras darle forma de galleta, Maddox me la tiende—. Son mis favoritas. —Se palmea el bolsillo—. Tengo otra para mí.

Hundo una de las pasas a través del plástico transparente.

—Primero el café azucarado, ¿ahora galletas con pasas? Estás lleno de sorpresas, Maddox Lovelace.

Como no contesta, levanto la vista.

Me mira fijamente, el humor ha desaparecido de sus facciones.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja, aunque los cubículos más cercanos a mi oficina están vacíos.

Su mandíbula se mueve antes de susurrar.

—Quiero besarte.

—No deberíamos —le susurro, dando un paso hacia mi oficina—. Pero yo también quiero.

60

Maddox

No puedo dejar de pasearme por la sala mientras espero a que llegue Hannah.

No llega tarde, solo estoy ansioso, aunque no sé por qué tengo que estarlo. Ella no va a desaparecer.

Mis pasos se detienen.

Hannah no desaparecería por elección, pero...

Sacudo la cabeza y empiezo a caminar de nuevo, esta vez más rápido.

Cuando saqué mi licencia de conducir, mi mamá se ponía como una fiera cada vez que salía de casa y no paraba de pensar que había muerto en un accidente si llegaba dos minutos tarde a casa. Siempre pensé que estaba siendo dramática, pero ahora lo entiendo porque de repente pienso en los peores escenarios que podrían ocurrirle a Hannah en su viaje hasta aquí.

En lugar de cruzar de nuevo la sala, me dirijo a grandes zancadas a la entrada y abro la puerta.

Quiero verla en cuanto llegue.

Ni siquiera he cruzado la puerta cuando la veo llegar por el camino de entrada.

Mi pulso se desacelera a su originalmente ansiosa velocidad.

Hannah detiene el auto delante de la casa y yo bajo los escalones para encontrarme con ella.

Apaga el motor y la veo tomar algo del asiento del copiloto antes de salir del auto.

Mis ojos se posan en la bolsa que lleva en la mano.

No es una bolsa.

Es una maleta de viaje.

El calor vibra por mis venas, friendo toda la preocupación anterior.

Mi chica está aquí.

Acorto la distancia entre nosotros.

Alargo la mano, rodeo con mis dedos la parte delantera de su garganta y la mantengo en su sitio.

—Hola, Conejita.

Su garganta se mueve con un trago contra mi palma.

—Hola...

Mis labios encuentran los suyos, no puedo esperar ni un momento más.

61

Hannah

Las llamas danzan por mi columna vertebral.

Maddox cierra su boca sobre la mía, consumiéndome.

Dejo caer mi maleta al suelo y me agarro a sus costados.

Verlo de vez en cuando en la oficina esta semana fue una tortura.

Ahí no había ninguna buena opción. Porque o no lo veo, y eso es horrible, o lo veo, pero no puedo tocarlo, y eso también es horrible.

Pero no estamos trabajando.

Estamos en su casa. Solos.

Le paso la lengua por el labio y él se retira.

—Pasarás la noche aquí —afirma.

Asiento con la cabeza.

Sus dedos que aún rodean mi garganta se aprietan.

—¿Tienes hambre?

Le sostengo la mirada.

—No me muero de hambre.

Sus fosas nasales se dilatan mientras respira hondo.

—Bien.

—¿Por qué eso está bien, Maddox?

Se inclina hacia mi espacio.

—Porque tenía todo un plan, Hannah. Iba a hacernos la cena, e íbamos a ver una película, y luego iba a llevarte a mi habitación.

—¿Y ahora? —pregunto.

—Ahora, vamos a empezar en mi dormitorio.

Parpadeo, poniéndole mi expresión más inocente.

—¿Qué vamos a hacer ahí?

—Vas a desnudarte y a acostarte en mi cama. —Mi ritmo cardíaco se dispara, y sus dedos se aprietan como si pudiera sentir el cambio—. Y voy a empezar con mi rostro entre tus muslos.

—¿Empezar? —susurro.

—Sí, bebé, así es como empezaremos. Porque vamos a terminar con mi polla enterrada dentro de ti y tú gritando mi nombre.

—Joder —respiro.

—Precisamente. —Maddox suelta su mano de mi cuello y recoge mi maleta del suelo.

Me tiende la mano libre y yo la tomo.

No pierde ni un momento mientras me lleva por el pasillo hasta la puerta principal.

No se detiene mientras cruzamos el umbral de su gran entrada.

Miro hacia arriba, intentando no quedarme boquiabierta ante el techo de dos pisos y la escalera en exhibición que sube al segundo piso.

Me quito las sandalias de una patada mientras cruzamos los suelos de madera oscurecida porque Maddox no va más despacio ni me da un recorrido, se limita a guiarme escaleras arriba.

La cabeza me da vueltas con una mezcla de emoción y nervios.

La última vez que tuvimos sexo, fue frenético. Un poco borrachos, y la mayoría de nuestras ropas se quedaron puestas.

Pero tengo la sensación de que esta noche va a ser un poco más intensa.

62

Maddox

No sé cuándo fue la última vez que me sentí tan fuera de control, pero estoy perdido ante la lujuria que se está gestando en mi interior, y no me importa.

No habrá forma de contenerlo. Me voy a dar el gusto.

Los pasos de Hannah son rápidos a mi lado para seguir mi zancada, pero no se queja.

Está tan lista para esto como yo.

UTLEY

love letters , libro 1.

63

Hannah

Ambos respiramos agitadamente cuando llegamos a unas puertas que Maddox abre de par en par y nos conducen a un enorme dormitorio.

Las paredes son blancas, el suelo es de la misma madera oscura que el resto de la casa. Las ventanas y las puertas conducen a otros espacios, pero nada de eso importa, porque lo único que veo es a Maddox.

Y a su cama gigante.















64

Maddox

Agarro a Hannah de la mano y la pongo de espaldas a la cama.

Aflojo los dedos y doy un paso atrás.

—Quítate la ropa, Hannah.

Su pecho sube y baja al ritmo del mío.

Ella duda un momento.

—Eres jodidamente perfecta. Eso ya lo sé. Ahora demuéstramelo.

Hannah resopla.

—Espero que tú también te desnudes.

Le sonrío.

—Oh, voy a estar jodidamente desnudo.

Para demostrarlo, me agarro el cuello de la camiseta por detrás, luego, de un tirón, me la quito del cuerpo y la tiro al suelo.

Los ojos de Hannah se mueven hacia mi pecho. Por mis brazos. Por mi estómago.

Puedo sentir su mirada recorriendo mis tatuajes. Probablemente recordando cómo no los tenía la primera vez que estuvimos juntos.

—Puedes estudiarlos más tarde —le digo mientras me desabrocho la hebilla del cinturón. De un tirón, suelto el cinturón de mis pantalones—. Ponte al día.

Sus labios se separan en un grito ahogado, pero obedece.

Se agarra el dobladillo de la camisa y se la sube por la cabeza.

Gimo.

Prácticamente se le salen las tetas del sujetador.

Definitivamente voy a ver esa película con mi cabeza en su pecho esta noche.

Nos bajamos las cremalleras al mismo tiempo, de mis jeans y sus pantalones cortos, y juntos, los dejamos caer al suelo.

Me quito los pantalones y me quedo en bóxers. La delgada tela no oculta que mi polla está deseando liberarse.

Hannah se detiene de nuevo. Con sus bonitas bragas blancas y su sujetador rosa claro.

—Desnuda, Hannah. —Agarro mi longitud a través de mis boxers—. No te tocaré hasta que estés completamente desnuda.

Engancho los dedos en la cintura y me bajo los bóxers.

Mi longitud se libera y agarro la base, apretando. Necesito el contacto, pero no quiero correrme antes de meterme dentro de mi chica.

Hannah me tiende una mano.

—No. —La detengo con mis palabras incluso mientras arrastro mi agarre por mi polla—. Quítatelos.

Hace un sonido que podría ser una queja, pero se lleva las manos a la espalda.

Un momento después, su sujetador cae al suelo y me toca a mí hacer ruido. Solo que no hay queja en mi tono.

Sus dedos se crispan y se baja las bragas por las piernas.

Tiene que agacharse para quitárselas, y sus tetas se balancean con el movimiento, y rectifico mi afirmación anterior, empezaré con sus tetas en mi boca.

65

Hannah

Me tiemblan las manos.

Nunca me había sentido tan lista y tan expuesta al mismo tiempo.

Pero cuando me enderezo, no hay tiempo para pensar demasiado, porque Maddox está ahí.

Está justo ahí.

Me agarra por los costados y la punta de su dura polla me presiona el bajo vientre.

Arqueo el cuello y cierro los ojos, lista para su boca en la mía.

Pero su polla contra mi vientre se desliza y, antes de que pueda abrir los ojos, sus labios se cierran en torno a uno de mis pezones.

Mi cuerpo se sacude al contacto, pero Maddox me sujeta.

Emite un sonido de aprobación y, cuando por fin enfoco la vista, lo veo de rodillas frente a mí.

Es tan alto que, en esta posición, mis pechos están a la altura justa.

Su lengua se desliza por mi pico mientras chupa más de mi teta en su boca.

Me balanceo.

—Maddox. —Su nombre es una súplica, y lo alcanzo necesitando estabilizarme.

Vuelve a chupar y luego suelta la boca.

—Es perfecto —murmura, y se agarra a mi otro pecho.

Clavo mis dedos en sus hombros.

Quiero tocarlo. Quiero besarlo. Quiero sentir más de él.

Pero no quiero que pare.

Me pone las manos en los costados, desliza una hacia mi espalda y me sujeta contra su boca.

Lame y chupa y hace sonidos contra mi piel.

Y desliza la otra mano por mi cadera, luego alrededor hasta tocarme el trasero.

Luego más abajo, y más abajo, hasta que está metiendo la mano entre mis piernas desde atrás.

El primer roce de sus dedos contra mi sexo hace que me tiemblen las rodillas y me aferro a él para mantenerme erguida.

Me traza ligeramente la entrada, y aún así es suficiente para disparar electricidad a través de mi sistema.

—Mierda —jadeo. Entonces cambio mi agarre en sus hombros, y trato de jalarlo hacia adelante. Intento quitármelo de encima porque yo también necesito tocarlo.

Sus dientes rozan mi pezón y echo la cabeza hacia atrás.

Mi cuerpo está tenso, todo me aprieta, pero eso no impide que Maddox me meta un dedo.

Un grito sale de mi boca.

Maddox desliza su dedo más adentro.

—Por favor —jadeo—. Dios, Maddox, por favor.

Desliza la mano de mi espalda hasta mi cadera, y creo que podría soltarme, pero se arrastra hacia adelante. Se aprieta contra mí, su boca sigue chupándome el pecho, pero su cara me empuja hacia atrás.

Doy un paso, el dedo dentro de mí se siente tan extraño con el movimiento, pero entonces estoy chocando contra el colchón.

Y estoy cayendo.

Maddox me quita el dedo justo cuando caigo sobre la cama y me empuja con las dos manos hacia el colchón.

Sus hombros ya están entre mis muslos y, cuando se acerca, abro las piernas.

Ya no me preocupa lo que pueda ver. No hay lugar para la timidez cuando un hombre actúa así de salvaje, así de hambriento.

—Esa es mi chica —murmura. Entonces vuelve a tener su boca sobre mí, solo que esta vez es como prometió, con su rostro entre mis muslos.

Me lame. Desde mi entrada hasta mi clítoris.

Lo hace otra vez, y otra vez.

No puedo dejar de retorcerme. No puedo dejar de agarrarlo. Mis dedos tirando de su cabello.

—Jesús, Hannah. —Vuelve a lamer—. Qué coño tan resbaladizo. —Algo presiona mi entrada, y esta vez parecen dos dedos—. Dime que puedo correrme dentro de ti sin protección otra vez. —Me mete los dedos. Solo un centímetro, luego dos—. Dímelo y te daré lo que quieres. —Otro centímetro.

Asiento con la cabeza.

Asiento con la cabeza y le jalo el cabello.

—Palabras, bebé. —Mueve los dedos y yo...

Le suelto el cabello y meto la mano entre los dos.

Mis dedos rozan mi clítoris, una vez, y luego su otra mano me agarra la muñeca, apartando mi mano.

—Tsk, tsk. —Sacude la cabeza y saca los dedos de mi coño.

Suelto un quejido.

—No. ¡Espera!

Maddox se pone de pie.

—Era una simple pregunta, Hannah.

No recuerdo la pregunta porque ahora solo puedo pensar en la enorme polla del hombre enorme que está entre mis piernas abiertas.

—Sube.

Parpadeo.

—¿Qué?

Su sonrisa es diabólica mientras se inclina sobre mí.

—Acomódate en la cama, Hannah. —Me rodea la garganta con los dedos—. Iba a hacer que te corrieras primero en mi lengua, pero como parece que no puedes esperar, te vas a correr en mi polla. —Su agarre se aprieta y siento cada huella en mi interior.

Empiezo a revolverme hacia atrás, más sobre el colchón.

Maddox me suelta, pero sube conmigo y se arrastra hasta la cama, encima de mí. Sus movimientos coinciden con los míos.

—Ahora dime que puedo correrme dentro de ti.

Mierda.

Asiento con la cabeza.

—Puedes correrte dentro de mí.

Ha colocado su cuerpo entre mis piernas, pero yo ensancho más los muslos, instándole a acercarse.

—Esa es mi chica buena.

Me sonríe, y es tan suave. Tan dulce. Quiero llorar.

—Ahora levanta las caderas.

Planto los pies en el colchón y hago lo que me dice.

Maddox desliza una almohada debajo de mí y me presiona el vientre con la palma de la mano, inmovilizándome.

—Voy a entrar tan profundo como pueda, Conejita. Necesito sentirte por todas partes. —Mueve las caderas hacia adelante y la punta roma de su polla presiona mi entrada—. Puedes decirme si es demasiado. —Hace

una muesca dentro de mí y baja la boca hasta que está a un suspiro de la mía—. Pero sé que puedes conmigo. Porque estás hecha para mí.

Sus labios presionan los míos mientras empuja sus caderas hacia adelante, y las estrellas estallan en mi visión.

Mi cuerpo se arquea.

Es tan grande, más grande de lo que parecía la semana pasada, más grande de lo que recuerdo.

Pero la plenitud solo aumenta la deliciosa sensación de estirarme a su alrededor.

Su lengua se desliza por mis labios entreabiertos antes de introducirse en mi boca.

Y puedo saborearlo. Puedo saborear mi excitación en su beso.

Y chasqueo la lengua.

Cierro los labios alrededor de su lengua y la succiono dentro de mi boca. Mis manos lo jalan, mis uñas se clavan en la piel desnuda de sus costados. Mis pies se enganchan en la parte baja de su espalda y lo jalo para acercarlo.

Maddox mueve las caderas y su polla penetra aún más profundo.

Sus caderas están pegadas a mí y sus pesadas pelotas a mi trasero. No podría llegar más profundo aunque lo intentara, y yo no podría aguantar más aunque quisiera.

Está al final de mí. Puedo sentirlo.

Porque estás hecha para mí.

El placer se arremolina a nuestro alrededor.

Maddox se retira, luego vuelve a empujar.

Estamos hechos el uno para el otro.

Lo hace de nuevo. Más rápido esta vez.

Un ajuste perfecto.

Las lágrimas se acumulan detrás de mis párpados cerrados.

UTLEY

love letters , libro 1.

Maddox es mi ajuste perfecto.



S.J. TILLY

love,

66

Maddox

Ella se aferra, tomando cada centímetro de mí. Gimiendo y arañando y jalándome hacia ella.

Es jodidamente increíble.

Hannah es increíble.

Mi pareja.

Mi otra mitad.

La pieza que me faltaba.

Abro la boca e inclino la cabeza para saborear más de ella.

Mis caderas nunca dejan de moverse, no podría hacer que se detuvieran aunque quisiera.

Mi polla se desliza dentro y fuera del dulce coño de Hannah.

Necesito la fricción.

Necesito el calor.

La necesito a ella.

El calor, el deseo y la sensación de hogar me aprietan las pelotas y la emoción se apodera de mi pecho.

Sus pechos se aprietan contra mí. Sus pies presionan mi espalda, y sé que ella también lo siente. Esta cosa entre nosotros.

El tirón.

Desplazo mi peso sobre un brazo y meto el otro entre nuestros cuerpos.

—Mi Hannah —digo contra sus labios.

Mis dedos encuentran su pequeño manojo de nervios y lo recorro.

Ella se arquea y su coño se tensa a mi alrededor.

—Mi chica perfecta. —Golpeo mis caderas contra ella, haciéndola rebotar debajo de mí.

Mueve las caderas y echo la cabeza hacia atrás para poder mirarla.

Tiene los ojos cerrados y las mejillas se le llenan de lágrimas.

El orgullo se hincha dentro de mí.

Sabía que ella lo sentía.

Y ahora lo sabe.

Ella me pertenece.

—Abre los ojos —le ordeno—. Abre los ojos y déjame ver cómo te corres.

Hannah abre los ojos de golpe y yo ruedo su clítoris entre mis dedos, penetrándola hasta el fondo.

Mirándome fijamente, grita mi nombre mientras explota.

67

Hannah

Un orgasmo más fuerte que cualquier otro que haya experimentado me golpea.

Maddox está encima de mí, mirándome, y es como si se hubiera roto un dique entre nosotros.

Me hace rodar el clítoris una vez más, luego retira la mano y se echa encima de mí.

Pasa sus brazos por debajo de mí, abrazándome a él mientras sus músculos se flexionan.

—Mierda, bebé. Mierda. —Él bombea dentro de mí.

Siento que se me caen más lágrimas mientras gime bajo y profundo.

Su cuerpo se tensa y me aferro a él con más fuerza, presionando mi rostro contra su cuello para saborear su sensación.

La forma en que su polla palpitante se siente dentro de mí.

La forma en que me abraza tan fuerte mientras se desmorona.

Es mucho más que follar.

Se siente como... una conexión.

Me envuelven emociones espesas y reconfortantes, y respiro hondo.

Maddox hace lo mismo.

Cuando exhala, mueve las caderas una última vez.

Presiono mis labios contra su cuello empapado de sudor y él me acaricia el cabello con la boca antes de girar la cabeza y darme un largo beso en la sien.

—Nunca te dejaré ir, Hannah Bunny. —Me da otro suave beso—. Espero que lo entiendas. Nunca te dejaré ir.








68

Maddox

En lugar de tensarse ante mis palabras, Hannah se relaja debajo de mí.

No creo que entienda del todo, no realmente, lo en serio que lo digo, pero está bien, porque se lo demostraré.

Vuelvo a acercar mis labios a su sien.

No puedo evitarlo.

Tengo en la punta de la lengua decirle la verdad. Que la amo, pero no quiero decirlo demasiado pronto y arriesgarme a que piense que no soy sincero.

Pero en realidad, sé que no es demasiado pronto porque conozco a esta hermosa mujer desde hace quince años. Solo nos perdimos el uno al otro por un momento.

Vuelvo a presionar mis labios contra su cálida piel, manteniéndolos ahí.

Hannah presiona su propio beso en ese punto donde mi cuello se une a mi hombro.

El movimiento hace que sus músculos se aprieten a mi alrededor, y hace que mi polla se estremezca. Lo que hace que todo mi cuerpo se estremezca.

Hannah se ríe y el ciclo vuelve a empezar.

—No te muevas —gruño. Los músculos en tensión son demasiado para mi polla hipersensible.

—Lo siento —se ríe, y su cuerpo vibrante me hace gemir.

Saco los brazos de debajo de ella y planto las manos junto a su cabeza para impulsarme hacia arriba.

Mirando hacia abajo, la asimilo. Sus grandes tetas. Su pecho sonrojado. El maquillaje borroso alrededor de sus ojos.

No lloraba de tristeza o dolor. Era de emoción desbordante. Lo sé porque yo también lo sentí.

Me muevo hacia atrás y rozo con el pulgar uno de los rastros de lágrimas.

—Perfecta.

Se muerde el labio y yo arrastro mi pulgar por su mejilla hasta que le arranco el labio de los dientes.

Entonces, como su boca está justo ahí, bajo la mía para encontrarla.

Nuestros suspiros se entremezclan cuando nuestros labios se tocan, pero cuando me retiro, Hannah se mueve y arruga la nariz. Como un maldito conejito.

—¿Maddox?

—¿Hmm? —Le doy un golpecito con la punta del dedo en la nariz.

—Estamos haciendo un desastre.

—¿Eh? —Miro más abajo hacia donde estamos conectados—. Oh.

Me salgo un poco y miro el desastre al que se refiere.

—Maddox. —Me golpea el brazo con un bufido—. Salte.

La miro con tristeza.

—A los veinte años, podría haberlo hecho, pero ahora... —Sacudo la cabeza.

Hannah pone los ojos en blanco.

—Dios, saca tu polla gigante de mí.

Mi carcajada es inesperada, lo que me hace resbalar el resto del camino.

Hannah junta las piernas en cuanto me quito de en medio, pero con las rodillas levantadas, sigo disfrutando de una vista maravillosamente desordenada.

Sé que no debo tomar fotos de nadie desnudo en ningún sitio, pero mierda, me tienta.

En lugar de eso, subo los ojos para encontrarme con los de suyos.

—No te muevas.

—Yo...

Atravieso la habitación a zancadas hacia el baño.

—Un segundo.

Tal vez ocho segundos después, estoy de vuelta con una toallita húmeda.

—Yo puedo hacerlo. —Intenta sentarse mientras me acerco, pero su trasero sigue apoyado en la almohada, lo que se lo dificulta.

—Déjame hacerlo a mí. —Le doy un golpecito en la rodilla—. Abre.

—Abre —refunfuña con una voz que pretende ser una burla de la mía, pero es simplemente linda.

—Hannah.

—¡Bien! —Se tapa los ojos con las manos y separa las rodillas.

69

Hannah

Este hombre es tan exasperante.

Pero aunque me tapo los ojos con las manos, tengo que admitir que es agradable, incluso si todo es demasiado familiar.

—Ya está. —Maddox frota una mano por el interior de mi muslo—. Dame tu mano.

Bajando las palmas de las manos, me asomo y lo veo, aún completamente desnudo, tendiéndome una mano.

La tomo y él me jala hasta sentarme, luego me bajo de la cama.

Maddox echa un vistazo a nuestra ropa desechada, pero la deja y se mueve para recoger mi maleta del suelo.

—Puedes ponerte lo que quieras, pero después —señala la cama con la cabeza—, me pondré unos pantalones. —Me tiende la maleta—. Si no trajiste nada cómodo, puedo prestarte algo.

Tomo la maleta y la sostengo delante de mi cuerpo, sintiendo un poco de timidez y un poco de frío, estando completamente desnuda en una habitación con aire acondicionado.

—Tengo una pijama.

Señala su cuarto de baño.

—Puedes vestirte aquí si quieres. Solo necesito tomar mi ropa.

Sigo el trasero desnudo de Maddox hasta su cuarto de baño, y vaya baño. Encimeras de mármol blanco. Una bañera de patas blancas. Una

ducha gigante de cristal. Lavabos dobles con armarios del suelo al techo a cada lado de los lavabos.

Maddox se aparta y se dirige hacia un enorme armario.

De espaldas a mí, me apresuro a cruzar hacia la otra puerta que, estoy segura, oculta el retrete. Me alegro de que Maddox se sienta tan cómodo con la desnudez, pero aquí hay mucha luz.

LOVE LETTERS

Limpia, con unos suaves pantalones grises, un cómodo sujetador y una vieja camiseta de los Minnesota Biters, salgo del baño.

Maddox está sentado en la orilla de su cama -que ha vuelto a su sitio-, mirando el celular, y tengo que sonreír cuando veo que lleva literalmente la misma ropa que yo. Solo que sus pantalones son más oscuros y su camiseta tiene la marca más reciente.

Levanta la vista y su mandíbula se afloja mientras me asimila.

—Bueno. —Se levanta y empieza a cruzar la habitación—. Eso me gusta.

Doy un paso atrás.

—¿Esta cosa vieja? —Me encojo de hombros.

—¿A dónde vas? —Maddox sigue acosándome.

Doy otro paso atrás y extiendo las palmas de las manos.

—Quédate atrás, animal.

Acorta la distancia, no se detiene hasta que mis manos están presionadas contra su estómago.

—Dame una buena razón.

—Uno, ya no tienes veinte años. ¿Recuerdas? —Cuando hace un ruido y se acerca, añado—: Y dos, tengo hambre y me prometiste cenar.

Maddox hace ademán de soltar un suspiro.

—Bien. —Me toma de la muñeca y entrelaza nuestros dedos mientras me saca de la habitación—. ¿Quieres un recorrido rápido primero, o quieres esperar?

—Recorrido —respondo automáticamente. Tengo hambre, pero también tengo curiosidad.

Volvemos por el pasillo que nos trajo hasta aquí y pasamos la escalera hasta el otro lado de la casa.

Maddox se detiene en la primera puerta, que ya está abierta.

—Esta es una de las suites de invitados. —Entramos en la habitación—. No se usa mucho.

Puedo sentir cómo se encoge de hombros a mi lado.

—Es muy bonita —digo sinceramente.

Tiene las mismas paredes blancas y suelos oscuros que todo lo demás, con grandes ventanales y muebles clásicos.

Maddox me lleva al otro lado de la habitación y enciende la luz del baño adjunto, que es igual de bonito. Las paredes están revestidas de azulejos blancos con lechada negra, lo que hace que la habitación sea clásica y bonita.

Volvemos al pasillo y Maddox me enseña otra suite de invitados casi idéntica, luego hay una oficina sin usar y otra suite de invitados.

Es todo muy bonito.

Y muy vacío.

Me siento como en un hotel de lujo que aún no ha abierto.

Terminado el segundo piso, Maddox nos lleva de vuelta a las escaleras.

—Conseguí el espacio extra para que mi familia tuviera un lugar donde quedarse cuando vinieran de visita, pero mis papás aún no se han acostumbrado al tamaño, y cada vez que mi hermano actúa como si fuera a quedarse aquí en vez de en casa de mis papás, mi mamá actúa como si su vida se acabara.

Su descripción me hace soltar una carcajada.

—Las mamás pueden ser dramáticas.

Maddox me aprieta los dedos, recordándome que hemos estado tomados de la mano todo este tiempo.

—Ruth parece razonable.

Me burlo.

—Lo siento, ¿qué parte de lo que hizo o dijo fue razonable?

—Decirle a Chelsea que podía tener novios cuando cumpliera treinta y cinco.

70

Maddox

Pasear a Hannah por mi casa pone de manifiesto lo poco que la uso, pero, por supuesto, es demasiado amable para señalar el espacio desperdiciado.

—Luego te enseño el sótano —le digo mientras la conduzco hacia la cocina.

Echa un vistazo a los objetos que tengo en la isla.

—Siéntate —señalo los taburetes de la isla y finalmente le suelto la mano.

Hannah se sube a uno de los asientos y lo gira para quedar frente a mí, al otro lado de la isla.

—¿Qué vamos a comer?

—Una de las pocas cosas que sé hacer. —Enciendo el quemador bajo la olla que ya he llenado de agua con sal, luego me dirijo al refrigerador y saco el resto de los ingredientes—. Fideos con mantequilla de limón y camarones.

—Mmm, eso suena increíble.

La miro y veo que sonríe.

—Lo hacía mucho mientras jugaba, normalmente con pollo, pero te vi comiendo camarones en la cena de cumpleaños de tu mamá, así que supuse que te parecería bien.

—Definitivamente estoy bien con los camarones. ¿Hay algo que pueda hacer?

Sacudiendo la cabeza, corto uno de los limones por la mitad y corto el otro en cuartos.

—Siéntate ahí y luce hermosa.

Hannah suspira.

—Siempre encantador.

—Solo digo la verdad, eso es todo.

—Ajá.

Hago una pausa mientras tomo el perejil.

—Lo siento, hace tiempo que no recibo a nadie. —Dejo el cuchillo en la mesa—. ¿Quieres beber algo? Tengo agua, hay vino en la bodega....

—El agua es perfecta. —Hannah me corta antes de que pueda enumerar todos los líquidos de la casa.

—¿Hielo?

—No, gracias.

Entrecierro los ojos y saco dos vasos del armario.

—Bicho raro.

Hannah resopla pero me mira mientras le lleno el vaso.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

Mientras preparo la cena, respondo a sus preguntas. Le cuento cómo compré el terreno poco después de mudarme para jugar con los Biters. Le explico la pesadilla que fue ir a comprar muebles con mi mamá. Cómo mi papá aparecía literalmente todos los días durante la construcción, solo para mirar desde el patio porque es un jubilado aburrido.

Hannah sonríe ante mis historias y acepta un vaso de whisky con hielo cuando me sirvo uno para mí. Después de todo, es viernes por la noche y tengo a mi chica en casa, no hay mejor motivo para una copa de celebración.

—¿Qué haces? —pregunta cuando saco una gran bandeja de la despensa.

—No vamos a comer aquí —le digo mientras sirvo dos platos con montones de fideos con limón y camarones salteados.

—Okey. ¿Dónde vamos a comer? —La veo mirar hacia la parte de atrás de la casa, pero tampoco vamos a salir.

Pongo mis bebidas en la bandeja y luego inclino la cabeza hacia sus vasos.

—Toma tus bebidas, bebé.

Se baja del taburete y hace lo que le digo.

Hannah me sigue mientras paso por delante de la sala de estar principal y recorro el pasillo que conduce a un conjunto de habitaciones situadas debajo de mi dormitorio.

La primera habitación es mi oficina en casa.

La habitación de al lado...

Hago una pausa.

—¿Te importaría abrirme la puerta?

Hannah me mira con desconfianza, ya que la puerta no está cerrada con pestillo, pero se adelanta y usa el codo para abrirla.

Y entonces se detiene.

Simplemente se detiene.

—¿Qué... qué es esto? —Su pregunta es tranquila.

—Mi estudio —respondo en voz baja—. O podrías llamarlo mi pequeña biblioteca.

71

Hannah

No es mía.

Esta habitación no es mía.

Es suya.

Pero...

Doy un paso adelante mientras el corazón me sube por la garganta.

—Maddox. —Doy otro paso—. Es...

—¿Te gusta? —Su tono contiene un atisbo de duda, y necesito que deje de hacerlo. Ahora mismo.

—Maddox. —Me giro para mirarlo—. Esto es jodidamente mágico.

Su rostro se parte en una amplia sonrisa.

—Entonces... ¿te gusta?

—No seas ridículo. —Me doy la vuelta para ver la habitación—. Este es mi nuevo lugar favorito en la tierra.

Ni siquiera estoy bromeando.

Doy un paso más hacia la habitación.

Las paredes, donde se pueden ver, están pintadas de un verde intenso, pero no hay mucho que ver.

La pared opuesta a la puerta está llena de ventanas. El sol se ha puesto, así que los cristales oscuros me reflejan la habitación.

Y maldita sea, esta habitación es de lo que están hechos los sueños.

Hay un sofá grande y profundamente acolchado cubierto de mantas y almohadas. Frente a él hay una mesa de centro rústica cubierta de velas. No están encendidas, pero hay una caja de cerillos junto a una de ellas.

La pared detrás del sofá son libros. Nada más que libros. Las estanterías llegan hasta el techo y todas están llenas de libros.

Giro la cabeza.

La pared de enfrente es igual, con un rectángulo tallado en el centro de las estanterías, donde está montado un televisor, pero cada centímetro libre está lleno de más libros.

—¿De dónde los sacaste todos? —No me molesto en mantener el asombro fuera de mi voz.

Maddox se encoge de hombros.

—Aquí y allá.

El movimiento me recuerda que lleva una bandeja con comida, así que me arrastro y tomo asiento en el sofá, casi suspirando porque es tan cómodo como parece.

Cuando Maddox deja la bandeja sobre la mesita, yo dejo mis bebidas junto a ella y echo la cabeza hacia atrás.

Del techo cuelgan bombillas. Son como esas bombillas Edison, solo que son perfectamente redondas.

—Maddox. —Sacudo la cabeza, aún mirando hacia arriba—. ¿Cómo...

Quiero preguntarle cómo hizo para que esta habitación estuviera tan viva cuando el resto de su casa es tan... no, pero no puedo preguntar eso.

Y no es que el resto de la casa sea mala. Es impresionante. Es enorme. Está muy bien amueblada y acabada. Simplemente no tiene personalidad, no como esta habitación.

Maddox cierra la puerta, sellándonos en el maravilloso espacio.

—No vengo aquí tanto como debería —responde a mi pregunta no formulada—. Pero una vez vi una foto en una revista que tomé de paso en un aeropuerto. —Echa un vistazo a la habitación mientras se sienta a mi lado—. No es exactamente igual que ésta, pero se le parece.

—Es hermosa. —Cruzo las piernas sobre el gran cojín y apoyo la mano en su rodilla—. Gracias por enseñármela.

Maddox se gira hacia mí.

—No quiero apresurarte, o presionarte a nada demasiado rápido.

—No lo haces —le digo antes de que pueda convencerse a sí mismo de que no quiero estos momentos juntos.

Coloca su mano sobre la mía, sobre su rodilla.

—No tengo muchos remordimientos en mi vida, pero el tiempo perdido entre nosotros, ese es el mayor que tengo.

Tiernas emociones se retuercen entre mis costillas.

—No es culpa tuya. Los dos... —Me quedo a medias.

Ambos cometimos errores, y ambos podemos verlo, pero no quiero ir ahí, no ahora. No cuando estamos aquí en este momento.

—Tal vez. —Me aprieta los dedos—. Pero se suponía que íbamos a hacer esto.

—¿Hacer qué?

En lugar de responder, Maddox toma nuestra pasta y me da uno de los platos, luego toma un mando a distancia.

Mientras me recuesto en el sofá, empiezan a sonar los créditos iniciales de una película.

Y cuando las reconozco. Cuando entiendo de qué película se trata... no puedo evitar que una sola lágrima recorra mi mejilla.

Maddox se acomoda a mi lado.

—Todavía me gustaría que terminaras de leérmelo.

Aprieto los labios y asiento.

—A mí también me gustaría.

Juntos, comiendo una deliciosa cena y bebiendo a sorbos la marca de whisky de Maddox, quince años más tarde de lo que planeamos, vemos *El conde de Montecristo*.

72

Hannah

El cuerpo a mi lado se mueve.

—A la cama, bebé.

—¿Hmm? —Me acurruco en Maddox.

Su cuerpo vibra con una risita.

—Conejita, soy demasiado viejo para dormir en el sofá.

Le meto un dedo en el costado.

—Solo eres un año mayor que yo.

—Ajá. —Se inclina hacia adelante, y mi cabeza se desliza entre su espalda y el cojín trasero del sofá—. Excepto que mi cuerpo está jodido por el fútbol.

Me empujo contra dicho cuerpo para sentarme erguida y parpadeo contra el resplandor de las luces que hay sobre nosotros.

Ambos permanecimos despiertos durante la película, hasta el final, ignorando las múltiples veces que la historia me hizo llorar.

Ninguno de los dos preguntó ni ofreció información, pero yo ya he visto la película innumerables veces por mi cuenta, y estoy bastante segura de que Maddox también la ha visto.

Pero cuando terminó la escena final, los dos estábamos demasiado cómodos para levantarnos.

Así que no lo hicimos.

Y al parecer nos quedamos dormidos.

Maddox choca su hombro contra el mío.

—Levántate tú primero.

Pongo los pies en la alfombra con un bostezo.

—¿Por qué?

—Para que me ayudes a levantarme.

Suelto una risita, pero cumplo.

De pie, le tiendo las manos a Maddox, y él las toma.

Casi no esperaba que jalara con todo su peso, pero lo hace, y yo casi me vuelco encima de él.

Aprieto las piernas y Maddox se levanta con un gemido.

—Gracias, Conejita.

Le ayudo a recoger todos los platos vacíos en la bandeja, e insiste en llevarla, aunque cojea un poco.

—¿Seguro que estás bien?

—Ajá. —Deja la bandeja en la isla de la cocina. Cuando tomo los platos, me agarra por los hombros y me da la vuelta—. Mañana. Ahora a la cama.

Apaga las luces a medida que avanzamos y, para cuando llegamos a su dormitorio, estoy lista para volver a dormirme.

Voy rápidamente al baño, me quito el sujetador y encuentro a Maddox tirado en la cama, con el pecho desnudo.

Me subo al colchón, levanto las sábanas para mirar y lo encuentro en bóxers.

—Niña traviesa —dice aunque sus ojos permanecen cerrados.

—Solo curiosidad. —Me meto bajo la manta y él apaga la última lámpara.

—Ven aquí. Ponte en tu sitio.

Tu sitio.

Lo dice como si esto fuera normal para nosotros. Como si ya me hubiera acurrucado a su lado más de una vez. Que no fue hace tanto tiempo, durmiendo en un trío de bancos en la biblioteca de la universidad.

Pero sé exactamente de qué punto está hablando.

Así que me acerco a Maddox, que está acostado boca arriba, y cuando mi frente se encuentra con su costado, acurruco mi rostro en ese punto donde hombro y pecho se juntan.

Me rodea los hombros con el brazo mientras yo estiro el mío sobre su pecho y subo la rodilla hasta apoyarla en su muslo.

—Buenas noches, Hannah.

Aprieto un beso en su cálido pecho.

—Buenas noches, Maddox.

73

Maddox

Algo suave se contonea contra mi adolorida polla y me presiono contra ella.

—Jesús. —El gemido de Hannah se filtra en mi cerebro medio dormido.

Hannah.

Aquí.

Presionándose contra mi erección matutina.

—¿Maddox? —Su voz suena de nuevo.

—¿Hmm? —Con los ojos aún cerrados, me acerco a ella y le pongo la mano en la cadera.

La atraigo hacia mí.

Durante la noche, cambiamos de posición, y ahora la estoy acurrucando.

Hannah arquea la espalda.

—Si no pones esa cosa en uso...

Abro los ojos y ruedo hacia adelante, obligando a Hannah a rodar también hasta quedar acostada boca abajo debajo de mí.

—¿Quieres que te folle, bebé? —La inmovilizo mientras la levanto parcialmente para bajarle los pantalones cortos y la ropa interior, dejando su trasero al descubierto.

—Sí. —Sus palabras son amortiguadas por el colchón.

Me estiro más y deslizo la mano entre sus muslos.

—Mierda —gimo—. ¿Ya estás mojada por mí?

Ella asiente.

Froto mis dedos contra su abertura, extendiendo la humedad.

—¿Estabas frotando este trasero en mi polla mientras yo dormía, preparándote?

Hannah vuelve a asentir.

Siento que debería jugar un poco con ella. Como si debiera alargar esto.

Pero estoy tan jodidamente duro que duele.

Me bajo los bóxers.

—Baja la mano y juega con ese clítoris.

Agarrando la base, coloco mi polla donde quiero.

El trasero de Hannah se levanta debajo de mí y suelta un gemido, indicándome que sus dedos están donde los necesita.

Bajo mis caderas, un glorioso centímetro a la vez.

El coño de Hannah me traga. Apretando y cerrando.

Una vez enterrado hasta el fondo, dejo caer mi pecho sobre su espalda.

Mis rodillas están sobre el colchón a ambos lados de sus caderas, pero sigo apoyando gran parte de mi peso sobre ella.

—¿Estás bien, Conejita?

Vuelve a asentir, haciendo algunos ruidos en acuerdo.

Levanto las caderas y vuelvo a meter mi polla.

—Sigue frotando ese clítoris para mí —le digo mientras intento mantener mis movimientos firmes—. Mi chica codiciosa, despertándome con este coñito caliente.

Ella gime.

Penetrando hasta el fondo, giro las caderas esta vez.

Hannah se arquea.

—Sabía que eras perfecta. —Su coño se envuelve alrededor de mi polla como un tornillo de banco—. Despertando cachonda por mi polla. Mojándose más cada puto segundo.

Ella aprieta, fuerte, y sé que lo hace a propósito.

Sonrío contra su cabello.

—¿Intentas que me corra, Conejita? —Mi respiración se entrecorta, y la tensión crece en mis pelotas—. Muéstrame lo buena que eres. —Golpeo mis caderas contra su trasero—. Córrete para mí ahora, pequeña Utley.

Se inclina en el borde, y siento cada contracción mientras su coño palpita alrededor de mi polla.

—Maddox.

Oírla gritar mi nombre mientras se retuerce debajo de mí me lleva al límite.

La penetro una última vez y me descargo profundamente dentro de ella.

74

Hannah

Maddox me ofreció usar su ducha y, aunque tengo que volver pronto a casa, no pude resistirme.

Sé que nunca tendré una ducha con cabezal de lluvia en el baño de mi casa, pero después de experimentar el maldito baño a nivel de spa de Maddox, estoy tentada a pegar una manguera en mi techo. Me sentí como una maldita hada duchándose en el bosque.

Pero, por desgracia, tendré que conformarme con ducharme cada vez que venga. Qué dificultad.

Como apenas llevaba la ropa con la que vine, me volví a poner los pantalones cortos y la camiseta de tirantes y me recogí el cabello húmedo en un moño.

No es mi mejor look, pero Maddox ha hecho que me sienta segura de mí misma a su lado, así que no me estreso con el maquillaje.

Sigo el aroma del café hasta la cocina y encuentro a Maddox en la estufa con otro pantalón deportivo y otra camiseta que se ciñe a sus músculos.

Levanta la vista a mi entrada.

—¿Te diste una buena ducha?

Dejo caer los hombros y levanto la barbilla.

—Dios, fue increíble.

Maddox sonríe.

—Me alegra oírlo.

Doy la vuelta para ponerme a su lado.

—¿Panqueques?

Me golpea la cadera con la suya.

—No te emociones demasiado. Es solo una mezcla.

Le devuelvo el golpe en la cadera.

—No tiene nada de malo.

Maddox sigue volteando y apilando panqueques mientras yo me sirvo café, dándome cuenta de que la crema ya está en la encimera.

Ya está abierta, pero cuando miro dentro, parece completamente llena. Como si la hubiera comprado solo para mí.

A diferencia de anoche, me deja ayudarlo con la comida, así que caliento la miel de arce en el microondas y, a petición suya, saco la mantequilla de cacahuete de la despensa.

Además, a diferencia de la noche anterior, no vamos a la increíble sala de la biblioteca a comer, sino que nos sentamos con nuestros platos en la isla.

Maddox hace una pila de seis, con capas de mantequilla de cacahuete entre cada panqueque, y luego lo rocía todo con miel.

Me ve mirándolo y me da un bocado, y eso es suficiente para convencerme de que añada una cucharada de mantequilla de cacahuete a mi montón mucho más pequeño.

—Hablando de *El Conde de Montecristo* —dice Maddox, aunque no lo hacíamos.

Arqueo una ceja.

—¿Sí?

—Vi ese libro en tu habitación. —Inclina la cabeza y me mira—. ¿Tienes idea de cuántos atrasos tengo?

Me río mientras admito:

—Me sentí tan mal por llevarme propiedad de la biblioteca. He estado a punto de devolverlo tantas veces.

—Podemos devolverlo cuando terminemos de leerlo.

No puedo evitar preguntarme por su tarea.

—¿Conseguiste otra copia? ¿O elegiste otra cosa para leer?

—Conseguí otra cosa. —Maddox se encoge de hombros. *Odio su respuesta*—. Pero acabó siendo una mierda, así que después de pagar la tasa por un libro perdido, saqué otro ejemplar de El conde.

Demasiado alivio viene con sus palabras.

—Yo también leí mi copia. Un par de veces. —Le dirijo una mirada—. Siento lo de los cargos extras. Me ofrecería a devolvértelo, pero tengo la sensación de que no me dejarías.

—No tienes que pagarme, pero en la primera oportunidad que tengamos, te llevaré a esa biblioteca, y cambiaremos los registros para que muestre que fuiste *tú* quien lo perdió, no yo.

—Ajá, claro.

Maddox da un mordisco a su panqueque.

—¿Todavía tienes mi sudadera también?

Mi tenedor se detiene a medio camino de mi boca.

Me olvidé de la sudadera

—¿Qué? —pregunta, probablemente viendo la culpa en mis facciones—. Será mejor que no se la hayas dado a otro chico.

Me ahogo en una carcajada.

—No se lo di a otro chico.

—Entonces, ¿qué le pasó? —Apoya el codo en la isla.

—La quemé. —Me meto el trozo de panqueque en la boca.

Maddox parpadea hacia mí.

—Tú... la quemaste.

Asiento con la cabeza.

—¿Alguna razón en particular? —Levanta las cejas con la pregunta.

—Si quieres saberlo...

Se sienta recto y se gira hacia su comida.

—Quizá no quiera saberlo.

Continúo de todos modos.

—Fuiste a un elegante evento de caridad, y las fotos de la noche estaban por todas partes, y te mostraban con una mujer, y ella era —hago un gesto con la mano—, jodidamente perfecta, y eso me hizo odiarte un poco, así que quemé tu sudadera en una hoguera.

En lugar de parecer avergonzado, Maddox sonríe mientras toma otro bocado de comida.

—¿Qué? —Entrecierro los ojos.

—Sé exactamente de qué evento estás hablando. Y, esa chica... fue contratada para estar ahí. —Se mete la comida en la boca.

—¿En serio crees que decirme que era una escort lo mejora?

Maddox empieza a toser de inmediato.

—Maldita sea, Hannah —se ríe, haciéndose toser más—. Ella no era...

Le acaricio la espalda, no quiero que muera por esto.

—Me refería a que fue contratada por el evento para pasear y tomarse fotos —dice, todavía riendo.

—Oh.

—Sí, no mi acompañante, y no mi novia. —Da un sorbo a su café para aclararse la garganta.

Suspiro.

—Bueno, qué desperdicio de una buena sudadera, entonces.

Maddox intenta reír, pero acaba tosiendo por última vez y se golpea el pecho con la mano.

Lo miro.

—¿Vas a estar bien?

—Sí, lo siento, tu intento de matarme no funcionó.

—Maldición. Supongo que probaré con papas de jalapeño la próxima vez.

Maddox gira la cabeza para mirarme.

—¿Me acabas de comparar con ese hijo de puta?

Está tan disgustado por la sugerencia que tengo que sofocar mi propia risa.

—Obviamente estoy bromeando. Eres más alto que él.

Maddox lucha contra una sonrisa.

—Linda.

Muevo las pestañas y doy otro bocado a mi panqueque.

—En serio, ¿cuál es su problema? ¿Ha sido así todo el tiempo que han trabajado juntos?

—Mmm, ¿así cómo específicamente?

Maddox golpea su tenedor contra el plato.

—Como un maldito pervertido. Siguiéndote e invitándote a comer.

—Ah, eso. —Pongo los ojos en blanco—. Sí. Nunca le he dado ninguna razón para creer que estaría interesada. Porque nunca lo he estado —respondo a la pregunta que estoy segura que quiere hacer—. Pero es el típico idiota de empresa. Nunca capta una indirecta, pensando que su existencia es un regalo para las mujeres de todo el mundo.

—Lo despediré. —Maddox apuñala sus panqueques.

Me alegra que esa sea su primera reacción, aunque sea exagerada.

—No puedes despedirlo sin motivo.

Maddox gruñe en lugar de responder.

75

Maddox

Ver a Hannah irse se siente tan mal.

Quiero que se quede todo el fin de semana. Quiero que se desnude al menos dos veces más antes de que llegue el lunes.

Pero ella tiene responsabilidades en su casa, y yo tengo algunas cosas que hacer en la mía.

76

Hannah

Una figura llena mi puerta, pero mantengo la atención en mi pantalla.

—Dame un segundo más para terminar este correo y estaré lista.

En lugar de contestar, mi compañero de trabajo entra en mi oficina.

Por el rabillo del ojo, veo cómo se sienta en el sillón de invitados, y mis dedos dejan de moverse porque el cuerpo es más grande de lo que esperaba.

Mis ojos se levantan.

—¿Maddox?

Frunce los labios.

—¿Y a quién esperabas?

Hay un dejo de celos en su voz y casi me dan ganas de burlarme de él, pero hoy se ve demasiado guapo, así que le digo la verdad.

—Voy a comer con Sarah. —Miro el reloj—. En cinco minutos.

—¿Quién es Sarah?

Intento no mirar sus dedos de hombre mientras golpean el reposabrazos.

—Chica de marketing.

—¿Ustedes dos almuerzan mucho? —Sigue pareciendo celoso, aunque está claro que no tengo ningún tipo de aventura sexy con Sarah.

Mi boca se dibuja en una sonrisa.

—Eres lindo.

La tensión de sus hombros desaparece y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Ven a sentarte en mi regazo y dímelo.

—Maddox —siseo, mirando la puerta abierta detrás de él.

Se echa hacia atrás como si fuera a cerrar la puerta.

—Basta. —Tomo un clip de mi mesa y se lo tiro—. Me vas a meter en problemas.

Atrapa el clip.

Seguro que sí.

—¿Lanzando cosas, señorita Utley? Puede que tenga que enviarte a Recursos Humanos por alguno de esos vídeos de formación en el lugar de trabajo.

—Lo dice el hombre que acaba de pedirme que me siente en su regazo —digo con tono inexpresivo.

Maddox hace girar el clip entre sus dedos.

—Quizá deberíamos ver el video juntos.

Aprieto los labios.

Maddox no estuvo ayer en la oficina, tenía reuniones en otro sitio, así que ahora es la primera vez que consigo verlo desde que salí de su casa el sábado por la mañana.

—Sarah aceptó ayudarme con los libros de un equipo en el que patina su hija, y se ofreció a llevarme a comer a cambio de que la ayudara a darle sentido a las hojas de cálculo. —Intento que volvamos al tema—. Y llegará en cualquier momento.

—¿Patinaje?

—Patinaje sobre hielo.

—¿En verano?

Pongo los ojos en blanco.

—Dios, ¿estás aquí solo para fastidiarme o necesitas algo?

Mantiene sus ojos en los míos mientras baja la voz.

—¿Puedes venir el viernes?

No debería marearme tanto oírle preguntar, y definitivamente no debería preguntármelo en la oficina, pero me encanta.

Estoy a punto de decir que sí cuando recuerdo que tengo planes.

—No puedo.

—Oh. —Maddox parece tan abatido que estoy tentada de aceptar su primera oferta y subirme a su regazo.

—Quiero hacerlo. —Le digo la verdad—. Pero mi mamá tiene club de lectura el viernes por la noche, así que Chelsea y yo tenemos planes para hacernos la pedicura y tener una noche de chicas.

—¿El sábado, entonces? —Entrecierra los ojos cuando empiezo a sonreír—. ¿Por qué siento que estoy entrando en una trampa?

—No es una trampa. Solo un partido de béisbol.

—Béisbol —gime—. Primero el restaurante de hockey, ahora esto.

—Qué dramático eres —me río—. Un grupo de gente de la escuela de Chelsea va a ir al partido de los Kids, y mamá decidió que no quiere ir, así que tenemos una entrada extra.

—Pero el béisbol es tan aburrido —se queja—. ¿No puedo llevarlas a ti y a Chelsea a otro sitio? Literalmente a cualquier otro sitio.

—Dramático —repito—. Y no actúes como si no te gustara el béisbol. A todo el mundo le gusta el béisbol.

Maddox suspira.

—Bien, ¿a qué hora te recojo?

—Creo que empieza a las dos...

—¿Qué empieza a las dos? —pregunta una mujer desde la puerta—. ¿Necesitas...? —Sarah corta cuando ve a Maddox en mi silla de visitante.

—Oh. Uh. —Me mira con los ojos muy abiertos—. Lo siento, ¿quieres posponerlo?

—No, no, estamos bien —le digo—. Maddox está hablando de otra cosa.

Por un momento, me pregunto si llamarlo así suena demasiado personal, pero él siempre le dice a todo el mundo que lo llame por su nombre, así que en realidad no es tan raro.

Maddox se mete el clip en el bolsillo mientras se levanta de la silla.

—Hola, Sarah. Me alegro de volver a verte.

—Gracias —respira mientras tiende la mano.

Entonces se da cuenta de que no es un momento de apretón de manos y empieza a bajar la mano, pero Maddox ya la está tomando, porque es así de complaciente, así que ella vuelve a levantar la mano.

Es la interacción más incómoda que he visto en mucho tiempo, y tengo que apartar la mirada para no partirme de risa.

—Solo necesito terminar este correo electrónico muy rápido. —Me concentro en mi pantalla.

—Voy a quitarme de encima, entonces —dice Maddox—. Que tengan un buen almuerzo, señoritas.

Levanto la mirada para ver a Maddox detenerse en la puerta.

— Hannah, hagamos planes para el mediodía.

—De acuerdo —acepto con mi voz más despreocupada.

Sarah está de espaldas a él y me mira con los ojos muy abiertos, así que no ve cuando él me guiña un ojo.

Una vez que se va, Sarah se desploma en la silla que Maddox acaba de dejar libre.

—No puedo trabajar para un hombre tan guapo, no está bien.

Miro hacia la puerta vacía.

—No te equivocas.

77

Hannah

—Entonces... —Me detengo cuando el semáforo se pone en rojo—. ¿Te importaría si Maddox va con nosotras al partido de mañana?

Chelsea está escribiendo un mensaje a una de sus amigas.

—No me importa.

La observo un momento, intentando ver si me oculta alguna reacción.

—¿Estás segura?

Chelsea asiente.

—Sí.

El semáforo se pone en verde y levanto el pie del freno.

Quizá no me oyó.

—Maddox, el chico que fue al cumpleaños de la abuela.

—Uh, dah. Sé quién es Maddox. Es difícil no verlo.

Cierto.

—¿Y te parece bien que vaya al partido de béisbol? —Echo un vistazo y veo que Chelsea me mira.

—Sigue siendo un sí. —Su descaro no debería calentarme el corazón, pero lo hace.

—Okey, si estás segura.

Chelsea deja el teléfono en su regazo.

—¿Están saliendo?

—Bueno... técnicamente... no lo sé.

La preadolescente que está a mi lado se ríe.

—¿De verdad intentas tirar un "*es complicado*"?

Suelto un suspiro mientras me detengo en otro semáforo en rojo.

—No estoy intentando *tirar* nada, pero —alzo una mano—, en mi defensa, es verdad.

—¿Por qué es complicado? ¿Porque solían salir?

Internamente, me doy una patada. Debería haber aceptado su primer sí y dejarlo así.

—Nosotros... —Me detengo.

No puedo decirle a mi hija de doce años que mi pasado con Maddox fue más una aventura de una noche que una relación de verdad.

—Ya sabes. —Ella empieza de nuevo—. Cuanto más evadas responder a mis preguntas, más voy a preguntar.

Le envío una mirada a Chelsea antes de reanudar la marcha.

—Creo que ves demasiados dramas policíacos.

Se encoge de hombros.

—Tal vez.

Suspirando, doy la siguiente vuelta en la calle con nuestro salón de uñas preferido.

—Maddox y yo nos conocimos en la universidad.

—¿Creía que habías hecho la universidad online?

Asiento con la cabeza.

—Lo hice los dos últimos años para sacar la carrera de contabilidad, pero fui a Hop University durante una semana al principio de mi tercer año, y fue entonces cuando conocí a Maddox.

—¿Solo una semana? —Chelsea se gira en su asiento y sé que ahora tengo toda su atención.

—Sí, llevaba una semana cuando la abuela tuvo el ataque.

—Oh. —Sus hombros se desploman—. Así que tuviste que volver a casa, y no pudieron seguir saliendo.

—Básicamente. —Es una enorme simplificación de la historia, pero sí.

—Bueno, eso apesta.

Sonrío ante su corazoncito romántico.

—Así fue.

—Y... ¿por eso es complicado?

Inclino la cabeza hacia adelante y hacia atrás.

—Creo que hemos superado todos los viejos sentimientos heridos, pero ahora es el dueño de la empresa para la que trabajo, así que básicamente es mi jefe, y salir con él iría contra las reglas.

—Ooh, así que es como una relación secreta. —Chelsea suena demasiado emocionada—. Como una de esas películas de Hallmark que ve la abuela.

Me vienen a la mente imágenes de Maddox inclinándome sobre el escritorio.

Me aclaro la garganta.

—Más o menos.

—Si es un secreto, ¿no lo verá todo el mundo en el partido?

Tiene razón, y de repente me dan ganas de llorar.

Veo una plaza de estacionamiento libre y me estaciono.

—Tal vez sea una mala idea.

—A la mierda con eso.

Sacudo la cabeza.

—¡Chelsea!

—¿Qué? —Ella levanta las manos—. Mira, tía Hannah, no quiero que te quedes soltera para siempre por mi culpa, y no finjas que no soy la razón por la que no tienes citas.

—Eso no es...

Me señala con el dedo y dejo de hablar.

—Lo busqué. —Mis ojos se abren de par en par—. Mad Dog Maddox. —Ella pone los ojos en blanco mientras dice su famoso apodo—. Es básicamente una bestia. Súper fuerte. Un tipo grande. ¿Verdad?

Asiento con la cabeza.

—Cierto.

—Parece algo indestructible. —Se desabrocha el cinturón de seguridad—. Así que, si alguien puede romper la maldición, tiene que ser él.

Chelsea abre la puerta del auto y se desliza afuera, como si no acabara de cambiar todo mi mundo.

Tiene que ser él.

78

Maddox

—¿Están seguros? —Hannah vuelve a preguntar.

—Sí —respondemos Chelsea y yo al mismo tiempo.

Hannah levanta las manos.

—Solo estoy preguntando.

—Por enésima vez —resopla Chelsea.

Apenas exagera.

Hannah me llamó anoche, preocupada de que salir en público fuera una mala idea.

Le aseguré que estaba bien.

Me llamó esta mañana, diciendo que tal vez no debería venir.

Le dije que estaría ahí al mediodía.

Se pasó todo el trayecto retorciéndose las manos, sugiriendo que las dejara en el estadio y que ya se las arreglaría para volver a casa.

La ignoré.

Hannah me mira preocupada.

—Bebé. —Le acaricio la nuca, manteniéndola a mi lado mientras avanzamos con la multitud hacia la entrada del estadio—. Escúchame, ¿okey?

Ella parpadea y asiente.

Chelsea se asoma alrededor de Hannah para mirarme también.

—¿Cuántas personas hay en nómina en MinneSolar?

Hannah resopla.

—Creo que son ochenta y siete.

—Así es. —No lo sé con certeza, pero estoy seguro de que tiene razón. Inclino la cabeza hacia la enorme estructura que tenemos delante—. El estadio de los Kids tiene capacidad para treinta y nueve mil personas. Aunque todos y cada uno de nuestros colegas decidieran venir al partido de hoy, ¿qué probabilidades hay de que nos crucemos con ellos? —Antes de que intente dar con la respuesta matemática, le doy la razonable—. Bajas. Las probabilidades son bajas, Conejita.

—¿Conejita? —Chelsea emite una arcada.

Me río entre dientes, pero sigo dirigiéndome a Hannah.

—¿Y qué probabilidades hay de que los ochenta y siete estén hoy aquí?

Suspira.

—Prácticamente cero.

—Así que si volvemos a la ecuación original y suponemos que tal vez otro empleado de MinneSolar está aquí, ¿cuáles son las probabilidades de que nos encontremos con él?

La mirada que me lanza Hannah está llena de fastidio.

—Entiendo lo que intentas hacer, pero tú también destacas entre la multitud -solo por el tamaño-, pero además eres *famoso*, lo que llama aún más la atención. —Dice la palabra famoso como si fuera lo más ridículo del mundo—. Así que si quieres que calcule las probabilidades de la situación, hay que tener en cuenta esos factores.

Me inclino hacia adelante para hablar con Chelsea.

—¿Siempre es así?

Chelsea asiente.

—Siempre.

Hannah me da un manotazo.

—Si te hace sentir mejor. —Saco una gorra de béisbol del bolsillo trasero y me la pongo en la cabeza—. Llevaré un disfraz.

La gorra es blanca, con el logotipo de los Kids centrado en la parte delantera, y la tengo desde siempre, porque Hannah tenía razón, a todo el mundo le gusta el béisbol.

Hannah gime.

—Eso te hace parecer aún más atleta.

—Bien. —Me quito la gorra de la cabeza y se la pongo a ella—. Tú ponte el disfraz. Es mi última oferta.

Hannah mira hacia adelante y al instante me doy cuenta de mi error. Es más bajita que yo, así que si lleva gorra, nunca le veré la cara.

—Es broma. —Se la quito de la cabeza.

—¡Oye!

—No. —Se la lanzo a Chelsea.

—Mad… —Hannah cambia a un susurro—. Maddox, ¿qué pasa contigo?

Dios, está siendo jodidamente hermosa ahora mismo. Si su niña no estuviera a nuestro lado, la callaría con la boca.

En vez de eso, le digo la mitad de la verdad.

—No llevarás otro equipo que no sea el mío. —Luego lo pienso—. De hecho. —Suelto la mano de la nuca de Hannah y me estiro detrás de ella para arrebatarle la gorra de la cabeza a Chelsea, donde acaba de ponerla—. Lo siento, eso va para las dos.

—¡Aww, vamos! —Chelsea la toma, pero me la vuelvo a poner en la cabeza.

—Lo siento, Smidge, yo no hago las reglas. —Enderezo la gorra y vuelvo a poner la mano en el cuello de Hannah.

—Literalmente te acabas de inventar esa regla —argumenta Chelsea, y no le falta razón.

Un momento después, se inclina de nuevo alrededor de Hannah.

—¿Cómo me llamaste?

—Smidge. Como una pizca. —Con la mano libre, separo el pulgar y el índice unos dos centímetros—. Porque eres una pequeña humana.

Se queda con la boca abierta y, aunque no es hija biológica de Hannah, sus gestos son idénticos.

Le sonrío.

—Quiero que sepas que soy alta para mi edad —argumenta la niña.

—Ajá, claro. —Me inclino hacia adelante para que pueda verme cuando vuelvo a levantar los dedos.

—¿Sabes qué? —La chica no pierde el ritmo—. Tía Hannah tenía razón, deberías dejarnos.

Mi carcajada sorprende tanto al tipo que tengo al lado que tropieza.

—Lo siento —le murmuro al hombre.

Chelsea se tapa la boca con una mano y Hannah se limita a negar con la cabeza.

79

Hannah

Sigo nerviosa, pero Maddox tenía razón. Hay tanta gente aquí que podría tener a una gemela perdida a tres metros de distancia y aun así no verla.

No es que no quiera que nadie sepa lo mío con Maddox. Es solo que no quiero que nadie lo sepa hasta que tenga otro trabajo, y realmente no puedo decirle eso a Maddox tampoco porque sé lo que hará. Insistirá en que está bien, hará que Recursos Humanos cambie la política de no confraternización, y entonces estaré atrapada trabajando en un lugar donde todos hablarán a mis espaldas porque soy la chica que se acuesta con el dueño.

Y no importaría lo discretos que fuéramos. Si Maddox hacía un cambio en esa política específica, se correría la voz, y todo el mundo especularía hasta que lo descubrieran.

O peor aún, Brandon solo se enteraría del cambio de política y entonces aprovecharía para invitarme a salir directamente.

Asco.

—Por aquí. —Maddox nos dirige después de pasar por seguridad.

Parece que el público se vuelca con Maddox, y no sé si es porque la gente le reconoce o porque nadie quiere ser pisado por él.

—Smidge, ven aquí. —Con la mano que no sujeta la mía, Maddox le hace un gesto a Chelsea para que vaya delante de él.

—Um... —Incluso mientras su apodo para Chelsea derrite mi corazón, quiero objetar, porque ahora nos estamos moviendo en fila india, y no puedo verla.

Él aprieta sus dedos alrededor de los míos, demostrando que me escuchó y diciéndome en silencio que confíe en él.

Buscando mi calma interior, lo sigo mientras nos abrimos paso a través de los abarrotados pasillos.

La multitud finalmente empieza a disminuir, y me asomo alrededor de Maddox para buscar a Chelsea.

La encuentro justo delante de Maddox, con la gran mano de él encima de la cabeza de ella.

—Ahí vamos nosotros. —Usa su agarre para girar la cabeza de Chelsea, y ella se ríe mientras gira el resto de su cuerpo para ir donde él dice.

Juntos, atravesamos el pasillo y nos detenemos en lo alto de unas escaleras que supongo nos llevarán a nuestros asientos.

Maddox le quita la mano de la cabeza.

—¿Ves? Tan pequeña que cabes en mi mano.

Chelsea le hace una mueca mientras se arregla el cabello, pero puedo ver el humor en sus ojos.

Tiene que ser él.

Aprieto los dedos de Maddox.

—Primero los asientos, luego... —Se corta y levanta una mano para llamar la atención de alguien—. Oye, viejo. Me llevo tres si ya los estás vendiendo.

Un tipo que lleva una de esas grandes cajas llenas de agua embotellada aparece junto a Maddox.

Maddox paga una cantidad absurda de dinero por tres botellas de agua y nos da una a cada una.

—Manténganse hidratadas.

Chelsea y yo le damos las gracias exactamente al mismo tiempo, haciendo que Maddox sonría ampliamente, y parece tan... feliz.

Y mierda, creo que soy adicta a ver esa sonrisa.

Ajeno a mis pensamientos, Maddox abre su botella y la inclina.

Su garganta trabaja mientras traga la mitad del contenido de un golpe.

No importa que esté retirado. No importa que ya no entrene durante horas al día. Sigue siendo grande y grueso en todos los sentidos que cuentan, y con jeans, una camiseta con un logotipo descolorido que no reconozco y esa puta gorra -el blanco contrasta con su cabello oscuro-, es odiosamente guapo, y como dije antes, parece exactamente el atleta que es.

Miro a Chelsea. Ella me mira con los ojos en blanco porque me atrapó mirándolo.

Le articulo *cierra la boca* y ella vuelve a poner los ojos en blanco.

—Bien, fila ocho. —Maddox golpea a Chelsea en el hombro—. Tú primero.

—¿Por qué yo primero? —Chelsea estrecha los ojos hacia el hombre grande.

—Porque es fácil ver sobre ti —dice Maddox seriamente—. Y si tropezamos, puedes amortiguar nuestra caída.

Chelsea refunfuña algo así como "la peor idea de la historia" mientras se da la vuelta para empezar a bajar las escaleras, pero a mí no se me escapa cómo se le levantan las mejillas.

Maddox presiona su mano en mi espalda.

—Tú sigues.

—¿Así que también puedes aplastarme?

Maddox arrastra las yemas de sus dedos por mi nuca, provocándome un escalofrío.

Me apresuro a avanzar, su profunda risita me sigue.

Cuidadosa con los pasos, admito que me siento bien saliendo en público con Maddox. Como si esto fuera lo normal y lo hiciéramos todo el tiempo.

Tomo nota mentalmente de que mañana revisaré mis solicitudes de trabajo. Me han contestado algunas empresas que ya he decidido que no me convienen, pero aún quedan algunas que creo que podrían funcionar.

—¿Qué asientos? —Chelsea se detiene al final de nuestra fila.

—Um... —Empiezo a sacar mi teléfono para comprobarlo.

—Los tres del final —responde Maddox por mí.

Chelsea pasa al tercero, saludando a un chico unos asientos más abajo.

Parece que toda la parte delantera de esta sección está llena de compañeros de Chelsea y sus papás.

—¡Hola, Hannah! —Una mamá dos filas más abajo se da la vuelta, mirándonos.

—¡Hola! —Sé que la conozco, pero me siento como una idiota porque su nombre se me escapa—. ¿Cómo va tu verano?

Sacude la cabeza.

—Caótico. Demasiado corto. Demasiado caliente. Elige.

—Suena bastante bien —me río y me meto en la fila detrás de Chelsea—. Al menos hoy no hace un calor abrasador.

La mujer asiente, pero su atención ya no está en mí, está en el hombre que hay detrás de mí.

Dejo que se quede mirando mientras me detengo frente a mi asiento.

Hoy me puse una blusa roja de tirantes anchos y un par de capris elásticos de mezclilla pero entallados. La parte ajustada era importante porque mis caderas ya son bastante anchas y estoy intentando contenerlas, no añadir más tela para aumentar mi anchura.

Esta mañana, mientras me vestía, tuve un vívido recuerdo de la última vez que vinimos a un partido aquí. Nos sentamos muy arriba, en

los asientos más alejados, y recuerdo haber luchado por meter el trasero entre los implacables reposabrazos.

No soy enorme, no soy la chica más grande que haya existido, y la mayor parte del tiempo me siento totalmente bien en mi cuerpo, pero entonces me meto en una situación -o asiento-, así, y recuerdo que el mundo no está hecho para mí.

Conteniendo la respiración, me agacho.

Mis caderas presionan contra los reposabrazos y tengo un momento de pánico absoluto de no poder sentarme aquí, pero dejo que mi peso presione más y mis partes blandas se adaptan, dejándome deslizarme hasta el fondo del asiento.

Lleno mis pulmones.

No es cómodo, pero está bien, y ya no estoy sentada en el borde del asiento como antes.

Entonces Maddox se sienta.

Sus caderas son delgadas, pero su cuerpo es enorme, así que su trasero cabe perfectamente en el asiento, pero sus rodillas tocan el asiento de delante y su hombro presiona el mío, obligándome a inclinarme hacia el asiento de Chelsea.

Él gruñe, se acomoda y dice algo sobre "hecho para putos niños".

Y de repente, ya no me siento tan grande.

Me muerdo el labio, me giro y lo miro.

—¿Estás bien?

Se mueve.

—Me siento como Baymax atrapado en esa ventana.

Suelto una carcajada sorprendida y sacudo la cabeza.

—¿Cómo es que conoces esa referencia?

Maddox me pasa el brazo por los hombros.

—¿Qué, un hombre no puede disfrutar de una buena película de animación?

—Tienes toda la razón. Perdón por juzgar.

—Ajá. —Maddox me mira—. Bebé. Ocupo demasiado espacio.

Mi humor se desvanece.

—No, no lo haces. —Le agarro el muslo, apretando—. Eres perfecto.

Su sonrisa gigante me toma desprevenida.

—Oh, Conejita. —Con el brazo alrededor de mis hombros, me atrae hacia su cuerpo y me besa la parte superior de la cabeza—. Te agradezco que digas eso, pero necesito algo más de ti.

Afloja el agarre y mis ojos se posan en su regazo antes de volver a mirarlo.

Y parece que se *esfuerza mucho* por no reírse.

—Yo también te lo agradecería, pero intenta controlarte. Este es un deporte familiar.

Le doy un golpecito en la pierna.

—Tú eres el que...

Me da un pequeño tirón en la coleta.

—Necesito que cambies de asiento con tu mini yo.

Despistada por lo que estábamos hablando, levanto la vista hacia él.

Maddox suspira.

—Tan hermosa. Tan olvidadiza.

Eso me hace entrecerrarle los ojos.

Se acerca a mí y le toca el hombro a Chelsea.

—¿Qué? —Se aparta de sus amigos para mirarnos.

—Smidge, cambia de lugar con Hannah.

Chelsea mira a mi alrededor al gran hombre.

—¿Por qué?

Retira su brazo de alrededor mío y lo mete por su costado, lo que me empuja hacia el espacio de Chelsea.

—Porque yo soy un monstruo y tú eres Smidge, y así puedo ocupar todo el espacio que no usas.

Chelsea resopla y se lleva un dedo a la barbilla.

—¿Qué saco yo de esto?

Abro la boca para decirle que el chantaje no está bien, pero Maddox responde primero.

—¿Qué quieres?

—Mini donas. —Sus ojos se abren de par en par al decirlo.

Almorzamos a propósito en casa antes de que Maddox nos recogiera para no tener que gastar una fortuna comprando comida aquí, pero las mini donas suenan increíbles.

—¿Algo más?

Miro a Maddox.

—No eres muy bueno negociando, ¿verdad?

—Pienso comerme la mitad de las donas yo solo. —Se encoge de hombros.

Chelsea piensa.

—¿Un granizado?

Maddox me mira.

—¿Y tú, tía?

Tía.

—Um... —*¿Por qué suena tan sucio cuando él lo dice?*—. Un granizado suena bien.

—Okey. —Maddox se pone de pie y señala a Chelsea—. Smidge, tú vienes conmigo.

Empiezo a levantarme, pero Maddox niega con la cabeza.

—Nosotros nos encargamos.

Dudando, lo miro a él y luego a Chelsea.

Se llevan bien, eso está claro, pero no quiero que ninguno de los dos sienta que tiene que pasar tiempo juntos si no quiere.

Pero entonces Chelsea trepa por encima de mis piernas para salir, con cero vacilación en su rostro mientras señala el portavasos frente a su asiento.

—Ahí dejé mi agua.

Miro hacia donde señala y, cuando me giro, ya han empezado a subir las escaleras.

Exhalo un suspiro y me dejo caer en el asiento.

Antes de que pueda pensar demasiado en *todo*, hay un suave golpecito en mi hombro.

Espero ver a una mamá cuando me gire, pero es un niño de la edad de Chelsea.

Está tan inclinado que es un milagro que siga en su asiento.

—Mi papá quiere saber si ese es Mad Dog Maddox.

Miro al hombre sentado junto al niño.

Él jala la camiseta de su hijo.

—Eres un soplón.

El chico ignora a su papá.

—Pero es él, ¿verdad?

Aunque solo son ellos dos los que me hablan, noto que hay varias personas esperando mi respuesta.

Asiento con la cabeza.

—¡Lo sabía! —El chico se sienta, triunfante.

Es el turno del papá de inclinarse hacia adelante.

—¿Te parece bien que nos tomemos una foto con él?

—Eh. —Miro a mi alrededor, asimilando todas las miradas—. No creo que le importe, pero... ¿quizás después del partido?

El papá asiente.

—Totalmente, sería genial.

Su hijo le da un codazo.

—Deberíamos haber traído nuestras camisetas de los Biters.

El papá se sienta.

—Bueno, deberías haberme dicho que el papá de tu compañera de clase era Maddox Lovelace.

—¡No lo sabía!

Oh, wow. Ese no es un rumor que necesito que corra por la escuela de Chelsea.

—Mmm. —Interrumpo su conversación—. Maddox no es su papá. Él es, uh, mi novio.

80

Maddox

Al final de las escaleras, Chelsea se detiene.

—¿Por dónde?

Me detengo detrás de ella.

—No estoy seguro.

—Bueno, mira. —Ella hace un gesto alrededor—. Puedes ver por encima de todos, ¿verdad?

—Tienes razón. —Le pongo la mano en la cabeza para no perderla y salimos al centro del pasillo principal.

Miro a un lado y luego al otro.

—Podría ser... —Me corto—. No importa, ya lo vi.

—Te lo dije —canta Chelsea.

Manteniéndola delante de mí, nos dirigimos al puesto de donas.

La cola es larga y serpentea a lo largo de la pared, así que nos acercamos y nos colocamos al final.

—¿Has estado ocupada? —le pregunto a Chelsea—. ¿Aprendiste nuevas formas de hacer trampa en el póquer?

Se gira lentamente para mirarme.

—Tú y yo sabemos que no tenía que hacerte trampa.

—Si tú lo dices.

Ella levanta una ceja.

—Estoy feliz por la revancha, pero tal vez quieras practicar más primero.

—Hmm. Tal vez debería conseguir algunas trampas -quiero decir lecciones-, de quien te enseñó.

—No podrías permitírtelas.

La respuesta de Chelsea me hace resoplar.

—¿Ah, sí? ¿Quién fue, un profesional?

—No, solo una anciana que vivía en la casa de al lado. No me volví realmente buena hasta que empecé a jugar online, pero después de ganar quinientos dólares una vez, la tía Hannah enloqueció y me dijo que no podía jugar más.

—¿Quinientos? Mierda.

—Lo sé, ¿verdad?

—Cuando tengas edad para los casinos de Las Vegas, te meteré en uno de sus torneos de póquer.

Se le iluminan los ojos.

—¿En serio?

—En serio. —Esta chica va a robarle los ahorros a alguien, y quiero estar ahí para presenciarlo.

Avanzamos en la fila.

Las palomitas de maíz caídas de alguien crujen bajo mis tenis y, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que los cordones de mi tenis izquierdo se están desatando.

Me aseguro de que haya suficiente espacio entre la familia que hace cola detrás de nosotros y yo, luego me agacho y empiezo a atarme los cordones.

—¿Qué estás haciendo? —Chelsea chasquea.

Su tono es sorprendentemente molesto, así que levanto la cabeza, pero no está hablando conmigo. Está hablando con un adolescente que acaba de ponerse delante de ella en la cola.

El chico se encoge de hombros.

—Cortando.

Oh, diablos, no.

—Ve al final de la fila, Ken.

¿Ken? ¿Qué puto papá llama Ken a su hijo?

—No —responde el pedazo de mierda dándole la espalda a Chelsea.

Me pongo de pie.

—Te lo digo por última vez —gruñe Chelsea.

Su tono está lleno de burla, y eso me enorgullece de sobremanera.

—¿O qué? —dice Ken en tono estúpido mientras empieza a darse la vuelta—. ¿Vas a obligarme?

Me muevo para estar al lado de Smidge y cruzo los brazos. Hombros hacia atrás. Cara de Mad Dog en su sitio.

—No —dice Chelsea—. Pero él lo hará.

Ken abre su tonta boca, pero no dice nada. Se queda mirándome, con los ojos desorbitados.

A mi lado, Chelsea cambia de postura, y estoy seguro de que está llena de actitud.

Ken vuelve a centrar su atención en Chelsea.

—Al final de la fila, Ken. —Uso mi voz más grave antes de que pueda decirle algo a Smidge que me enoje del todo.

El adolescente pone cara de estar luchando consigo mismo por decir una mierda o no y, al parecer, la mitad inteligente gana porque se va dando pisotones.

Nos quedamos en silencio un momento antes de mirar a Chelsea.

—Bueno, él apesta un poco.

—¡Oh, Dios, eso fue lo mejor de la historia! —Se ríe a carcajadas—. Necesito llevarte a la escuela conmigo.

Frunzo el ceño.

—¿Te están acosando?

Lo desecha mientras avanzamos en la fila.

—No. No, pero algunos chicos son simplemente molestos.

Reafirmo mentalmente en la regla de Ruth de *no tener citas hasta los treinta y cinco*.

—Los chicos son lo peor. No te fíes de ninguno.

—Dah.

Acepto que era una afirmación obvia.

—Bueno, si alguien es *extra* molesto, me lo dices.

—Sí, claro. —Es una declaración de despedida si alguna vez he oído una—. ¿Qué deberíamos comprar?

Estamos lo suficientemente cerca como para leer el menú ahora, y mientras leo las opciones, me pregunto si hay un día de carrera o algo a lo que podría ir a la escuela de Chelsea con el único propósito de poner el miedo de Mad Dog en los corazones de cualquier chico que pueda soñar siquiera con hablar con ella.

Cuando nos toca, nos decidimos por el cubo.

Hago que Chelsea lo lleve para no caer en la tentación de comérmelas a puñados, y luego la guío de vuelta por donde llegamos.

Mientras nos alejamos, Ken grita:

—¡Los Biters apestan!

Chelsea se da la vuelta, parece dispuesta a tirar, y antes de que pueda detenerla, grita:

—¡Tu proyecto de ciencias es una mierda!

Se me escapa una carcajada, pero intento disimularla con una tos.

—Smidge, eso no estuvo bien. —Es difícil reprenderla cuando todavía estoy intentando no reírme, y ahora aprecio aún más todas las veces que he presenciado a Hannah en esta misma posición.

—Se lo merecía.

—Confío en tu juicio. —Extiendo mi mano—. Dame una dona, y fingiré que no te oí insultar el trabajo escolar de ese chico.

Chelsea levanta el cubo.

Tomo dos y me las meto en la boca.

Cuando miro hacia abajo, Chelsea me hace una mueca.

—¿Qué? —pregunto, con la boca aún llena.

—¿Vas a casarte con la tía Hannah?

Me trago el resto del dona.

No esperaba que preguntara eso, pero una pregunta directa merece una respuesta directa.

—Me gustaría. ¿Te parece bien?

Frunce los labios y se encoge de hombros.

—Sí. Eres bueno.

Su fácil aceptación me calienta toda el alma.

—Basta. —Encorvo los hombros—. Vas a hacer que me ruborice.

Smidge sacude la cabeza.

—Me retracto. Eres un idiota.

Bromeo jadeando.

—Me has herido.

En lugar de disculparse, levanta los donas y yo tomo dos más.

Esta chica me entiende.

Entonces veo la cosa perfecta.

—Espera. —Le agarro de la manga, jalándola hacia un lado—. Una parada más antes de los granizados.

81

Hannah

Termina la última nota del himno nacional y estoy a punto de enviar un grupo de búsqueda para Maddox y Chelsea.

He estado tan concentrada en esperar a que volvieran -y en esquivar las preguntas sobre Maddox-, que ni siquiera presté atención al equipo contra el que jugamos.

—¿Contra quién jugamos? —le pregunto a la mamá sentada a mi lado, puesto que ya me he movido al asiento de Chelsea, pensando que ella y Maddox ya habrían vuelto.

—Mmm. —Sus cejas se fruncen.

El chico que está a su lado señala al jugador que se prepara para batear.

—Los Windy City Warriors.

Su mamá asiente.

—Así es.

Entonces su mirada pasa de mí, y por la forma en que sus ojos se ensanchan, sé que han vuelto.

Pero incluso sabiendo eso, no estoy preparada para lo que veo cuando giro la cabeza.

—¿Qué llevas puesto? —pregunto entre risas.

Maddox ladea la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Miro entre él y Chelsea, pero ambos mantienen la cara seria. Aunque no puedo verles los ojos, así que quizá estén arrugados con humor.

Extiendo la mano.

—Denme mi granizado, bobos.

Maddox le da un codazo a Chelsea para que se meta primero en la fila, con su granizado en una mano y un cubo de donas en la otra.

Me asomo al cubo.

—Espero que te dieran descuento.

Chelsea se deja caer en el asiento.

—Sí, se llama el descuento Maddox, que se comió ocho a la vez.

—Fueron de dos en dos —responde Maddox mientras vuelve a encajarse en el asiento del final de la fila—. Y te dije que las mantuvieras alejadas de mí.

—Ajá, así que es culpa mía.

Supongo que está poniendo los ojos en blanco.

Maddox equilibra la bandeja de bebidas sobre su regazo y saca mi granizado, pasándoselo a Chelsea.

—Gracias —le digo y le doy un sorbo al granizado de cereza—. ¿De verdad que no hablaremos de los accesorios?

Maddox inclina la cabeza hacia el campo.

—El partido está empezando.

Suspirando, me rindo y le robo una dona a Chelsea.

Pero mientras observo la primera ronda de lanzamientos, no dejo de mirar a la extraña pareja que tengo al lado.

La niña de doce años y el hombre macizo, sentados uno al lado del otro, llevan collares de plástico chillones a juego, cada cuenta del tamaño de una pelota de golf e impresa para que parezca una pelota de béisbol, pero lo más absurdo son los lentes. Los aros de plástico parecen ajustados en Maddox pero demasiado grandes en Chelsea, pero lo

ridículo no es el ajuste. Son los lentes. Al igual que las cuentas, llevan impresa la imagen de una pelota de béisbol.

Es una tontería, e innecesario, y la visión de estos dos emparejados me da ganas de llorar.








82

Maddox

Cuando los equipos cambian de sitio en el campo, me bajo los lentes por la nariz para poder mirar a Hannah.

Hemos estado viendo el partido, claro, pero ella ha estado muy callada.

Ella se fija en mí y gira la cabeza.

—¿Todo bien? —pregunto en voz baja, pero como Chelsea está entre nosotros, no es privado.

Hannah asiente.

—Estoy muy bien.

Observo su rostro en busca de algún signo de inquietud, pero no encuentro ninguno.

—Si te sientes abandonada por lo de los collares, puedo ir a buscarte uno.

—Estoy bastante celosa, pero sobreviviré. —Se señala los ojos—. Es un buen disfraz.

Asiento con la cabeza.

—Y se ven geniales.

Eso me hace reír.

—Sigue diciéndote eso.

Hannah mira hacia la fila de detrás y luego se inclina hacia mí.

Le doy un codazo a Chelsea.

—Smidge, adelántate una pizca.

Resopla, pero se desliza hacia adelante en su asiento para que Hannah y yo podamos apoyarnos juntas detrás de ella.

Mantenemos la cara de frente, pero es obvio que estamos hablando.

—Les dije a los chicos de atrás que te tomarías una foto con ellos después del partido —susurra.

—Okey —le susurro.

—Y... les dije que eras mi novio —dice nerviosa—. Es solo que pensaron que eras su papá y me asusté y yo...

Giro la cabeza para poder presionar los labios contra la sien de Hannah.

Ella deja de hablar.

—Conejita —le susurro al oído, asegurándome de que me oye—. Soy tu novio, y soy el último que tendrás.

83

Hannah

—¡Hannah, detén la puerta!

Casi gimo al oír la voz de Brandon porque, en realidad, no quiero detenerle la puerta, pero lo hago, porque ni siquiera *él* puede arruinar la sensación general de felicidad que se ha apoderado de mí.

—Gracias —Brandon pronuncia la palabra como si acabara de terminar una carrera de 5 kilómetros.

—No hay problema— es lo que digo, pero "Vete" es lo que pienso.

El tipo de las donas está en su mesa y Roberts está llenando su termo de café mientras cruzamos la sala de descanso.

Me pongo el recipiente con las sobras de la cazuela en la mano izquierda y abro el refrigerador con la derecha.

Una vez que la puerta ya está abierta, Brandon -que ahora se agolpa completamente en mi espacio personal-, jala la puerta para abrirla más y poder tomar una de sus asquerosas bebidas energéticas de la estantería de la puerta.

Sí, por favor, entra.

Cuando me dispongo a colocar la comida en la estantería, ya hay un recipiente de cristal en el lugar donde suelo dejar el almuerzo.

Y luego me congelo. Porque hay un Post-it con mi nombre en él pegado a la tapa del recipiente en el refrigerador.

Brandon finalmente retrocede y yo me acerco para mirar a través de los lados transparentes del plato.

Trago saliva y pongo mi cazuela encima del plato que contiene los fideos con mantequilla al limón y el pollo a la parrilla.

Anoche, Maddox y yo nos sentamos en una videollamada durante una hora mientras él asaba pechugas de pollo y hacía una porción de la misma pasta con limón que cocinó para nuestra cita de cine.

Se ha convertido en nuestra norma nocturna.

Mi familia suele cenar antes que él, así que cuando termino de cenar, Maddox llama y yo me quedo mientras él cocina y cena.

Es... Dios, es todo.

Son las llamadas que nos perdimos.

Es la versión nocturna de la relación a distancia que no nos dejaron probar.

Es una forma de pasar tiempo juntos, de hablar, sin que nos interrumpa la necesidad imperiosa de tocarnos.

Es una tortura, y es exactamente lo que necesito.

—¿Olvidaste la comida de la semana pasada? —Brandon pregunta a mi lado.

Parpadeo y cierro la puerta del refrigerador.

—Sí. Me despisté por un segundo —bromeo.

Brandon mira el refrigerador y luego vuelve a mirarme, como si intuyera la mentira.

Lo rodeo hasta el armario de las tazas y me tomo mi tiempo para elegir una.

Mi llamada con Maddox anoche me hizo olvidar por completo mi promesa de revisar mis solicitudes de trabajo. Lo cual fue una tontería, porque necesito salir de aquí para que podamos salir como es debido.

Soy el último que tendrás.

Maddox sabe todo lo que hay que decir.

Y podría llorar solo de imaginármelo con Chelsea este pasado fin de semana, con sus lentes, hablando mierda del proyecto de feria de ciencias de algún niño durante todo el viaje de vuelta a casa desde el partido.

Era literalmente la segunda vez que se veían, y actuaban como...

Saco la taza amarilla hecha a mano que Maddox usó la vez que me hizo café.

Actuaron como una familia.

Si alguien puede romper la maldición, tiene que ser él.

—Estás actuando rara. —Brandon vuelve a mi lado—. ¿Estás bien?

Dios, vete.

—Es que aún no me tomé mi café —miento, ya que esta mañana me tomé una taza en casa.

Tararea y se apoya en el mostrador, que es lo contrario de irse.

—¿Hiciste algo divertido este fin de semana? —Brandon pregunta.

—Sí, fui a un partido de béisbol.

—¿El juego de los niños?

Asiento con la cabeza.

—¿No perdimos? —pregunta, como si eso marcara la diferencia a la hora de disfrutar o no de un partido.

Me encojo de hombros.

—Aún así fue divertido.

Se queda callado un segundo mientras me sirvo el café.

—¿Con quién fuiste?

Hago una pausa mientras vuelvo a colocar la jarra en su sitio.

No es que sea una pregunta *tan* rara, pero es un poco raro. Aunque me da la oportunidad de intentar poner algunos límites.

—Chelsea y yo fuimos con un grupo de gente de su escuela. —Saco una cuchara del cajón—. Y mi novio fue con nosotras.

—¿Tienes novio? —Todo el cuerpo de Brandon se echa hacia atrás como si le acabara de decir que soy un hombre lobo.

—Hannah. —Una voz más rica que la de Brandon habla detrás de mí.

Me giro para mirar al novio en cuestión.

—Buenos días —digo, más bajo de lo que pretendo.

Maddox sostiene el cartón de crema que olvidé sacar del refrigerador cuando metí mi almuerzo.

—¿Necesitas esto?

Se lo tomo, intentando no sonreír demasiado por la crema.

—Gracias.

Me giro hacia la encimera, echo un poco en mi taza y remuevo el contenido.

Brandon está de pie, mirando de un lado a otro, pero en lugar de dirigirse a él, Maddox alarga la mano para que le devuelva la crema.

—Yo lo tomo.

Como no quiero tener que barajar entre él y Brandon, le paso el cartón a Maddox.

Él inclina su cabeza.

—Que tengas una buena mañana.

—Tú también. —Tomo mi café, mordiéndome el labio.

Me estoy alejando cuando Maddox vuelve a hablar.

—Brandon, ¿puedo hablar contigo?

84

Maddox

Brandon se detiene tras un paso, y yo no me muevo, obligándolo a girarse hacia mí y alejarse de Hannah.

No iba a dejar que la viera alejarse con ese maldito vestido.

No va a mirar a *mi novia*.

—¿Sí? —Su tono es terriblemente corto, teniendo en cuenta que está hablando con el dueño de la empresa.

Espero un latido más de lo cómodo antes de hablar.

—Darren de servicio técnica necesita un par de ojos de alguien de ventas para mirar unas hojas técnicas.

—Oh, yo no... —empieza.

Pero esto no es una democracia.

—Preguntó por ti. —En realidad, lo que Darren dijo fue *"Deberías hacer que lo hiciera ese tal Brandon, siempre tiene una opinión de todos modos"*. Pero su nombre fue mencionado—- No debería llevar mucho tiempo. —Me doy la vuelta y saco una taza del armario.

Brandon murmura un de acuerdo antes de irse.

Añado azúcar a mi café y guardo la crema de Hannah. Cuando me alejo de la encimera con la taza en la mano, El Hombre Dona levanta la cabeza.

—Buen movimiento.

Mis pasos son lentos.

—¿Cuál?

El mayor inclina la cabeza hacia la cafetera.

—Una forma astuta de alejarlo de tu chica.

Sin nadie más aquí para ver, sonrío.

—Eso mismo pensé.








85

Hannah

Una invitación del calendario suena en mi ordenador.

Hago clic en él y tengo que leer la invitación dos veces. Porque es de Maddox.

A las dos. En su oficina. Aparentemente para discutir las proyecciones del cuarto trimestre.

Miro el reloj.

Es la una cuarenta y cinco.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio y lo tomo.

BB Wolf: *No llegues tarde.*

86

Maddox

—Ah, Hannah, justo a tiempo. —La saludo con mi típico tono corporativo—. Adelante.

La última parte es innecesaria porque ya está cruzando el umbral, pero es mi saludo habitual.

No debería haberle pedido que viniera. No debería haberle enviado la invitación, pero este fin de semana fue familiar, y ese vestido que lleva me está dando pensamientos para mayores.

Sus caderas se balancean mientras camina hacia la silla de visitas frente a mi escritorio, haciendo que su falda baile alrededor de sus rodillas.

No es un vestido provocativo, no para cualquier estándar típico. ¿Pero en ella? Sabiendo cómo es su suave piel debajo...

Muevo mi mandíbula.

La tela gris parece elástica, y se estira deliciosamente sobre su pecho en un escote lo suficientemente modesto, pero sus tetas, malditas tetas. Si todavía estuviera en la universidad y tuviera unas cuantas cervezas, me las comería al mil por ciento, pero como ahora soy maduro, solo quiero chuparlas.

Las mangas son ajustadas y se detienen en los codos, más modestas.

Y debajo de sus pechos, la tela se ensancha.

No debería ser tan sexy.

Bueno, *no* lo es.

Ella es sexy. No importa lo que se ponga, y sucede que esta elección en particular me da todo tipo de ideas.

Hannah se detiene al otro lado del escritorio.

—Traje los archivos que querías.

Levanta otra carpeta normal y, de espaldas a la puerta, sujeta una esquina con dos dedos y deja que se abra.

No se cae nada.

Pero escribió algo dentro.

Eres malo.

—Siéntate. —Le sonrío mientras me levanto—. Tienes toda la razón. —Hablo en mi volumen normal mientras cruzo hacia mi puerta—. Los gastos del último trimestre fueron un poco altos, pero era de esperar con la fusión. —Agarro el pomo de la puerta y la cierro despreocupadamente—. Quiero examinar detenidamente el siguiente paso. —Cuando la puerta se cierra, aprieto el botón que hay en el centro de la manija para cerrarla.

Me giro para mirar a Hannah.

Está sentada en la silla, inclinada para poder verme.

—No es ahí donde quiero que te sientes.

Su pecho se levanta con una inhalación.

—Maddox...

Sacudo la cabeza mientras me dirijo hacia ella.

—Es señor Lovelace hasta que abra la puerta. Ahora levántese.

87

Hannah

Mi corazón se acelera.

Estaba casi segura de que me llamó aquí para tener sexo, estaba preparada para eso, pero debería saberlo, nunca estoy preparada para Maddox.

Mis piernas se tambalean cuando me pongo de pie.

—¿Dónde me quiere, señor Lovelace?

Un sonido grave sale de su pecho.

Tiene el mismo aspecto que siempre en la oficina. Camisa abotonada metida dentro de unos bonitos pantalones. Sin corbata. Las mangas arremangadas, pero con la forma en que acecha hacia mí, parece otra persona.

—En el escritorio, señorita Utley. —A su orden le falta volumen, no intensidad.

Me alejo de él hasta que mi trasero choca contra el borde delantero de su escritorio.

Un vistazo detrás de mí muestra que ya se ha alejado de la superficie.

Qué chico tan listo.

Bajo las manos para impulsarme, pero no soy lo bastante rápida para Maddox.

Él engancha sus manos bajo mis brazos y me levanta hasta que estoy sentada en su escritorio.

La falda suelta de mi vestido me permite separar las rodillas, y Maddox se mete entre mis muslos.

—Sobre esas proyecciones... —susurro, muy consciente de que tenemos que estar muy callados.

Maddox presiona su mano contra mi pecho, su cálida palma contra mi piel sonrojada.

—Va a ser un comienzo duro. —Desliza su mano hacia arriba hasta que sujeta suavemente la parte delantera de mi garganta—. Y tendremos que pasar desapercibidos. —Su otra mano empieza en mi rodilla, deslizándose por debajo de mi vestido—. Pero probablemente será rápido.

Me inclino hacia adelante. Solo un poco, pero es suficiente para poner un poco de presión en mi garganta.

Y me gusta.

Maddox estaba mirando su mano por debajo de mi vestido, pero el gemido que intenté ahogar debió de vibrar contra su palma, porque sus ojos se clavan en los míos.

—Es usted una chica mala, señorita Utley. —Un dedo recorre mis bragas, justo sobre mi abertura—. ¿Deberíamos averiguar qué tan mala?

Santo Jesús.

Asiento con la cabeza, y mi barbilla se levanta automáticamente para besarlo.

Maddox se inclina, su boca a un centímetro de la mía.

—Nada de besos, o tus labios se hincharán y enrojecerán, y todo el mundo lo sabrá.

Sus labios rozan los míos con cada palabra, luego se retira.

Y se arrodilla.

—Recuéstate. —Su susurro me produce un escalofrío que me recorre la espalda hasta el clítoris.

Hago lo que me dice y bajo hasta acostarme de espaldas sobre el escritorio.

Maddox me agarra las piernas y las ajusta hasta que quedan acomodadas sobre sus hombros, luego, con los brazos enganchados y rodeándome los muslos, me jala hacia el borde del escritorio.

Me levanta la falda de un tirón y la deja amontonada encima de mi estómago.

Espero que me diga que levante las caderas para quitarme la ropa interior, pero la aparta, dejándomela puesta y dejándome a la vista.

—Hmm, ¿qué es esto, señorita Utley? —Puedo sentir sus palabras exhaladas contra mi piel desnuda.

Desliza el dedo por mi entrada, a lo largo de mi cuerpo, y me tapo la boca con una mano para no soltar un gemido.

—¿Entraste en la oficina de tu jefe con el coño chorreando? —Vuelve a arrastrar el dedo hacia abajo—. ¿Te parece un buen comportamiento o un mal comportamiento?

Sin esperar respuesta, Maddox cierra la boca sobre mi clítoris y chupa.

Mi espalda se arquea y mis pies se enganchan detrás de la cabeza de Maddox mientras intento no hacer ruido.

Cierro los ojos y me paso el brazo por la cara.

Maddox no se detiene.

Su lengua sube y baja por mi abertura, empujando cada vez más hondo hasta que me lame por dentro.

Me presiona el clítoris e imagino que es su pulgar el que me aprieta.

Quiero gritar, quiero arrancarme toda la ropa del cuerpo.

Quiero...

Un dedo empuja dentro de mí y lo aprieto.

Maddox gime contra mí.

Su lengua lame de nuevo, y otra vez.

El calor invade mis miembros y siento que la necesidad de liberarme crece rápidamente en mi interior.

Me mete el dedo más adentro y cierra sus labios alrededor de mi clítoris.

Maddox chupa el pequeño manojo de nervios mientras lo roza con la punta de la lengua.

—M… -—Me quito la mano de la boca—. Señor Lovelace, estoy tan cerca. —Mis palabras son suaves jadeos en la silenciosa habitación.

Sus labios sueltan mi clítoris para que pueda aplastar su lengua contra mí una última vez.

Maddox se mueve, y yo desengancho los pies de su cuello mientras levanto el brazo sobre los ojos.

Me agarra las rodillas con sus grandes manos y me las levanta, dejándome expuesta y haciéndole sitio para que se ponga de pie.

Engancho las manos detrás de las rodillas para mantenerlas arriba.

Maddox saca un pañuelo de seda del bolsillo y se lo pasa por la boca y la barbilla antes de dejarlo caer sobre el escritorio, junto a mi cadera.

De ninguna manera debería ser tan sexy.

Con sus ojos clavados en los míos, se desabrocha el cinturón y los pantalones, bajando la cremallera lenta y silenciosamente.

Cuando saca su polla, dejo caer los ojos.

Hasta su polla es hermosa.

Agarrando la base de su polla con una mano, Maddox vuelve a apartarme las bragas.

—Voy a poner mi polla en usted ahora, señorita Utley. ¿Está lista?

Parpadeo, queriendo observarlo durante esta parte, y susurro:

—Estoy lista para usted, señor Lovelace.

88

Maddox

Mierda. Esta mujer es una sirena.

Se me tensan las pelotas.

Apoyo una mano en el escritorio y me inclino sobre mi chica.

—Recuerda. —Presiono la cabeza de mi polla justo donde ella me va a tomar—. Nada de gritos.

Ella asiente, y yo presiono mis caderas hacia adelante.

El cuello de Hannah se tensa y su boca se abre de golpe.

Su coño se estira a mi alrededor y sus ojos se cierran.

Pero no hace ruido.

89

Hannah

Me pitan los oídos y es lo único que oigo.

Maddox es... Dios, me está llenando por completo.

Se siente más grueso. Más grande, y mi cuerpo está luchando para tomarlo.

Me duelen los pechos y siento un hormigueo bajo la ropa.

Me retuerzo las manos en la falda del vestido, necesitando algo a lo que agarrarme.

El pitido se apaga y entonces puedo oírlo.

Sus gruñidos silenciosos.

Su respiración agitada.

Me obligo a abrir los ojos y siento una oleada de humedad entre las piernas. Él se ve literalmente como sexo.

Tiene la mandíbula floja, los labios entreabiertos, los ojos entrecerrados mientras miran fijamente hacia donde estamos unidos.

Ya no me sujeta las bragas y noto la presión que ejercen sobre mi clítoris, y cada vez que entra y sale, la tela se mueve, y cada vez estoy más cerca de explotar.

Pero necesito que él esté ahí a mi lado.

90

Maddox

Hannah está estrangulando mi polla con su coño caliente.

Si no estuviera jodidamente empapada, me costaría entrar.

Otro empujón hacia adelante con mis caderas, y casi estoy ahí.

Le advertí que sería rápido.

Le advertí…

Sus manos se mueven y mi atención se desvía de su coño cubierto de bragas.

Hannah levanta ambas manos y... mierda. Ella aprieta sus pechos juntos.

Quiero rasgarle la tela. Quiero arrancarle el vestido de un tirón.

Pero no la toco.

Las caricias son para casa.

Veo sus dedos apretarse, clavándose en su suave piel, y oigo el silencioso gemido que intenta tragarse.

Se ve que está cerca.

—Señorita Utley. —Mantengo mi voz grave lo más bajo que puedo—. ¿Está lista para correrse?

Ella asiente.

—Sí, Señor Lovelace. Por favor.

Me echo hacia atrás para poder ver entre nosotros y agarro la cintura de sus bragas.

—Una buena empleada esperaría a su jefe. —Le subo la tela.

La espalda de Hannah se arquea mientras sus bragas se estiran sobre su clítoris.

Me inclino hacia adelante, asegurándome de que la parte superior de mi polla roza la apretada tela. Causando fricción, acercándola.

—Deprisa —gime suavemente.

La penetro hasta el fondo.

—Oblígame.

Hannah rebota mientras desliza una de sus manos por su pecho, por su cuello, hasta que se mete los dos primeros dedos en la boca.

Ella los chupa y ahueca las mejillas, inclinando la cabeza hacia atrás, como si quisiera tragárselos.

Apoyo la mano en su vientre blando, sujetándola, inmovilizándola, mientras meto la otra mano entre nosotros y empiezo a acariciarle el clítoris a través de las bragas.

Su boca se abre, sus dedos aún están contra su lengua mientras su otra mano pellizca su pezón a través del vestido.

Y estoy a un segundo de estallar cuando su núcleo se aprieta a mi alrededor.

Hannah se corre hermosamente, arqueándose sobre mi escritorio, y la visión, junto con la forma en que su coño ordeña mi polla, me pone al límite.

La meto hasta el fondo para mi primer pulso de liberación, luego la saco del todo y veo cómo la siguiente cuerda salpica su coño hinchado.

Al ver su piel rosada cubierta de mi semen, siento la cabeza ligera y me balanceo mientras vuelvo a introducir la punta, llenándola poco a poco con el resto de mi semilla.

91

Hannah

Mi corazón se aprieta.

Tener solo la punta de Maddox dentro de mí mientras me corro es una sensación tan diferente.

Es intenso. Abierto.

Y aguanto hasta el final de mi orgasmo, viéndolo tensarse y luego encorvarse cuando llega al final del suyo.

Sus ojos parpadean como si intentara enfocar la vista, y conozco la sensación.

Maddox se calma, se gira a un lado y recoge su pañuelo desechado.

Más allá de sentirme avergonzada, mantengo las piernas abiertas y dejo que limpie el desastre que ha creado.

Cuando termina, me vuelve a poner las bragas húmedas en su sitio y hace una bola con su pañuelo de seda. Con la mano que tiene libre, agarra la mía y me ayuda a incorporarme.

Aún respiramos con dificultad, pero tengo que sonreírle.

—Realmente no podemos seguir haciendo esto, señor Lovelace. Nos van a atrapar.

Me dedica esa sonrisa que adoro.

—Este es el precio que pagas por dormir en tu propia cama todo el fin de semana.

Maddox me da un beso rápido en los labios y se aleja.

Me bajo del escritorio y me aliso el vestido, ignorando la sensación entre mis muslos.

Antes de entrar aquí, me he quitado los shorts que llevo siempre debajo de este vestido, así que cuando vuelva a mi oficina, esconderé estas bragas en la basura y me volveré a poner los shorts en su lugar.

Maddox reaparece delante de mí con dos botellas de agua.

Me extiende una.

—Aún queda tiempo para nuestra reunión. Siéntate y bebe.

Abro la botella.

—Tan mandón.

Sonríe, abriendo la suya.

—Solo intento quitarte esa mirada de *recién follada* de la cara, pero si quieres salir ahora...

Levanto la botella y bebo un trago.

—Tener la razón no te hace menos mandón.

Maddox se ríe y da un gran trago.

Suspirando, me dejo caer de nuevo en la silla de visitas.

—Sé que a mi mamá y a Chelsea no les importaría que pasara alguna que otra noche en tu casa, pero me siento tan culpable cada vez que las dejo.

No es más que la verdad, y lo he estado pensando desde la única noche que me quedé a dormir.

Maddox gira la silla del otro visitante hacia mí y se sienta en ella, luego engancha el pie en la pata de mi silla y la gira hasta que quedamos frente a frente.

—Nunca quiero hacerte sentir culpable, Hannah. —Se inclina hacia mí y me pone la mano en el muslo—. Y te prometo que nunca te haré elegir entre ellas o yo. —Su boca esboza una suave sonrisa.

—Sé que no lo harías, y eso es... —Me detengo.

Por eso te amo.

Me aprieta la pierna.

—No quiero apresurarte.

Se me escapa una carcajada medio rota.

Pongo mi mano sobre la suya.

—Apenas me estás apresurando, Maddox. Si por mí fuera, y la logística no fuera tan complicada, pasaría todas las noches compartiendo la cama contigo.

En cuanto lo digo siento que es demasiado, pero su agarre inquebrantable sobre mí impide que se formen los nervios.

—Ya resolveremos esa logística, Conejita, y hasta entonces —sonríe—, solo tenemos que ser creativos.








92

Hannah

Con la ropa interior sucia escondida en el bolso -porque no me atreví a dejarla en la papelera de la oficina-, subo los escalones y abro la puerta principal.

Oigo música navideña procedente de la cocina, y su sonido me hace sonreír.

La elección del género puede parecer extraña para cualquier otra persona, pero es tradición de mamá escuchar música navideña cada vez que hornea galletas. Por eso, aunque debería darme una ducha, sigo el aroma de la vainilla y la mantequilla dorada por toda la casa.

—¿Qué están...? —Me detengo al cruzar el umbral de la pequeña cocina y parpadeo al ver sus atuendos—. ¿Qué llevan puesto?

Chelsea y mamá levantan la vista al mismo tiempo y, simultáneamente, vuelven a centrar su atención en la pequeña isla en la que se encuentran...

Me acerco más.

Oh.

Okey, seguro. Esto es normal.

Solo mi familia haciendo galletas de azúcar con forma de pequeñas camisetas de fútbol. Las decoramos con glaseado rojo y amarillo para imitar los colores de los Biters, y al menos tres tienen el número noventa y nueve decorado con glaseado blanco.

Noventa y nueve. El número de Maddox.

Alargo la mano y toco la esquina de una.

—Maddox hizo que las enviaran —me dice Chelsea mientras aprieta su manga pastelera.

—¿Las galletas? —pregunto, confundida.

—¿Eh? —Chelsea me mira como si estuviera loca—. No, esas las hicimos nosotras. —Señala las dos docenas de galletas de jersey—. Usamos el cortador de galletas de jersey de Navidad de la abuela.

—Eso es, eh, inteligente. —No tengo ni idea de lo que está pasando ni de por qué fingen que esto no es una completa locura—. ¿Las galletas tienen algo que ver con todo los... —Les hago un gesto con la mano—. Atuendos.

Chelsea hace un ruido, pero mamá contesta.

—¿No son lindos? —Mamá extiende los brazos y se gira de lado a lado—. Chelsea dijo que deberíamos hornear algo como agradecimiento, y luego, cuando nos encontramos con el cortador de suéteres, bueno, nació una idea.

Ensancho los ojos.

—¿Puede alguien decirme qué demonios está pasando?

—Oh, silencio, estamos tratando de concentrarnos. —Mamá me hace señas ignorándome—. El tuyo está en la mesa del comedor.

Miro entre mamá y mi sobrina, fijándome en las camisetas de tamaño humano de los Minnesota Biters que llevan puestas, y observo la gorra de béisbol en la cabeza de Chelsea con la mascota del mosquito bordada, y la gorra de pompones rojos, amarillos y blancos en la cabeza de mamá.

—¿Qué...?

Mamá me interrumpe.

—Ve a abrir tu regalo.

Inflo las mejillas y me doy la vuelta.

—Bien.

Obviamente, Maddox estuvo involucrado en lo que sea esto. A estas alturas, ni siquiera sé por qué me sorprende algo de lo que hace.

Me detengo ante la mesa y miro la caja blanca que hay sobre ella. Mi nombre está impreso en una pequeña pegatina en la esquina de la caja.

Hay dos cajas vacías al otro lado de la mesa, con las tapas tiradas descuidadamente a un lado, pero yo levanto lentamente la tapa de mi caja.

Una pequeña tarjeta se encuentra en la parte superior del interior envuelta en papel de seda.

La saco.

Mi conejita:

No permitiré que mi chica (o su familia) lleve otro número que no sea el mío.

Y para reemplazar la que se... perdió.

Con amor,

Tu lobo feroz

Sintiéndome inestable, dejo la tarjeta a un lado.

Con amor.

Me tiemblan los dedos al abrir el papel de seda. Dentro hay doblada una camiseta igual a la que llevan mamá y Chelsea.

La tela es gruesa, las costuras están impecables y, cuando la sostengo, puedo decir que tiene la talla perfecta.

Al darle la vuelta, miro su apellido. *Lovelace*.

¿Cuántas veces soñé con llevar esto?

¿Cuántas veces imaginé que estábamos locamente enamorados y que yo estaba en su partido, en las gradas, con esa misma camiseta?

Coloco la camiseta sobre el respaldo de la silla y saco el siguiente artículo de la caja.

Se me hace un nudo en la garganta.

No es una gorra.

Y no es de los Biters.

Es una sudadera gris con cremallera. Con el logotipo de Hop University en lo alto del pecho, sobre el corazón.

Una réplica de la que me quedé.

La que quemé.

Y no importa que la casa esté caliente de tanto hornear, bajo la cremallera y meto los brazos dentro de las mangas.

Está dimensionada para Maddox, no para mí.

Y maldita sea.

Lo amo.

Se me llenan los ojos de lágrimas y jalo los lados de la sudadera para envolverme el cuerpo.

Amo a este hombre.

El que le pone apodos a mi sobrina.

El que me hace la cena y cumple viejas promesas.

El hombre que ocupa tanto espacio en mi corazón como en la vida real.

Lo amo.

Y realmente no sé qué hacer al respecto.

—Enséñanos lo que tienes —dice mamá desde la cocina.

Se me corta la respiración. Mamá es una de las dos razones por las que no sé qué hacer.

—Sí, vamos. Quiero enseñarte esta galleta —grita Chelsea, la otra razón, a pesar de que solo estamos a tres metros.

Me limpio los ojos.

Maddox me dijo que no me pediría que eligiera entre él y ellas, pero en última instancia, ¿no se reducirá a eso? ¿O planea esperar seis años hasta que Chelsea vaya a la universidad antes de llevar nuestra relación al siguiente nivel? E incluso entonces, no puedo dejar a mi mamá. Hemos vivido juntas durante mis treinta y cinco años de existencia.

Ella se ha recuperado, lleva mucho tiempo mejor y físicamente podría vivir sola, pero, ¿podría realmente dejarla al mismo tiempo que Chelsea se va?

¿Querría hacerlo?

Parpadeo mirando al techo.

¿En serio estoy llorando por la idea de que puede que no viva con mi mamá el resto de mi vida mortal?

¿Qué me pasa?

Sacudo la cabeza, inhalo varias veces y me froto los ojos con el borde de la manga de la sudadera, luego vuelvo a la cocina.

—Qué linda. —Mamá sonríe al ver el logo azul y negro de mi sudadera—. Es como la que perdiste.

Sí, la perdí en ese parque al que nunca debía haber ido.

Chelsea arruga la cara.

—Esa es... linda.

—Lo es. —Paso las palmas de las manos por la tela—. También tengo una camiseta, si eso es más impresionante.

Ella asiente.

—Hablando de eso, ¿deberían llevar eso puesto mientras hornean? —No puedo evitar preguntar—. No sé exactamente cómo lavar esa tela.

Mamá disipa mi preocupación con una bolsa de glaseado.

—Maddox nos dijo que no las cuidáramos.

La frase tarda un segundo en calar.

—Maddox... te dijo —repito lentamente.

—Mm-hmm. —Mamá se inclina sobre la encimera para seguir decorando una galleta—. Y pensamos que podrías llevarlas a la cena como postre.

Es como si me hubiera sentado a mitad de una película de la que nunca he oído hablar.

—Mira esta. —Chelsea empuja una galleta hacia mí.

—¿Qué cena? —le pregunto a mamá, confundida, mientras me acerco al mostrador.

—La de mañana. Maddox te llamará. —Su respuesta no tiene más sentido que sus declaraciones anteriores.

Miro fijamente a mamá, pero ella no me presta atención.

¿De qué demonios está hablando?

—Tía Hannah. —El tono impaciente de Chelsea me obliga a bajar la mirada.

—Lo siento. —Giro la galleta para que esté frente a mí.

Smidge está escrito en ella.

Y me muero.

He perdido la batalla contra la realidad.

Ya no soy de este mundo.

Solo soy un fantasma flotando.

Estoy muerta.

—Abuela, ¿qué le pasa? —Chelsea dice desde algún lugar en el más allá.

—Solo está teniendo un momento —responde mamá.

Miro fijamente el mostrador. Las galletas. Las que tienen noventa y nueve. Las que tienen corazones. Las que tienen balones de fútbol. La que dice *Smidge*. La que dice... inclino la cabeza. ¿Es G. Ma[5]?

Suena el teléfono de mamá y contesta.

—Hola, Maddy.

Parpadeo.

¿Maddy?

—Sí, ella está aquí. —Mamá asiente—. Sí. Ajá. No. Creo que está un poco abrumada. Teniendo un pequeño episodio.

—Mamá —suspiro.

Ella me mira, pero sigue hablando por teléfono.

—Sí. Lleva la sudadera. Hmm, no sé cómo hacer eso.

—Mamá. —Lo intento de nuevo—. ¿Estás hablando con Maddox?

Ella gira la cabeza hacia otro lado.

Tomo una de las galletas del jersey y le arranco la manga de un mordisco.

Está buena. Muy a vainilla.

—Okey. Okey. Muy bien, voy a mirar —le dice mamá a *Maddox* antes de apartar el teléfono de la oreja y tocar la pantalla—. ¿Funciona?

—Sí, puedo verte. —Una voz masculina que conozco demasiado bien suena por el altavoz del teléfono de mamá.

Mamá suelta un sonido de placer mientras extiende el teléfono, dejándonos ver a todas el atractivo rostro de Maddox en la pantalla.

—Hola, Smidge. —Saluda a Chelsea.

—Hola. —Solo le echa un vistazo al teléfono antes de volver a decorar la siguiente galleta.

—Déjame ver la sudadera —le dice a mi mamá.

[5] Versión corta de grandma, abuela en español.

Ella intenta sostenerlo en el ángulo correcto, pero se da por vencida y me entrega el teléfono.

—Tú puedes hacerlo.

Lo tomo, salgo de la cocina y me hundo en una de las sillas del comedor.

Apoyo el codo en la mesa y levanto el teléfono para mirar a los amables ojos de Maddox.

—Hola, Conejita.

Sacudo la cabeza, luego vuelvo a sacudir la cabeza, y finalmente, una estúpida sonrisa se impone, dibujándose en mis facciones.

—¿Qué pasa contigo?

Se lleva una mano al pecho.

—¿Moi?

—No. —Sacudo la cabeza—. No puedes ser guapo, dulce *y* hablar francés.

Se ríe entre dientes.

—Si te hace sentir mejor, mi dominio del francés es extremadamente limitado.

—Ayuda.

Estudié francés unos años en la escuela, y la idea de que Maddox me lo hable es demasiado.

Maddox sonríe satisfecho.

—Entonces... ¿el hecho de que ya lleves la sudadera significa que no piensas quemarla?

Levanto un hombro.

—Solo el tiempo lo dirá.

—Cierto. Resérvate el derecho de destrucción.

Miro sus rasgos familiares.

—No necesitabas hacerlo, ¿sabes?

—¿La sudadera?

—La sudadera. Las camisetas. Las gorras. Todo. —Necesito que entienda—. No necesitamos que nos compres cosas. Ya nos gustas.

Su sonrisa se suaviza.

—Lo sé, Conejita, pero gracias por decirlo.

—¡A mí me gustan los regalos! —Chelsea grita desde la cocina, demostrando que está escuchando a escondidas.

—Dile que ella es mi favorita.

—No lo haré —respondo.

Tú eres mi favorita, articula.

Aprieto los labios.

Inclina la cabeza hacia abajo.

—¿También te queda bien la camiseta?

—Aún no me la he probado. —El teléfono que tengo en la mano suena con fuerza con una notificación, recordándome que es el teléfono de mamá—. ¿Por qué estamos hablando por el teléfono de mi mamá?

—Porque no contestabas el tuyo.

—¿Y cuándo intercambiaron números mi mamá y tú?

—Cuando dejé los regalos.

Entrecierro la mirada.

—¿Y cuándo dejaste los regalos?

—Durante el almuerzo.

—¿Así que estuviste aquí antes de nuestro... encuentro, y no lo mencionaste?

Maddox se encoge de hombros.

—Teníamos que ceñirnos al tema.

—Mantente... en el tema.

—Hablando del almuerzo. —Él pasa por alto todo el asunto de *que pasó por aquí*—. Me gustaría que me acompañaras a cenar mañana.

Mis labios se fruncen.

—¿Qué tipo de cena?








UTLEY

love letters , libro 1.

93

Maddox

Me alejo del lado del edificio.

Hannah acaba de bajarse del asiento trasero de un Uber, y parece tan follable que tengo que meterme la mano en el bolsillo y pellizcarme el muslo para no empalmarme.

Sus tacones chasquean contra la acera mientras camina hacia mí, y el sol poniente la baña en un resplandor dorado.

Tiene el cabello suelto, rizado en ondas, y quiero mirar su hermoso rostro, pero mis ojos están demasiado concentrados en otra parte.

No sé de qué tela está hecha la blusa, pero parece suave. El escote se hunde entre sus gloriosos pechos, y el dobladillo está metido dentro de unos pantalones azul marino ajustados que le llegan hasta los tobillos.

Aliso mis manos sobre mi Henley negra, sintiéndome repentinamente mal vestido con mis jeans.

Ella lleva un gran bolso colgando de una mano, así que levanta la otra y me mueve los dedos.

Doy una zancada hacia ella.

—Conejita —gruño, deseando nada más que comérmela.

Queriendo tocarla.

Estoy a un paso cuando recuerdo que no estamos en el trabajo.

Puedo tocarla.

No tengo que contenerme.

Cuando está a mi alcance, le agarro la cadera con una mano y deslizo la otra por su cuello hasta que mis dedos se hunden en el cabello de su nuca, y la beso.

Beso a mi chica.

Mis labios están en los suyos.

Mi boca está moviéndose contra la suya.

Mi lengua empuja entre sus labios. Ella los abre para mí.

Dios, necesitaba esto.

Sus manos se aplastan contra mi pecho y sus dedos se enroscan, clavándome las uñas en los músculos.

Gime dentro de mí.

Y siento que mi polla empieza a endurecerse.

—Mierda, bebé —respiro contra su boca—. Tenemos que parar.

Sus labios se curvan en una sonrisa contra los míos.

—Tú empezaste.

—Hmm. Podríamos terminar en mi auto —ofrezco.

Me empuja con las palmas de las manos y finalmente doy un paso atrás.

—Maddox Lovelace, me dijiste que me llevarías a cenar. —Se endereza la blusa—. Y no pasé por todo el estrés de arreglarme para conocer a tu mejor amigo y hermano solo para que cambies el plan.

Le rozo la mejilla con el pulgar.

—No te pongas nerviosa. Les vas a encantar.

Tanto como a mí. Lo pienso pero no lo digo.

Quiero decírselo, pero primero tengo que hacer algunas cosas más.

—Vamos. —Le tiendo la mano para que la tome—. Ya envié a Max a buscar nuestra mesa.

Hannah desliza su mano entre las mías y nos encamino hacia la entrada del restaurante.

Es un sitio agradable, con buena comida, atmósfera melancólica y lo suficientemente hipster como para que incluso si la clientela nos reconociera a mí o a Waller, o potencialmente a Max, serían *demasiado geniales* como para acercarse a nosotros. El restaurante tiene el nivel justo de ambiente estirado para que nos dejen en paz.

Sin soltar la mano de Hannah, abro la puerta y la guío para que entre delante de mí. Hay una segunda puerta y tenemos que dar la vuelta para que vuelva a abrirla, pero noto los nervios que irradia mi chica y no la suelto.

—Buenas noches. —La anfitriona nos saluda.

—Hola. —La voz de Hannah es un poco más tímida de lo que estoy acostumbrado a oír, así que le aprieto la mano.

—Estamos... —Empiezo, luego veo a Max—. Veo nuestra mesa.

—Adelante. —La mesera sonríe y pasamos.

Mi hermano ha estado pasando el verano en Arizona, pero vino de visita.

Habría invitado a mis papás para que todos conocieran a Hannah al mismo tiempo, pero están en el cumpleaños de un amigo esta noche, así que solo estamos nosotros, mi hermano menor y Waller.

Hannah se asoma por detrás de mí para ver la mesa a la que nos acercamos.

—Creía que habías dicho dos personas —susurra.

Me detengo en la mesa, respondiendo lo suficientemente alto como para que los chicos me oigan.

—Dije que quedamos con dos personas.

94

Hannah

Maddox estrecha la mano del tipo que tiene más cerca y se dan palmadas en la espalda de esa manera que hacen los hombres.

—Estaba pensando en ti el otro día.

—O me extrañabas o alguien te hizo enojar. —El hombre se ríe.

Como Maddox ya no me toma de la mano, cruzo los dedos delante de mí y mantengo la atención en los hombres que se abrazan porque no quiero tener que presentarme a los demás.

—Tony. —Maddox se aparta y levanta su mano hacia mi espalda, atrayéndome junto a él—. Esta es mi chica, Hannah. Hannah, este es Tony Stoleman.

Intento sonreír relajadamente mientras le doy la mano.

—Encantada de conocerte.

Tony es guapo, casi tan alto como Maddox, con un hoyuelo en la mejilla y el cabello casi tan oscuro como el de Maddox, pero su energía es un poco... diferente. Un poco intensa.

—Cuando me enteré de que nuestro chico iba a traer a *La* Hannah Utley a cenar, tuve que colarme. —Me guiña un ojo—. Espero que no te importe.

¿La Hannah Utley?

—Y este —Maddox alza la voz mientras me libera la mano del agarre de Tony—, es mi amigo Nate Waller, pero solo lo llamamos Waller.

—Hola, Hannah. —El hombre sonríe, y vaya que es tan guapo como el otro tipo, solo que tiene un aire más ligero.

Desde el lado opuesto de la mesa redonda, Waller empieza a extender la mano, pero antes de que pueda moverse, Maddox aparta la mano de Waller de un manotazo.

—No todos necesitan tocarla.

Waller levanta las manos y vuelve a sentarse en su silla.

Maddox me cambia a su otro lado, así que estoy entre él y el último hombre.

Ésta es más joven que el resto, no mucho más de veinte años, con el cabello y los ojos que solo pueden pertenecer a un Lovelace.

—Tú debes de ser Max. He oído muchas cosas buenas —le digo al hermano menor de Maddox.

—Lo mismo. Maddox no deja de hablar de ti. —Sonríe, no se mueve para levantarse o darme la mano, solo levanta la mano en señal de saludo.

Le devuelvo el saludo, sintiéndome un poco más tranquila.

Maddox retira la silla junto a Max y me hace un gesto para que la ocupe.

Tuve que traer mi voluminoso bolso, el único en el que cabe un Tupperware gigante dentro, así que meto el bolso debajo de mi silla.

Maddox se sienta a mi lado, colocándome entre los hermanos Lovelace. Tony y Waller nos sonríen desde el otro lado.

La mesa redonda hace que sea más fácil ver a todo el mundo, pero también da la sensación de que todo el mundo me está mirando.

95

Nate Waller

Maddox se echa hacia atrás y pasa el brazo por encima de la silla de Hannah.

En las veces que hemos hablado desde que me enteré de que ella trabajaba para él, se ha mostrado poco menos que obsesionado, pero como conozco la historia, era escéptico.

Maddox fue el que se pasó los putos años hablando de ella, la chica que desapareció tras su *noche en la biblioteca*, así que no es culpa mía por no creer que de repente fueran una pareja feliz.

Pero diez minutos de estar en la misma mesa y puedo decir que no es mentira.

Sus dedos rozan su hombro.

La mano de ella se pierde de vista, probablemente posándose en el muslo de él.

Son lindos juntos.

Y lindos solo en el sentido de que se ven bien sentados uno al lado del otro. Porque el beso que Tony y yo vimos cuando veníamos hacia el restaurante fue todo menos lindo. Ellos ni siquiera se dieron cuenta de que cruzamos la calle a una docena de pasos.

No voy a tratar de robarla, pero tuve que sacudir la pierna cuando entramos en el restaurante, empujando las cosas en su lugar.

—Entonces. —Tony tamborilea con los dedos sobre la mesa después de que el mesero se va con nuestros pedidos—. Waller me dijo que se conocieron en la universidad.

Hannah se sonroja.

Maddox responde.

—Ella me vio al otro lado del patio y obviamente se obsesionó.

Hannah niega con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—No exactamente, pero —su mirada se desplaza hasta encontrarse con la mía—, creo que estabas ahí. La primera vez que vi a Maddox.

Me siento más erguido.

—¿Yo?

Ella asiente.

—Estoy bastante segura de que eras tú tratando de saltar sobre su espalda.

—Suena bastante posible —resopla Maddox, mirándome—. Probablemente eres la razón por la que siempre me duele la espalda.

—Sí, definitivamente fui yo, y nada de que golpearas constantemente tu gran trasero contra otros tipos cada semana.

Tony resopla.

—Malditos atletas.

Hannah se gira hacia Tony.

—Supongo que no jugaste con ellos.

—No, conocí a Waller en una cena como esta, de hecho. Algo así como el amigo de un amigo. —Señala la mesa.

—Y como Waller y Maddox son tan amigos, se convirtieron en una triareja —dice Max desde mi otro lado.

Me abalanzo sobre él, intentando meterle el dedo en la oreja, pero el hijo de puta aparta la cabeza.

—Ese entrenamiento debe estar funcionando. —Me siento—. Te estás volviendo más rápido.

Max gira el cuello.

—Cierto, pero también eres viejo y estás fuera de forma.

Me burlo y saco el pecho.

—¿A quién llamas fuera de forma?

Justo en ese momento, la mesera vuelve con nuestras bebidas, poniendo primero la cerveza delante de mí.

Max levanta una ceja, como si el hecho de que me beba una cerveza le diera la razón.

Levanto mi vaso con una mano y le doy la espalda con la otra.

—Disfruta de tu agua, perdedor.

Estoy bastante seguro de que Max ya tiene veintiún años, pero se está preparando para su última temporada en Arizona con la esperanza de ser reclutado la próxima primavera, así que bien por él por abstenerse.

A Tony le sirven algún tipo de licor oscuro en un vaso con un cubito de hielo gigante, y luego la mesera le presenta una botella de vino blanco a Maddox antes de servir una copa para para él y Hannah, dejando la botella sobre la mesa.

Otro mesero aparece con un plato de galletas caseras y mantequilla mientras Tony cuenta alguna historia, pero estoy demasiado distraído mirando a Maddox y Hannah para escuchar.

96

Hannah

Todos cambiamos las bebidas para hacer sitio y el mesero deja el último plato.

Este restaurante sirve comida al estilo familiar, y con cualquier otro grupo, diría que pedimos demasiado, pero he visto comer a Maddox, y tengo la sensación de que el resto es igual.

Maddox pone primero un poco de todo en mi plato y luego todos comen.

Los primeros bocados son deliciosos.

Tenía ganas de probar este sitio y me alegro de que esté a la altura de su reputación.

Otro bocado, y tengo que contenerme para no exclamar lo bueno que está todo.

Y mientras Max le cuenta a Waller sus entrenamientos de verano, yo bebo otro sorbo de vino. Es tan maravilloso como todo lo demás, pero... bebo otro sorbo. Me resulta familiar.

Alargo la mano y giro la botella de vino para que quede frente a mí.

Arrugo las cejas.

El diseño es sencillo. Una fina línea bordea la pegatina cuadrada, pero en la parte inferior, esa única línea salta hasta convertirse en el dibujo del contorno de un conejo.

Una conejita.

Es limpio, casi sencillo, pero creo que es el mismo de la fiesta de la oficina. El vino del que bebí algunas copas pero nunca estuve lo suficientemente cerca para leer la etiqueta.

Ya estoy bastante cerca.

Y leí la marca.

La vuelvo a leer.

Mon Petite Lapin.

Mi conejita.

El calor me inunda el pecho y giro la cabeza para mirar a Maddox.

Él me devuelve la mirada, sus ojos son suaves. Su corazón, justo ahí, entre nosotros, para que yo lo vea.

—¿Esta es tu marca? —le susurro.

Maddox asiente.

Tengo que tragar.

—¿Cuándo?

¿Cuándo le pusiste este nombre?

¿Cuándo compraste una bodega y le pusiste mi nombre?

Me observa atentamente mientras responde.

—Hace diez años.

Diez.

El aire abandona mis pulmones.

Hace diez años.

Hace diez años, cuando yo pensaba que Maddox se había olvidado de mí.

Hace diez años, cuando me odiaba por seguir pensando en él.

Hace diez años, al otro lado del país, Maddox Lovelace invirtió en una empresa vinícola y la llamó Mi Conejita.

Hace diez años.

Podría haber tenido *esto* con él hace diez años.

—Maddox. —Se me quiebra la voz.

Se le levanta un lado de la boca, pero veo la preocupación en sus ojos.

Le preocupa que no me guste, o que no lo apruebe.

Está preocupado, y necesito que sepa lo tonto que es eso.

Le agarro de la muñeca.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Maddox asiente.

—Por supuesto.

Echo la silla hacia atrás y me pongo de pie.

Maddox hace lo mismo.

—Enseguida volvemos —dice a la mesa.

Veo que Waller mira la botella de vino y sé que lo sabe.

Esa maldita botella de vino.

Deslizo mi mano hacia la de Maddox y sus dedos agarran los míos.

Nunca había estado en este lugar, pero solo hay un pasillo, en la esquina del fondo, así que me dirijo hacia ahí, esperando encontrar un cuarto de baño.

UTLEY

love letters , libro 1.

97

Maddox

Hannah me guía por el restaurante y no puedo evitar que los nervios se retuerzan en mi estómago.

No parecía molesta por lo del vino, pero debería habérselo dicho yo mismo en vez de dejar que se enterara de esta manera.

No tengo ninguna razón para no decírselo, aparte del hecho de que no quería parecer completamente obsesionado, pero ahora me siento culpable por mantenerlo en secreto.

Mi mano aprieta la suya con más fuerza mientras avanzamos por un largo pasillo poco iluminado que gira bruscamente al final.

Ahora estamos detrás de la cocina y fuera de la vista de los comensales.

Espero que pare, pero no lo hace.

Hannah nos hace pasar por delante de una puerta marcada como baño, luego otra y otra, hasta que llegamos a la última puerta.

Alcanza la manija y me empuja.

El baño individual es más grande de lo que esperaba. Las paredes son de madera oscura y el retrete está en la esquina más alejada, junto a un elegante lavabo de pedestal con una bombilla grande, pero poco luminosa, encima.

Tiene clase. Bonito.

Hannah sigue jalándome, solo suelta mi mano para cerrar y asegurar la puerta tras nosotros.

—Yo no... —Empiezo, pero Hannah se arremolina contra mí.

—Cállate.

—¿Qué? Yo...

Se mete en mi espacio y yo retrocedo hasta chocar con la pared.

—Cállate y déjame.

Me imagino que quiere decir que *la deje hablar*, pero entonces sus manos están en la hebilla de mi cinturón.

Mis brazos se levantan pero cuelgan en el aire.

Hannah me desabrocha la hebilla y se acerca al botón de mis jeans, y mi polla responde, engrosándose a medida que cobra vida.

—¿Qué está pasando? —pregunto mientras mi corazón empieza a latir más rápido.

—Diez putos años, Maddox. —Hannah parpadea mientras me baja la cremallera.

Y no sé muy bien si está molesta o no.

Pero entonces me saca la polla de los pantalones.

Sus manos la agarran, sujetando la base con un par de dedos mientras el otro la acaricia.

—Mierda —jadeo.

—Desde hace diez años podría haber estado haciendo esto. —Se pone en cuclillas delante de mí, sin levantar las rodillas del suelo—. Llevo tanto tiempo queriendo hacer esto.

Y entonces ella envuelve sus labios alrededor de la cabeza de mi polla.

Y mi visión se nubla.

98

Hannah

Cierro los ojos y saboreo cómo se siente. La forma en que su grosor llena toda mi boca.

Le lamo la parte inferior de la polla.

Maddox sisea por encima de mí.

Lo llevo más adentro.

Él ya está maldiciendo.

Me esfuerzo por relajarme y llevarlo más adentro.

Se oye un gruñido y sus manos se enredan en mi cabello, sujetándome.

—Mierda, Hannah. —Mantiene la voz baja mientras me saca casi todo de la boca.

Vuelve a empujarse, casi hasta el fondo, y yo gimo.

Él gime, jalando de nuevo.

—Mi conejita. —Empuja hacia adentro—. ¿Todo esto es porque te compré una bodega?

Vuelvo a gemir.

No es el dinero.

Es el nombre.

Hago fuerza contra su agarre, intentando tomarlo aún más profundo.

—Bebé —gruñe.

Muevo la lengua, incitándolo, y él choca contra el fondo de mi garganta.

Intento relajarme, pero mis músculos siguen tensos, y Maddox vuelve a tirar.

—Eres mía desde esa noche en la biblioteca. —Mete un centímetro y vuelve a sacar—. Has sido mía todo este puto tiempo. —Se empuja más adentro—. ¿Entiendes, bebé? Siempre has sido mía.

Asiento con la cabeza.

Asiento con la boca llena de su polla, porque tiene razón, siempre he sido suya.

Y siempre he querido hacer esto.

Mantiene sus caderas quietas y me agarra del cabello para apartar mi boca de su polla.

Echo la cabeza hacia atrás y lo miro.

Parece un maldito rey. Orgulloso y perfecto.

—Hannah Bunny, si no quieres tragarte mi semen, tienes que decírmelo ahora porque la próxima vez que pongas tus labios alrededor de mi polla, me correré en tu garganta.

La humedad inunda mis bragas y mi corazón, ya acelerado, galopa más deprisa.

Este hombre es exactamente lo que necesito.

—Dámelo —susurro, y abro la boca de par en par.

Maddox tira de mi cabeza hacia adelante, y en cuanto mis labios se encuentran con su polla, hace lo prometido.

Empieza a correrse.

Maddox gime y me penetra más profundamente.

Yo lo succiono.

Ahueco las mejillas y trago saliva.

Se sacude, su polla golpea de nuevo el fondo de mi garganta, y mi cuerpo lo acepta. Por fin lo dejo entrar.

—Mierda. Mierda, Hannah. Mi conejita. Mi conejita buena —canta.

Su polla se estremece una última vez y luego jala mi cabeza hacia atrás hasta que se desliza completamente fuera de mi boca.

—Jesús, Hannah —Maddox se ahoga.

Sus manos abandonan mi cabello y me mete la mano por debajo de las axilas para ponerme de pie.

Pega su boca a la mía y yo separo mis labios para él.

El sabor de él sigue en mi lengua, pero él desliza la suya en mi boca, sin importarle.

Desliza sus manos por mis costados hasta llegar a mis pantalones.

Debería detenerlo. No hice lo que acabo de hacer para que me lo hiciera a mí también.

Pero estoy tan cerca del borde que no puedo hacer otra cosa que inclinarme hacia su tacto.

Maddox separa su boca de la mía y me hace girar.

Un brazo me rodea la caja torácica, sujetándome contra su cuerpo, y el otro se mete dentro de mis bragas.

Su gemido vibra en mi espalda mientras desliza sus dedos sobre mi clítoris.

—Maldita sea.

Empieza a mover los dedos. Rápidamente.

No hay ningún aumento. Ni burlas. Solo movimientos bruscos donde más lo necesito.

—Maddox —gimo mientras le araño el antebrazo.

—¿Chupármela te moja tanto?

Asiento con la cabeza.

—¿Mi chica tiene que correrse también?

Asiento con la cabeza.

—Date prisa, conejita. —Aplica más presión—. Date prisa y córrete en mis dedos.

99

Tony Stoleman

Paso las yemas de los dedos por la llama de la pequeña vela de té que hay sobre la mesa, observando cómo el fuego baila sobre mi piel.

—¿Y tú, Tony?

—¿Qué? —Levanto la mirada hacia Waller.

Sonríe satisfecho, consciente de mis constantes divagaciones mentales.

—¿Crees que volverás aquí?

Bajo la mano hacia el tenedor y apuñalo otra albóndiga coreana.

—Honestamente, estoy indeciso.

Sus cejas se levantan.

—¿Oh?

Llevo viviendo en Seattle desde que me fui a la universidad, y me gusta, pero...

Me encojo de hombros.

—Estoy listo para un cambio de aires. Solo que no estoy seguro de querer lidiar con estos inviernos tan fríos otra vez.

—¿Entonces pastos más cálidos? —Waller hace que suene como si me fuera a mudar a un asilo.

—Más cálido, sí. Pastos, no exactamente.

Waller se inclina hacia adelante, con los codos sobre la mesa.

—Tienes un lugar en mente. —No es una pregunta.

Miro al joven Lovelace.

—Max aquí podría tener el camino.

—¿Te mudas a Arizona? —pregunta con la boca llena de comida.

—He estado pensando en eso.

Waller apura el resto de su cerveza.

—¿Qué demonios sabes tú de vivir en el desierto?

—Pasé algún tiempo ahí. —Mi respuesta suena evasiva, y lo es.

Waller deja su vaso y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Estás haciendo nuevas amigas?

Sonrío.

—Unas cuantas.

Hace un zumbido y me meto la albóndiga en la boca.

UTLEY

love letters , libro 1.

100

Max Lovelace

Entrecierro los ojos mirando a los dos idiotas.

Está claro que hay alguna conversación silenciosa entre ellos, pero está bien. Tengo suficiente mierda en mi plato sin añadir su drama.

Masticando, vuelvo a mirar hacia el pasillo trasero.

—¿Crees que ellos están bien?

Los chicos se callan, y al levantar la vista me encuentro con que me miran como si yo fuera el tonto.

—Llámame ingenuo. —Pongo los ojos en blanco—. Pero Hannah parecía a punto de llorar.

Waller agita la mano.

—Eso fue por el vino.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

Al menos esta vez Tony también parece confundido.

—No importa. —Waller inclina la barbilla—. ¿Ves? Están bien.

Al girarme, veo a Maddox y a Hannah tomados de la mano mientras vuelven a zigzaguear entre las mesas hacia nosotros.

Tengo que admitirlo, se ven bien juntos, y es obvio que mi hermano está asquerosamente enamorado.

Quizá debería ir más en serio con mi chica. Dar el siguiente paso.

Levanto mi vaso y bebo un trago de agua.

Después de que me elijan, cuando pueda permitirme un gran anillo, lo haré.








101

Hannah

Los tres hombres de la mesa nos miran fijamente mientras nos acercamos.

Después de que... terminamos, Maddox se quedó en el pequeño baño mientras yo me limpiaba. Traté de arreglarme rápidamente, pero nos fuimos por... un rato.

Dejé el bolso en la mesa, así que no tenía nada para arreglarme los ojos, pero usé la esquina de la toalla de papel grueso para frotármelos, luego pasé agua fría sobre la toalla y la sostuve sobre mi boca por un momento.

Afortunadamente, ambos estábamos tan excitados que ninguno de los dos duró mucho, pero mis labios estaban definitivamente un poco rojos por estar estirados alrededor de su polla.

Puede que el baño de un buen restaurante no sea el mejor lugar para este tipo de *actividades*, pero incluso con la vergüenza subiéndome por el cuello, no me arrepiento.

Y ahora por fin puedo decir que le hice una mamada a Mad Dog Maddox.

Le aprieto los dedos.

El hombre en cuestión me mira por encima del hombro, y sonríe.

Me sonrojo.

Manteniendo la mirada baja, tomo asiento y Maddox empuja mi silla, pero tal y como prometió, ninguno de ellos dice nada sugerente ni actúa de forma extraña ante nuestra ausencia.

La conversación se reanuda, los chicos hablan de fútbol y entrenadores y otras cosas mientras yo termino lo que tengo en el plato.

Maddox me sirve otra copa de vino y yo saboreo cada sorbo. Pienso en él pensando en mí mientras absorbo los sabores.

Max es muy simpático, definitivamente un Lovelace, y me siento un poco mal por no haber hablado más con ninguno de ellos, pero todos parecen tan cómodos juntos, así que decido simplemente disfrutar del ambiente.

—¿Todavía tienes ese auto viejo? —pregunta Max, dejando el tenedor y echándose hacia atrás en la silla.

Tony se burla.

—Has pronunciado mal la palabra clásico, y estás celoso.

Max pone los ojos en blanco.

—Lo siento, pero el auto de mis sueños da más de cuatro millas por galón.

Tony inclina la cabeza hacia Maddox.

—Tal vez debería invertir en energía solar para compensar mi huella.

—Si quieres darme dinero, dilo. —Maddox le sonríe a Tony y luego se gira hacia Max—. En cuanto te fichen, te pondré en contacto con mi asesora financiera. La señora Hunt sabe lo que hace un contrato deportivo y, si le haces caso, no te gastarás el dinero como tantos otros.

Waller asiente.

—Muy cierto, y luego puedes volver a casa y comprar un negocio como nosotros.

—Sí, por favor, déjenme ser uno de los tres mosqueteros —grita Max.

No queriendo permanecer completamente en silencio, me centro en Waller.

—¿Tú también tienes una empresa aquí?

—Sí. —Su sonrisa me toma desprevenida—. No está lejos de tus oficinas, de hecho. Quizá hayas oído hablar de ella. Catch Tech.

Se me abre la boca, porque me suena, pero luego la cierro porque recuerdo por qué.

Solicité trabajo ahí.

Hace poco.

Pero él no lo sabría, ¿verdad? Es el dueño, así que no es como si mirara nuevos currículums... ¿no?

Entonces Waller me guiña un ojo.

Mi cara se sonroja, y Maddox exhala, ruidosamente.

Espera, ¡¿lo sabe Maddox?!

El mesero parece salvarnos a todos, interviniendo para que no tenga que preguntar ni responder a ninguna pregunta relacionada con Catch Tech.

—¿Alguien quiere ver la carta de postres? —El mesero se dirige a la mesa.

La pregunta me recuerda, y respondo por todos.

—No, gracias.

El mesero asiente, retira una pila de platos vacíos de la mesa y se va.

Tony se ríe entre dientes.

—¿Ya estás harta de nosotros, Hannah?

—No, lo siento. —Me disculpo mientras busco mi bolso debajo de mi silla—. Debería haberlos dejado contestar, pero es que... traje algo.

Pongo el Tupperware en la mesa donde estaba mi plato.

Entonces pienso en lo que estoy haciendo y aprieto las manos sobre la tapa.

—Quizás debería haber preguntado si permiten comida de fuera.

Maddox me quita el recipiente de las manos.

—Nadie nos va a decir que no. ¿Qué has...? —Quita la tapa y deja de hablar.

—Las hicieron mamá y Chelsea —digo en voz baja.

Maddox se queda mirando el montón de camisetas. El glaseado rojo y amarillo es brillante, incluso en el restaurante poco iluminado.

—Bebé. —Su voz suena más rasposa que hace un momento.

Levanto un hombro.

—Las hicieron mientras llevaban sus nuevas camisetas.

Un gran brazo me rodea los hombros y me jala hacia él.

Mi silla empieza a inclinarse, y alguien -Max-, al otro lado de mí, la vuelve a empujar hacia abajo.

—Cristo, hombre, casi la tiras —Max chasquea.

Pero Maddox está ocupado presionando sus labios contra la parte superior de mi cabeza.

Inclinada, meto la mano en el recipiente y saco la galleta con el número diecinueve. El número de Max.

Se la paso a Max mientras Maddox finalmente me suelta.

—¿Qué es esto? —Max mira fijamente la galleta.

—Mi sobrina la hizo para ti. Buscó tu número en Google y dijo que probablemente jugarías pronto para los Biters.

Max me mira, luego a la galleta y luego a Maddox.

—Bésala otra vez.

102

Maddox

No suelo hacerle caso a mi hermano menor, pero en esta ocasión, hago lo que me dice y atraigo a Hannah hacia mí. Solo que esta vez, presiono mis labios contra los suyos.

—Eres jodidamente la mejor —le digo, con mis labios aún contra los suyos.

—Yo no hice nada. Cuando llegué ayer del trabajo, ya las estaban decorando.

—No importa. —La beso una vez más y la suelto.

Waller está inclinado sobre la mesa, metiendo la mano en el contenedor.

Se lo quito de un tirón.

—¡Oye! —se queja.

—Estas son mías.

—Max tiene una —argumenta Waller.

—Esa tenía el número de Max. —Miro y veo a Max tomando una foto de la galleta.

—Podemos hacer más. —Hannah intenta calmarme—. Traje estas para compartir.

—Sí, deberías compartir —dice Tony con la boca llena.

Cuando me giro para mirar, se mete en la boca el último bocado de una galleta.

—Eres un hijo de puta escurridizo. —Entrecierro los ojos hacia él.

Levanta la otra mano, mostrando la segunda galleta que me ha robado.

Waller se la arrebata de la mano.

—Jodido escurridizo por la victoria.

Hannah me pone la mano en el muslo.

—Todavía hay más en la casa.

Sujeto el recipiente contra mi cuerpo y miro las galletitas de camiseta de fútbol.

Son buenas. Realmente buenas. Esta familia debería tener una panadería en vez de una floristería.

Saco una con mi número y se la doy a Hannah.

—Puedes quedarte con esta.

Me sonríe y sé que está conteniendo una carcajada, pero no me importa.

Nunca nadie había hecho algo así por mí.

Saco una galleta con un corazón gigante y dejo el recipiente en la mesa, dejando que los buitres se abalancen por más.

Mi garganta tiene que trabajar el doble para tragar la galleta cremosa y dulce.

Todas ellas, la mamá de Hannah y la sobrinita de Hannah, se han hecho un hueco en mi corazón, y no voy a dejar que ninguna de ellas se vaya.

UTLEY

love letters , libro 1.

103

Brandon

Me tiemblan las manos sobre la barra.

Esta zorra mentirosa, intrigante y traidora.

La rabia me recorre la espalda.

Durante años. Por malditos años, he estado adulando a esa perra. Dándole tiempo. Dejando que se sienta cómoda conmigo.

He renunciado a tanto por ella.

He sido muy amable con ella.

¿Para qué?

¿Para que abra sus malditas piernas para Mad Dog Maddox?

Agarro mi cóctel y me lo tomo, tragando el caro líquido.

Entrecierro los ojos en la mesa del otro lado del comedor, y lo veo poner su sucia boca sobre ella.

No quiero quedarme.

No quiero sentarme aquí y ver esto.

No quiero actuar como un puto tapete mientras me pisotean.

—¿Quieres otra? —me pregunta el bartender, que solo me presta atención cuando mi vaso está vacío.

Deslizo mi vaso vacío hacia él.

—Sí.

Pienso en la forma en que Maddox me restregó su puto auto por la cara.

Pienso en él saliendo de su oficina después de esa fiesta de mal gusto.

Pienso en ella diciéndome que tenía novio.

Las risas cercanas raspan mis nervios.

Vine aquí por casualidad, leí un artículo sobre lo estupendo que era. Vi las fotos de las hermosas mujeres sentadas en la barra, pensé en venir a tomar mi foto.

Aprieto los dientes mientras saco el teléfono del bolsillo.

Voy a tomar mi foto, de hecho.

Al abrir la cámara, actúo como si estuviera leyendo algo, pero deslizo los dedos por la pantalla y hago zoom.

104

Maddox

Tony me sonríe por encima del hombro de Hannah mientras se despide de ella abrazándola.

Afuera está oscuro, pero no tanto como para no distinguir su estúpida expresión.

—Okey, ya basta. —Le doy una palmada en el hombro.

—Fue un placer conocerte. —Hannah le sonríe a Tony mientras se aparta.

—De acuerdo, despídete de Max y nos vamos —le digo a Hannah.

Ella arruga la frente.

—¿No viene con nosotros?

En la mesa, evité que pidiera que la llevaran diciéndole que yo la llevaría a casa, pero ella sabe que vine con Max, así que es una suposición segura.

—Waller lo llevará de regreso. Vive más cerca de casa de nuestros papás que yo. Además, yo traje el auto así que él no cabría de todos modos.

—Oh. —Ella abre vacilante sus brazos hacia Max—. Siento haberte robado el auto.

Max acepta el abrazo.

—De todas formas no quería subirme con ese tonto.

Esas putas galletas tienen todo dentro de mí agitado, así que no debería sorprenderme cuando la visión de mi hermano abrazando a mi chica como si fuera de la familia retuerce aún más mis entrañas.

Tony choca sus hombros contra los míos.

—Me lo tomaré como algo personal si no me invitas a la boda.

Pongo los ojos en blanco.

—Como si no fueras a ir aunque no lo hiciera.

Tony sonríe y empieza a retroceder por la acera.

—Pido el asiento del copiloto.

—Hijo de puta —refunfuña Max mientras suelta a Hannah—. Hasta mañana —me dice antes de darse la vuelta y pasar corriendo junto a Tony.

Rodeando a Hannah con mi brazo, saludamos a Waller con la mano y nos damos la vuelta.

Hannah se inclina a mi lado:

—Podría haber pedido un auto para que pasaras más tiempo con tu hermano.

Me giro para darle un beso en el cabello.

—Eres tan dulce.

Se inclina a mi lado.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. —La beso de nuevo.

No me canso.

Necesito tenerla toda, todo el tiempo.

Llegamos a mi auto y, en lugar de abrirle la puerta del copiloto, la pongo de espaldas al auto y la aprisiono entre el vehículo y mi cuerpo.

Hannah se endereza y me pone la palma de la mano en la mejilla.

—¿Estás bien?

Amo y odio que pueda leerme tan fácilmente.

—Te llevo a casa porque te estoy siguiendo y pasaré la noche en tu cama. —Levanto la mano para sujetar su mejilla como ella sujeta la mía—. Pondré un despertador y me iré temprano, pero necesito pasar tiempo contigo, ¿okey?

Ella asiente contra mi palma.

—¿Eso significa que no volveré a verte en unos días?

Paso el pulgar por su suave mejilla.

—Estaré fuera una semana.

El lado de su boca se tensa en una sonrisa triste.

—Oh.

—Lo sé. Empiezo a desear no haber accedido, pero le dije a Max que iría a Arizona con él y lo ayudaría a mudarse. Estuvo viviendo en los dormitorios todo este tiempo ya que es gratis, pero decidió mudarse a la Casa del Fútbol para su último año.

—Aww. —Esta vez su sonrisa es real—. Eso será algo lindo para hacer juntos.

—Sí, bueno, le dije que me deberá una ya que él nunca me ayudó a mudarme.

Hannah se ríe.

—¿No era un niño cuando estábamos en la universidad?

—Pretextos. —Me inclino más cerca—. Estoy bastante dolido por eso, de hecho. Probablemente necesite algunos besos para sentirme mejor.

Se muerde el labio, con picardía en los ojos.

—Apuesto a que si gritamos muy fuerte, nos oirán. Entonces Max podría venir a darte unos besos.

Deslizo mi mano de su mejilla a la parte delantera de su garganta.

—Tonta Conejita.

Presiono mis labios contra los suyos.

105

Hannah

Al acercarme a la casa, veo un suave resplandor que sale de la ventana de mamá en el piso de arriba, pero el resto de las luces de la casa están apagadas.

Maddox mantiene su mano en mi espalda mientras abro la puerta.

Me tomó de la mano durante todo el trayecto de vuelta a casa, apretando mis dedos como si fuera a salir rodando del auto si me soltaba.

Fue dulce pero innecesario porque de todas formas no iba a soltarme.

Solo han pasado un par de semanas desde que lo vi por primera vez en la entrevista, pero esas semanas han cambiado mi vida.

Debería ser una locura. Imposible. Improbable.

Y quizás con cualquier otro, lo sería.

Pero la primera vez que Maddox estuvo en mi vida, fue solo durante una semana, algo menos, y desde entonces, consumió mis pensamientos durante años. Una década. Más.

Mon Petite Lapin.

Tengo que tragar saliva mientras me agacho para quitarme los zapatos.

Desde el reencuentro, Maddox no ha hecho nada que me haga dudar de su sinceridad, pero esta noche, viendo la etiqueta del vino. Entender lo que significaba. Tener la prueba de sus sentimientos por mí justo ahí, tangible delante de mí... lo fue todo.

Era la prueba sólida que necesitaba de que él tampoco se olvidó de mí.

Dejo mi bolso con el recipiente vacío adentro, en el banco junto a la puerta principal y vuelvo a tomar la mano de Maddox.

En silencio, en la oscuridad, caminamos por la sala de estar de vuelta a mi dormitorio.

En mi habitación, enciendo la lámpara lateral y recojo mi pijama.

No pierdo el tiempo en el baño mientras hago mi rutina nocturna, y cuando vuelvo a la habitación, Maddox está acostado en el otro extremo de mi cama, mirando hacia la puerta, con las mantas echadas hacia abajo para que pueda ver que lleva puestos los bóxers y el Henley.

—¿Estás cómodo? —le pregunto mientras apago la lámpara y me meto en la cama con él.

—Todavía no, tu cama apesta.

Me río porque, comparado con la suya, es verdad.

Maddox me rodea la cintura con un brazo y me pone de espaldas a él.

—Pero no hay nada más cómodo que dormir contra tu cálido cuerpo.

Me muevo contra él, bajando unos centímetros para poder usar su bíceps como almohada.

—Estoy segura de que tú eres el cálido en esta relación.

Me pasa el brazo por la cintura y me acurruca más contra él: su antebrazo sobre mi estómago, su mano metiéndose entre el colchón y yo.

—Tienes esas manos frías de niña, pero eres cálida donde cuenta.

Resoplo.

—¿Por qué parece un chiste verde?

Sus caderas se mueven detrás de mí.

—Calla, mujer. Si no quieres que te folle en esta cuna chirriante, no me recordarás el calor de tu maldita boca ahora mismo.

—¿Cuna? —Me río.

—Conejita, este colchón es de tamaño para niños.

—Es un matrimonial —argumento.

—Entonces estamos de acuerdo.

Sacudo la cabeza.

—Estás siendo como 'La princesa y el guisante' ahora mismo.

Me aprieta más fuerte.

—No sé lo que eso significa.

Dejo que mis ojos se cierren mientras me acurruco más en él.

—Otro libro que tendremos que leer juntos.

Su gran cuerpo se expande detrás de mí mientras bosteza.

—Trato hecho.

—Gracias por invitarme a cenar esta noche —le digo. Fue un placer conocer a Max y a tus amigos.

—De nada. —Su voz retumba contra mí—. Me alegro de que hayas podido ir.

Se hace el silencio y mi cuerpo se relaja en el suyo.

El sueño se cuela por los bordes de mi conciencia y respiro su aroma, convencida de que sus brazos son el lugar más cómodo de la tierra.

—¿Bebé?

—Mm-hmm —tarareo.

—¿Recuerdas cuando tu mamá me preguntó por qué nunca me comprometí? —Su voz retumba contra mi espalda.

—Lo recuerdo —susurro.

—Porque ninguno de ellas eras tú, Hannah. —Su voz es profunda. Grave—. Nunca te olvidé. Incluso cuando lo intenté, nunca te olvidé.

106

Hannah

BB Wolf: *Que tengas un buen viernes, Conejita.*

Yo: *Gracias, ahora en el ascensor.*

Yo: *¿Qué planes tienes para hoy?*

BB Wolf: *Golpear la sala de pesas con Max y sus compañeros de casa esta mañana. Prepárate para mi eventual muerte.*

Yo: *Quizá recuerdes que estás jubilado y que no tienes nada que demostrar.*

BB Wolf: *Nunca. Prefiero morir en mi hotel que aceptar la derrota.*

Yo: *Por eso las mujeres viven más.*

BB Wolf: *Tal vez, pero también, creo que la naturaleza sabía que no seríamos capaces de sobrevivir sin nuestras mujeres, y por eso viven más tiempo.*

Yo: *No sé cómo puedes ser tan dulce y tan estúpido al mismo tiempo.*

BB Wolf: *Es uno de mis muchos talentos.*

Las puertas del ascensor se abren y sonrío mientras salgo a mi planta y escribo el último mensaje mientras me dirijo a mi oficina.

Yo: *Ya estoy en la oficina. Por favor, intenta no morir hoy.*

Meto el teléfono en el bolso y devuelvo los saludos mientras camino por el pasillo.

Solo han pasado unos días desde que vi a Maddox.

Desde la cena.

Desde que nos dormimos juntos en mi pequeña cama.

Desde que me desperté sola.

Solo unos días, pero demasiado tiempo.

Cuando me enteré de que Maddox era el nuevo dueño, lo único que quería era que no estuviera en la oficina, pero ahora temo los días que no está aquí.

Dejo todas mis cosas sobre el escritorio y me doy la vuelta para dirigirme a la sala de descanso.

Hoy no traje almuerzo, pensé en comer mis sentimientos con algo de comida para llevar, pero sigo necesitando mi café.

El tipo de las donas está en su sitio habitual, pero aparte de él, la sala está vacía.

Maddox me ha preparado café unas cuantas veces, y siempre en la misma taza hecha a mano, así que selecciono esa del armario y la pongo sobre la encimera.

Me sirvo el café, me giro para tomar la crema del refrigerador y doy un salto.

Brandon está ahí. De pie junto al refrigerador, con su bebida de algodón de azúcar en la mano.

—Oh, hola, Brandon. —Presiono mi mano sobre mi corazón—. Me asustaste.

—Uy. —Su tono es llano, y en lugar de decir más -molestándome como suele hacer-, se da la vuelta y camina hacia la puerta.

Bueno, eso fue incómodo.

La parte de mí controlada por la sociedad se siente un poco mal por decirle que tengo novio, pero el resto de mí se da cuenta de que eso es una mierda.

Él no ha hecho nada para ser considerado con mis límites.

Nunca ha captado ni una sola insinuación de que no estoy interesada.

Se ha metido en mi espacio más veces de las que puedo contar.

Ha sido una molestia constante y, lo que es peor, una amenaza desde que empecé. Porque a las mujeres en el lugar de trabajo se nos tacha tan fácilmente de *ser difíciles de tratar*. Se nos reprende por ser *demasiado sensibles* cuando un hombre nos dice algo groseramente ofensivo e inapropiado. Se supone que debemos *reírnos con ellos* cuando hacen comentarios despectivos sobre otras mujeres delante de nosotras. Se supone que tenemos que aguantar tanta puta mierda de los hombres y no hacer nada al respecto por miedo a perder nuestro trabajo. Todo mientras los peores hombres no son capaces de frotar dos neuronas para considerar que tal vez ellos son los difíciles con los que trabajar. Que tal vez necesiten tomarse un momento para pensar antes de hablar. Que sus egos son el mayor obstáculo para el progreso. Que quizá su mayor preocupación sea absolutamente trivial comparada con nuestras mayores preocupaciones.

Exhalo un suspiro y me recuerdo que no me quedaré aquí mucho más tiempo.

El comportamiento de Brandon no empeoró realmente después de que Maddox comprara la empresa; es solo que Maddox es todo lo que Brandon no es, y muestra lo depredador que ha sido Brandon.

Saco la crema del refrigerador y me giro hacia el café.

Hacia mis recuerdos de Maddox.

Hacia pensamientos de un hombre que respeta a las mujeres.

Y me olvido por completo de Brandon y sus pequeños sentimientos heridos.

107

Maddox

—¿Cuánta mierda estás comprando? —Max pregunta cuando cuelgo el teléfono.

Acababa de darle indicaciones al camión de reparto sobre cómo entrar en el garaje.

—Mucha mierda —respondo, secándome el sudor de la frente—. Ahora ocúpate de tus asuntos y haz otra serie.

108

Hannah

Mi mente está concentrada en lo que voy a pedir para comer cuando suena la alerta de mi correo electrónico.

Al revisarlo, veo un mensaje de mi jefa pidiéndome que vaya a su oficina.

Con un suspiro, me levanto del escritorio y me pongo de pie.

Normalmente, cuando ella pide hablar conmigo es porque está a punto de entregarme un gran proyecto con un plazo corto, eso me encanta en un viernes.

Tomo un cuaderno y un bolígrafo y me dirijo hacia el pasillo.

Antes no odiaba mi cama, y cuando Maddox está hacinado en el colchón conmigo, me encanta, pero desde entonces, he descubierto que no duermo tan bien sin él.

Brenda, de Recursos Humanos, camina hacia mí, así que levanto la mano para saludarla. Ella hace lo mismo, pero su sonrisa está un poco apagada.

—Buenos días. —Voy despacio al llegar a la oficina de mi jefa.

Brenda también se frena.

—Buenos días.

Permanecemos juntas durante un incómodo segundo antes de que ella señale la puerta abierta.

—Adelante.

Una sensación punzante recorre mis sentidos.

—Okey —digo despacio, y entro en la oficina de mi jefa.

—Hola, Hannah. Gracias por venir. —Su tono es casi robótico.

Me detengo frente a su escritorio.

—¿Qué pasa?

El sonido de Brenda de RRHH cerrando la puerta es ensordecedor en la habitación.

Mi jefa se aclara la garganta.

—Por favor, toma asiento.

Me siento en la silla. Brenda hace lo mismo en la silla de al lado.

No hago más preguntas. No hace falta.

Puedo decir lo que es esto.

Me van a despedir.

Por un breve momento, medio latido, me pregunto si Maddox lo sabe.

Pero ese latido es todo lo que necesito para saber que no. No me dejaría entrar en esto sola. No las dejaría hacerlo, punto.

Están haciendo esto mientras él no está por una razón.

Porque le tienen miedo.

Aprieto los labios para detener una sonrisa inapropiada.

Dios, va a perder la cabeza por esto.

—Hannah —empieza mi jefa—. Siento tener que decir esto, pero te vamos a dejar ir.

No respondo enseguida.

Cuatro años.

Le he dado a esta gente cuatro años de mi vida. Cuatro años de ir más allá solo para probarme a mí misma. Cuatro años de aguantar a gente como Brandon.

Llevo cuatro años trabajando para esta mujer y me van a despedir en el acto porque -estoy segura-, se enteraron de mi relación con Maddox.

No le informo a Maddox.

No tiene nada que ver con mi trabajo.

No me han subido el sueldo desde que es el dueño.

Yo ya trabajaba aquí, en el puesto que me gané, antes de que él comprara nuestra empresa.

No somos inapropiados, a menos que sea a puerta cerrada.

Así que no, no respondo de inmediato. No hago nada para aliviar su malestar.

Ella debería sentirse incómoda.

Dejo pasar otro latido.

—¿Por qué?

Mi jefa no puede sostenerme la mirada.

—Incumplimiento de la ética.

—Incumplimiento de la ética —repito.

Brenda se gira en su asiento para mirarme.

—Tenemos una estricta política de no confraternización que firmaste cuando se hizo oficial la fusión. Formaba parte del papeleo de incorporación.

Quiero preguntar qué cuenta como confraternización, qué cuenta como acoso sexual y en qué momento alguien como Brandon tendría problemas por sus constantes sugerencias de que pasemos tiempo juntos fuera del trabajo.

Pero no lo digo, porque no tiene sentido. Los *delirantes pensamientos de una mujer despedida* nunca serán escuchados, así que me quedo muy quieta.

Miro fijamente a Brenda; ella aparta sus ojos de los míos.

—¿Vas a dar más detalles? —pregunto cuando no dicen nada más.

No lo negaré. Nunca negaría mis sentimientos por Maddox, pero si van a despedirme por esto, tienen que decirlo.

—Una, eh, fuente vino a nosotras esta semana. —Mi jefa se retuerce las manos.

—Una fuente. —Dejo que mi queja llene mi tono.

Brenda golpea la pantalla de la tablet que sostiene.

—¿Niegas que seas tú?

Me la tiende y la tomo, reconociendo inmediatamente el restaurante del martes por la noche.

La calidad no es buena. Claramente fue tomada por alguien al otro lado del comedor, haciendo zoom sobre nuestra ubicación, pero es lo suficientemente buena.

La primera foto somos nosotros sentados a la mesa. Estamos de espaldas. Maddox me rodea los hombros con el brazo, me abraza contra él y me besa la cabeza.

Fue tomada justo después de darle las galletas.

La segunda foto es básicamente la misma, pero esta vez, mi cara está inclinada hacia arriba, y él me está besando los labios.

Hombre, nos vemos bien juntos.

Paso a la siguiente foto.

Es de nosotros saliendo por la puerta principal del restaurante. De la mano. Con los otros tres chicos delante de nosotros.

La siguiente foto es de nosotros caminando hacia nuestro auto.

Alguien nos estaba siguiendo. Nos vieron en la cena, desde el bar si no me equivoco, y nos tomaron una foto, y luego tomaron más. Nos siguieron afuera del restaurante y hasta el pequeño estacionamiento a la vuelta de la esquina donde Maddox dejó su auto.

Paso a la siguiente foto.

Confío en que Maddox se encargará del *fotógrafo*, así que me limitaré a disfrutar de las fotos.

Somos nosotros, su mano en mi mejilla, la mía en la suya, mirándonos a los ojos.

No puedo dejar de sonreír.

No es de extrañar que no nos diéramos cuenta de la persona que nos seguía.

Nos vemos... enamorados.

Parecemos tan enamorados que me duele el corazón.

Extraño a Maddox.

Lo quiero en casa.

—¿Eres tú? —Brenda pregunta de nuevo.

Levanto la mirada de la tablet para dirigirla a ella.

—Obviamente lo soy.

Mi jefa se remueve en el asiento.

—Puedes ver por qué, entonces.

Vuelvo mi mirada hacia ella.

—¿No te molesta en absoluto que tu *fuente* nos siguiera claramente para conseguir estas fotografías?

Ella se retuerce.

—Eso no es... —Mira a Brenda.

Levanto la mano.

—No, claro que no. ¿Por qué preocuparse por la ética del pervertido que las tomó cuando puedes condenarme a mí en su lugar?

—Hannah... —Brenda empieza en tono castigador.

Dirijo mis ojos a los suyos.

—No te molestes con tus justificaciones. —Le tiendo la tablet—. ¿Puedes enviármelas?

Brenda parece sorprendida.

—¿Las fotos?

Asiento con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no? —pregunto, realmente curiosa—. Parece que si son las pruebas por las que me van a despedir, debería tener una copia.

Brenda pulsa el botón para apagar la pantalla, como si eso fuera a borrar las fotos.

—No sería apropiado.

Dejo que vea cómo pongo los ojos en blanco.

—Bien. Se las pediré a Maddox.

—No creo que...

Se me escapa una carcajada sin gracia.

—No creerás que Maddox no las exigirá en cuanto se entere de esto. Porque no se lo dijeron, ¿verdad? Solo intentan aclarar este pequeño *escándalo* mientras él está fuera de la ciudad. —No responden—. Wow, ¿cómo podría ser eso contraproducente? —digo con sarcasmo y sacudo la cabeza—. ¿Algo más?

—Es política de la empresa que un miembro de RRHH se quede contigo mientras recoges tu oficina. —Los ojos de mi jefa están sobre su escritorio—. Y en tu última nómina se incluirá tu paga de prestaciones acumuladas.

Me giro hacia Brenda.

—¿Eres tú la que me supervisará?

Ella asiente.

Me pongo de pie.

—Terminemos con esto entonces.

UTLEY

love letters , libro 1.

109

Maddox

Yo: *Sobreviví.*

Conejita: *Me alegro de escucharlo.*

Yo: *¿Cómo te va en el día? ¿Qué comiste?*

Conejita: *Estoy a punto de comer un burrito, lo que significa que mi día está a punto de mejorar.*

Yo: *Suena delicioso, pero no tan delicioso como tú.*













110

Hannah

Dejo el teléfono en el asiento del copiloto y salgo del estacionamiento de la empresa.

No estoy feliz por haber sido despedida, pero no me arrepiento de nada. Tener a Maddox Lovelace de vuelta en mi vida es exactamente lo que no sabía que necesitaba, y no renunciaría a él por nada.

Pero necesito un trabajo.

Al llegar a un semáforo en rojo, me asalta un pensamiento.

111

Nate Waller

—¿Señor Waller? —el becario de verano mete la cabeza en mi oficina.

—¿Sí? —Me las arreglo para no suspirar. Está claro que este chico nunca va a llamarme simplemente Waller.

—Hay alguien al teléfono para usted. Se llama... —mira la nota que tiene en la mano—, Hannah Utley.

Me inclino hacia adelante en mi silla.

—Pásamela.

En cuanto suena mi teléfono, contesto.

—¿Hannah?

—Hola, um, ¿Waller?

—Soy yo. ¿Pasa algo? —No puedo evitar que el pánico se apodere de mi voz. Maddox es mi mejor amigo, y si algo le pasara...

—No. No, lo prometo, Maddox está bien. —Me lee la mente.

Exhalo un suspiro y me hundo en la silla.

—Mierda. Soy demasiado joven para un infarto.

Su risa suena tan estresada como me siento yo.

—Lo siento, no estaba pensando. Debería haber empezado con *Maddox está vivo y bien*.

—No, no, estás bien. —Le hago señas para que lo olvide aunque no pueda verme—. Ese imbécil nos sobrevivirá a todos. Entonces, si no es Maddox, ¿qué pasa?

Solo nos vimos una vez, en una cena esta semana, pero cuando nos separamos, supe que me gustaba, y sabía que Maddox se casaría con ella.

—Bueno, realmente no sé cómo preguntar esto... —Todavía suena estresada.

Vuelvo a sentarme erguido.

—Por el bien de mi salud cardíaca, por favor, solo pídelo.

—Okey. —Su exhalación raspa el teléfono—. ¿Todavía tienes ese puesto vacante?

Mi cerebro parpadea mentalmente ante su pregunta. *¿Puesto?*

—¿El trabajo? ¿Aquí? —pregunto, recordando por fin su currículum, que sigue en algún lugar de mi escritorio.

—Si no, está totalmente bien. Solo quería preguntar —se apresura a decir.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Hizo Maddox algo estúpido?

La risa de Hannah es más natural esta vez.

—No, es que, bueno, hoy me despidieron.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Maddox te despidió?

Su risa es instantánea.

—No, y va a perder la cabeza cuando se entere, pero no puedo dejar que me vuelva a contratar.

Sacudo la cabeza mientras lo dice.

—Sí, las mejores intenciones y todo eso.

—Exacto. —Hay una pausa—. Tal vez sea tonto de mi parte acercarme a ti por esas mismas razones. Si el puesto sigue vacante, la gente podría asumir que lo conseguí porque salgo con tu amigo. Aunque, debo añadir que estoy más que cualificada.

Me toca a mí reír.

—Sé que lo estás. Iba a llamarte para una entrevista antes de darme cuenta de quién eras.

—¿En serio?

—Sí. —Golpeo el escritorio con los dedos—. Pero entonces llamé a Maddox, y me dijo que no podía contratarte, pero eso fue cuando aún estaba... —Me corto, sin saber cuánto debo decir—. Pero si ya no trabajas para él....

—Teniendo en cuenta que me acaban de escoltar afuera del edificio, creo que se puede decir que ya no trabajo en MinneSolar. —Puedo oír su sonrisa—. Entonces... ¿el puesto sigue vacante?

Sonrío.

—El puesto sigue vacante.

UTLEY

love letters , libro 1.

112

Maddox

De pie en la rampa de estacionamiento bajo la oficina, vuelvo a consultar mi teléfono mientras espero el ascensor.

Hannah respondió a mi mensaje de buenos días cuando me levanté, pero le envié otro antes de salir de casa preguntándole si le apetecía escaparse a comer hoy, ya que hacía casi una semana que no nos veíamos, y ya han pasado -vuelvo a pulsar la pantalla-, veintiocho minutos y no me ha contestado.

El ascensor suena y, en cuanto se abren las puertas, entro.

Esta semana fuera ha consolidado mi plan.

Necesito a Hannah más cerca.

Mi vida no es del todo caótica, pero MinneSolar no es la única empresa que tengo y no es mi única inversión. Si añadimos apariciones y acuerdos con marcas, estoy más ocupado de lo que realmente quisiera. Lo que significa que viajo. Lo que significa que no estoy en casa todas las noches. Lo que significa que las noches que estoy en casa, no quiero estar solo.

Vuelvo a revisar mi teléfono.

Nada.

Peor aún que los treinta minutos de ahora es el hecho de que Hannah no me dejara ir anoche.

Claro, era tarde un domingo por la noche cuando aterrizó mi vuelo, pero lo único que necesitaba era un abrazo. Tal vez abrazarla mientras

dormía, pero no. Me dijo que "*me vería mañana*". Bueno, es mañana, y lo primero que voy a hacer es ver a mi Hannah.

El ascensor se detiene por fin en su planta y salgo.

Quizá debería ir primero a mi oficina o intentar encontrarme con Hannah en la sala de descanso, pero no puedo esperar tanto.

La puerta de su oficina está casi siempre abierta. Pasaré por delante *y* la veré en su mesa. Incluso me quedaré en la puerta para que no sea inapropiado, y luego cambiaré la política de la empresa y escribiré un puto comunicado de prensa para que todo el mundo sepa que es mía.

Mis pasos se ralentizan al acercarme a su puerta.

Su puerta cerrada.

Voy aún más despacio.

No hay forma de que le gane aquí.

Siempre llega antes que yo.

Ella...

Una terrible sensación me golpea el estómago.

¿Y si le pasó algo en el trayecto?

Casi vuelvo corriendo al auto, con la mano ya sacando el teléfono del bolsillo, pero entonces lo veo.

La puerta en blanco.

El trocito de plástico con su nombre grabado ya no está.

—¿Qué...?

Doy la última zancada y agarro el pomo de la puerta.

La abro de un empujón, entro en la oficina de Hannah y me quedo inmóvil.

Está vacía.

No solo vacía, como si no hubiera nadie. Vacía, como los estantes están vacíos.

El calendario de la pared ha desaparecido. La taza de bolígrafos, la manta fina que siempre está en el respaldo de su silla, el posavasos en el que siempre ponía su taza de café que debió de hacer Chelsea hace años... todo ha desaparecido.

—¿Qué demonios?

Me doy la vuelta y casi choco con alguien al salir a grandes zancadas de su oficina.

No me molesto en recordar su nombre; me limito a señalar la oficina que tengo detrás.

—¿Dónde está?

Los ojos del hombre se abren de par en par.

Vuelvo a pinchar el aire.

—¿Dónde. Está. Ella?

Mira a cualquier parte menos a mí.

—Hannah fue, uh, la dejaron ir.

La. Dejaron. Ir.

Dejaron ir a Hannah.

Mi chica. Mi Conejita, fue despedida. De mi propia puta empresa.

—¿Cuándo? —Apenas reconozco mi voz.

—V-Viernes.

El hombre salta hacia atrás y dejo que mis largas zancadas me lleven a las oficinas de la empresa.

Hay una luz encendida en la oficina de Brenda y me giro hacia ella.

Es la jefa de RRHH. Ella habría sido la indicada para hacer esto.

No llamo a la puerta. Entro directamente en su oficina.

Se sobresalta y el café cae sobre el escritorio.

—Oh, mmm, señor Lovelace.

Así que hoy soy el señor Lovelace y no Maddox. Qué revelador.

La tensión me recorre el cuerpo y tengo que recordarme que estoy en un lugar de trabajo.

Pero es *mi* lugar de trabajo.

La miro fijamente durante un largo segundo, intentando decidir qué palabras usar, cuando suenan pasos apresurados al otro lado de la puerta.

Dana, mi directora general, aparece en la puerta.

—Maddox, acabo de enterarme.

Me giro lentamente hacia ella y luego hacia Brenda.

—Ella —señalo a la directora general —, acaba de enterarse. Yo —me señalo a mí mismo—, acabo de enterarme, y tú —señalo a Brenda—, será mejor que empieces a hablar.

Ella duda.

—Maddox. —Dana intenta intervenir.

—Ahora —suelto.

Brenda se limpia el café de las manos en el regazo.

—Yo... teníamos las manos atadas. Nos dieron pruebas de fraternización, y la política establece claramente...

Se detiene cuando doy un paso más hacia el escritorio.

—Tenías las manos atadas —le repito—. ¿Planeas despedirme a mí también? De mi propia puta empresa.

—No. No, no lo haríamos...

La interrumpo, sabiendo que cualquier cosa que diga me enojará aún más.

—Tienes pruebas. ¿Cuándo?

—M-Miércoles.

—¿Qué tipo de pruebas? —Dana pregunta, ahora de pie a mi lado.

Brenda tantea con el ratón mientras pulsa sobre algo en su pantalla.

—Fotos.

Asalto su escritorio para poder ver su ordenador.

—¿Conseguiste fotos el miércoles y despediste a Hannah el viernes sin acudir a mí o a Dana?

Dana suele ser muy sensata, pero incluso ella se lleva las manos a los costados.

—Así no es como hacemos las cosas aquí.

—¡Los dos estaban fuera! —La voz de Brenda se ha vuelto estridente.

—¿Así que decidiste tomar medidas unilaterales? —pregunta Dana, incrédula.

—La jefa de Hannah estuvo de acuerdo, ella fue la que se lo dijo. —Brenda tira a la otra mujer debajo del autobús.

Hannah fue despedida el viernes.

Se enfrentó a esta mujer y a su jefa por su relación conmigo cuando estaba sola.

Aprieto la mandíbula.

Brenda abre una carpeta en la computadora y echa la silla hacia atrás.

Me agolpo en el espacio.

Es una carpeta de fotografías.

Hago clic en la primera.

Y la segunda.

Y la siguiente y la siguiente y la siguiente.

Cada músculo de mi cuerpo está tenso.

No me importa que nos hayan atrapado.

No me importa que todo el mundo pueda ver mi amor por Hannah en todas y cada una de estas fotos.

Lo que sí me importa es que alguien nos siguió.

Nos vieron, nos tomaron fotos y nos siguieron hasta mi puto auto.

—¿Quién? —gruño la pregunta.

—Fue anónimo —responde Brenda.

Me enderezo hasta mi plena estatura, pero mantengo la vista en la pantalla del ordenador. Mantengo la mirada en la foto en la que estamos junto a mi auto. La foto en la que Hannah me mira como si no pudiera vivir sin mí.

No quito los ojos de esa foto porque sé cómo se siente.

—¿De verdad quieres que piense que eres tan incompetente? —le pregunto en voz baja—. Dime quién envió las fotos.

—Nos las enviaron desde un correo electrónico externo.

—Dime el nombre, o lo buscaré yo mismo. —Me alejo del ordenador y señalo la pantalla—. Pero me vas a enviar ese correo de cualquier manera.

Me da un nombre.

Y salgo a grandes zancadas de la oficina.

—¡Maddox! —Dana me llama, pero no me detengo.

Es un maldito hombre muerto.

Mis manos se abren y se cierran, se cierran en puño y se sueltan.

El viernes. Esto pasó el viernes, y Hannah no me lo dijo.

No me lo dijo cuando nos mandamos mensajes ese día. No lo mencionó durante ninguna de las llamadas que tuvimos durante el fin de semana. No me lo dijo cuando cenamos juntos el sábado por la noche en una video llamada.

Ella no me lo dijo.

Su hermoso rostro parpadea en mi mente, y eso es todo lo que necesito para calmar cualquier ira dirigida hacia ella.

Porque sus ojos lo dicen todo. Contienen toda su historia. Todas sus luchas. Todos sus triunfos.

Por supuesto que no me lo dijo. Querría encargarse ella misma.

UTLEY

love letters , libro 1.

Siempre ha tenido que ocuparse de todo ella sola.

Ya no.

No ahora que me tiene a mí.

Es mi turno de ocuparme de las cosas.

Y empiezo con este hijo de puta.

Por encima de los cubículos, puedo verlo.

Está apoyado en uno de los muros bajos, ocupando el espacio de una mujer, y ella no parece entusiasmada con su presencia.

La culpa me sube por la garganta.

Nunca debí tener a un pedazo de mierda como este trabajando en mi empresa.

Pero eso cambia ahora.

—¡Brandon! —Su nombre retumba en mí.

Él se tambalea hacia atrás, casi tropezando, mientras sus ojos buscan frenéticamente hasta posarse en mí.

Lo señalo con el dedo.

—Tú.

Retrocede más hasta situarse al otro lado del cubículo, en el amplio pasillo entre los puestos de trabajo y el baño.

Atravieso los cubículos, apuntando directamente hacia él.

A Brandon por fin le crecen un par y deja de retroceder.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—No puedes despedirme. Ya hablé con mi abogado.

Resoplo.

—Abogado. Apostaría diez de los grandes a que tu *abogado* es un puto buscador de Google.

Su mandíbula se aprieta y sé que tengo razón.

Me acerco y los músculos de sus brazos se crispan.

Este tipo está tan cerca de la autodestrucción. Solo a un empujón de distancia.

Me acerco aún más, separando nuestros pechos unos centímetros. Aunque yo soy sustancialmente más grande, así que tengo que mirarlo hacia abajo.

—No puedes despedirme. —Lo dice otra vez como si eso lo hiciera más cierto.

Inclino la cabeza hacia un lado y lo miro como si nunca hubiera visto su especie antes.

—¿Estás seguro?

—Solo estaba siguiendo las reglas, no era yo el que estaba jodiendo...

—Cuidado con lo que dices —le digo.

Aprieta tanto los labios que se le ponen blancos.

—No estabas *siguiendo las reglas*. —Sacudo la cabeza como si me decepcionara tener que explicar esto—. ¿Crees que eres un gran hombre, haciendo que despidan a una mujer? ¿Por qué? ¿Celos?

—No estoy celoso.

Me río.

—No, claro que no. Nos seguiste afuera de un restaurante hasta un estacionamiento oscuro porque *seguías las reglas*.

Se oyen murmullos en los cubículos detrás de mí, y Brandon mira a su alrededor, dándose cuenta de nuestro público.

Baja los brazos y se lleva las manos a los costados.

—Sí, okey. Hazme parecer el malo por tomar unas fotos cuando eres tú el que está en público, con las manos encima de Hannah. *Tu empleada*. —Levanta la voz mientras habla.

Asiento con la cabeza.

—Sí, mis manos estaban sobre ella. Porque es mía. Siempre ha sido mía, y eso es lo que te molesta, ¿no? —Extiendo los brazos, dando la impresión de estar indefenso—. Tú la querías. La has estado molestando desde el primer día, pero ella nunca te dio ni la hora. ¿No?

—No sabes de lo que hablas —sisea.

Puedo ver el odio en sus ojos, y no estoy seguro de si va dirigido a mí o a Hannah, pero sea como sea, no me gusta.

—¿Recuerdas aquel día que chocaste el auto y tuve que llevarla a casa? —Sonrío. —Esa fue la primera vez que me besó.

Se balancea hacia mí.

Es torpe y lento y exactamente el tipo de golpe que esperaría de un hombre como Brandon.

Aún más rápido que el hombre promedio, levanto el brazo y desvío su puño hacia adentro, haciendo que se golpee en la cara.

Hay un crujido, y le brota sangre de la nariz. Cuando su expresión cambia, cambio mi peso a un pie y doy una patada con el otro, barriéndole los pies.

Brandon se estrella contra el suelo.

Se agarra la nariz con una mano y con la otra araña la alfombra industrial que tiene debajo mientras intenta zafarse de mí.

—Brandon, necesito que prestes atención.

Retrocede unos centímetros.

—Estás despedido. —Doy un paso adelante para estar de pie sobre él—. Y consultaré con *mis abogados* sobre presentar cargos por agresión.

Sacude la cabeza, la sangre le gotea por la barbilla.

—N-no.

Asiento con la cabeza.

—Sí. De hecho, tengo algunos colegas en los medios de comunicación a los que seguro que les encantaría hacer un reportaje sobre el tipo que le intentó dar un puñetazo a *Mad Dog Maddox*. —Uso la versión famosa de

mi nombre—. Y cuando descubran que el tipo que intentó pegarme también estaba acosando a mi novia....

—¡No la estaba acosando! —Brandon se golpea la cabeza contra la puerta del baño y se sienta.

Suspiro.

—Eso no es lo que dirán los titulares. Sobre todo cuando se enteren de la orden de restricción que Hannah va a pedir contra ti.

—¿Qué? —Sus ojos se abren de par en par.

Asiento lentamente.

—Te va a costar mucho que te contraten en cualquier sitio después de eso.

—¡No puedes hacer eso! —chilla.

Pienso en todas las veces que Hannah parecía incómoda a su alrededor.

Pienso en todos los años que lo soportó porque nadie la ayudó.

Pienso en la mujer en cuyo cubículo acaba de estar.

Me agacho, asegurándome de que puede oírme.

—Puedo hacerlo, y lo haré, y tienes suerte de que me detenga ahí. Ahora lárgate de mi edificio.

Brandon se pone de pie, con la rabia y el miedo cubriendo sus facciones.

Cuando abre la boca para hablar, doy otro paso hacia él, y corre.

Capto la mirada del tipo de las donas desde el otro lado. Me observa con una sonrisa en la cara.

Levanto la barbilla hacia Brandon mientras desaparece por la esquina en dirección al ascensor.

El tipo de las donas se da dos golpecitos en la frente y lo sigue para asegurarse de que Brandon se va como debe.

Hay un aplauso.

Luego otro.

Y un segundo después, la oficina estalla en aplausos, todos de pie en sus cubículos o asomados en las oficinas, tras haber presenciado el espectáculo.

Sacudo la cabeza mientras me doy la vuelta, encontrando a Dana detrás de mí como esperaba.

Ella intenta no sonreír.

—Bueno, eso fue... dramático.

—Ya era hora. —Ignoro los murmullos y las caras sonrientes de los empleados que nos rodean—. Que envíen sus cosas a su dirección registrada. Ya no puede entrar en la propiedad. Se lo haré saber a los de seguridad. —Con eso, giro sobre mis talones y doy zancadas en la dirección en la que se fue Brandon.

—¿A dónde vas? —Dana me llama, con una sonrisa en su voz.

—A buscar a mi chica —le respondo.

Y esta vez, cuando la oficina estalla en aplausos, sonrío.

113

Hannah

La sonrisa se me borra de la cara cuando miro mi teléfono.

—Mierda —murmuro, y luego me apresuro a cruzar el estacionamiento hacia mi auto.

Tengo cuatro llamadas perdidas de Maddox.

Y múltiples mensajes de texto.

Leo el más reciente.

BB Wolf: *Voy para allá. Tenemos que hablar.*

114

Maddox

Empujo la palanca de cambios hasta estacionarme delante de la casa de Hannah, y abro la puerta del auto antes de apagar el motor.

No contestaba a mis llamadas.

No me ha contestado.

Corro por el césped delantero.

Hannah no ha terminado conmigo. Lo sé.

Ya lo sé.

Pero sentirme excluido es aterrador.

—¡Hannah! —grito su nombre en la casa como un loco mientras subo los escalones de la entrada de un salto.

Pulso el timbre.

—Hannah, abre.

Me pican las palmas de las manos.

Golpeo la puerta con el puño y, al hacerlo, giro la cabeza hacia un lado.

Mi mano se detiene contra la puerta de madera.

La entrada está vacía.

Vacía porque Hannah no está aquí.

Doy un paso atrás.

Ella no está aquí.

Delante de mí, se abre la puerta y aparece Chelsea.

—Jesús, cálmate, hombre. —Me mira como si hubiera perdido la cabeza.

Y siento que lo he hecho.

—Smidge. —Intento mantener mi tono calmado—. ¿Dónde está tu tía?

Ruth se pone detrás de ella.

—Lo siento, se fue.

Sacudo la cabeza.

—No puede haberse ido.

—Maddox...

—No voy a dejar que se vaya.

Ruth se acerca a Chelsea y me golpea ligeramente en el pecho.

—Cariño, presta atención.

Parpadeo.

Ruth sonríe y levanta la mano.

—Ella está justo ahí.

Me giro para seguir su dedo y veo el auto de Hannah estacionarse en la entrada, y bajo los escalones.

115

Hannah

La culpa me invade al ver la angustia en la cara de Maddox, que prácticamente corre hacia mí.

Me apresuro a desabrocharme el cinturón y salir del auto antes de que pueda alcanzarme, pero para cuando tengo la puerta abierta, él ya está ahí, jalándome hacia arriba y fuera del asiento.

Desliza las manos por mis brazos hasta tocarme la parte delantera de la garganta de esa forma que me encanta, enredando la otra mano en mi cabello.

—No voy a dejarte ir, Conejita. —Sus palabras chocan contra mí—. No ahora. Ni jodidamente nunca,.

Las emociones se arremolinan en mi vista, y alargo la mano para agarrar sus antebrazos.

—Maddox...

Sacude la cabeza.

—Déjame decir esto.

Trago saliva y asiento con la cabeza, el movimiento es pequeño con su agarre.

—Te amo, Hannah Utley, y no creo en maldiciones. —Agarro sus brazos con más fuerza—. Pero aún así lo haría. Te seguiría amando, aunque me matara porque no conozco otra forma de vivir.

Las lágrimas caen libremente de mis ojos.

Se inclina y me besa la mejilla.

—No llores, bebé. —Besa la otra mejilla, atrapando otra lágrima en sus labios—. Lo arreglaré.

Sacudo la cabeza.

—Te prometo que lo arreglaré —me dice de nuevo, con un tono lleno de convicción.

—Maddox. —Se me quiebra la voz.

Su mano abandona mi cabello para rozarme el ojo con el pulgar.

—No estás despedida, Hannah Bunny. No se los permitiré.

Dios, este hombre.

Sacudo la cabeza, pero él sacude la suya.

—Es mi empresa. Puedo cambiar las reglas.

Suelto uno de sus brazos para poder presionar mi palma contra su pecho, sobre su corazón.

—Maddox, no puedo trabajar para ti. No voy a volver.

—Yo... —empieza, y luego lo veo tragar saliva—. Sé que estás hablando de trabajo, pero no puedo oírte decir eso. No puedo oírte decir que no vas a volver.

—Oh, Maddox. —Aprieto mi palma contra él con más fuerza—. No voy a dejarte. Nunca. No así. Simplemente no puedo trabajar para ti. Te amo demasiado. —Su pecho se estremece bajo mi contacto—. Siento no habértelo dicho cuando pasó todo el viernes. Debería haberlo hecho. Es que... no quería que sintieras que tenías que arreglarlo.

Me rodea el cuello con los dedos.

—Dilo otra vez.

—Lo siento...

Maddox sacude la cabeza mientras me inclina hacia él.

—La otra parte, Hannah. Repite la otra parte.

Mis labios forman una suave sonrisa.

—Te amo, Maddox Lovelace. Desde hace mucho tiempo.

Baja su boca hasta la mía.

No es frenético. Ni brusco, pero sigue siendo un reclamo.

Sus labios presionan los míos. Cálidos y seductores. Pidiéndome de nuevo que le diga que lo amo.

Entonces lo hago.

La abro para él.

Dejo que me saboree y yo le devuelvo el gusto.

Me rodea con sus brazos, y yo hago lo mismo y le rodeo el cuello con los míos.

Maddox me agarra con fuerza y me levanta del suelo, con los dedos de los pies colgando a centímetros del asfalto.

—Dímelo otra vez —susurro entre besos.

—Te amo, Hannah. Desde hace mucho tiempo.

116

Maddox

Abrazándola contra mí, dejo caer mi cabeza sobre su hombro.

Ella me ama.

Respiro.

Por primera vez en mucho tiempo, simplemente respiro.

—Te llevaste un pedazo de mí —le digo, con mis labios contra su cuello—. Te llevaste un pedazo hace tantos años, y yo no me di cuenta. No sabía qué me faltaba, pero acabas de devolvérmelo. —Le bajo los pies al suelo para poder mirarla—. Tu amor me completa.

Las lágrimas caen de sus pestañas inferiores mientras agarra mi mano y la presiona sobre su corazón.

—Tú también te quedaste con un pedazo de mi corazón, pero creo que los guardábamos el uno para el otro. No habrían encajado, no entonces, pero ahora sí.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Te extrañé tanto.

—Tanto. —Hannah deja escapar un hipo acuoso—. Demasiado.

—Ojalá me lo hubieras dicho. —Acerco mi frente a la suya—. Ya no estás sola, Hannah. No tienes que arreglarlo todo tú sola.

Siento cómo su cuerpo se encoge mientras respira entrecortadamente.

—Yo también desearía habértelo dicho. Lo siento...

Sacudo la cabeza contra la suya.

—Se acabaron las disculpas. Solo a partir de ahora, comparte tus problemas conmigo. —La siento asentir, pero no es suficiente—. ¿Me lo prometes?

—Prometido.

Respiro hondo, me pongo de pie y miro hacia donde están Ruth y Chelsea, de pie en el porche, mirándonos.

—Me llevaré a Hannah a casa. Me gustaría que ambas nos acompañaran a cenar.

Ruth asiente, secándose las mejillas.









UTLEY

love letters , libro 1.

117

Hannah

Es como la primera vez que vine aquí.

Maddox me toma de la mano mientras me guía por su casa.

No se parece en nada a la primera vez que vine.

Es diferente.

Mi cuerpo se siente más ligero.

Maddox me guía a su habitación.

La habitación parece más luminosa.

La energía más vibrante.

Maddox me observa. Observa cada parte de mí mientras me quita la camiseta por encima de la cabeza.

Me mira mientras él se quita la ropa.

No se parece en nada a la primera vez.

Maddox me quita la última prenda y sus bóxers caen al suelo.

Me acuna en sus brazos y me coloca en el centro de la cama.

Su boca encuentra la mía.

Sus manos recorren las curvas de mi cuerpo.

Sus dedos acarician mi centro y gime en mi boca.

No se parece en nada a la primera vez.

Me dice que me ama.

Engancha mi rodilla sobre su brazo.

Me pregunta si estoy lista.

Y no se parece en nada a la primera vez.

Es mucho más.

Cuando me llena.

Cuando su cuerpo aplasta el mío contra el colchón.

Cuando gime contra mi sien.

Es mucho más que la primera vez.

Cuando Maddox me dice que me ama.

Cuando Maddox me demuestra que me ama.

Cuando Maddox prueba que me ama.

Es todo.

Él lo es todo.

118

Maddox

Se aferra a mí.

Me abraza todo lo que puede.

Aprieta su boca contra mi hombro.

Y es diferente de lo que era antes.

Mueve las caderas.

Ella me toma más profundo.

Me pide más.

Es diferente de lo que era antes.

Hannah arquea la espalda.

Hannah me atrae hacia ella.

Hannah me dice que está cerca.

Y es diferente de lo que era antes.

Su cuerpo tiembla debajo de mí.

Su núcleo se aprieta a mi alrededor.

Su placer me lleva al límite.

Es mucho más de lo que era antes.

119

Hannah

Sus labios presionan mi hombro desnudo.

—Bebé, es hora de levantarse.

Parpadeo contra la luz del sol que entra por las ventanas.

—¿Qué pasa?

Maddox me sonríe, de pie junto a la cama, en bóxers.

—Voy a darme una ducha. Pensé que te gustaría acompañarme.

Recorro con la mirada su musculoso cuerpo.

—Pensaste bien.

Resopla y me quita las mantas de encima.

Grito, pero cuando las tomo, me agarra del brazo y me arrastra hacia la orilla de la cama.

A diferencia de Maddox, yo sigo completamente desnuda, y el aire frío me punza la piel.

Con la mano libre, le doy un azote en el trasero.

—Ve a abrir el agua.

Atravieso a toda prisa la fría habitación y sigo a Maddox hasta el enorme cuarto de baño.

Cuando mete la mano en la ducha para poner la palanca en caliente, mis ojos se fijan en un ramo de flores que hay en un jarrón entre los lavabos del tocador.

—Ven aquí. —Maddox me agarra de la mano y me jala hacia la gran cabina de ducha.

Cuando cierra la puerta de cristal detrás de nosotros, mi cuerpo se relaja con el calor.

Se presiona contra mi espalda, su cuerpo desnudo contra el mío, empujándome un paso hacia adelante hasta que estoy bajo la alcachofa de la ducha, con el agua cayendo directamente sobre nosotros.

Sus labios rozan mi oreja.

—¿Recuerdas cuánto me amas?

Sonrío mientras me inclino hacia él.

—Lo recuerdo.

Desliza las manos por mi vientre y luego sube hasta tocarme los pechos.

Su gemido es profundo.

Alargo la mano y lo agarro por las caderas, abrazándolo contra mí.

—Dios, Conejita. —Sus manos se mueven hasta pellizcarme los pezones—. Nunca me cansaré de tu cuerpo.

Su polla se hace más gruesa contra mi trasero.

—Nunca me cansaré de tus dedos —suspiro.

Maddox se ríe y pellizca más fuerte.

—¿Te gustan mis dedos?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué es lo que más te gusta de ellos?

Desliza una de sus manos más abajo, y más abajo. Hasta que me toca el coño.

—Me gusta lo fuertes que son.

Su boca baja hasta mi cuello y me raspa la piel con los dientes.

—Son para jugar contigo mejor.

Enrolla mi pezón entre sus dedos mientras su otra mano se desplaza y me abre, dejando espacio para que su dedo medio recorra mi centro expuesto.

Se me corta la respiración.

Incluso con el agua cayendo sobre nosotros, puedo sentir lo mojada que estoy. Lo resbaladiza que estoy.

Lo lista que estoy.

Maddox gime mientras presiona solo la punta de su dedo dentro de mí, luego lo arrastra por mi abertura.

Cuando conecta con mi clítoris, mi cuerpo se estremece.

—¿Qué más te gusta?

Mi cabeza se inclina hacia adelante y abro los ojos.

El agua fluye a nuestro alrededor, y la visión de su mano entre mis muslos me hace palpitar.

—Me gusta lo gruesos que son tus dedos —jadeo.

Los dientes raspan un lado de mi cuello.

—Son para estirarte mejor.

Su mano se desplaza y Maddox introduce su dedo dentro de mí.

Gimo mientras me aprieto a su alrededor.

—Se ajusta tan bien. —Bombea su dedo dentro y fuera de mí—. Pero puedes aguantar más, ¿verdad, bebé?

Muevo más los pies y él vuelve a gemir.

—Eso es. —Saca su dedo en su mayor parte, y siento un segundo unirse a él en mi entrada—. Ábrete para mí.

Intento relajarme, pero me los mete de un solo movimiento y no puedo relajarme. No puedo hacer otra cosa que aferrarme a su brazo mientras miro fijamente entre nosotros.

—Jesús. Jodido. Cristo.

Me reiría de sus palabras, pero sé exactamente cómo se siente.

—¿Crees que puedes aguantar uno más, Hannah? —Desliza sus dedos dentro y fuera de mí—. ¿Crees que puedes aguantar un tercero? —La punta de un tercer dedo se mueve contra mi entrada—. ¿Puedes hacerlo, Conejita?

La mano sobre mi pecho se retira y se desplaza detrás de mí.

Mi visión está empezando a nublarse.

Mete el tercer dedo, solo un poco.

—Eso es. —La cabeza de su polla choca entre mis piernas—. Déjame entrar.

Giro las caderas, arqueando la espalda.

Maddox empuja su tercer dedo dentro de mí mientras arrastra la punta de su polla por mi abertura, con mi humedad extendiéndose con el movimiento.

Nadie me había tocado nunca ahí atrás, y la sensación no se parece a nada que haya experimentado.

Frota la punta de su polla contra mi punto sensible y no puedo contener mi gemido.

—Qué buena chica. —Me mete el trío de dedos más adentro y casi me desmorono.

Su risita vibra contra mi espalda.

—Camina hacia adelante —me ordena—. Las manos en la pared, Hannah.

Siento las rodillas como gelatina, pero avanzo arrastrando los pies. Cada paso hace que me apriete contra sus gruesos dedos.

Golpeo con las manos la fría pared de la ducha.

Maddox saca lentamente sus dedos de mi interior, pero en lugar de moverse hacia mis pechos, los desliza alrededor de mi cadera y por mi trasero hasta que están... ahí. Donde había estado la cabeza de su polla. Tanteando mi entrada trasera.

Dejo caer la cabeza entre los brazos.

Sus dedos suben y bajan, estimulando y encendiendo mis nervios, y entonces la cabeza de su polla me roza el centro.

—Me pregunto. —Acomoda su polla dentro de mí y lentamente empuja una pulgada en mi coño.

Ambos gemimos.

—Me pregunto. —Lo intenta de nuevo—. Si te seguirían gustando mis dedos gruesos si los pusiera aquí. —La punta de un dedo presiona más fuerte.

No puedo evitarlo.

Me arqueo ante la sensación, deslizando su polla más dentro de mí.

Maddox hace un sonido bajo en su garganta.

—Lo harías, ¿verdad?

No empuja su dedo dentro de mí, solo lo mueve. Justo. Ahí.

—Apuesto a que te correrías tan fuerte, con mi polla llenándote el coño y mi dedo llenándote el trasero.

Mierda. ¿Por qué eso es tan caliente?

Empuja sus caderas hacia adelante y yo grito.

Su polla sigue siendo más grande que tres de sus dedos, y la intrusión es siempre abrumadora.

Se arrastra hacia afuera, luego se empuja de nuevo.

—¡Maddox!

Lo hace de nuevo.

—Eso es, soy yo dentro de ti. —Mueve el dedo en círculo—. Solo seré yo dentro de ti.

Su polla palpita tan fuerte que puedo sentirla, y sé que tiene que estar cerca.

Me inclino más. Llevándolo más adentro.

Su polla se arrastra sobre un punto de mi interior y me sobresalto.

Lo hace otra vez, y yo aprieto.

Lo hace de nuevo, y ya casi estoy.

—Tan cerca. —Me ahogo con las palabras—. Estoy tan cerca.

Inclina las caderas y la presión aumenta.

—Tócate. Llévate tú misma, Hannah. Porque estoy a punto de pintar este trasero con mi semen.

Me meto la mano entre las piernas. No lo hago a la ligera. Me froto frenéticamente el clítoris.

Tan cerca.

Estoy tan cerca.

Él arrastra su polla casi hasta el fondo, y es todo lo que necesito.

Mi orgasmo me agarra y me arrastra.

Me tenso y echo la cabeza hacia atrás.

Creo que digo su nombre.

Creo que se me escapan las lágrimas.

Maddox grita algo, y luego se corre tan profundo como puede.

Siento su pulso.

Siento cómo empieza a llenarme.

Entonces se va.

Me saca su polla.

Sus dedos se clavan en la piel de mi trasero mientras me separa, me expone, y siento calor.

Salpicaduras calientes de su liberación sobre mi trasero, por la parte baja de mi espalda, y entre mis piernas.

Está haciendo más sonidos.

Diciendo cosas que suenan a elogio.

Pero no oigo nada por encima del zumbido de mis oídos.

Y cuando siento que me voy a desmayar, sus brazos fuertes me rodean la cintura, impidiendo que me caiga.








UTLEY

love letters , libro 1.

120

Hannah

Miro el montón de ropa que hay sobre la cama.

Maddox salió primero de la ducha, diciéndome que me tomara mi tiempo y que me pondría ropa cómoda en la cama.

Lo hizo.

Pero son... bueno, no son *mías*, pero ciertamente no son suyas.

Es un vestido de punto suave en azul oscuro, un par de bragas y un sujetador a juego. Todo de mi talla.

No tengo ni idea de cuándo las consiguió, pero me las pongo, prefiriéndolas a la estirada ropa de trabajo que llevaba.

Me estoy soltando el cabello del cuello del vestido cuando veo algo naranja en la mesita de noche.

Es una cajita de Tic Tacs, simplemente acomodada ahí, al lado de la lámpara.

La recojo y agito dos en la palma de mi mano.

¿Se acordaba de antes? ¿O de nuestro beso dentro de su auto, cuando puso su boca contra la mía por primera vez después de tanto tiempo?

Siempre me han gustado. Las teníamos en la sala de estudio esa noche. Ahora también las tengo en el bolso.

Dejo la cajita, chupo los caramelos y me giro hacia la puerta.

Pero otra vez. Me detengo.

Cuando llegamos aquí, la habitación parecía más luminosa, pero lo atribuí a mi corazón acelerado, y cuando nos despertamos hace un rato, el sol brillaba a través de las ventanas, y asocié el brillo con la luz del sol.

Pero no es solo el sol el que marca la diferencia. Las paredes son de otro color.

Me acerco y estiro la mano para tocar la superficie de color amarillo pálido.

¿Maddox hizo pintar el dormitorio? ¿Cuándo lo hizo?

Mis ojos se dirigen a los cuatro grandes marcos cuadrados negros montados en la pared que juraría que antes no estaban ahí.

Dentro de cada marco hay una fotografía en blanco y negro.

Me acerco a ellos y esa sensación de ternura me aprieta la garganta.

Es el campus de Hop University.

Una foto del patio. Donde vi a Maddox por primera vez.

Una foto del edificio de economía. Donde me encontré con Maddox.

Una foto del estadio de fútbol. Donde vi mi primer partido.

Una foto de la biblioteca. Donde compartimos nuestro primer todo.

Me llevo la mano al pecho.

—¿Cuándo? —Hago la pregunta a la habitación vacía.

Este hombre...

Me apresuro a salir de la habitación, necesitando estar cerca de él.

Cuando llego al final de la escalera, suelto la barandilla y observo las flores frescas que se exhiben en la pequeña mesa antigua.

¿Esa mesita siempre ha estado ahí?

¿Qué está pasando en esta casa?

Oigo movimiento cuando me acerco a la cocina y encuentro a Maddox cerrando el refrigerador.

—Oye, ¿cuándo...? —Me detengo.

En la isla, junto a otro ramo de flores, está la taza amarilla de la oficina. La que usé el viernes.

Entonces me acerco.

No es la misma. El esmalte amarillo es ligeramente más oscuro.

Los pinchazos bailan por mis costillas.

—¿De dónde sacaste esto?

Cuando Maddox no contesta, levanto la vista y lo veo sorbiendo de una taza idéntica, solo que la suya es azul.

—Las pedí por internet —responde, y luego inclina la cabeza hacia la taza que hay en la encimera—. Lo hice descafeinado, pero puedo hacerte un café normal si quieres.

Miro fijamente la taza, luego lo miro a él.

—Maddox, ¿qué es...

Suena el timbre.

Maddox me sonríe mientras deja su taza de café junto a la mía.

—Yo abro.

Me da un beso en la frente y pasa junto a mí para abrir la puerta.

Vuelvo la vista a las tazas, luego a las flores.

Con el corazón palpitante, me muevo alrededor de la isla y abro el armario donde guarda la vajilla.

Todo es diferente.

Las tazas están todas hechas a mano. Las tazas ya no son todas del mismo cristal liso, sino que tienen un aspecto antiguo con lunares en relieve en los lados. Los platos para servir son obras de arte.

Me encantan todos los artículos. Es exactamente lo que yo compraría si tuviéramos el espacio y el dinero.

Cierro el armario y doy un paso atrás.

La voz de mamá resuena por toda la casa, seguida de una risa que solo podía pertenecer a Chelsea.

Planeo ir a reunirme con ellos, pero entonces veo la sala, y la ya familiar sensación de sorpresa me golpea el pecho.

El sofá, que es bonito pero antes estaba desnudo, está cubierto de cojines de todos los colores y tamaños. Las mantas están dobladas sobre la mesita junto a otro jarrón, este rebosante de rosas.

Y debajo de la mesa de café hay una alfombra nueva enorme. Es de felpa y roja, y quiero caminar sobre ella.

Pero cuando cruzo la habitación para hacer eso, veo más.

En la mesita, colgando de la lámpara lateral, hay un collar. Un collar de plástico hecho de pequeñas pelotas de béisbol.

No puedo luchar más contra mis lágrimas.

Mis ojos se llenan y se desbordan.

—Vamos a la cocina —dice Maddox cuando sus pasos entran en el gran espacio.

—Hola, tía Hannah.

Levanto la mano pero les doy la espalda otro segundo.

—Hola.

—Tengo diferentes latas de gaseosa y té y cosas en el refrigerador —les dice Maddox—. Sírvanse ustedes mismas.

—Gracias. —La voz de mamá está llena de sonrisas—. ¡Oh, mira estas flores! Me encantan las flores.

—Lo sé —responde Maddox, pero lo dice en voz baja detrás de mí.

Me giro, limpiándome los ojos.

—¿Qué está pasando?

Su sonrisa es suave y me tiende la mano.

—Déjame enseñarte.

Deslizo mi palma en la suya.

—¿Enseñarme qué?

Maddox levanta mi mano y la besa suavemente.

—El resto. —Se gira y yo me muevo con él—. ¿Quieren el recorrido?

Chelsea asiente mientras sus ojos rebotan por la gigantesca cocina.

Maddox señala cosas y mamá emite sonidos de aceptación.

Nos lleva al sótano y nos enseña el gimnasio y la sala de cine.

Nos pasea por la planta principal.

Chelsea me mira de reojo cada vez que resoplo. Cada vez que veo otro artículo que tiene que ser nuevo. Cada vez que nos encontramos con otra colección de flores frescas.

Finalmente, subimos por la escalera al nivel superior, pero Maddox no me suelta la mano. No lo ha hecho en todo este tiempo, y cuando llegamos al final de la escalera, me aprieta los dedos.

Señala hacia su habitación.

—Ese es el camino a la suite principal, pero por aquí —señala en la otra dirección—, está la siguiente parada de nuestro recorrido.

Mamá y Chelsea se giran y caminan delante de nosotros.

La puerta de la primera habitación de invitados está abierta y mamá entra.

Cuando la oigo jadear, miro a Maddox, y él ya me está mirando.

—Oh, wow. —Mamá sigue hablando mientras se adentra en la habitación.

Chelsea entra en la puerta y nos mira.

Tengo que saberlo.

Sin soltar la mano de Maddox, me dirijo a la habitación de invitados.

Una habitación que debería estar pintada de blanco.

Una habitación que debería ser bonita pero sencilla y sin uso.

Una habitación que no debería estar pintada de un suave lila.

Una habitación que no debería tener ropa de cama de flores y grandes muebles antiguos.

Una habitación que no debería tener flores en macetas llenando el alféizar.

Es como si ya no tuviera control sobre mis ojos mientras las emociones siguen inundándome.

Mamá entra en el cuarto de baño, exclamando sobre los bonitos accesorios y lo que deben ser más flores sobre el tocador.

Chelsea se para en medio de la habitación y mira a Maddox.

Él inclina la barbilla.

—Última puerta a la derecha.

La seguimos.

Echo un vistazo a la siguiente habitación que pasamos, otra habitación de invitados igual que antes. Perfecta y sencilla.

Entonces pasamos por delante de una oficina, y voy más despacio, al ver que hay un segundo escritorio. Me detengo. No es un escritorio. Es una mesa de póquer.

Un sonido me abandona mientras Chelsea entra en la tercera habitación.

Conteniendo la respiración, la sigo, apretando con fuerza los dedos de Maddox.

La habitación es perfecta, pero no es sencilla.

La cama no es sencilla. Es un marco de cuatro postes hecho de hierro oscuro y cubierto de tela rosa pálido.

El suelo no es de madera desnuda. Está cubierto de gruesas alfombras de colores.

La habitación no está llena de espacios vacíos. Tiene un par de pufs gigantes llenos de almohadas y mantas.

Tiene una librería incorporada.

Tiene cuadros en las paredes.

Tiene lámparas en las mesitas de noche.

La habitación no es sencilla. Está lista para ser el lugar favorito de alguien.

Chelsea recorre la habitación arrastrando la mano por la mullida colcha y se detiene en la esquina más alejada, frente a los pufs. Junto al televisor colgado en la pared, pasa los dedos por los sistemas de juego instalados debajo.

Fue diseñada específicamente para ser el lugar favorito de Chelsea.

Mi sobrina se gira hacia nosotros, con las manos en las caderas.

Sube la mirada hacia la araña de cuentas que cuelga del techo.

—Qué genial

Maddox se mueve a mi lado.

—Me recordó a esos collares de béisbol.

Chelsea sonríe.

—Algo así.

—Maddox... —susurro.

—¿Aquí no vive nadie? —Chelsea señala el suelo—. En esta habitación.

—Todavía no. —Maddox cambia su agarre en mi mano para que pueda girarse hacia mí—. Aunque me gustaría cambiar eso.

—Maddox, tú...

Él sacude la cabeza.

—Estoy cansado de vivir en una casa vacía.

—Pero...

Levanta mi mano libre y la aprieta contra su pecho.

—Te amo, Hannah. Te amo, y no pienso perderme otros quince años. No quiero perderme otros quince días. Te quiero conmigo.

—Siempre estaré contigo —susurro entre más lágrimas—. Pero...

—Entiendo que no quieras trabajar conmigo. No estoy de acuerdo porque quiero verte en la oficina todos los días, pero prefiero verte en casa todas las noches. —Inclina la cabeza hacia la habitación—. Y no voy a separar a tu familia, no se me ocurriría.

Maddox me suelta la mano para apartar las lágrimas que no paran.

—Tu casa es perfecta —me dice—. Y si me dejas, me mudaría ahí con ustedes tres, pero necesitaríamos una cama más grande en tu habitación porque esa atrocidad de colchón no sirve. No me importa de quién sea la casa. Solo quiero estar contigo.

Sacudo la cabeza ante lo ridículo de todo eso.

Antes de que pueda decir nada, mamá entra en la habitación y le da unas palmaditas en la espalda a Maddox.

—Hiciste un buen trabajo con mi habitación, Maddy. Me mudaré mañana. —Luego se da la vuelta y se marcha por el pasillo.

Los hombros de Maddox se relajan lo más mínimo.

Estaba tan absorta en mis propios sentimientos de estupefacción que no pensé en lo nervioso que debía de estar por enseñarnos esto a las tres.

Chelsea se dirige al cuarto de baño y enciende la luz.

Se gira lentamente hacia nosotros, con las cejas en alto.

—¿Mi propio baño?

Maddox levanta un gran hombro.

—Sí.

Chelsea silba.

—No sé, tía Hannah. Es un poco idiota, pero este sitio es muy bonito.

Maddox resopla, y siento que otra capa de tensión se desprende de él.

—Pero nuestra casa...

Chelsea se deja caer sobre uno de los pufs y se funde con el cojín.

—Nuestra casa no tiene intimidad. ¿Y ya viste esa cocina? —Levanta la cabeza para mirarme—. ¿Sabes lo bonito que sería hornear ahí? Y Max ya pidió más galletas para Navidad.

Max. Porque Maddox hizo video llamada desde Arizona, y su hermano le agradeció personalmente a Chelsea su galleta número diecinueve antes de pedir más.

—Y. —Chelsea nos señala con el dedo—. No se ofendan, pero si van a ser tan cariñosos, vamos a necesitar una casa grande. No quiero ver eso. —Su dedo gira.

Maddox asiente.

—Entendido.

—¿Y dije nuestros propios baños? —Chelsea repite.

—No te olvides de la piscina.

Chelsea se levanta de un salto y se acerca a la ventana. Pone las manos en el cristal.

—Tía Hannah, hay una piscina. —*Sinceramente, ni siquiera me había dado cuenta*—. Puedo invitar a amigos.

—Nada de chicos —dice Maddox.

Chelsea se gira para que podamos verla poner los ojos en blanco.

—¿Ves? Ya está siendo una molesta figura paterna.

Mi mano sigue en el pecho de Maddox, así que siento su sacudida al oír sus palabras.

UTLEY

love letters , libro 1.

121

Maddox

Malditos niños.

Respiro por la nariz, luchando contra el calor que se me mete en los ojos.

Smidge lo dijo tan fácilmente. *Figura paterna.*

No mentí cuando hablamos antes de niños. Nunca los he deseado realmente. Nunca he tenido el impulso de hacer bebés, pero esta niña ya se ha metido en mi corazón, y sé que daría mi vida por cualquiera de estas tres increíbles mujeres.

—¿Qué pasa con la escuela? —Hannah susurra, con mis mismas emociones reflejadas en sus ojos.

Chelsea responde antes de que yo tenga que hacerlo.

—El ricachón puede conseguirme un chofer.

Asiento con la cabeza.

—Puedo hacerlo.

—Yo también tendré un chófer —dice Ruth desde el fondo del pasillo.

Le sostengo la mirada a Hannah.

—No quiero desmantelar tu familia; quiero formar parte de ella. las quiero a todas aquí. Conmigo. Con nosotros. —Aprieto sus dedos.

—Esto es una locura —respira.

—¿Más loco que *no* vivir juntos?

Ella niega con la cabeza.

—No, no vivir juntos sería peor.

Me acerco más.

—¿Lo harás?

Hannah mira a Smidge.

—¿Tú qué crees?

—Ya te lo dije. —Chelsea le sonríe a su tía—. Si alguien puede romper la maldición, es él.








UTLEY

love letters , libro 1.

EPÍLOGO 1

Maddox

—Vamos. —Tiro de Hannah por la acera.

—Tenemos tiempo de sobra. —Se ríe mientras sus pasos se apresuran a seguir los míos.

Tiene razón, por supuesto, pero ella no conoce el plan real.

Cree que estamos aquí para que hable con un grupo de niños, y lo haré. Mañana.

Pero hoy es para ella.

Es para nosotros.

Porque durante los últimos siete meses, me ha hecho más feliz que nunca.

Sigo intentando convencerla de que vuelva a trabajar para mí, pero le encanta su nuevo trabajo, y por mucho que le reclame a Waller por contratarla sin decírmelo, en secreto también me encanta que trabaje ahí. Si no va a estar donde yo pueda vigilarla, confío en que Waller lo haga. Además, como es el dueño y mi mejor amigo y su oficina no está lejos de la mía, paso la mayoría de mis almuerzos en su oficina.

Almuerzos que suele preparar Ruth, que ha hecho de la cocina su nuevo hogar, siempre probando nuevas recetas, y cuando Smidge se involucra, hornean lo suficiente para alimentar a todo el equipo de fútbol de Max.

En dos meses empezará el draft, y sé que no tiene ningún control sobre eso, pero realmente espero que acabe en Minnesota. Estar rodeado de la gente que quiero se ha convertido en el propósito de mi vida.

Y sé que Hannah no va a ir a ninguna parte, ni ahora ni nunca, pero necesito que el mundo sepa que nos pertenecemos.

Seguimos la acera por una curva y Hannah suspira a mi lado.

—Aww, la biblioteca. —Su mano se dobla en la mía, y a estas alturas, probablemente tengo una huella del tamaño de Hannah en la palma de la mano, ya que nos tomamos de la mano más a menudo que no.

Le vuelvo a apretar los dedos.

—Entremos.

—Maddox...

—Tenemos tiempo, Conejita. Confía en mí.

Suspira y deja que la guíe hasta la puerta principal.

Las puertas de entrada ante las que estuvimos hace casi dieciséis años cuando nos dimos cuenta de que nos quedamos encerrados.

Abro la puerta y Hannah Utley entra en la biblioteca de HOP U.

LOVE LETTERS

Hannah

Me invaden los recuerdos y aspiro el aroma de la tinta y el papel.

—Wow —susurro, manteniendo la voz baja.

Nunca pensé que volvería aquí.

Dónde empezó todo.

Jalo del brazo de Maddox, haciendo que me mire.

—Te amo. —Le digo lo que ya sabe.

Se inclina para darme un beso en la frente.

—Yo también te amo. —Da un paso—. Ahora, vamos.

—¿Qué...? —No me molesto en terminar mi pregunta. Está claro que ha decidido que tenemos tiempo para aventurarnos, y sinceramente, es tan surrealista estar aquí que yo también quiero quedarme más tiempo.

Los estudiantes están esparcidos por la zona, acostados en sillas con libros u ordenadores portátiles en la mano.

Los muebles son un poco diferentes, un nuevo tono de azul, pero el resto es igual.

Caminamos por la planta principal y mis latidos se aceleran cuando nos acercamos a las escaleras.

Vamos a la sala de estudio.

Cada paso nos acerca más al punto de partida.

Cada paso nos lleva de vuelta a donde mi amor por este hombre comenzó.

La alfombra bajo nuestros pies es la misma cuando pasamos por delante de las filas.

Echo un vistazo a las filas, recordando cómo Maddox me atrapó aquella vez que casi me caigo del taburete.

Y recuerdo aquella primera vez cuando me sorprendió en el rincón más alejado del último piso. Donde nos sentamos, y compartió conmigo su sándwich extra de jamón y queso.

Lo recuerdo sentado en la zona principal de la planta baja, esperándome después de mi turno para que subiéramos a esta misma sala de estudio.

Maddox me suelta la mano y abre la puerta de la pequeña habitación.

Recuerdo lo que sentí al sentarme a su lado.

Cómo se sentía tan bien, incluso entonces.

Recuerdo el dolor de todos esos años separados, y al entrar en la habitación, recuerdo cómo él ha hecho desaparecer todo ese dolor.

Y mientras miro las docenas y docenas de balones de papel que cuelgan del techo, sé que nunca volverá a causarme dolor.

Y cuando veo el ejemplar de *El conde de Montecristo* sobre la mesa, está abierto por la primera página, y veo que la primera parte de la primera frase está resaltada.

El veinticuatro de febrero...

Y cuando me doy cuenta de qué día es. Cuando me doy cuenta de que hoy es el vigésimo cuarto día de febrero, no puedo evitar que se me salgan las lágrimas.

Y cuando me giro y veo a Maddox arrodillado, me tapo la boca con las manos, reteniendo el sollozo de felicidad en mi pecho.

—Te he amado durante tanto tiempo, *mon petite lapin*. Has sido mía desde la noche en que nos sentamos en esta habitación. Has sido mía desde que me dejaste recostar mi cabeza en tu hombro mientras me leías. Has sido mía, incluso cuando estábamos perdidos el uno para el otro. —Maddox levanta un último balón de papel, éste centelleante por el anillo metido entre los pliegues—. Di que serás mía para siempre.

Miro fijamente el anillo, una cuerda retorcida de diamantes, que imita la cuerda que Edmond Dantès usó para prometer su amor en el libro que tengo detrás. En el libro que lo empezó todo.

Miro el pequeño balón de fútbol de papel entre los dedos de Maddox.

—¿Recuerdas... —Tengo que concentrarme para tomar aire—. ¿Recuerdas aquella noche, cuando me dijiste que pidiera un deseo?

Maddox asiente, y sé que él también se lo está imaginando. Nosotros acostados juntos en esos bancos, usando su sudadera como manta mientras él apoyaba el balón de fútbol de papel en su pecho.

Me da un beso en la cabeza.

—Ahora pide un deseo y lánzalo.

Apoyo la mano justo detrás del balón, el borde de la palma contra su pecho.

Entonces cierro los ojos y pido mi deseo.

—¿Sabes lo que deseé? —susurro.

Sacude la cabeza.

Trago saliva y me acerco.

—Deseé que Maddox Lovelace fuera el hombre con el que me casara.

Maddox jala el anillo y arroja el balón de papel sobre una silla.

—Hannah Utley, ¿me permites hacer realidad tu deseo?

Asiento con la cabeza mientras desliza la banda de diamantes en mi dedo.

Y donde todo empezó, termina.








UTLEY

love letters , libro 1.

EPÍLOGO 2

Maddox

El orgullo me llena el pecho mientras miro al campo.

Como Chelsea predijo, Max fue reclutado por los Minnesota Biters, y hoy es su primer partido profesional.

Hannah viene a colocarse a mi derecha en la parte delantera de la suite privada desde la que estamos viendo el partido.

—¿Nervioso?

Le paso el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí.

—No. No es titular, así que probablemente no juegue.

Ella apoya la cabeza contra mi pecho.

—Yo también estoy orgullosa de él.

La agarro con más fuerza.

Estamos en septiembre. Hace poco más de un año que nos reencontramos, y mi amor por esta mujer no ha hecho más que crecer.

Levanto la mano izquierda y muevo los dedos, observando el brillo de la luz en la banda plateada de mi tercer dedo.

Después de pedirle matrimonio, empezamos a buscar lugares para celebrar la boda, pero cuando me di cuenta de lo lejos que estaban para reservarlos, le dije a Hannah que no podía esperar más, así que fuimos al juzgado, y con Ruth, Chelsea, Max, Waller y mis papás, nos casamos.

Tony se acerca por detrás y me baja la mano de un manotazo.

—¿Qué tal si dejas de recordarme que no me invitaste a tu boda?

Pongo los ojos en blanco.

—Te lo he dicho mil veces, no contestaste el teléfono, pero ya estás invitado a la recepción que planeamos para el próximo verano.

Se burla.

—No soy horólogo, pero ¿las bodas y recepciones no son al mismo tiempo, no con un año de diferencia?

Giro lentamente la cabeza para mirarle.

—¿Un horólogo?

Waller se acerca por detrás.

—¿Por qué estamos hablando del estudio del tiempo?

Miro fijamente a mis amigos, preguntándome por qué me agradan.

—¡Abajo en frente! —Chelsea se abre paso entre Waller para pararse junto a Tony—. La caballerosidad ha muerto.

Waller se agarra el pecho.

—Me has herido.

—Ajá. —La adolescente lo ignora, acostumbrada ya a su mierda.

Nos quedamos donde estamos, juntos como un grupo, con mis papás en algún lugar cercano, mientras comienza el partido.

Empezamos en defensa, y no puedo evitar ver cómo se manejan los tackles.

Los Biters llevan años formando un equipo que mejora cuanto más tiempo juegan juntos.

Es una *buena y mala noticia* para Max.

La buena noticia es que está en un equipo con una trayectoria ganadora.

La mala noticia porque, a menos que le ocurra algo al quarterback titular, no tendrá tiempo en el campo.

El otro equipo no marca, y ahora es nuestro turno en ataque.

El retorno de la patada es bueno, y los Biters se alinean para su primer down en una yarda decente.

Se golpea el balón. El quarterback mira, y un tackle defensivo se desliza a través de la línea.

Desde arriba, vemos cómo sucede.

El golpe.

Los cuerpos bajando.

El brazo doblado hacia el lado equivocado.

Nuestro quarterback titular está lesionado.

Está fuera.

Y Max está dentro.

Fin



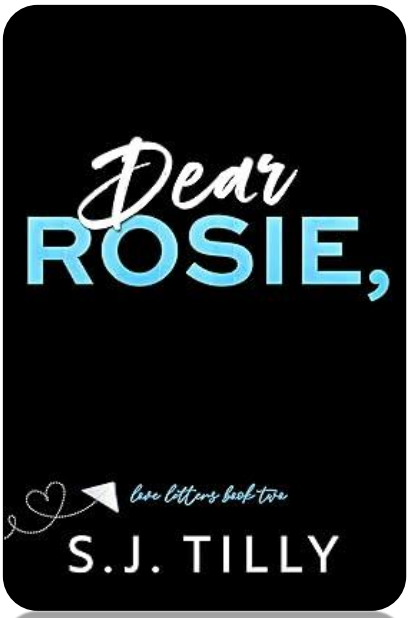





UTLEY

love letters , libro 1.

SIGUIENTE LIBRO



S.J. TILLY

love,

UTLEY

love letters , libro 1.

DALE CLICK PARA UNIRTE A NUESTRO TELEGRAM



S.J. TILLY

love,